

Romántica

Bertrice
Small

Traicionada Por
Amor



valery

Beatrice Small

Traicionada por el Amor

Betrayed

Argumento

¿Bajo qué circunstancias permitirías que alguien comprara tu virginidad, si supieras que a principios del siglo XV ello destruiría todas tus posibilidades de llevar una vida respetable?

Cuando Fiona Hay le ofrece a Angus Gordon su virtud a cambio de una dote para sus hermanas, lo intriga tanto que él exige un precio aún más alto: que sea su concubina. Comienza entonces una lucha de voluntades y sensuales placeres. Pronto el destino conduce a los apasionados amantes a la turbulenta corte del rey Jacobo I de Escocia. Pero las intrigas políticas del rey obligan a Fiona a separarse del hombre que ama... y a caer en los brazos de un Highlander salvaje y apasionado, MacDonald de Nairn. ¿Podrá esta traición despiadada y cruel malograr para siempre la felicidad de Fiona?

Como la reina indiscutible de la novela romántica sensual, Bertrice Small nos hace revivir la historia a través de mujeres indomables que viven con ingenio, inteligencia y coraje y que aman con intenso placer. Ahora nos transporta a una época de encendidas luchas por el poder y nos presenta a una mujer que tiene en sus manos el futuro de un país y de la pasión que la consume.

A dos queridas amigas y colegas escritoras: a Robería Gellis, que siempre sabe dónde encontrarlo cuando yo no lo sé.

Y a Cynthia Wright, la hermanita que siempre quise tener.

Primera Parte

ESCOCIA E INGLATERRA

Fines del verano de 1422 Primavera de 1424

Capítulo 1

La bruma azul plata colgaba semejando gallardetes sobre el campo de fines de verano, donde el ganado de largos cuernos pacía plácidamente bajo las primeras luces del alba. Los miembros del clan, ocultos entre las sombras de la hilera de árboles, observaban a una solitaria figura moverse entre las bestias, separando de la manada a varias de las criaturas para llevárselas en dirección opuesta.

—Es un demonio descarado —comentó en voz baja y no sin cierta admiración Jamie Gordon a su hermano mayor, el *laird*¹ de Loch² Brae.

Los ojos de Angus Gordon se entrecerraron, en un gesto que dejaba vislumbrar un gran enojo. Luego dijo con voz fría y tono mesurado:

—Pues hoy antes del mediodía va a estar con su amo en el infierno. ¡Soltad a los perros!

Libres de sus correas, los canes saltaron impetuosamente hacia delante entre ladridos y aullidos frenéticos, dispersando al ganado en sus ansias de perseguir al intruso que invadía los pastizales de su amo. Era una jauría mezclada. Galgos de pelaje suave, tan gris como el cielo sobre sus cabezas y galgos para cazar venados, más oscuros y de pelaje hirsuto, perros más grandes y macizos, capaces de tumbar a un hombre en plena huida.

—Tras él, muchachos —ordenó el *laird* a sus hombres—. ¡En cuanto atrapemos a ese ladrón sinvergüenza, lo colgaremos del árbol más cercano!

Los hombres del clan de Loch Brae salieron de su refugio entre los árboles, atravesando a la carrera el prado tras los pasos del ahora fugitivo ladrón de ganado, quien se dirigía hacia el bosque que había en el extremo más lejano del campo. Los hombres sabían que tenían mayores posibilidades de atrapar al ladrón antes de que este alcanzara la seguridad de los bosques, pero su presa también lo sabía, y esto agregaba rapidez a su desesperada huida. Corría como si le hubieran puesto alas a sus pies.

—¡Por las barbas de Dios! —maldijo violentamente el *laird* viendo al ladrón desaparecer entre los árboles, con los perros pisándole los talones—. Probablemente lo hemos perdido.

—Los perros aún podrían abatirlo, Angus —dijo su hermano, esperanzado—. Sigámoslo un poco más.

El *laird* sacudió la cabeza mientras corrían. A poco de adentrarse en el bosque había un arroyo y si el ladrón conocía el terreno (y seguramente así era) se encaminaría directamente hacia el agua. Los perros perderían el rastro. De todos modos, se puso a la cabeza de sus hombres mientras se internaban entre los árboles. Delante de ellos, los perros, que continuaban aullando, se detuvieron de repente. Casi de inmediato oyeron ladridos y gemidos.

—Lo han perdido —dijo el *laird*, irritado—. Se ha metido al agua.

Llegaron hasta los perros arremolinados junto al arroyo. Jamie Gordon lo cruzó a la carrera, buscando descubrir el sitio de la orilla en que el ladrón había salido del agua, pero pudo encontrar huella alguna. Sacudiendo la cabeza volvió a cruzar hacia donde estaba su hermano

¹ Un *laird*, es la versión escocesa del lord inglés, un rico señor feudal que vivía en un castillo (N. de la T.)

² Palabra del inglés escocés que significa lago y generalmente no se traduce, considerándose la parte del nombre del lago (N. de la T.)

El *laird* recorrió lentamente la orilla, con la vista fija en el suelo. Seguramente aquel delincuente fugitivo había dejado alguna marca en la tierra blanda. Finalmente Angus sonrió amargamente.

—Nuestro ladrón tiene experiencia en evadir perseguidores —dijo pensativo—. Interesante. —Hizo una seña en dirección a sus hombres—. Dispersaos por ambos lados del arroyo y fijaos si podemos encontrar el rastro del bribón. No puede haberse esfumado.

Durante algún tiempo, los hombres del clan de Gordon se movieron cuidadosamente a lo largo de la rauda corriente, pero no hallaron ni rastro de su presa.

—¿Dónde puede haber ido? —preguntó Jamie.

El *laird* se encogió de hombros.

—Hemos conservado nuestro ganado —dijo— y aunque me hubiese gustado colgar a ese ladrón, debo estar satisfecho por haber evitado perder a los animales, Jamie. Vamos a casa.

Llamó a sus hombres y a la cabeza de estos emprendió el regreso a través del bosque. Sin embargo, cuando hubieron llegado nuevamente a sus pastizales, Angus Gordon soltó un juramento.

—¡Por Cristo y María Santísima! —dijo enojado.

—Angus ¿qué sucede? —pregunto su hermano.

—¡Mira, Jamie! Nos faltan ocho cabezas de ganado. ¡Por las barbas de Dios! ¡El muy cabrón regresó!

Entonces brilló en sus ojos un chispazo de comprensión.

—No es de extrañar que no hayamos encontrado ni rastro de él. Se escondió sobre los árboles ¡Esa rama grande sobre el agua! ¡Por supuesto! Se metió al arroyo, despistando a los perros y se subió a los árboles. Por eso no había huellas, demonio astuto. ¡He actuado como un completo idiota! Nos ha engañado hábilmente. —Se volvió hacia el jefe de sus hombres—. ¿Cuántos son con estos en los últimos doce meses, Donal?

—Una docena completa, milord —respondió el vaquero—. Cuatro el otoño pasado y otros ocho hoy. Es audaz, nuestro ladrón.

—Sí —asintió el *laird* amargamente—. Tan audaz como brillante es el latón recién pulido y demasiado listo para mi gusto, pero quizá no lo suficiente. El suelo aún está húmedo por la lluvia de ayer. No tan húmedo como para traicionar a nuestro ladrón de pies alados pero, sin duda, lo suficientemente húmedo como para que las pesadas bestias que se llevó dejen su marca en la tierra. Apuesto a que ahora podemos rastrear mi ganado. Le daremos a nuestro amigo un buen margen de tiempo, como para que crea que ha logrado engañarnos. Luego veremos si podemos hallar sus huellas y seguirlo hasta su guarida. Quiero que tenga tiempo de llegar a destino. No quiero que mis vacas se lancen en estampida entre los árboles y se hagan daño.

El *laird*, su hermano y los demás hombres se dispusieron a esperar un tiempo. Encendieron las pipas. Comieron tortas de avena y bebieron sidra de pequeñas botellas. Hablaban en voz baja. Por fin Angus Gordon se levantó, irguiéndose lentamente cuan alto era.

—Ya es hora —dijo y todos ellos se incorporaron obedientemente, vaciando la ceniza de las pipas y con las botellitas vacías—. Bien, muchachos, ahora ¡en marcha! —ordenó—. Una pieza de plata al primero que encuentre el rastro.

Los hombres del clan se dispersaron y pronto encontraron las huellas del ganado robado. Estas llevaban de regreso al bosque, entrando por otro punto y atravesaban el mismo arroyo que antes había simulado vadear el fugitivo. Después empezaron a trepar hasta la cima de la montaña por un sendero apenas visible. La marca de las pezuñas de vaca podía verse en el suelo. Aunque había empezado a caer una fina llovizna, era claro que el rastro conducía hasta este sendero y además el que estaban siguiendo era el único camino posible. La vegetación estival hacía densos los bosques.

—Donal —dijo el *laird* volviéndose hacia el jefe de los vaqueros—, ¿sabes a dónde lleva este camino?

—Estas serían las tierras de los Hay de la montaña, milord —respondió Donal— pero hace mucho que ese viejo demonio de Dugald Hay y su esposa (Dios la tenga en su gloria) han muerto. Dicen que alguna vez tuvieron niños, pero jamás nadie los ha visto. Ni siquiera puedo asegurarle que quede alguien vivo de esa familia.

—Alguien queda, pues se ha llevado mi ganado —respondió ceñudo el *laird*—, y cuando coja al ladrón, lo haré colgar para que aprendan todos aquellos a quienes se les ocurra robarnos a los Gordon nuestros animales.

De repente el sendero se abrió sobre un claro al borde de la montaña. Como acurrucada contra la cima se veía una casa fortificada de piedra, coronada por una torre. Detrás había un granero, también de piedra. Y un pequeño prado donde pacían plácidamente ocho vacas... El *laird* de Loch Brae sonrió, muy satisfecho de haber hallado su propiedad. Ahora solo le quedaba encontrar al ladrón y castigarlo. A la cabeza de los hombres de su clan, caminó resueltamente hasta la sólida puerta de roble de la casa fortificada y la aporreó con el puño cerrado. Abrieron inmediatamente.

—¿Milord?

Ante él apareció una mujercita de penetrantes ojos marrones y entrada en años. Llevaba un vestido muy gastado pero limpio. Pese a su talla le cerraba el paso.

—Soy el *laird* de Loch Brae —dijo Angus Gordon con altivez—. Deseo ver a su amo.

—Bien, pues vos no podréis verlo, a menos que estéis dispuesto a ir al infierno. Y si así fuera, su aspecto me dice que el diablo probablemente no os dejaría regresar —dijo la vieja con agudeza—. Dugald Hay ha estado muerto desde hace cinco años, milord. Ahora vuelvo a preguntarle ¿qué asunto os trae por aquí?

—¿Quién es usted? —inquirió el *laird*, negándose a dejarse intimidar por la anciana, especialmente delante de los hombres de su clan, aunque apostaría a que la mujercita intimidaba a muchos de ellos.

—Soy Flora Hay, el ama de llaves aquí en la torre Hay ¡Lo que sea que vos queráis, no lo tenemos!

—¿Y usted cómo sabe lo que quiero? —dijo el *laird*, con una sonrisita curvándole los labios. Sentía curiosidad por saber qué o a quién protegía este viejo dragón que, desafiante, le impedía entrar.

—No sé qué es lo que queréis —le dijo Flora— pero sea lo que sea, no está aquí, milord. Como sin duda podéis ver, aquí hay pocos objetos de valor. —Tras hacer una reverencia intentó cerrarle la puerta.

Rápidamente, Angus Gordon se lo impidió, interponiendo uno de sus pies calzados con botas.

—Tiene usted buenos ejemplares de ganado en su prado —le dijo.

—Así es —asintió Flora.

—¿Y exactamente dónde consiguió ganado tan bueno? —le preguntó.

—¿Conseguir? Nosotros no hemos conseguido ese ganado, milord. Lo hemos criado. Es todo cuanto tenemos y van a ser la dote de dos de mis jóvenes amas —dijo Flora, mirando a Angus Gordon a los ojos sin siquiera parpadear.

—¿Y esas jovencitas son hijas de Dugald Hay?

—Así es.

—¿Y cuántas hijas engendró a su vez ese engendro del diablo? —inquirió el *laird*.

—¡Flora! ¡Pero Flora! ¡Qué vergüenza! No tengas al *laird* de Loch Brae de pie en el umbral. Invítale a pasar a la sala para beber un vaso de sidra.

Una joven había aparecido detrás del ama de llaves. Era alta para ser una chica y casi demasiado delgada. Llevaba un sencillo vestido de lana de color oscuro y, cruzado sobre el pecho, el *plaid* rojo y verde de los Hay sujeto sobre el hombro con un hermoso broche de plata.

—Soy Fiona Hay, milord, la hija mayor de Dugald Hay y su esposa Muiré —dijo suavemente.

Era imposible despegar los ojos de ella. Fiona Hay era absolutamente encantadora. Tenía el cabello del color de las alas de los cuervos, con un leve brillo azulado y una tez extremadamente clara. Sus rasgos encajaban a la perfección en el rostro en forma de corazón. Tenía los dientes pequeños y blancos, nariz fina, elegante y recta, boca generosa y unos ojos ovalados de color verde esmeralda, enmarcados por espesas pestañas oscuras, que ahora lo miraban con fijeza.

—A... Angus Gordon, señorita —logró articular por fin el *laird*, arrancando su mirada de la muchacha.

—¿Y qué asunto os trae a casa de los Hay de la montaña, milord? —le preguntó ella con aplomo, haciéndole pasar a la casa fortificada.

—Quiero que me devolváis mi ganado, señorita —dijo él sin rodeos.

Volviendo hacia él sus ojos verde esmeralda, la joven dijo:

—Yo no tengo vuestro ganado, milord. ¿Qué os hace pensar que podría tenerlo? —Su tono era engañosamente inocente. Lo condujo escaleras arriba hasta la sala—. Flora, trae sidra para el *laird*.

—En vuestro prado hay ocho cabezas de ganado, señorita —dijo Angus Gordon sin perder la calma, mientras sus hombres y su hermano entraban a la sala tras ellos—. Esta mañana alguien me robó esa misma cantidad de animales. El rastro de las bestias nos condujo hasta vuestra pradera, donde ahora pastan ocho animales. No hay que ser demasiado listo para resolver el misterio.

—El ganado que está en la pradera me pertenece, milord —dijo Fiona sin levantar la voz—. Es la dote de mis hermanas, las mellizas. Lamento que vos hayáis perdido vuestros animales, pero no son los que están en mi campo.

¿Cómo era posible que alguien de apariencia tan dulce e inocente fuera una criatura tan audaz?, se preguntaba el *laird*. Estaba completamente seguro de que el ganado que pacía en el campo detrás de la casa era suyo. Ella también lo sabía y sin embargo podía mirarlo a los ojos y mentirle sin que se le moviera un músculo. Era una digna hija de su padre, de eso no cabía duda. Pero ahora mismo resolvería este asunto.

—Mi hermano acaba de examinar las vacas en busca de una marca específica que tiene todo mi ganado. Si los animales tienen esa marca, entonces no quedará duda de que son míos —dijo Angus Gordon severamente.

—Ese ganado es mío —dijo con dulzura Fiona Hay—. Yo marco cada uno de nuestros animales con una muesca en la oreja izquierda.

Estaba perplejo. ¡Era la muchacha más descarada que había conocido en toda su vida!

—Qué coincidencia tan extraña —respondió él, apretando los dientes—. Mi ganado está marcado exactamente de la misma manera.

—Entonces es simplemente mi palabra contra la vuestra, Angus Gordon —dijo ella suavemente.

—Sabéis muy bien que ese ganado es mío, señora —respondió él, enfadado—. Son mis animales y pienso llevármelos conmigo.

—*El ganado es mío* —contestó Fiona, pero luego su voz se suavizó—. Mis hermanas menores, Elsbeth y Margery, van a contraer matrimonio mañana. Cada una ofrecerá como dote a su novio cuatro cabezas de ganado, milord ¿Arruinaríais vos la única oportunidad que tienen esas pobres muchachas de estar respetablemente casadas?

Aunque la anciana aún no le había traído la sidra, Angus ya había decidido que en verdad la necesitaba. Sus hombres se apiñaban alrededor para no perder palabra de la conversación entre su amo y esa hermosa joven. Se daba cuenta de que la compadecían, no por deslealtad hacia él,

sino porque Fiona Hay era guapa, huérfana y obviamente estaba haciendo su mejor esfuerzo por el bien de su familia. *O al menos así parecía.* El *laird* masculló en voz baja un sombrío juramento.

—Su sidra, milord —dijo Flora, entregándole con ademán brusco una deslustrada copa de plata, mientras le echaba una ceñuda mirada de desaprobación.

—¿Qué hay del ganado, Jamie?

James Gordon movió la cabeza afirmativamente.

—Todos tienen la muesca en la oreja izquierda —dijo alegremente—. *Podrían* ser nuestros animales, Angus.

—¿*Podrían*? —Le gritó el *laird* a su hermano menor—. ¿*Podrían*?

—Bueno, Angus —respondió James, desconcertado por el arrebató—, si la señorita Hay marca su ganado en la oreja izquierda igual que nosotros, entonces no hay modo de saber de quién son esos animales, a menos que las bestias puedan hablar.

Los hombres del clan rieron por lo bajo, pero una furibunda mirada de su amo los silenció enseguida.

—Angus —James Gordon hablaba bajo de modo que solo su hermano pudiera oírle—. No seas tan duro. Si el ganado en verdad es nuestro, entonces la muchacha fue condenadamente lista como para robárnoslo bajo nuestras narices. Tú tienes más ganado del que puedes contar. Sin esos animales, sus hermanas no conseguirán marido. No puedes llevártelos ahora. Además, hay una posibilidad de que sean de ella y entonces estarías cometiendo una gran injusticia con las muchachas Hay.

—El ganado es mío —le dijo Angus a James casi en un susurro—. Por Dios, Jamie, mira a tu alrededor. Esta torre que se cae a pedazos no es más que el remedo de la casa del jefe de un clan. Y mira a la muchacha. Hermosa, pero tan flaca como un árbol joven, igual de flaca que la anciana. Apostaría a que en el establo no hay nada que valga la pena robar. ¿Has echado un vistazo?

—Hay un viejo caballo de labranza y un pony, ambos tan flacos como su dueña.

—Entonces pregúntate a ti mismo, ¿cómo podrían tener ocho vacas bien alimentadas? —dijo el *laird* usando la lógica—. El ganado es mío. Si dejo que la muchacha me lo robe sin castigo alguno, o sin que al menos me dé algo en pago, todos los ladrones de poca monta de la comarca intentarán robar mis animales. Renunciaré a castigarla, pues no es más que una chiquilla, pero seguramente no puede darme nada que valga lo que esos animales cuestan. De modo que lo único que puedo hacer es llevármelos.

—Al menos dale la opción de que los compre —dijo el compasivo James.

—Eres un muchacho bondadoso, Jamie —dijo el hermano mayor. Luego se volvió hacia Fiona Hay—. El ganado es mío, señorita Hay. Ambos sabemos que esa es la verdad. No seguiré discutiendo con vos. Sin embargo, si deseáis comprarme los animales, con gusto os los venderé. —La miró directamente a los ojos.

Ella le sostuvo la mirada. Era alto y fuerte, con el cabello tan negro como el de ella y los ojos también verdes, pero de un verde oscuro, no esmeralda como el de los suyos. Él no podía llevarse el ganado, pensó la joven con desesperación. ¡No podía! No si Walter Innes y Colin Forbes iban a venir al día siguiente para casarse con sus hermanas. ¿Por qué había esperado hasta el último minuto para robar las condenadas bestias? Si tan solo las hubiera tomado de dos en dos a lo largo de los últimos meses... Pero la verdad era que no hubiera podido alimentarlas. El ganado hubiese perdido peso de haber estado a su cuidado demasiado tiempo. No podía ofrecerles ganado escuálido a sus futuros cuñados. Había intentado llevarse los animales la semana anterior, pero el perro pastor se había puesto a ladrar como para despertar a los muertos. Imaginaba que eso había alertado al *laird* de Loch Brae para que vigilara más de cerca a su ganado. ¿Qué diantre iba a hacer ella ahora?

—Bien, señorita Hay, ¿vais a comprar mi ganado o me lo llevo de regreso montaña abajo hasta la pradera donde fueron criados? —inquirió Angus Gordon.

En ese momento a Fiona Hay se le ocurrió una propuesta estrambótica, pero que posiblemente daría resultado.

Él no podría aceptarla, pues seguramente se sentiría avergonzado y la dejaría en paz.

—Solo tengo una cosa de valor para ofreceros a cambio del ganado, milord —le dijo, negándose incluso ahora a admitir que los animales eran de él—. Es mi bien máspreciado ¿Lo queréis?

—¡Tómalo! —le susurró James a su hermano mayor—. Eso satisfará tu honor y nadie te tildará de débil, Angus.

—Primero quisiera saber cuál es esa posesión tan valiosa, Jamie —dijo el *laird* a su hermano. Volvió a mirar a Fiona—. ¿Y cuál es esa posesión tan preciosa que me ofreceríais a cambio de mi ganado, señorita Hay? Una docena de cabezas de ganado no son nada baratas, jovencita.

—Ocho, milord —corrigió Fiona con suavidad.

—Doce, incluyendo las que me robó el otoño pasado —respondió él en tono igualmente suave, mirándola a los ojos.

—Serían veinte cabezas en total. Voy a necesitar ocho más como dote para mis otras dos hermanas menores, pero como ahora solo tienen siete y diez años, no las querré hasta que Jean y Morag tengan edad suficiente para casarse. No puedo alimentar tantos animales.

Era la muchacha más extravagante con la que se había cruzado, pensó otra vez Angus Gordon, divertido a su pesar. Él no era tan duro de corazón como pensaba Jamie, pero si le permitía no pagar las consecuencias de su robo, tendría innumerables problemas. Se las arregló para mantener una mirada severa en su atractivo rostro, pero no le resultaba fácil. Su hermano tenía razón. Fiona Hay era muy lista. Pero él tampoco era tonto.

—Veinte cabezas de ganado cuestan mucho dinero, señorita Hay. Debéis estar segura de que lo que estáis ofreciéndome a cambio valga lo mismo, o incluso un poco más. Solo decidme, ¿qué proponéis darme a cambio de mis animales?

—Mi virginidad.

—¡Jesús!

Solo el modo en que los ojos verde oscuro del *laird* se agrandaron levemente dejó traslucir su asombro. Era la propuesta más descarada que había oído jamás. Entonces se dio cuenta de que la muchacha esperaba que él no aceptara su oferta. Obviamente ella suponía que su osadía lo dejaría tan perplejo que no sabría qué hacer y se marcharía, permitiéndole quedarse con su ganado. Mirándola con una sonrisa codiciosa le dijo:

—Acepto vuestra oferta, señorita Hay. Vuestra virginidad a cambio de veinte cabezas de mi ganado. Parece un trato justo, aunque creo que tal vez vos hayáis salido ganando.

¡Había aceptado! Fiona palideció visiblemente por la sorpresa. ¿Qué clase de hombre era aquel, que la había aceptado a ella como pago? ¿Qué clase de idiota era ella al habérsele siquiera ocurrido hacerle semejante oferta? El *laird* de Loch Brae se escupió en la palma de la mano, tendiéndosela luego a la joven para cerrar el trato. Los Hay de la montaña podían no tener dinero, pero tenían palabra. O al menos eso le había dicho siempre su madre. De modo que ahora Fiona no tenía opción para que el nombre de su familia no quedara deshonorado. Luego de escupirse la palma, estrechó la mano del *laird*.

—Trato hecho, milord —le dijo, sin desviar la mirada ni una sola vez, aunque los nervios le retorcían el estómago.

—¡Ay no, Fi! ¡No puedes hacer eso! —gritaron al unísono un par de jóvenes voces.

Las dos chicas se abrieron paso entre los hombres del clan Gordon hasta llegar junto a su hermana mayor. Ambas tenían el cabello castaño rojizo, los ojos ambarinos e idénticas facciones. Su aflicción era más que evidente.

—El trato ya está cerrado, hermanas —dijo Fiona.

—Pero si tú le ofreces a él tu virginidad, ¿quién va a quererte luego como esposa? —preguntó Elsbeth, con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Y si no le doy a él mi virginidad, ¿quién va a quererte como esposa a ti, Elsbeth? ¿Y a Margery? —replicó Fiona—. Me temo que los Forbes y los Innes no os aceptarán sin vuestras dotes. Además, para cuando Jeannie y Morag tengan la seguridad de un buen matrimonio, yo ya seré demasiado mayor para casarme. No me molestaría envejecer aquí en la montaña. —Les dio una palmadita a sus hermanas, consolándolas lo mejor que podía.

—Pero ¿y si te deja embarazada? —preguntó Margery.

—Los Gordon nos hacemos cargo de los nuestros, señorita Hay —la tranquilizó el *laird*—. Si vuestra hermana me da un hijo, no los abandonaré a ninguno de los dos.

Las gemelas rompieron a llorar simultáneamente.

—Flora —dijo la hermana mayor—, lleva a mis hermanas a nuestra habitación y quédate con ellas hasta que yo te llame.

La anciana salió seguida de las dos chicas, alternando regaños con caricias de consuelo mientras se marchaban de la sala.

—Ahora a callar, vosotras dos. ¡Vamos arriba! ¡Avergonzáis a vuestra hermana! Y ella, tan valiente, solo busca vuestra felicidad.

—¿Tam ¿dónde estás? —llamó Fiona al marido de Flora.

—Aquí, señora. —Un anciano se abrió paso a empujones por entre los hombres del clan.

—¿Tenemos suficiente sidra como para saciar la sed de todos estos hombres?

—Sí —respondió él con hosquedad.

—Bajad y salid, muchachos —ordenó el *laird* a sus hombres—. Tam os llevará sidra. Refrescaos mientras la señorita Hay y yo discutimos los detalles de nuestro trato. Tú también, Jamie. —Angus no necesitaba a James apelando a su conciencia.

Cuando todos hubieron salido de la sala, Fiona invitó al *laird* a sentarse junto al fuego.

—No puedo ofreceros vino —le dijo con franqueza—. Solo me quedan dos barriles en el sótano. Los Forbes y los Innes son grandes bebedores.

Él asintió con la cabeza y levantó su copa.

—Con la sidra está bien ¿Las bodas son mañana? —Se acomodó junto al hogar, pero la llama era demasiado pequeña para dar suficiente calor.

—Sí. Colin Forbes va a casarse con Margery y Walter Innes con Elsbeth. A primera hora de la mañana estarán aquí con los hombres de sus clanes y los gaiteros. Un sacerdote de la abadía de Glenkirk vendrá a officiar la ceremonia. No tenemos nuestro propio sacerdote. A mi padre no le gustaban los clérigos, aunque mi madre insistió en traer uno cada vez que dio a luz, para que pudiéramos ser bautizados o sepultados. Cuando ella murió al nacer nuestra Morag, papá no mandó llamar al sacerdote. Morag no está bautizada ni nuestra madre fue absuelta antes de recibir sepultura. Cuando nuestro padre murió yo no mandé buscar al sacerdote, aunque él me rogaba que lo hiciera —dijo con feroz satisfacción—. Le pediré al sacerdote que bautice a Morag mañana luego de que case a mis hermanas. No está bien que ella sea pagana.

—Vos vendréis conmigo al castillo Brae después de las bodas —le dijo el *laird*—. Y también sus hermanitas y sus ancianos sirvientes. No pueden quedarse aquí, Fiona Hay. Me asombra que esta torre aún no se haya desplomado. Todos vosotros estaréis seguros conmigo. —¿En qué diablos se estaba metiendo? se preguntó Angus Gordon. Pero por supuesto que no podía dejar solos a los dos ancianos sirvientes al cuidado de dos niñas en una vivienda a punto de desplomarse sobre ellos.

—Este es mi hogar, milord —dijo Fiona, orgullosa—. Puede que no sea tan lindo como el suyo, pero no voy a abandonarlo. No tenéis derecho a pedirme que lo haga. Os he ofrecido solo mi virginidad. Aunque no sé nada del asunto, creo que solo podéis tomarla una vez.

Angus Gordon no pudo evitar reír. Ella era la mar de descarada. Pero si bien no demostraba miedo, él sospechaba que estaba asustada.

—Ni sueñe, jovencita, que haya desistido de castigaros por lo que habéis hecho, porque no es así, pero ni siquiera la virginidad de una doncella de la familia real vale lo que cuestan veinte cabezas de mi ganado. Regresaréis conmigo a Loch Brae y viviréis allí como mi concubina hasta que yo considere que habéis saldado vuestra deuda —le ordenó—. Soy un hombre justo, Fiona Hay. Vuestras hermanas vendrán a vivir con vos, como así también vuestros sirvientes. A todos se os tratará bien. Cuidaré a vuestras hermanas como si fueran de mi propia familia. Estarán bien alimentadas, porque si son tan flacas como vos y las novias, la buena comida no les vendrá mal.

—¡No necesitamos de vuestra caridad! —gritó Fiona.

—¿Caridad? No, jovencita, nada de caridad. Vos me devolveréis cada penique, os lo prometo. —Acercándose a ella, le tomó la mano, sonriendo ligeramente al ver la sorpresa en la mirada de la joven cuando sus dedos rodearon los de ella—. ¿Qué edad tenéis, Fiona Hay?

—Quince —le respondió ella. Su mano temblaba dentro de la del *laird*.

—¿Cuándo murió vuestra madre? Tengo un lejano recuerdo de ella. Iba a ser la segunda esposa de mi padre. Las gemelas son su vivo retrato, excepto por los ojos castaños.

—Murió al nacer Morag. En aquel momento, me convertí en la mujer de la casa, aunque solo tenía ocho años —relató Fiona—. Nuestro padre murió cuando yo tenía diez años.

Estaba perplejo. Salvo por sus dos ancianos sirvientes, ella había vivido sola aquí arriba y criado a sus hermanas desde que era una niña de diez años.

—¿Cómo os las ingeniasteis para encontrarles marido a sus hermanas?

—El verano pasado fuimos a los juegos³ —le contó—. Allí Anne conoció a Duncan Keith con quien se casó el otoño pasado. Margery y Elsbeth también conocieron entonces a Colin y Walter, pero hasta ahora eran demasiado jóvenes para contraer matrimonio. Creo que trece años es una buena edad para casarse. Anne no vendrá mañana, pues pronto va a nacer su hijo y no hace ni un año que se ha casado. Duncan está muy complacido de que sea tan fértil.

Él le sonrió.

—Vuestra madre también lo fue.

—Sí, pero mamá solo dio a luz a hijas vivas. Sus tres hijos varones nacieron muertos o bien murieron poco después de nacer. Eso fue por la maldición de mi abuela hacia nuestro padre —relató Fiona con solemnidad—. Por eso vos tenéis las cañadas que pertenecieron a mi abuelo Hay. ¿Lo conocisteis vos?

—Sí, ¿vos no?

—Ni mi padre ni mi madre nos permitían ir a la cañada después de que él se llevó a mamá a la fuerza de casa de sus padres —explicó Fiona—. Él decía que nuestro abuelo era un viejo testarudo que no atendía a razones y que preferiría ceder las tierras de los Hay antes que admitir que estaba equivocado. Papá nunca perdonó al abuelo y lo maldijo hasta con su último aliento.

—Ewan Hay nunca perdonó a vuestro padre por raptar a su hija, pero él era también un hombre justo, orgulloso y bueno. Vos le hubierais gustado, jovencita, aunque no creo que aprobara la osadía de vuestro comportamiento.

—¿Y cree que sí aprobaría la audacia del trato que vos habéis hecho conmigo, milord? —preguntó Fiona astutamente—. Puede que yo sea una descarada, pero he hecho lo que tenía que hacer para ocuparme del futuro de mis hermanas. Solo me tienen a mí para que las cuide y proteja.

—Fiona Hay, vuestra bondad no logrará hacerme sentir avergonzado —se burló él—. Debe saber, sin embargo, que no puedo permitir que evadáis el castigo por vuestros delitos contra mí. De lo contrario me expondría a todo tipo de dificultades con nuestros vecinos, quienes me tildarían de demasiado indulgente. Debo ayudar a mantener la paz en esta región

³ Especie de fiesta local al aire libre durante la cual se celebran de manera simultánea todo tipo de concursos (de baile, gaita, etc.) y pruebas deportivas (carreras, lanzamiento de martillo, etc.). (N. de la T.)

hasta que el Rey regrese a Escocia. No puedo hacerlo si la gente piensa que soy un inepto o un cobarde.

—¿Tenemos un rey? —preguntó ella, sorprendida—. Yo creía que nos gobernaba el duque de Albany⁴.

—El era el regente en nombre del Rey, pues desde antes de que usted naciera el rey Jacobo⁵ ha estado prisionero en Inglaterra —explicó él—. Cuando hace dos años murió el Duque, le sucedió su hijo Murdoch, un idiota sin carácter. Aún continúan las negociaciones para repatriar al Rey. Yo he pasado un tiempo con él en Inglaterra. El Rey y yo somos parientes pues las abuelas de ambos pertenecían a la familia Drummond.

Fiona se las arregló para liberar su mano del apretón suave pero firme del *laird*. Se dio cuenta de que el calor de la piel de él le dificultaba pensar.

—¿Y por qué el Rey ha estado en Inglaterra en vez de estar aquí en Escocia, milord? —La curiosidad empezaba a hacerle olvidar sus nervios.

—Porque los ingleses lo capturaron cuando era solo un niño. Verá usted, su padre, el rey Roberto⁶, no era un monarca fuerte. Llegó al trono con más de cincuenta años. Ni su cuerpo era fuerte ni su presencia imponente y su ánimo solía ser taciturno. En realidad no servía para gobernar, pero era un príncipe aceptable y se creyó que lo mejor era coronarlo. Sin embargo, tras la coronación los Lores designaron Gobernador del Reino al conde de Fife, quien era hermano del Rey. Había mucha corrupción y día a día aumentaba la ilegalidad. El Rey, que era un buen hombre pese a su incapacidad para gobernar, finalmente reasumió sus responsabilidades urgido por la Reina, Annabella Drummond, hermana de mi abuela. Durante algunos años intentó gobernar, pero no le resultó sencillo, pues los Lores estaban acostumbrados a salirse con la suya.

«Entonces, dos años antes de morir, la Reina intentó un pequeño levantamiento. Advirtió que su cuñado era peligroso y quiso asegurarse de que su hijo mayor, el príncipe David, heredero del trono de Escocia, estuviera seguro. Así pues se lo nombró duque de Rothesay y Teniente del Reino. Pero como el hermano del Rey se opuso tan tenazmente, este creyó que debía nombrarle duque de Albany. La Reina murió. Luego David Estuardo⁷ murió misteriosamente mientras estaba con su tío.

Temiendo por la vida del príncipe Jacobo, el único hijo que le quedaba, el Rey decidió enviarlo a Francia para mayor seguridad. Desgraciadamente, el barco mercante en el que viajaba el Príncipe fue capturado por los ingleses. El principito fue enviado con el rey Enrique⁸. La conmoción que sufrió al enterarse de la captura de su hijo mató al anciano rey Roberto. El tío de Jacobo, que es quien ahora gobierna Escocia, no se esforzó demasiado por traer de regreso al muchacho, lo cual tal vez fue lo mejor que podía haber pasado. Seguramente habría matado al pequeño Rey. Pero los ingleses lo cuidaron bien.

—¿Entonces ahora el Rey va a regresar a Escocia?

—Sí, va a regresar. Y eso será lo mejor para Escocia, jovencita. El rey Jacobo es un hombre fuerte. Sabrá guiar con mano firme los destinos de su reino.

—No podrá decirle a los clanes qué hacer. A los ancianos jefes no les gusta que nadie les dé órdenes. Mi padre siempre decía que los del sur nunca nos entendieron a los que vivimos en las colinas. Y los de las tierras altas, decía, eran todavía más independientes. A decir verdad, me temo que no hay rey que pueda gobernar a toda Escocia, milord.

⁴ Roberto Estuardo (c 1340-3 septiembre 1420) primer duque de Albany, quien en 1406 se convirtió en Regente de Escocia a la muerte de su hermano mayor el rey Roberto III, padre del futuro rey Jacobo I. (N. de la T.)

⁵ Jacobo I de Escocia (1394-1437). Rey nominal de Escocia desde el 4 de abril de 1406 y rey de hecho entre mayo de 1424 y febrero de 1437. Su reinado abrió un periodo de tregua en los continuos enfrentamientos con Inglaterra, que le sirvió para reforzar el poder real frente a los nobles y reorganizar la administración siguiendo el modelo inglés. (N. de la T.)

⁶ Roberto III de Escocia (1337-1406), reinó entre 1390 y 1406. (N. de la T.)

⁷ Familia reinante en Escocia (1371-1714) y en toda Gran Bretaña (1603-1714). En sus orígenes era una familia noble de Escocia, que se disputaba el poder con los clanes rivales de los Bruce y los Balliol. (N. de la T.)

⁸ Enrique IV de Inglaterra. (1367-1413). Rey de la Casa de Lancaster, reinó entre 1399 y 1413. (N. de la T.)

—El rey Jacobo hará su mejor esfuerzo —dijo Angus, permitiéndose sonreír ante esa valoración, bastante astuta por cierto, del clima político del país. Al parecer, cada año que pasaba, los pueblos del sur y los del norte se apartaban más y más.

El viejo Tam entró trayendo una jarra de sidra. Tras volver a llenar la copa del *laird* y servirle una a su señora, desapareció nuevamente.

—Vos conocéis al Rey —dijo ella en tono meditabundo.

—A los ingleses no les molestaban las visitas, ya que en cierto sentido todos los que íbamos a ver al joven Rey éramos rehenes sujetos al buen comportamiento de Escocia. Íbamos a acompañar a nuestro Príncipe y a asegurarnos de que no se olvidara de su país, pues los ingleses lo habían capturado cuando era muy joven. —De repente cambió de tema—. ¿Dónde voy a dormir esta noche?

—Seguramente no pensaréis vos... —Fiona hizo una pausa, con las mejillas pálidas—. ¡No esta noche!

—¡Jesús, claro que no, muchacha!

Mirándola con atención, le dijo:

—Vos sois astuta, Fiona Hay. Si descubro que no sois virgen, os mataré, os lo prometo. ¿Podéis jurarme que jamás habéis estado con un hombre?

—Soy virgen, milord. Y no soy deshonesto, os lo juro. Es solo que la casa es pequeña. Mis hermanas y yo dormimos en la habitación encima de la sala, mientras que Flora y Tam tienen su cama en la buhardilla encima de nuestro dormitorio. Vos podéis dormir aquí en la sala junto al fuego. No hay otro lugar para vos, excepto el establo. Vuestros hombres pueden descansar allí.

—Os prometo que el compartir mi cama, Fiona Hay, será para vos una experiencia agradable... que no la atemorizará —le dijo con seriedad.

Levantó la cara de la joven hacia él, mirándola insistentemente con sus ojos verde oscuro.

—Sois bonita, pero en absoluto parecida a su madre.

—Dicen que me parezco a mi padre —respondió Fiona—. No es raro, ya que mi madre me contó que fui concebida la misma noche de su matrimonio con mi padre. Ella no lo amaba, sabe, ni él a ella. Solo la quería por sus tierras, pero no las consiguió. A mí sí me amaba, o al menos eso decía, por ser su primogénita. Pero luego, cuando mis hermanas continuaron llegando y mis hermanos muriendo, mi padre se volvió terriblemente cruel. La noche en que nació nuestra Morag, le echó un vistazo y aulló de furia. Aunque mi madre agonizaba, logró juntar fuerzas para reírse de él. Siempre decía que al raptarla, mi padre la había separado del único hombre que ella amó en su vida. Y tan solo para poseer sus tierras. Pero al final ella lo venció y él lo sabía. Creo que mi madre murió feliz, milord.

—Mi padre jamás dejó de amarla —dijo él, soltándole la barbilla.

—Yo podría haber sido vuestra hermana —dijo ella suavemente.

—Pero no lo sois, Fiona Hay. Sois una ladronzuela desafiante que pronto será mi concubina, aunque probablemente nunca sabré qué me llevó a aceptar su oferta. Presiento que podéis causarme muchos problemas y que quizá no los valga. Pero —rió por lo bajo— creo que nunca me aburriré.

—No, milord, no os aburriré.

No estaba seguro de si sus palabras encerraban una amenaza o una promesa y eso lo intrigaba. Poniéndose de pie, estiró su largo cuerpo.

—Debo ocuparme de mis hombres, Fiona Hay. ¿Puedo cenar con vos?

Ella asintió.

—Podéis, milord y vuestro hermano también.

Al encontrar a Jamie, él le transmitió la invitación, pero su hermano la rechazó.

—Quiero ir a Brae y traer a nuestro gaitero para la boda —explicó Jamie.

—Trae también dos toneles de mi mejor vino y dos ovejas listas para asar, muchacho. La señorita Hay no se sentirá avergonzada mañana por no tener lo suficiente para ofrecer a sus

invitados. Si voy a hacerme responsable de la muchacha y de sus hermanas, una recepción pobre afectará a la buena reputación de los Gordon de Loch Brae. Ahora ve y regresa por la mañana, pues los novios llegarán temprano.

Angus Gordon cenó con las hermanas Hay. Era una comida sencilla, estofado de conejo, pan y queso, pero fue servida en una mesa alta⁹ lustrada, en platos de peltre y con cucharas de plata. Para su sorpresa, Fiona, haciendo gala de muy buenos modales, lo había presentado formalmente a las dos futuras novias, Elsbeth y Margery. Y luego, a sus dos hermanitas menores, Jean, de diez años y Morag, de siete. Al igual que las gemelas, Jean tenía cabello castaño rojizo y ojos ambarinos. Su naricita elegante estaba salpicada de pecas.

—¿De verdad vais vos a hacer a mi hermana su concubina? —le preguntó sin rodeos.

—Sí —admitió él divertido, arrastrando el monosílabo. Volviéndose hacia Fiona, le preguntó—: ¿Todas las mujeres Hay son tan descaradas como vos, jovencita?

Le sorprendió mucho notar que Fiona se había ruborizado ante la pregunta de su hermana.

—Jeannie, cuida esa lengua! —la regañó.

—Bueno, Margery dice que vos vais a hacer eso —replicó Jean—. ¿No pensaste que nosotras deberíamos saber una cosa así, Fi?

Fiona ignoró la pregunta y presentó a la más pequeña de sus hermanas.

—Esta es nuestra pequeña Morag, milord.

Morag Hay era simplemente una versión más joven de su hermana mayor. Sus ojos verde esmeralda examinaron al *laird* de Loch Brae. Luego, siguiendo el ejemplo de Jeannie, hizo una cuidadosa reverencia.

—¿Cómo estáis vos, milord? —ceceó de un modo encantador.

—Muy bien, muchachita —le respondió él, encantado.

Morag le obsequió una brillante sonrisa y cuando él le correspondió sonriendo ampliamente, la niña soltó una risita. Era un sonido maravilloso, parecido al del agua saltando sobre las piedrecillas en un día claro y luminoso.

—Morag por lo general no simpatiza con extraños, especialmente si son hombres —observó Fiona, sorprendida—. Para cuando fue capaz de distinguir entre hombres y mujeres, la mayoría de los hombres del clan de mi padre habían regresado a la cañada junto a sus familias.

—Crecí junto a dos hermanas, quienes ahora tienen hijas, aunque menores que la señorita Morag. Me parece que a vuestras hermanitas les va a gustar el castillo de Brae —dijo él—. Está sobre una pequeña isla en el lago, unido a la orilla por una calzada elevada. Las muchachas pueden aprender a nadar y a remar en sus propios botes.

—Habláis vos como si tuviéramos un acuerdo permanente —le dijo Fiona— y no es así, milord.

—Por ahora es permanente. Después, ¿quién sabe? No importa, no creo que vuestro abuelo Ewan Hay aprobara que yo os dejase aquí en la montaña ahora que os he hallado. Creo que si él os hubiera conocido a usted, las cañadas serían vuestras y vos seríais una heredera. Me temo que vuestro padre no solo fue un hombre cruel; sino también un tonto. Podríais estar en peligro ahora que son tantos los que saben que estáis aquí. Keith, Innes y Forbes, los tres saben que vivís aquí en la montaña, solas y desprotegidas, con tan solo dos ancianos sirvientes. Cualquiera de ellos podría atacaros y robaros vuestras tierras, sin importar lo pobres que estas puedan ser. Vos y vuestras hermanas estaréis más seguras conmigo. Mañana me aseguraré de que vuestros cuñados y los hombres de sus clanes sepan que tenéis la protección del *laird* de Loch Brae.

—Me pregunto, milord, quién es más peligroso ¿mis cuñados o vos?

Angus rió. Luego, acercándose a ella, le tomó la mano y se la llevó a los labios.

⁹ *High borrad* en el original. Mesa situada sobre una plataforma, reservada para las personas de mayor importancia o jerarquía. (N. de la T.)

—A su debido tiempo, Fiona Hay, descubriréis la respuesta a esa pregunta. Por ahora, solo os pediré que confiéis en mí.

Le besó la mano, dándose la vuelta para apretar sus labios sobre la palma, sin dejar de mirarla a los ojos.

El gesto le causó a Fiona el mismo efecto que un golpe en el estómago: se quedó sin aliento y de repente sintió a su corazón dar un brinco para luego empezar a palpar salvajemente en sus oídos. Retiró la mano, sobresaltada.

Él dibujó lentamente una sonrisa.

—No temáis, muchachita —murmuró de modo que solo ella pudiera oírlo y no se sintiera avergonzada—. No os haré daño. Nada más lejos de mis intenciones.

Esa mañana quería colgar a quien le había robado su ganado, pensó, repentinamente perplejo por cómo se había suavizado su actitud. Y ahora solo deseaba cubrirle la cara de besos. ¿Qué brujería estaría poniendo en práctica con él esta muchacha? Habían hecho un trato muy osado que él planeaba hacerle cumplir. Ella pagaría en su totalidad por el ganado que con tanta audacia había robado de su pradera. Fiona Hay no podría escapar de la cama de Angus Gordon.

Fiona se levantó apresuradamente de la mesa y llevó a sus hermanas al dormitorio en el piso de arriba.

—Tendremos que despertarnos temprano para bañarnos. No iréis al encuentro de vuestros esposos sin estar limpias —agregó, mirando a las futuras novias.

—Es muy guapo —comentó Elsbeth mientras la puerta del dormitorio se cerraba tras ellas.

—¿Quién? —preguntó Fiona.

Elsbeth río.

—El *laird*, tontuela.

—Tiene la mirada de un granuja —dijo Margery en tono remilgado.

—A mí me gusta —dijo Morag.

Jean tenía un aire meditabundo.

—Me pregunto si nos va a dar nuestros propios ponis. Va a gustarme vivir en el castillo Brae.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Ni siquiera has visto el lugar —dijo Fiona.

—Será un lugar caliente y seco y comeremos todos los días —dijo Jean, con practicidad—. ¡Va a gustarme!

Fiona se sintió culpable ante las palabras de la chiquilla, pero luego se dijo que no debería. Había hecho cuanto había podido por sus hermanas, especialmente en los años que siguieron a la muerte de su padre. Pero también era verdad que Jeannie siempre estaba hambrienta y quejándose por eso, mientras que las demás, si también tenían hambre nunca habían gimoteado ni dado ningún problema.

—Lavaos la cara y desvestíos —les ordenó a las muchachas—. La mañana llegará antes de lo que esperáis y habrá que conseguir agua y calentarla para bañarnos. Elsbeth, Margery ¿habéis preparado vuestros cofres?

—Sí —dijeron a coro las gemelas.

—Entonces ocupaos de las pequeñas, y luego, a la cama. Antes de irme a dormir debo asegurarme de que el *laird* esté bien instalado y cómodo —les dijo Fiona, apresurándose a salir de la habitación antes de que pudieran empezar a molestarla de nuevo.

—Está renunciando a muchas cosas por nosotras —dijo lentamente Margery—. No sé si está bien que la dejemos hacerlo.

—Y si no la dejamos, ¿qué nos sucederá al resto de nosotras? —preguntó Jean, con mucha más sensatez de la que cabría esperar de alguien de diez años—. Moriremos solteronas aquí en la montaña. No, mañana vosotras dos os casaréis con vuestros novios porque Fi quiere que sea así. Luego nos iremos a vivir al castillo Brae. Si Fi complace al *laird*, él probablemente encuentre buenos esposos para Morag y para mí.

Preocupada, Margery preguntó:

—Pero ¿qué pensaría mamá de un acuerdo como el que ha hecho Fi?

Jean lanzó un bufido.

—Mamá hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir a pesar de nuestro padre y Fi hará lo mismo para vivir con el *laird*.

—Qué sabrás tú de eso —replicó Elsbeth— si ni siquiera puedes recordar a nuestra madre, pues cuando murió apenas tenías tres años.

—No, no la recuerdo —admitió Jean—, pero Flora siempre dice que Fi tiene un carácter muy parecido al de mamá, aunque físicamente se parezca a nuestro padre.

—¿Y vosotras conocisteis a mamá? —preguntó Morag en voz alta mientras Margery se limpiaba un resto de estofado de la cara.

—Mamá murió cuando tú naciste —dijo Margery.

—¿Por qué? —quiso saber Morag. Siempre lo preguntaba, aunque ya sabía qué iban a responderle.

—Porque Dios la quería en el cielo, Morag querida —respondió Elsbeth con ternura.

Margery le quitó el vestido a la pequeña, dejando que Morag, en camisa, se metiera a la cama grande que compartía con las gemelas y se acomodara en el medio como de costumbre.

—Ahora cierra los ojos y duérmete. Mañana será un gran día para todas nosotras.

Las otras tres muchachas terminaron de lavarse y, vestidas solo con camisas, se acostaron.

—Dejaré la vela encendida para que Fi no se tropiece —dijo Jean, acurrucándose en la cama que compartía con Fiona.

En la sala, Fiona se encontró con que habían quitado la mesa, pero no vio por ninguna parte a sus dos ancianos sirvientes. Supuso que ya debían de haber subido a la buhardilla a dormir. Plegó los postigos de madera que cubrían un espacio para dormir empotrado en la pared cerca de la chimenea y colocó allí un colchón de plumas que había arrastrado fuera de un arcón, una almohada y un cubrecama.

—Cuando queráis dormir, milord, este lugar es cómodo —le dijo al *laird*.

—¿Entonces vos ya habéis dormido allí? —bromeó él.

—Sí —dijo ella bruscamente—. Cada vez que nuestro padre quería estar con mamá, nos enviaba a dormir a la sala. Hasta mañana, milord.

Fiona subió a la carrera las escaleras hacia su dormitorio.

Mirándola marcharse, él se puso a pensar en lo extraña que era la muchacha. Descarada y osada, indudablemente, pero también leal y protectora con quienes amaba. Daba la impresión de no haber soportado demasiado a Dugald Hay, su padre, pero en realidad eran pocos los que habían tolerado al Hay de la montaña. No había sido un hombre muy querido, particularmente después de haber violado y forzado al matrimonio a Muire Hay, quien antes de aquello era la prometida de Robert, el padre de Angus Gordon. A partir de entonces Dugald se había mantenido apartado del resto del mundo, engendrando un niño tras otro en su infortunada esposa, en un intento desesperado por ganarse las tierras de su suegro, ya que estas solo serían suyas si él y Muire tenían un hijo varón. ¿Cómo había sido en los años que siguieron a la muerte de Muire? ¿Cómo habría afectado eso a sus hijas, en especial a la impetuosa Fiona?

Sonrió. Ella realmente era muy hermosa. Disfrutaría iniciándola en las artes amatorias. Aunque antes había cuestionado su virtud, sabía perfectamente que ignoraba por completo lo que podía suceder entre un hombre y una mujer. Cuando murió su madre, ella era demasiado niña para saber de esas cosas y era improbable que Dugald Hay le hubiera enseñado algo de eso a su hija. ¿Improbable? ¡Era impensable!

Al día siguiente por la noche estarían seguros en el castillo Brae. Al día siguiente por la noche la haría suya ¿Por qué lo excitaba tanto ese pensamiento? Acababa de conocerla. Era prácticamente una desconocida. Aun así deseaba poseerla, saborear esa boca que le recordaba a una fruta madura, acariciar su carne clara y sentir debajo del suyo ese cuerpo flexible. El *laird* de

Loch Brae se metió en la cama y, no sin alguna dificultad, se sumió finalmente en un sueño agitado.

Despertó lentamente y notó que aún estaba oscuro, aunque el trozo de cielo que veía desde la ventana de la torre ya se estaba tornando gris. Oyó sonidos apagados en la sala, vio sombras moviéndose de un lado a otro. Alargando la mano para asir su espada, esperó para ver quiénes eran los intrusos y qué podían querer en este lugar tan pobre. Entonces oyó una repentina risita, seguida de un autoritario *Shh* y se dio cuenta de que no se trataba de intrusos, sino de las hermanas Hay.

Desde su cama observó sus esfuerzos para maniobrar con una gran tina de roble que sacaron de un rincón en el otro extremo de la sala, donde estaba guardada, empujándola y arrastrándola por la habitación hasta colocarla frente al fuego. Entonces se abrió la puerta que daba a la sala y las vio acarrear desde el pozo que había fuera un cubo de agua tras otro y, tras calentarla sobre el fuego en una caldera de hierro, verterla en la tina hasta que esta por fin estuvo llena como Fiona quería. Dos de las muchachas arrastraron un biombo desde otro recoveco y lo colocaron alrededor de la tina.

—Elsbeth y Margery primero —oyó decir a Fiona. Luego se sucedieron numerosos susurros y risitas detrás del biombo mientras, a su turno, cada una de las hermanas se bañaba en la tina de roble.

Angus Gordon permaneció acostado tranquilamente, disfrutando de los sonidos desde la tibieza de la cama mientras ardía un fuego recién encendido. Él también venía de una familia grande. Además de Jamie, el más joven de sus hermanos, tenía otro, Robert, dos años menor que él y dos hermanas, Janet y Meggie. Su madre había sido Margaret Leslie, la hija del *laird* de Glenkirk. Había dado a luz a sus hijos en un período de ocho años y al igual que Muiré Hay, había muerto durante el parto. Qué extraño, pensó, que tanto él como Fiona Hay fueran los hijos mayores y hubieran perdido a sus madres cuando tenían tan solo ocho años. Al menos su padre había vivido hasta que él se convirtió en un hombre, pensó agradecido Angus. Había sido un buen hombre que lloró mucho a la esposa que había amado y perdido y a la hermosa Muiré Hay, a quien también había amado... y perdido de un modo igualmente cruel.

—Todas vosotras, arriba —oyó a Fiona ordenarles a sus hermanas—. Yo iré enseguida. ¡Bien, Flora, ya estás levantada! ¿Ya está horneado el pan? Dales a las muchachas una hogaza, un poco de mantequilla y miel antes de que se vistan. Yo también quiero bañarme.

—¡Ay, Fil! ¿Miel? Este sí que es un día de fiesta —oyó decir a Jean con entusiasmo.

La sala quedó en silencio. Desde detrás del biombo llegaba el sonido de los chapoteos. Podía oír a Fiona tarareando suavemente. Deslizándose fuera de la cama se calzó las botas y se envolvió el kilt¹⁰ alrededor de su cuerpo delgado. Necesitaba orinar, pero primero le daría los buenos días a su anfitriona. Simplemente era demasiado irresistible. Atravesando la sala a grandes zancadas, rodeó el biombo.

—Buenos días, señorita Hay —dijo alegremente.

Los ojos verde esmeralda miraron hacia arriba con un ligero sobresalto, pero sin hacer alboroto.

—Buenos días, milord. Me imagino que os hemos despertado, pero ya era hora —dijo ella calmadamente. Luego se lavó la cara. Solo los hombros y la parte superior del pecho eran visibles, pues la tina era profunda y estaba bien llena.

Lo invadió el impulso más increíble ¡Quería sacarla de la tina con el cuerpo goteando y besar sus labios rojo cereza! Deseaba quitarle las horquillas que aseguraban sobre su cabeza el cabello negro y dejarlo caer sobre los hombros mojados, donde podría hundir la cara en la masa

¹⁰ Falda escocesa, la prenda más típica de Escocia, con la peculiaridad de que la visten los hombres. Cada clan tenía su propio color de kilt. (N. de la T.)

suave y fragante de su cabellera. Luego quería llevarla a la oscura seguridad de la cama que él acababa de dejar y hacerle el amor hasta que ella gritara de placer.

En cambio, se inclinó amablemente, diciendo:

—Habéis sido una anfitriona muy cortés, señorita Hay y os agradezco vuestra hospitalidad. Espero que no os ofendáis, pero quiero corresponder a esa hospitalidad. Envié a mi hermano de regreso al castillo Brae en busca de dos ovejas enteras para asar y algunos toneles de vino. Para cuando los hayan terminado —le dijo con una sonrisa— los Forbes y los Innes estarán tan borrachos que tendrán suerte si encuentran el camino de regreso desde la montaña hasta sus propias tierras.

—Es muy generoso de vuestra parte, milord —reconoció Fiona mientras se frotaba el cuello vigorosamente—. Serviré primero vuestro vino, pues seguramente es mejor que el vino mediocre que tenía mi padre en su bodega ¿Me pasaríais mi toalla, por favor? —le pidió con dulzura.

«Vaya con la pequeña arpía», pensó, en parte divertido, mientras cumplía con la petición. Él había tenido la intención de provocarla, pero ahora ella le estaba devolviendo la gentileza. ¿En verdad iba a salir del agua turbia de la tina en presencia de él? Decidió esperar y averiguarlo.

Colocando la toalla cuidadosamente ante ella, de modo que él no pudiera vislumbrar en absoluto sus encantos, Fiona se puso de pie y se envolvió en la tela ajustándola alrededor de su cuerpo. Luego, con la gracia y dignidad de una joven reina descendió los angostos escaloncitos que iban de la tina al suelo de la sala.

—Gracias por vuestra ayuda, milord —se burló gentilmente, al tiempo que se volvía y echaba a correr escaleras arriba con sus esbeltas piernas blancas hacia el dormitorio que compartía con sus hermanas. Al llegar al descanso, miró hacia abajo y le sacó la lengua.

El *laird* de Loch Brae rompió a reír.

—Pagaréis por ese insulto, señorita Hay —aseveró, agitando el puño en dirección a ella. Salió al claro delante de la casa y se encontró con sus hombres preparándose para la boda.

Obviamente, James había regresado. Se habían cavado en la tierra dos hoyos poco profundos y las ovejas ya se estaban asando lentamente en los espetones colocados sobre las llamas. Angus Gordon se metió en el bosque vecino a la torre para orinar, pero aún después de haberlo hecho, su masculinidad aún estaba hinchada y sensible. Soltó una maldición por lo bajo. ¿Cómo podía ella afectarlo de tal modo, cuando prácticamente no la conocía? Nunca su deseo se había despertado como ahora. Tendría que aplacar esa lujuria inmediatamente o ella lo enloquecería. Agradeció a Dios que ella fuera demasiado joven e inocente como para comprender el efecto que estaba produciendo en él.

A media mañana, el sacerdote había llegado desde la abadía de Glenkirk. Lo primero que hizo fue bautizar a Morag Hay. Luego fue hasta el cementerio de los Hay y oró sobre las tumbas de Muire y Dugald Hay. Se oyó el sonido estridente de las gaitas subiendo la montaña, primero desde una ladera, luego desde la otra. Elsbeth y Margery casi no podían contener su excitación. ¿Cuál de los clanes llegaría antes a la cima de la montaña? ¿Los Forbes o los Innes? Sin embargo, para evitar cualquier enemistad se había acordado previamente que ambas familias entraran marchando juntas al claro delante de la torre Hay. Los Forbes, ataviados con su tartán azul y verde con una sola raya blanca, habían llegado desde una ladera. Los Innes habían subido por la otra, vestidos con su tartán cuyo diseño, más complicado, combinaba rojo, negro y verde con finas rayas amarillas, blancas y azules. Cada clan venía con su gaitero, que junto con el de los Gordon, a quien James había traído, hicieron resonar la montaña con una música salvaje y bulliciosa como no se había oído jamás por allí.

Fiona Hay salió de la casa, vestida con una falda de fino terciopelo verde y una blusa de lino blanco, con el tartán rojo y verde de los Hay cruzándole el pecho y sobre su cabeza oscura una pequeña boina de terciopelo verde adornada con una pluma de águila. Llevaba sobre el

hombro la insignia de jefa del clan Hay y prendida a la boina, una ramita de muérdago, planta que era el símbolo de su familia.

—Doy la bienvenida a quienes van a convertirse en mis parientes —dijo—. ¿Habéis venido en paz?

—Así es —dijeron a coro los Forbes y los Innes.

—Entrad a la casa, entonces, para que podamos celebrar las uniones matrimoniales entre nuestras familias.

Los hizo pasar a la sala. El lugar estaba limpio y con un fuego crepitante en la chimenea. Los toneles de vino de los Gordon se alineaban sobre un costado de la sala. La mesa alta relucía a la luz de las velas. Los hombres de los clanes se agolparon para entrar a la sala, mezclándose los *plaids* de los Forbes, los Innes y los Gordon. Los padres de ambos novios notaron de inmediato la presencia del *laird* de Loch Brae y se apresuraron a presentarle sus respetos, pues era el jefe más importante de la región. Se preguntaban qué hacía allí. Entonces ambos recordaron que Angus Gordon había heredado las cañadas que habían pertenecido al abuelo materno de las hermanas Hay. Quizá el *laird* se sentía de algún modo responsable porque las muchachas habían sido tan injustamente desheredadas y había venido a la boda a limar asperezas.

Andrew Innes presentó a su hijo Walter al *laird*. Luego Douglas Forbes le presentó al suyo, Colin. Angus Gordon se comportó amablemente, deseándoles a ambos muchachos una vida larga y feliz junto a sus futuras esposas y, por supuesto, muchos hijos.

El jefe de los Innes, más audaz que sus compañeros, preguntó:

—¿Qué lo trae a la montaña Hay, milord? No sabía que vos conocierais a las hijas de Dugald Hay.

—La señorita Fiona me compró el ganado que vuestros hijos van a recibir como dote —dijo afablemente Angus Gordon—. He decidido ocuparme del bienestar de las hermanas Hay a partir de ahora, Andrew Innes. No llevan una vida fácil, aunque admito que la señorita Fiona ha cuidado bien de sus hermanas hasta ahora. Pero estaban más seguras cuando nadie sabía que vivían aquí en la montaña. Ahora, sin embargo, temo por ellas. Hoy me llevaré conmigo al castillo Brae a la señorita Fiona, a Jean y a Morag y dejaré a mis hombres en la montaña para cuidar de esta propiedad.

—¡Excelente idea, milord! —dijo jovialmente Douglas Forbes, dirigiéndole a Andrew Innes la sonrisa de alguien pagado de sí mismo.

El jefe de los Forbes sabía que Innes, quien había enviudado recientemente, planeaba cortejar a Fiona Hay ese mismo verano, con miras a anexar a sus propias tierras las de la montaña. *Y no tenía intenciones de aceptar un no como respuesta.* Douglas Forbes soltó una risita entre dientes al ver a Andrew Innes tan hábilmente frustrado. No le gustaba la idea de que un Innes se apoderara de la montaña y sus tierras pero él tenía esposa y todos sus hijos estaban casados.

El sacerdote de la abadía de Glenkirk anunció que estaba listo para dar comienzo a la ceremonia. Fiona Hay condujo a sus hermanas escaleras abajo, colocando la mano de Elsbeth en la de Walter Innes y la de Margery en la de Colin Forbes. Las gemelas, al igual que su hermana mayor, estaban ataviadas con faldas de terciopelo verde y blusas de lino. Ninguna de ellas llevaba capa ni boina. En cambio iban con el cabello suelto para simbolizar inocencia y virtud. En las manos llevaban ramilletes de flores silvestres que Jean y Morag habían juntado para ellas esa mañana temprano. El sacerdote ofició una sola ceremonia para ambas parejas. Cuando finalmente los declaró marido y mujer, cada novio colocó cuidadosamente su propio tartán en forma de banda a través del pecho de su esposa, prendiéndolo al hombro de la muchacha con un broche de peltre. El de Margery estaba adornado con un trozo de jaspe verde y el de Elsbeth, con ágata negra. Mientras las gaitas volvían a sonar, las jóvenes parejas se besaron y en la sala resonaron las felicitaciones.

Fiona notó agradecida que varios de los hombres del clan Gordon estaban ayudando a sus dos ancianos sirvientes a servir el vino a los invitados. Los recién casados se acomodaron

alrededor de la mesa alta. Para los demás había caballetes abajo. Los platos se llenaron de cordero, pan fresco, mantequilla y queso. Las copas parecían no vaciarse nunca. Cuando se acabó la comida pero aún quedaba vino, los caballetes fueron retirados nuevamente hacia las paredes de la sala. Se colocaron unas espadas cruzadas sobre el suelo y cuando las gaitas empezaron a sonar, el *laird* de Loch Brae bailó para entretener a los invitados, moviéndose ágilmente entre las espadas, lentamente al principio, pavoneándose luego cada vez más rápido hasta que la danza llegó a su fin. Con un grito, ambos novios lo siguieron. La sala retumbaba con las muestras de buena voluntad y alegría.

—Vos bailáis con mucho aire, milord —le dijo Fiona—. Hoy habéis contribuido de muchas maneras y os estoy muy agradecida por eso. Creo que sin vos esta boda nunca hubiese salido tan bien.

Angus Gordon asintió con la cabeza, agradeciéndole el reconocimiento y luego dijo:

—Ese tonto de Andrew Innes la desea. ¿Lo ha notado, señorita?

—A mí no, milord —rió Fiona—. Desea mis tierras de la montaña. Eso es todo.

—¡Entonces es un idiota, Fiona Hay, pues valéis mucho más que las tierras que cree que él codicia! ¡Y esta noche será mía!

El deseo enronquecía su voz y maldijo en silencio su franqueza con ella. Si seguía así, la muchacha pronto se daría cuenta del poder que tenía sobre él.

Ella percibió la sed en su voz, una sed que no llegaba a comprender. ¿Sed de qué? Era tan intensa, sin embargo, que le hizo correr un estremecimiento por la espalda. Cerró los ojos por un instante para recobrar la compostura. No era que él la asustara, no. En cambio la excitaba con la promesa tácita de algo maravilloso que le reservaba el futuro. Probablemente debería sentirse muy avergonzada de sí misma, pensó Fiona, pero no era así. Había cerrado un trato escandaloso con este hombre, pero ¿qué más podría haber hecho si quería que estos casamientos se realizaran? Había hecho lo correcto. Lo que le sucediera a ella no importaba. Fiona se pondría a sí misma un precio alto, pues si iba a ser la concubina del señor de Loch Brae, Jeannie y Morag conseguirían mejores maridos. Junto al lecho de muerte de su madre, le había prometido cuidar de sus hermanitas y era eso lo que había hecho.

Eran las dos de la tarde, hora de que las novias partieran con sus nuevos esposos. Los hombres de sus nuevos clanes cargaron los cofres con los vestidos y ropa blanca de las flamantes esposas. Fuera de la casa, Fiona le entregó cuatro cabezas de ganado a cada uno de sus cuñados diciendo:

—La dote, pagada en su totalidad.

Ellos aceptaron el ganado, asintiendo con la cabeza para expresar su conformidad. El gaitero de cada clan empezó a tocar, abriendo la marcha y luego los Forbes y los Innes partieron, bajando cada uno por su lado de la montaña y arreando los animales delante de ellos. Las novias abrazaron a Fiona, Jean y Morag y luego se marcharon felices, del brazo de sus flamantes esposos. Las otras tres hermanas Hay permanecieron de pie junto a Flora y Tam hasta que el sonido de las gaitas se hubo apagado por completo. Justo entonces notaron que el día estaba gris.

Flora se sorbió ruidosamente la nariz, enjugándose con el delantal los ojos húmedos.

—Que Dios proteja a mis niñas —sollozó.

—Ya, mujer —dijo su marido en tono áspero, pero Flora lo interrumpió.

—¡No me regañes, Tam Hay! —dijo impetuosamente—. ¡Estás tan acongojado como yo, no intentes negarlo!

Los hombres del clan Gordon estaban empezando a reagruparse en el claro delante de la torre.

—Es hora de que nosotros también partamos —le dijo Angus Gordon a Fiona Hay y luego se volvió hacia los ancianos sirvientes—. Preferiría que os quedarais aquí esta noche. Preparad las pertenencias de las muchachas y mañana mi hermano regresará con los hombres para llevaros a Brae.

—Sí, milord —dijeron a coro, aceptando su autoridad y Flora hizo una reverencia.

—¿Se puede ir caminando hasta Brae al caer la noche? —preguntó Fiona.

—Jamie ha dejado los caballos al pie de la montaña —le dijo el *laird*—. ¿Habéis montado alguna vez?

—El pony, pero no muy a menudo —admitió Fiona—. Me gustaría aprender a montar de verdad, milord ¿Me enseñaréis?

—Sí, muchacha —le prometió él, tomándole la mano—. Os enseñaré a montar todo tipo de animales muy pronto. Ahora venid y vayámonos a casa, a Brae. —Se volvió y llamó a las dos niñas—: Jeannie, Morag, estamos listos para partir. Seguidnos de cerca y no vayáis a perderos entre los árboles.

—¿Regresaré aquí alguna vez, milord? —preguntó Fiona, repentinamente no tan segura de sí, por primera vez. ¿Había sido apenas el día anterior cuando él había entrado en su vida? De alguna manera le parecía que eso había ocurrido hacía mucho más tiempo.

—Como la hija mayor de Dugald Hay, la montaña os pertenece, muchacha —la tranquilizó él—. Yo la cuidaré en vuestro nombre y también os mantendré seguras a vos y a vuestras hermanas, pero antes tenemos que saldar una pequeña deuda: las ocho cabezas de ganado que han bajado la ladera de la montaña con los Forbes y los Innes y las cuatro que se fueron con los Keith el otoño pasado. ¿Estáis lista para cumplir con vuestras obligaciones, jovencita?

—Sí —dijo ella con lentitud y su corazón se aceleró ligeramente mientras él le apretaba la mano.

Capítulo 2

Fiona nunca había ido más allá de la cañada Hay, un pequeño valle que separaba las montañas de Brae de su propia torre en la montaña. Habían bajado la cuesta arbolada hasta la cañada, donde aguardaban los caballos. El *laird* había ordenado despreocupadamente que dos de sus hombres llevaran a Jean y Morag en sus monturas. La pequeña Morag había ido, con los ojos muy abiertos, con un hombre del clan, grandote y de barba roja llamado Roddy, quien levantó a la niñita y, dándole un beso en la mejilla, la sentó delante de él. Jean Hay, sin embargo, eligió a su compañero.

—Llévame contigo, Jamie —le dijo persuasivamente al hermano del *laird*, mirándolo con su sonrisa más encantadora.

—¿Y que todas las muchachas del castillo Brae se rían de mí por llevar a una niña como tú? No me parece buena idea, Jeannie Hay.

James Gordon tenía diecisiete años y se sentía todo un hombre.

—Entonces tendré que ir andando todo el camino hasta el castillo Brae, pues no montaré con ningún otro, Jamie —le respondió Jean audazmente, sin mostrarse desanimada en absoluto por su brusco rechazo o por el hecho de no tener más que diez años.

—Súbela contigo, Jamie —le ordenó Angus Gordon severamente a su hermano—. No tenemos tiempo para detenernos aquí a discutir. —Se agachó y levantando a Fiona la sentó delante de él en la silla de montar—. ¿Estáis cómoda?

—Sí —dijo ella asintiendo con la cabeza mientras echaban a andar. Nunca antes había estado tan cerca de un hombre. El brazo duro, sujetándole firmemente la cintura estrecha era desconcertante, pero más aún la confundía el que solo se sintiera cómoda reclinando la cabeza contra el hombro de él. Contra la mejilla, el cuero de su chaleco era suave y compensaba con su frescura el calor que ella sentía en la cara.

—Si no respiráis, Fiona Hay —le dijo él mientras cabalgaban— pronto os desvaneceréis. No hay nada que temer, jovencita.

Luchaba contra el impulso de besarle la cabeza cubierta con la boina de terciopelo que ella llevaba como jefa de su clan. ¿Qué diablos le ocurría?

—No os tengo miedo, Angus Gordon —replicó ella—. Simplemente me siento sobrecogida por tantos lugares y experiencias nuevos. Nunca había ido más allá de la cañada, excepto el año pasado para los juegos. Nuestro padre no quería enfrentarse con nuestro abuelo. —Tomó una profunda bocanada de aire, lo soltó con fuerza y tras alzar la cabeza hacia la cara de él, dijo riendo—. ¡Mucho mejor!

—¿Tiene idea de a qué habéis accedido, Fiona Hay? —preguntó él, repentinamente abrumado por una sorprendente oleada de culpa. Ella no era simplemente la hija de un campesino. Era una doncella de buena familia. Pese al robo, él había hecho tan mal en aceptar su descarada propuesta como ella al sugerir siquiera semejante forma de pago. Aunque de no haber aceptado, hubiera quedado como un tonto ante sus hombres... y ante todo el mundo. Ahora, sin embargo, estaba pensándolo de nuevo.

—Decidme exactamente a qué he accedido, Angus Gordon —le pidió Fiona. —. De verdad, jamás he estado con un hombre. Nunca he besado a uno. Sé que la virginidad es la posesión más preciada de toda mujer. Sé que cuando la pierde fuera del matrimonio, una muchacha no es considerada pura. Me doy cuenta de que si me entrego a vos, ya no seré digna de convertirme en la esposa de ningún hombre, pero no me importa. Le prometí a mi madre en su lecho de muerte que me ocuparía de casar bien a mis hermanas. Mis hermanas han sido muy afortunadas al enamorarse de los hombres con quienes se han casado. Mi madre insistió en que no las empujara a matrimonios sin amor. —Respiró hondo—. Ahora, decidme qué es lo que me espera.

Lo impresionó la sencilla franqueza de sus palabras, dichas sin remordimiento alguno y sin rastro de autocompasión. Advirtió que Fiona Hay era tan orgullosa como él. Ella insistiría en cumplir el trato que habían hecho. Sospechaba que nunca admitiría haberle robado su ganado, pero su inocente voluntad de cumplir con la obligación contraída surgía de una honradez innata. Solo el profundo deseo de Fiona de mantener su promesa a la desesperada y agonizante Muire había llevado a la muchacha a robarle los animales. Él debería haberse ocupado del bienestar de las jóvenes nietas de Ewan Hay antes de anexar tan despreocupadamente la cañada a los dominios de los Gordon. De haberlo hecho, quizá esta situación jamás se hubiese presentado.

—¿Y, milord? —preguntó ella, mirando ansiosa el atractivo rostro de Angus.

—Entre las piernas —comenzó él, lentamente—, tenéis una hendidura. Yo uniré mi cuerpo al vuestro a través de esa hendidura.

No sabía de qué otra manera explicárselo. No estaba seguro de que hubiera otra forma.

Fiona parecía un tanto confundida.

—¿Y cómo? —inquirió ella—. ¿Cómo uniréis vos vuestro cuerpo al mío, Angus Gordon? Sin duda hay algo que no estáis diciéndome. —Se le escapó una risita—. Supongo que hablar de esto es tan difícil para vos como para mí. Me imagino que nunca antes habréis tenido que darle semejante explicación a una muchacha.

Él rió, casi aliviado por el enfoque práctico que la joven le daba a todo el asunto.

—No, querida. Nunca he tenido que explicar a una doncella lo que se hace en la alcoba. Y tenéis razón, he olvidado algo. Estaremos unidos por un apéndice que todos los hombres tenemos la bendición de poseer.

—Creo que algo he oído sobre esa cosa —dijo Fiona, pensativa—. ¿Es algo a lo que llaman virilidad?

—Sí —respondió él—. ¿Y dónde ha oído hablar de eso?

—Cuando nuestra hermana Anne se casó con Duncan Keith, luego de unos meses vino a contarnos que tendría un niño para la próxima fiesta de Lammas¹¹. Le pregunté si aún era feliz con su esposo. Ella dijo que sí, que Duncan tenía una virilidad muy buena, que la hacía feliz. Le pregunté qué era aquello de la virilidad, pero Annie solo rió. Dijo que las doncellas no sabían ese tipo de cosas y que cuando me casara habría tiempo suficiente para aprender sobre virilidades.

—Por el momento os he contado suficiente —dijo Angus—. Aprenderéis con la práctica, Fiona Hay, pero os prometo que no seré brusco con vos. Hay hombres que disfrutan siendo crueles, pero yo no soy uno de ellos.

Cuando finalmente llegaron a la orilla del lago Brae, Angus Gordon detuvo el caballo para que ella pudiese apreciar la belleza del castillo. Amaba profundamente su hogar, del que nunca se cansaba y le hacía feliz permanecer allí.

—El castillo Brae —anunció.

Fiona contuvo el aliento, maravillada. En su vida había imaginado un lugar tan hermoso.

¹¹ 1 de febrero, fecha de la festividad religiosa de la primera cosecha, en la que se ofrecía en misa pan hecho con trigo recién cosechado, en acción de gracias. (N. de la T.)

El castillo Brae había sido construido en el año 1295, durante el reinado de John Ballio¹². Ese infortunado monarca había jurado fidelidad al soberano inglés, Eduardo I¹³, más conocido en Escocia como el Martillo de los escoceses. Se alzaba sobre una isla cerca de la margen norte de un lago interior. Este era considerado pequeño en comparación con los lagos más famosos de Escocia, pero con casi dos kilómetros y medio en su parte más ancha y casi seis kilómetros y medio de largo, era lo suficientemente grande como para servir de protección.

La isla estaba unida a la orilla por un puente de madera. El constructor del castillo originalmente había pensado en hacer el puente con la misma piedra de la que estaba hecho el castillo pero, según contaba la leyenda, su esposa le había hecho notar que, en caso de ataque, un enemigo podía marchar con facilidad sobre un buen puente de piedra y llegar a las puertas mismas del castillo, mientras que a un puente de madera podía prendérsele fuego, dificultando el acceso del enemigo a la isla.

La zona entre el puente y el castillo propiamente dicho se mantenía como un campo llano. No había árboles ni arbustos detrás de los cuales pudiera ocultarse un intruso. La orilla no tenía una playa arenosa sino muy rocosa, lo que hacía difícil llegar a tierra, a menos que uno viniera por el puente mismo o en bote hasta el pequeño desembarcadero que había sobre el lado sur del castillo, custodiado día y noche.

El *laird* guió a su caballo siguiendo un recodo en la orilla y luego cruzó el puente que conducía al castillo. Tan pronto como los caballos de los hermanos Gordon entraron chapoteando al patio de piedra, los mozos de cuadra vinieron a ocuparse de ellos. El *laird* se apeó, bajando a Fiona y depositándola cuidadosamente de pie en el suelo. Luego bajó del caballo de Roddy a la pequeña Morag, quien ya estaba semidormida. La cabeza de la niñita cayó pesadamente contra el hombro de Angus Gordon, quien se la entregó a una joven criada que se había apresurado a salir de la casa, indicándole dónde debía acostarla.

—Jean compartirá la habitación con ella —le dijo a Fiona, quien miró alrededor buscando a su otra hermana.

Jean aún no bajaba del caballo de James Gordon.

—¿No me ayudarás a bajar, Jamie? —preguntó suavemente, mirándolo con una expresión dulce y seductora en sus ojos ambarinos.

El joven se puso como un tomate y apretando ostensiblemente los dientes la tomó en brazos, depositándola en el suelo.

—¿Qué edad tiene esta niñita? —le preguntó a Fiona.

—Diez —respondió ella—. ¿Por qué lo preguntáis?

—No puede tener diez —refunfuñó enfadado—. Y si así fuera, está poseída por el espíritu de una cortesana experimentada. No creeríais vos las cosas que me ha dicho mientras cabalgábamos montaña abajo.

—Jeannie! —gritó la hermana mayor, escandalizada por las palabras del joven—. ¿Qué has hecho? ¿Qué le has dicho a James Gordon?

—Solo le dije que cuando yo sea mayor quiero acostarme con él —respondió dulcemente Jean Hay—. Es muy guapo, ¿no crees, Fi?

—Jean Hay, permanecerás casta hasta que yo encuentre un buen esposo para ti —le dijo su hermana con la mayor severidad.

—Ay, no tengo intención de ser su concubina como tú lo serás del *laird* —dijo Jean, imperturbable—. Pienso casarme con Jamie algún día, Fi. ¡Creo que será un esposo estupendo!

—Jamás me casaría con una niña descarada como tú!

¹² John Balliol, rey de Escocia entre 1292 y 1296 pero solo técnicamente ya que se había rendido ante Eduardo I en 1292. (N. de la T.)

¹³ Eduardo I (Westminsrer 1239 Burgh-on-Sands, cerca de Carlisle, 1307) rey de Inglaterra (1272-1307), hijo y sucesor de Enrique III. Sometió a los galeses (1282-1284) e hizo reconocer su soberanía en Escocia (1292), antes de emprender la conquista del país (1296). Desarrolló una importante legislación y restableció la autoridad real. (N. de la T.)

—Sí que lo harás —le dijo Jean sin perder la calma—. Cuando mis pechitos crezcan por fin, no podrás resistirte a mí, Jamie Gordon. Espera y verás. —Le sonrió con dulzura.

—Jean Hay —dijo el *laird* en tono severo— vas a comportarte, o yo personalmente golpearé tu trasero flaco. Veo que mientras estés bajo mi custodia habrá que mantenerte ocupada y me ocuparé de que así sea. Ahora ve con Giorsal, quien te mostrará tu habitación. Si tienes hambre díselo y ella te dará algo de comer.

—Gracias, milord —respondió Jean, en absoluto desanimada por la reprimenda que acababa de recibir—. Hasta mañana, Jamie querido —dijo y se marchó deprisa tras la criada que cargaba a la pequeña Morag.

Alzando al cielo unos ojos en blanco, James Gordon desapareció rumbo a las caballerizas y solo cuando ambos estuvieron lo suficientemente lejos el *laird* rompió a reír.

—Jamie jamás podrá con ella —dijo riendo entre dientes—. Tampoco es mala idea a menos, por supuesto, que en los próximos cuatro años alguno de ellos se enamore de otra persona. ¿Aceptaríais a James como marido de vuestra hermana Jean, Fiona?

—Si él aprende a amarla, sí. Nunca había visto a Jeannie comportarse con semejante descaro —dijo ella a modo de disculpa.

—Es una niña que sabe lo que quiere —le respondió él con una sonrisa, haciéndola pasar a la casa—. Pero mientras viva bajo mi techo tendrá que obedecerme. ¿Qué edad tenía Jean cuando murió vuestro padre?

—Cinco —dijo Fiona—, pero casi no lo recuerda. Él se sintió desilusionado cuando yo nací, pero como fui su primogénita me quiso, a su manera tan particular, pese a no ser el hijo varón que deseaba tan desesperadamente. Creo que se sentía un tanto culpable por el modo en el que me dijeron que fui concebida. Nací nueve meses después de que mis padres se casaran. Creo que mi padre siempre me creyó el fruto de su violación a mi madre y bien puedo haberlo sido.

—¿Y vos conocéis toda la historia? —preguntó el *laird*, ligeramente escandalizado.

—Sí —Fiona asintió con la cabeza—. Flora y Tam fueron los sirvientes personales de mi madre desde su niñez en la casa Hay. Odiaban con toda el alma a Dugald Hay por lo que le hizo a mamá. Como él me amaba, se aseguraron de que yo me enterara de sus pecados, pues no querían que creciera separada de mi madre. Pero mi padre no amó así a ninguna de sus otras hijas. Cada una de ellas le recordaba que, a menos que tuviera con mi madre un hijo varón, jamás sería el dueño de la cañada. Manteníamos a mis hermanas fuera de su vista todo el tiempo posible —relató Fiona—. Si cualquiera de ellas se le acercaba demasiado era tan probable que la golpeará solo por existir como por cualquier culpa que tuviera. ¡Una vez abofeteó tan fuerte a Anne que le sacó un diente, pero como era una niñita le salió otro en el lugar del que había perdido, gracias a Dios! Jeannie y Morag, al ser las más pequeñas, apenas conocieron a nuestro padre y no están acostumbradas a tener hombres en sus vidas. Creo que pasará un tiempo hasta que se acostumbren a vos, Angus Gordon.

Él volvió a reír, escoltándola a la sala principal.

Un hombre alto, de aspecto austero se apresuró a venir a su encuentro.

—¡Bienvenido a casa, milord! —Sus brillantes ojos azules se clavaron en Fiona Hay—. Tengo entendido que vos habéis atrapado al ladrón que había estado robándoos vuestro ganado.

—Claro que sí, Aulay y me ha ofrecido pagarme todo lo que me debe por el ganado. Es asunto concluido. Esta es la señorita Fiona Hay. Ella y sus hermanas están ahora bajo mi custodia. Estaban solas en la montaña Hay con solo dos ancianos sirvientes para cuidarlas. Será más seguro para ella y sus dos hermanas menores quedarse aquí en Brae. Sus sirvientes llegarán mañana. Son gente mayor. Ocúpate de que estén cómodos. —Luego se volvió hacia la joven, que estaba de pie a su lado—. Este es Aulay, mi mayordomo, señorita Hay. Él os asignará una doncella personal.

—Creo que Nelly sería la más adecuada —dijo el mayordomo, mientras le brillaban los ojos azules—. Es también una muchacha joven, pero creo que más sensata.

—¿Sí? —dijo Fiona en tono mordaz. No iba a dejarse intimidar por hombre alguno, y menos aún por un criado.

—Sí —respondió Aulay sin perder la calma.

—No tratéis de tener la sartén por el mango con Aulay —le advirtió el *laird* a Fiona—. Creo que ha estado en Brae desde siempre y es la verdadera autoridad aquí ¿no es verdad, viejo amigo?

—Si milord lo dice —contestó el mayordomo con una ligera sonrisa e hizo una reverencia.

—¿Tenéis hambre, jovencita? —preguntó el *laird* y Fiona asintió con la cabeza—. Venid —le dijo, llevándola hasta la mesa alta, donde le indicó un sitio.

Casi de inmediato sus copas se llenaron con el mejor vino tinto que Fiona había probado jamás, cuyo bouquet fragante hizo que se bebiera la mitad de la copa sin darse cuenta siquiera. Frente a ellos se colocaron varias fuentes: una, llena de finas rebanadas de salmón sobre un colchón de verduras; otra, con un gran pato; y la tercera con una pierna de venado. Trajeron una hogaza de pan caliente, junto con un pequeño pote de dulce y media horma de queso duro. Había un bol con pequeños guisantes. Fiona miraba todo con ojos muy abiertos. Nunca en su vida había visto tal cantidad y variedad de comida en una mesa. Las comidas en la torre Hay siempre habían sido sencillas: un solo plato, pan y un vegetal, si lograban encontrar alguno. Comió con avidez y desenfado, probando todos los platos y sirviéndose de todas las fuentes, devorando ella sola media hogaza y casi la mitad de la tarta de manzana dulce que trajeron de postre. Se bebió dos copas de vino en un abrir y cerrar de ojos.

El *laird* la miraba con expresión mitad admirada, mitad divertida. Jamás había visto una mujer con tan buen apetito.

—¿Habéis disfrutado de la comida? —le preguntó, minimizando la situación en tono de broma.

Fiona sonrió satisfecha, entrecerrando sus ojos verdes de un modo felino.

—¡Sí! Nunca me había dado semejante festín. ¿Aquí coméis así todos los días, milord?

Él asintió con la cabeza y luego dijo riendo:

—Pero vos no podéis comer así, querida, o acabaréis tan rolliza como el ganado que me robasteis.

Ella rió con él.

—No —aseguró—. Las mujeres de mi familia no engordan, milord.

—Estaré vigilándoos, de cerca, Fiona Hay —bromeó él.

—¿Cuántos sirvientes tenéis?—preguntó ella.

—Está Aulay, a quien ya conocéis —comenzó—. Su esposa Una es el ama de llaves. Beathag es la cocinera y tiene una ayudante, Alice. Hay cuatro criadas y, cuando hace falta, varios de mis hombres ayudan en el castillo. Tenemos mozos de cuadra, un guarda de caza, varios pastores y algunos otros que ahora no recuerdo, jovencita.

—Con tantas bocas que alimentar —preguntó ella—, ¿en verdad creéis que habrá lugar para Flora y Tam, milord?

—Sí —la tranquilizó él—. Aulay se alegrará de tener la ayuda de Tam; y Flora puede cuidar de vuestras hermanas como siempre lo ha hecho. Le daré a Giorsal como ayudante, pues noté que la anciana está ya un poquito frágil, pero no la relevaré de sus obligaciones por lealtad a vuestra difunta madre, Muire Hay, a quien Dios tenga en su gloria.

—Gracias, Angus Gordon. Vos sois un hombre bueno —dijo Fiona suavemente.

Él se sonrojó ante esas palabras. Casi se sentía en deuda con ella, cuando la situación era la inversa.

—Seguramente querréis ir a conocer vuestra habitación, muchacha —le dijo, mirando alrededor en busca de alguien que pudiera acompañar a Fiona. De un oscuro rincón de la sala, como si acabara de materializarse, surgió Una.

—Yo acompañaré a la señorita Hay a su habitación, milord —dijo la mujer, alta y flaca como su marido—. Venid, jovencita. Seguro que tendréis ganas de daros un baño para libraros del olor a caballo y del polvo del viaje.

Mientras la seguía dócilmente, Fiona le preguntó:

—¿Sabe si mis hermanas están bien? No quiero que tengan miedo. Nunca antes habían pasado la noche fuera de casa y van a extrañar a nuestra Flora.

—Están bien, jovencita —la tranquilizó Una—. A la pequeña ya le han dado de comer y la han metido en la cama.

La otra está comiendo en la cocina. Nunca había visto a una niña zamparse tanta comida como ahora lo está haciendo esa chiquilla de ojos brillantes.

—No habéis dejado sola a Morag, ¿verdad? Le teme a la oscuridad cuando no hay nadie con ella —dijo Fiona, preocupada.

—No, muchacha. Giorsal está sentada junto a su catre y también hay una luz encendida. No os preocupéis. Con el tiempo la niña dejará de tener miedo. Vuestra madre era igual cuando pequeña y a los seis años lo superó.

Fiona la miró sorprendida.

—¿Usted conoció a mamá?

—Sí —dijo Una en tono sereno—. Yo nací en casa de los Hay, muchacha. Solo me convertí en una Gordon al casarme con mi Aulay.

Guió a Fiona por un corredor y luego por un tramo de escaleras de piedra hasta otro pasillo.

—¿Realmente robasteis el ganado del *laird*? —le preguntó en voz baja a la joven mientras abría la puerta de un gran dormitorio y la hacía pasar.

—Él cree que fue así—dijo Fiona, negándose a admitir su culpa ante persona alguna, aún a estas alturas de los acontecimientos.

—Vuestro abuelo (que Dios lo tenga en la gloria), no aprobaría el trato que habéis hecho con el *laird* —dijo Una con franqueza.

—Pues entonces debería haberse ocupado de dejar una dote para sus nietas —replicó Fiona—. ¡En cambio, él y mi padre siguieron siendo enemigos hasta la muerte, dejándome con cinco hermanitas que mantener y sin una sola moneda a mi nombre para poder hacerlo, válgame Dios! Pues bien, ya he casado a Annie, Elsbeth y Margery y el trato que he hecho con el *laird* garantiza que también Jeannie y Morag conseguirán buenos esposos. ¡Estoy cumpliendo con mi deber y no quiero oír una palabra más sobre ese asunto, Una Gordon!

Una asintió con la cabeza, en absoluto ofendida por el arrebato de la muchacha. Ya sabía lo que le interesaba: la joven no era una aventurera que buscaba aprovecharse del *laird*. Se notaba que era digna hija de su madre, pues aceptaba su destino por el bien de sus seres queridos.

—Estaréis muy cómoda en esta habitación —le dijo serenamente a Fiona—. La chimenea tira muy bien y es lo suficientemente espaciosa como para calentar agua para bañarse, como podéis ver por la caldera que cuelga allí ahora. Veo que Nelly ya está cumpliendo con sus obligaciones. Es mi sobrina, una buena muchacha. Pero no me imagino dónde puede haber ido.

Apenas se había extinguido el sonido de sus palabras cuando se abrió la puerta y una jovencita entró a toda prisa en la habitación, trayendo sobre una bandeja de plata una garrafa de vino tinto. En el bolsillo de su delantal asomaban dos copas, también de plata. Era una bonita criatura de brillantes ojos azules y trenzas de un rojo zanahoria. Tras depositar su carga sobre la mesa hizo una reverencia ante las otras dos mujeres.

—Ya he empezado a calentar el agua para el baño, doña Una —dijo cortésmente.

—Ya lo veo —respondió Una con tono de aprobación—. Y has traído vino. Bien, veo que estás haciendo bien tu trabajo, Nelly. Ahora saluda a tu nueva señora, Fiona Hay, y os dejaré solas.

—Que Dios esté con vos, señora —dijo Nelly, haciendo una impecable reverencia.

—Y contigo, Nelly —le correspondió Fiona. La chica parecía más o menos de su misma edad.

—Buenas noches, entonces, señorita Hay —dijo el ama de llaves, saliendo de la habitación.

—Iré a buscar la tina —dijo Nelly enérgicamente—. ¡Caramba! Se os ha pegado el olor de los caballos. ¿Habéis cabalgado mucho hoy, señora?

—Desde el pie de la montaña Hay —respondió Fiona. Luego se dedicó a contemplar su habitación.

Este iba a ser su nuevo hogar y era mucho más imponente que cualquier sitio donde hubiera estado. Se preguntaba si sus hermanas estarían tan cómodas como ella. Su habitación le parecía muy elegante. Sobre los postigos de las ventanas colgaban pesados paños de terciopelo carmesí. Había una hermosa cama grande con cortinas de brocatel escarlata y crema suspendidas de pulidas anillas de latón. Pero el lujo máximo era sin duda la chimenea. En la torre Hay solo tenían una, la de la sala, pero en el dormitorio que solía compartir con sus hermanas muchas mañanas invernales hacía tanto frío que se congelaba el contenido de la jarra de noche.

—¿Te ayudo? —le preguntó a Nelly al verla luchando para sacar del lugar para los trastos, detrás de una pequeña puerta, una tina circular de roble.

—No, gracias —dijo Nelly, haciendo rodar la tina hasta llegar frente a la chimenea—. Lo único difícil es sacarla. —Comenzó a vaciar en la tina de roble una hilera de baldes colocados junto a la chimenea—. En cualquier momento subirán los muchachos con más agua caliente. Se enfría en el camino desde la cocina, pero por eso tengo esta gran olla sobre el fuego.

Apenas terminó de hablar, golpearon en la puerta. Cuando Nelly lo autorizó, entró una fila de muchachos del clan, cada uno de ellos cargado con dos baldes que vertieron diligentemente en la tina.

«Qué hermosa tina», pensó Fiona. Tenía poco más de un metro de altura y el fuerte roble había sido reforzado con varias bandas de hierro alrededor de la circunferencia. Estaba bien lustrada por fuera e imaginaba que también por dentro. Pese a haberse bañado esa mañana temprano, ya le hacía ilusión sumergirse en la tina, pues sus músculos estaban empezando a demostrarle que cabalgar era un asunto doloroso. Cuando el último de los muchachos cruzó la puerta de la habitación, Nelly la cerró firmemente detrás de él.

Fiona se quitó la boina, dejándola a un lado.

—Permítame ayudaros, señorita —le dijo Nelly—. Estoy aquí para eso. —Rápidamente desvistió a Fiona y luego añadió—: Recogeos el pelo mientras agregó agua hirviendo ¿Os gusta bañarse con agua bien caliente?

—Sí —dijo Fiona, un poco incómoda por estar completamente desnuda delante de una desconocida. Pero Nelly parecía no notarlo en absoluto mientras alegremente retiraba del fuego el brazo de hierro que sostenía la olla negra llena de agua hirviendo, la levantaba usando un trapo para no quemarse las manos y finalmente vertía con cuidado el agua en la tina.

—Ya estamos listas —dijo Nelly enérgicamente mientras ayudaba a su nueva ama a subir los dos peldaños para meterse en la tina.

Con un sonoro suspiro, Fiona se sumergió en el agua caliente.

—Ahhh, Nelly, esta es la mejor sensación que he tenido en la vida —dijo.

Nelly soltó una risita.

—¿Nunca antes habíais montado un caballo?

Fiona sacudió la cabeza morena.

—Me temo que son criaturas duras y mi trasero es demasiado blando.

Nelly rió.

—Prefiero mis propios pies, gracias —replicó.

De repente se oyó el sonido de una puerta al abrirse y un tapiz colgado sobre el muro junto a la cama se levantó al entrar el *laird* en la habitación.

—Buenas noches, querida —dijo dirigiéndose a Fiona—. Puedes continuar con tu tarea, Nelly —añadió, sentándose sobre la cama.

—¡Milord! —logró articular Fiona luego de un momento.

—Decidme, jovencita.

—Es muy indecoroso que vos permanezcáis en mi habitación mientras tomo un baño —protestó Fiona con vehemencia—. ¡Por favor, salid inmediatamente!

—Ved, muchacha —le explicó él, divertido—, mirar tomar un baño a la concubina de uno es un placer que no permitiré me sea negado. Además, lo que alcanzo a ver de vuestro cuerpo es apenas un poco más de lo que ya había visto. Nelly, tráeme una copa de vino antes de que empieces a bañar a tu señora. —Se estiró sobre la cama, reclinado sobre las almohadas y cogió la copa de plata que, con los ojos como platos, le entregó Nelly—. Gracias, Nelly.

Ruborizándose, Nelly hizo una reverencia y se apresuró a atravesar la habitación para regresar junto a la tina donde Fiona permanecía sentada arrojando furibundas miradas al *laird*.

—El jabón tiene una agradable fragancia a brezo —dijo suavemente la chica mientras se aprestaba a lavar a su señora. Tras enjabonar un paño, frotó delicadamente la espalda y los hombros cremosos, la esbeltez del cuello y los brazos, enjuagándolos rápidamente—. Tendréis que levantar las piernas, una por vez, señora, o no podré lavároslas —susurró.

Con aire sombrío, Fiona siguió las instrucciones que la muchacha le daba por lo bajo.

—Ay, señora ¿cómo vamos a hacer con el resto si no podéis ponerlos de pie? Y no podéis, con él aquí.

Los ojos de Fiona se encontraron con la mirada traviesa del *laird*, quien en ese momento se repantigaba perezosamente sobre la cama. Con un gestito de burla alzó su copa en dirección a ella. Aun sin intercambiar palabra, Fiona captó el mudo desafío. Respirando hondo, se puso de pie, diciendo mientras lo hacía:

—Apresúrate, Nelly, hace mucho frío. Cuando hayas terminado, quiero quedarme un poco más en el agua. Mientras tanto, tú prepararás mi ropa de dormir.

Nelly tragó saliva y luego se dedicó a terminar de bañar a su señora con toda premura. Oyó el sonido profundo de la risa entre dientes del *laird*, pero no le vio alzar de nuevo la copa hacia su señora, lo cual era una muestra de que apreciaba no solo sus encantos, sino su actitud desafiante. En cuanto a Fiona, permaneció con la mirada impasible, pese a sentirse francamente avergonzada al tener que exponerse de ese modo. Se sabía demasiado delgada. Y sus pechos no eran más grandes que las manzanas tiernas a principios del otoño. Temía que nunca llegaran a ser realmente grandes.

Entretanto, Angus Gordon bebía el vino, pero apenas sentía el calor del líquido deslizándose por su garganta. Contemplaba la desnudez de Fiona, asombrado por la sensualidad de sus formas. Sus proporciones eran perfectas, incluso la pequeñez de sus bonitos pechos. Imaginaba que con el tiempo se volverían un poco más llenos, pero esperaba que jamás perdieran ese curvilíneo encanto ni la frescura de sus erguidos pezones rosados. No alcanzaba a ver mucho más, pues la altura de la tina se lo impedía y Nelly intentaba discretamente ocultar a Fiona de la curiosidad de su mirada. Tras vaciar la copa la dejó a un lado y se levantó, aún cuando vio a Fiona volver a sentarse rápidamente en la tina.

—Buen trabajo, Nelly —la elogió el *laird*—. Ahora vete a dormir. Tu señora no te necesitará hasta la mañana.

Colocando con firmeza la mano sobre el codo de la asustada doncella, la condujo fuera de la habitación. Tras cerrar la puerta detrás de Nelly, hizo girar la llave en la cerradura con gran despliegue. Luego fue a sentarse sobre el borde de la tina. Alargando la mano, enroscó entre sus dedos uno de los húmedos rizos de Fiona, notando con admiración la cremosidad de su cuello y hombros.

—Tenéis vos la misma osadía de la que me acusáis a mí, milord —dijo Fiona suavemente, sorprendida al ver que aún brotaba la voz de su garganta.

—La osadía es deseable en un hombre, pero no en una mujer —respondió él tranquilamente. Pensó que ella tenía unos ojos esmeralda realmente espectaculares.

—¿Vais a quedaros ahí sentado mientras estoy en la tina? —inquirió ella.

—Sí —dijo él con calma—. No podéis quedaros en la tina para siempre, jovencita.

Se hizo un silencio, tan denso que resultaba asfixiante. Fiona se encorvó para ocultarse cuanto le era posible sin parecer cobarde. Por un tiempo el agua permaneció caliente, pero luego empezó a enfriarse. Estornudó. Angus Gordon no dijo nada. Luego se puso de pie y levantando el cuerpo goteante la sacó del agua envolviéndola en una toalla. La cogió tan de sorpresa que ni tuvo tiempo de protestar.

—No seáis tonta, muchacha, vais a moriros. Pensad en vuestras hermanas. Ellas están mejor aquí conmigo de lo que lo estarían con la familia de cualquiera de sus cuñados. —Empezó a frotarla con la toalla.

—Quitadme las manos de encima —dijo ella bruscamente, recobrando la compostura—. Soy perfectamente capaz de secarme sola.

—Pero yo disfruto haciéndolo—replicó él sin detenerse—. Dado que sois mi concubina, Fiona Hay, es hora de que empecéis a enteraros de qué es lo que se espera de vos. Por el momento y hasta que me canse de ello, soy vuestro dueño, muchacha, dueño de vuestro cuerpo y de vuestra alma. Y cumpliréis todos mis deseos.

—¡Vaya con el gamberro pretencioso! —replicó Fiona, arrancándole la toalla de las manos—. Os prometí mi virginidad a cambio de ese condenado ganado ¡Nada más! ¡Sois vos quien habéis cambiado los términos del trato! ¡Y después de haberlo cerrado!

—¡La virginidad de María Santísima no valdría lo que veinte cabezas de ganado! —gritó él en respuesta—. La virtud de una muchacha tiene un valor limitado, Fiona Hay. ¿Me tomáis por idiota? —Asiendo la toalla, se la arrancó clavando los ojos en ella. Era escandalosamente hermosa, con sus delicados pechos, estrecha cintura y largas piernas torneadas—. ¡Jesús! —murmuró.

Helada, Fiona permaneció incapaz de moverse por un momento. Algo en el tono de su voz anunciaba peligro, pero no intentó escapar.

Angus la atrajo lentamente hasta rodearla con sus brazos. Le tocó la cara, cuyas mejillas ardían. Ella lo miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, pero sin rastro de miedo. Sentía la suave presión del pecho de la joven contra su camisa de lino.

—Desátala —dijo como en un rugido, impulsiva e imperiosamente. Los dedos de la joven temblaban ligeramente mientras le obedecía—. ¡Quítame la camisa, muchacha!

Sintió la suavidad de las manos sobre el pecho, quitándole la prenda. Volvió a atraerla contra su cuerpo, regodeándose en sentir la piel de la joven contra la suya. Deslizó los dedos bajando por la suave curva de sus nalgas.

Fiona sentía en sus oídos el violento palpar de su propio corazón. Veía borroso. No podía respirar. Con un grito, hizo lo que nunca hubiera pensado que haría: se desmayó.

Meneando la cabeza, Angus Gordon la llevó en brazos hacia la cama, donde la depositó con suavidad. Si alguna vez el osado comportamiento de la joven lo había llevado a dudar de su virtud, ahora tenía la certeza de que era virgen. La mirada en su rostro un instante antes de desmayarse había sido más que suficiente para convencerlo: una mezcla de lento despertar sexual y absoluto terror. No estaba seguro de querer hacer esto. Se estrujaba el cerebro intentando recordar la última vez que había desflorado a una virgen. Entonces cayó en la cuenta de que nunca lo había hecho. En realidad, las había evitado cuidadosamente, pues las vírgenes eran un grupo de caprichosas, siempre enamorándose de uno y queriendo casarse. O al menos eso le había advertido su difunto padre:

«Acuéstate con las que lo disfrutan, muchacho, pero evita a las otras, especialmente a las vírgenes, a menos que planees casarte con una», le había aconsejado Robert Gordon a su hijo procediendo a explicarle por qué.

Debería haber hecho más caso al consejo de su padre, pensó Angus Gordon arrepentido. Con todo, la muchacha estaba en deuda con él y no iba a permitir que lo convirtiera en el hazmerreír de todo el mundo. Sirvió un poco de vino en su copa y acomodó a la joven en uno de sus brazos como acunándola, mientras con la otra mano le acercaba la copa a los labios, forzándola a tragar un poco del líquido. Fiona Hay iba a saldar su deuda, pero quizá él podría ir un poco más lento. Ella tosió, apartándole la mano y algo del líquido color rubí se derramó sobre el pecho de la joven. Angus sintió una imperiosa necesidad de lamerlo, pero se contuvo. No fuera que volviera a desvanecerse. Si una mano sobre su bien formado trasero había bastado para producirle un desmayo, seguramente una lengua entre los pechos jamás tocados le provocaría un ataque.

—¿Te sientes mejor, muchacha? —preguntó solícito.

Fiona asintió con un lento movimiento de la cabeza, que empezaba a despejarse.

—No sé qué me ha pasado —dijo—. No soy una cobarde —se defendió.

—Ya lo sé —dijo él—, pero eres virgen y no sabes qué esperar. Fui torpe al acercarme de ese modo porque, la verdad sea dicha, eres tan hermosa que me has estimulado, Fiona Hay.

—¿Os he estimulado para hacer qué? —inquirió ella con desconfianza.

—Has estimulado mi lujuria —dijo él respondiendo con franqueza lo que le pareció una pregunta franca—. Quiero acostarme contigo, muchacha. —Con delicadeza tomó entre las manos uno de sus pechos y empezó a acariciarlo suavemente.

Con los ojos muy abiertos, Fiona le miraba fijamente la mano, asombrada al sentir los largos dedos rozándole la piel y haciéndole estremecer todo el cuerpo. Por cierto que la sensación no era en absoluto desagradable, pensó, preguntándose qué esperaba él que ella hiciera. Los ojos de ambos se encontraron cuando ella lo miró a la cara. Tenía un rostro fuerte: alargado, con la barbilla partida, nariz aguileña, pómulos altos, párpados pesados y una boca que era una línea fina.

La mano subió desde el pecho para cogerle la barbilla entre el pulgar y el índice. Con sus labios rozó los de ella, que contuvo ligeramente el aliento. Angus Gordon sonrió y la sonrisa se extendió hasta sus ojos verde oscuro.

—No tienes miedo, ¿verdad, muchacha?

—Nunca me imaginé... —Fiona sopesaba cuidadosamente cada palabra—. No sé qué esperar, milord, pero pareciera que si yo os complazco a vos, luego vos me complaceréis a mí.

Él no pudo reprimir una franca sonrisa. Ésta no era exactamente la clase de conversación que había esperado tener mientras seducía a esa audaz picaresca.

—Hablas demasiado, muchacha —dijo mientras se apoderaba firmemente de su boca. La besó con fuerza, para que entendiera que nada lo disuadiría de desvirgarla. Apenas podía resistir tener entre sus brazos a esa pequeña hechicera desnuda. Olía de forma deliciosa y su piel era sedosa y dulcemente firme al tacto. Le quitó las horquillas del cabello, dejándolo caer entre sus manos.

Era su primer beso verdadero y era maravilloso, pensaba Fiona, mientras se dejaba flotar en la seguridad de esos brazos fuertes. Su estómago se anudaba y desanudaba todo el tiempo. La asaltaban cientos de sensaciones diferentes. Era un beso brusco y dulce a la vez. Instintivamente su boca se relajó cubierta por la de él, y sus labios se abrieron, permitiendo que sus alientos se entremezclaran. Suspiró, sintiendo un placer cada vez más intenso. Lo que fuera que la había llevado a desmayarse antes, se había disipado ante la magia de este beso. Finalmente él la liberó de su ardiente abrazo, pues la joven tenía mucho que aprender.

Fiona lo miró fijamente.

—Fue muy agradable, milord. Me gusta besar así. ¿Lo he hecho bien? No lo había hecho antes, pero parece algo que surge naturalmente del cuerpo.

Jamás había sentido tan ajustados los calzoncillos. Acostándola sobre la cama, se puso de pie y empezó a librarse del resto de su ropa.

—Sí —afirmó, sin despegar los ojos del rostro de ella—, besar es algo muy natural y lo haces bien, muchacha.

Se quitó las botas, el pantalón y los calzoncillos. Mantuvo una expresión impasible mientras estos últimos caían al suelo, y luego los apartó de un puntapié al tiempo que los ojos de la joven se agrandaban, aunque ella permanecía en silencio.

¿Podría usarse la palabra hermoso para describir a un hombre?, se preguntaba Fiona. Las piernas de Angus eran largas y rectas, agradablemente torneadas donde tenían que serlo. Tenía unas nalgas bien formadas, redondeadas pero firmes. Se volvió hacia ella, deslizándose nuevamente sobre la cama. Fiona echó un rápido vistazo a su apéndice masculino, que se balanceaba de arriba abajo surgiendo de entre una mata de vellos rizados tan oscuros como los de ella. Él notó dónde había dirigido ella los ojos.

—¿Otra vez tienes miedo, muchacha? —le preguntó suavemente—. No tienes que temerlo, sabes. Mi Gordie es un muchacho espléndido que te dará mucho placer una vez que te conozca.

Para su propio asombro, Fiona alargó la mano y tocó su virilidad, con expresión pensativa y curiosa a la vez. Él retrocedió sorprendido y la joven le preguntó con seriedad:

—¿Os duele si lo toco?

—No.

—¿Entonces por qué os habéis sobresaltado?

—Nunca hubiera imaginado una virgen tan curiosa.

—¿Entonces las vírgenes suelen acobardarse al ver a su Gordie?

Ella deslizó los dedos a lo largo de su miembro. Él tragó saliva.

—No me acuerdo —murmuró él.

Se sentía duro como el hierro y a punto de explotar ante ese contacto delicado e incitante a la vez. La audacia de la muchacha lo confundía. No era que deseara verla temblar y desvanecerse de miedo, ¿pero acaso una virgen no debería mostrar más respeto ante su miembro viril? Hacía apenas unos instantes se había desmayado al tocarla él y ahora hela ahí, acariciándolo osadamente con dedos tan hábiles como los de una ramera cualquiera.

Cerró con fuerza los dedos alrededor de la muñeca de la joven.

—Suficiente, muchacha. Esos dedos me hacen arder de lujuria. —La arrojó de espaldas contra las almohadas y volvió a besarla con fuerza.

Fiona desvió la cabeza.

—Mostradme dónde va eso —le exigió.

—¡Jesucristo! —estalló Angus—. ¿No hay un ápice de delicadeza en ti, muchacha? ¿Qué clase de pregunta es esa para hacerle a un hombre?

—No me gusta la incertidumbre —le dijo Fiona—. ¡Vos me besáis y me acariciáis hasta que no lo puedo resistir! ¿No vais a tomar mi virginidad y terminar con esto, milord?

¡Estaba asustada! Angus lo notó en ese mismo instante, pero por supuesto ella lo negaría alegando una vez más que no era ninguna cobarde. Se movió para quedar parcialmente encima de ella y le tocó delicadamente la mejilla.

—Un hombre —explicó él— no debería apresurarse al hacerle el amor a una mujer, muchacha. Hacerlo rápido es poco placentero. La primera vez en particular debería ser lenta, apasionada y muy dulce —dijo rozando con la boca los labios de la joven y luego sus párpados teñidos de púrpura. Hundiendo la mano en la masa de cabello oscuro, se llevó a la nariz un manojito, aspirando su fragancia a limpio.

Fiona se movió nerviosamente como una yegua a la que acaban de ensillar por primera vez. ¿Por qué la voz de él sonaba tan ardiente? ¿Por qué le dolían los pechos y sentía los pezones tan irritados contra la suavidad del pecho de él? De repente su presencia la abrumaba terriblemente. Se mordió los labios para no gritar. Sus ojos se cerraron como si con eso bastara para borrar todo lo que estaba sucediendo. Sin embargo, sentía la nariz llena de la esencia misma de su masculinidad, un aroma intenso y excitante que parecía una especie de llamada para que del

cuerpo de ella saliera algo igualmente primitivo. Lentamente deslizó las manos sobre los hombros de él.

Angus la besó nuevamente, pero esta vez forzándola delicadamente a abrir los labios y deslizando dentro de su boca la lengua que exploró hasta encontrar la lengua de ella. El contacto entre ambas hizo estremecer violentamente a Fiona. Se movían una sobre la otra, entrelazándose en una amorosa primera unión. Suspirando, arqueó el cuerpo, apretándose más fuerte contra él.

—Mmmm, qué agradable —murmuró contra la boca de él—. ¡Ahh! —suspiró cuando los labios empezaron a sembrar besos sobre su pecho suave y a deslizarse hasta cubrirle los senos. Su vientre se contrajo casi dolorosamente cuando la boca de él rodeó uno de los pezones y su lengua empezó a jugar tiernamente con él, al tiempo que con los labios tironeaba suavemente de su carne—. ¡Oh! —exclamó casi gimiendo—. ¡Oh! —Los dedos de él empezaron a jugar con el vello rizado de su monte de Venus, abriéndose camino entre los labios.

—Aquí es donde irá eso, pequeña —le dijo, alzando la cabeza de sus dulces pechos jóvenes. Delicadamente, un dedo invadió el ahora tembloroso cuerpo, abriéndose paso con cuidado hacia un lugar cuya existencia ella ignoraba hasta hacía un momento. Al llegar a la barrera de su virginidad, él se detuvo, retirando el dedo lentamente.

Fiona tenía los ojos muy abiertos, mezcla de estupefacción, sorpresa y un deseo que empezaba a florecer.

—Vuestro Gordie es un muchacho demasiado grande como para entrar donde vos acabáis de meter ese travieso dedo —le dijo.

—No, muchachita —la tranquilizó él—. Tu pequeña hendidura se agrandará para que mi Gordie pueda buscar la miel que guardas dentro. —Su cabeza morena bajó por el torso de ella, sembrando besos en su recorrido. Una vez más deslizó un dedo a través de los labios de abajo, tocándola ahora en otro lugar nuevo para ella. —Este es tu botoncito dulce —le dijo, mientras jugueteaba con una pequeña protuberancia carnosa.

La conmoción de Fiona era tal que la cabeza le daba vueltas, al tiempo que una oleada de satisfacción se esparcía por todo su cuerpo, debilitándolo de placer. ¿Cómo era posible que un simple dedo le provocara semejante deleite?

—¡No os detengáis! —le suplicó, con un estallido de estrellas tras los párpados—. Oh, ah, ¡ah! —De repente sintió que el placer la había dejado exhausta.

—Conque te gusta eso ¿eh? —murmuró él rodando encima del delgado cuerpo de la jovencita. Con manos firmes le separó las piernas y luego, antes de que ella terminara de entender lo que estaba sucediendo, cogió su miembro viril, lo acomodó sobre el lugar justo e inclinándose sobre ella, penetró sin vacilar en su cuerpo. La muchacha se abrió para él como una flor fragante, encerrándolo centímetro a centímetro en su vaina de terciopelo. Angus Gordon gimió anticipando el placer.

Ella lo sentía. Eso presionaba sin cesar entrando en su cuerpo, grueso y caliente, buscando llegar hasta lo más profundo. Fiona jamás había imaginado semejante invasión de sí misma. Instintivamente se puso tiesa.

—No, no, pequeña —le susurró él al oído apasionadamente—. No te me resistas ahora. ¡Ah, qué dulce eres! ¡Muy dulce!

Continuó empujando. Al fin llegó a la barrera entre la doncellez y la edad adulta de Fiona Hay y la atravesó, penetrando cuan profundo le fue posible, para finalmente detenerse.

Ella sintió un dolor agudo, que se extendió hasta los muslos y subió luego al pecho, dejándola sin aliento por un largo momento. Y luego el ardor se desvaneció. Jadeó, llenando los pulmones de aire, que expulsó casi de inmediato.

—¿Duele siempre? —consiguió preguntar, sin acertar a comprender por qué alguien podría disfrutar de esto si dolía siempre así.

Él la miró con expresión casi dolorida.

—No, pequeña —le susurró contra los labios, besándola tiernamente. Comenzó a moverse encima de ella, sujetándola con suave firmeza, las grandes manos apretándole las muñecas a los costados de la cabeza. Con un instinto casi primitivo, ella empezó a moverse al mismo ritmo. Él le miró el rostro con fijeza, asombrado ante su belleza salvaje mientras la joven empezaba a sentir pasión. Estaba sorprendido de que, pese a la inexperiencia de Fiona, el sexo con ella le resultara tan placentero. Sentía el pene cada vez más tenso.

Ya sin sentir dolor, Fiona volvió a cerrar los ojos. El hecho estaba consumado y su virginidad hecha añicos. En verdad no había sido nada para asustarse. Comenzó a relajarse, uniéndose a él en la cadencia erótica que creaba. Consiguió liberar sus manos y rodearlo con sus brazos, atrayéndolo hacia ella. Ya las estrellas empezaban, a brillar otra vez tras sus párpados y una sensación de creciente goce comenzaba a colmarla. Lanzó un grito y él le cubrió la boca apasionadamente con la suya, intensificando su euforia. Lo sentía dentro, duro, exigente. Clavó las uñas en los hombros de él.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —gritó ella. Y entonces sintió el inminente estallido del deseo masculino y sus jugos la inundaron, mezclándose con la sangre de su virginidad. En ese instante Fiona llegó al clímax, con el corazón palpitante y aferrada a Angus. ¡Era maravilloso! Flotó con la mente en blanco durante lo que parecieron varios minutos, consciente de su respiración entrecortada, del calor y sudor de ambos cuerpos y de que aún permanecían entrelazados. Finalmente él se apartó, levantándose de encima de ella, mientras su mano grande apartaba tiernamente la maraña de cabello que cubría el rostro de la joven. Fiona abrió los ojos y lo miró.

—Lo has hecho muy bien, pequeña —le dijo con una ligera sonrisa.

Ella sonrió a su vez.

—¿Estáis convencido, entonces, de que yo era virgen y mi deuda con vos está pagada, milord? —preguntó Fiona con aire travieso.

—Eras virgen, muchacha —dijo él—, pero acabas de empezar a pagar tu deuda. ¿No te había advertido que veinte cabezas de ganado son muy caras? Eres una ladronzuela descarada, Fiona Hay, y tomaré de ti todo lo que quiera. Os mantendré a ti y a tus hermanas, pues se lo debo a tu abuelo Hay, pero el ganado es otra cuestión.

—Sois un hombre duro —dijo Fiona suavemente.

—¡Válgame Dios! —juró él también en voz baja—. ¿Acaso alguna vez terminarás con tus ardides? Estás flirteando conmigo.

—No sé cómo es ser la concubina de un hombre —le respondió ella vivazmente—. ¿No le está permitido a una concubina flirtear con su señor? ¿Ni siquiera en la privacidad de la alcoba? —Sus pestañas oscuras se movieron con aire travieso en una especie de aleteo y de repente hizo un puchero.

—Yo tampoco conozco las reglas de este juego que estamos jugando, muchacha —le respondió él riendo entre dientes—. Nunca he tenido una concubina.

—Supongo que es igual que tener una esposa —dijo Fiona—, excepto, porque no es respetable ser la concubina de un hombre.

—Tampoco es respetable robarle el ganado a un hombre —le recordó él con una amplia sonrisa, agachando la cabeza cuando Fiona lo golpeó con la almohada. Angus Gordon se levantó de la cama—. Hora de dormir, muchacha —le dijo, cubriéndola con la colcha

—¿Vos no vais a dormir conmigo, milord? —preguntó asombrada.

—No, muchacha, esta habitación es tuya. La mía está al otro lado de la puerta por donde entré, detrás del tapiz.

—¡Pero no he dormido sola nunca! —gimió Fiona—. Siempre he dormido con mis hermanas. Quedaos conmigo, milord.

—Solo hasta que te duermas —accedió él—. Dentro de algunos días te habrás acostumbrado a tener tu propia habitación y disfrutarás de la privacidad.

Con aire de duda, Fiona se acurrucó contra Angus cuando éste volvió a meterse en la cama. Él sonrió para sí. Por un lado parecía no tenerle miedo a nada y por el otro era como una niña, temerosa de estar sola. Permaneció en silencio, rodeándola con un brazo y poco a poco la sintió relajarse. Cuando la vio dormir tranquilamente, se deslizó cuidadosamente fuera de la cama. Vio las manchas de sangre en los muslos delgados de la joven y en la sábana debajo de ella. Casi se sintió culpable mientras volvía a taparla. Al inclinarse para apagar la vela cambió de idea y la dejó encendida. Luego fue hasta la chimenea y le agregó turba¹⁴. Si ella despertaba, al menos no se hallaría envuelta en la fría oscuridad y en una habitación que no le era familiar. Le echó una última mirada antes de escabullirse por la puerta que comunicaba los dormitorios de ambos.

¹⁴ Especie de carbón fósil que se forma por descomposición parcial de materias vegetales y que se usa como combustible. (N. de la T.)

Capítulo 3

—¡Fil! ¡Fil! ¡Despierta!

Fiona Hay oyó débilmente las voces de sus dos hermas menores. Le tiraron del brazo con bastante brusquedad. Se dio la vuelta, gruñendo.

—¡Oh, Jeannie! —gritó la aguda voccecita de Morag, escandalizada—. ¡No lleva nada puesto! No está bien andar desnuda.

Fiona abrió unos ojos felinos y lanzó una mirada de enojo a su hermana más pequeña. Se sentía algo agarrotada y ligeramente dolorida entre las piernas. Necesitaba dormir un poco más, pero aquí estaban estas dos chicas molestas exigiendo su atención.

—¿Qué queréis? —les gruñó.

Morag retrocedió ante el tono de su hermana mayor, pero Jeannie no se intimidó en absoluto.

—La mayor de las hermanas del *laird*, lady Estuardo —dijo Jean— está abajo en la sala y exige verlo. El joven Jamie dice que es por tu causa. No nos enteraremos de nada si no podemos escuchar. ¡Levántate, Fi y ponte algo encima en este mismo instante! Angus *el Negro* se está vistiendo. Dicen que respeta mucho a lady Estuardo.

—¿Angus *el Negro*?

—Así lo llaman por su cabello tan pero tan negro —añadió Morag.

—Llévate a Morag y esperadme fuera —le indicó Fiona a Jeannie. No quería que las niñas vieran las manchas sobre sus piernas o en la ropa de cama. No harían más que pedir explicaciones que eran demasiado jóvenes para oír. Esperó hasta que las dos chicas hubieron salido del dormitorio y luego retiró la ropa y saltó de la cama.

Había una olla con agua calentándose al fuego. Obviamente Nelly ya había estado por allí. Fiona vertió un poco del agua en un pequeño lavamanos de latón pulido y cogiendo un paño que había junto a él se lavó primero la cara y luego empezó a frotar para quitarse del cuerpo la sangre seca. Había una combinación de algodón limpia junto a su falda que evidentemente había sido bien cepillada y su blusa estaba recién lavada. Un par de medias tejidas, las primeras que tenía Fiona en su vida, estaban extendidas sobre las botas. Le llegaban hasta arriba de las rodillas y tenían ligas hechas con cintas lisas. Se las puso, ajustando bien las ligas, imaginándose lo avergonzada que se sentiría si se le aflojaran o cayeran las medias. Jane Estuardo la creería una pequeña salvaje. Había terminado de vestirse cuando Nelly entró en la habitación.

—¡Ay, señora, ya estáis levantada y os habéis vestido sola! No se lo digáis a mi tía Una, o me regañará por no cumplir con mi deber —le rogó la muchacha.

—Estoy despierta solo porque mis hermanas han venido a contarme que la hermana del *laird* está abajo —respondió Fiona.

—Sí —dijo Nelly—. El *laird* le tiene un poquito de miedo a su hermana. Ella es solo dos años menor que él. Mi tía dice que cuando eran más jóvenes se peleaban como el perro y el gato. Es una suerte, dice mi tía, que ella no sea un muchacho o podrían haberse matado el uno al otro —rió por lo bajo Nelly.

—Quiero escuchar —dijo Fiona en tono cómplice a su nueva doncella—. ¿El *laird* ya ha bajado?

—Acaba de bajar —respondió Nelly, con los ojos brillantes—. Venid y os mostraré desde dónde podéis oírlos; —llamando con un gesto a Fiona salió de la habitación.

Jeannie y Morag aún estaban fuera y a una señal de su hermana mayor las siguieron sin decir palabra mientras Nelly las guiaba rápidamente escaleras abajo, atravesando el corredor hacia la sala. Cuando casi habían llegado a la sala, Nelly dobló por un estrecho pasadizo que las condujo a un pequeño cuarto. Tras llevarse un dedo a los labios, cruzó la habitación y abrió un pequeño panel corredizo.

—Así es como sabemos cuándo servir y lo que se necesitan sin que nos lo digan —dijo—. Venid, señora, podréis oír todo desde aquí.

Fiona espío el interior de la sala. Podía ver a Angus Gordon sirviéndole una copa de vino a una mujer alta y atractiva.

—Aquí tienes, Jane —dijo y Fiona lo escuchó con bastante claridad—. ¿Qué te trae por Brae, hermana? Espero que Hamish y los niños estén bien.

—Estuve en Glenkirk haciéndole una visita a nuestro tío, el *laird* —respondió ella—. Realmente creías que el sacerdote no iba a chismorrear, Angus?

—¿Qué sacerdote? —le preguntó él, tomando un sorbo de su copa.

—El que vino de la abadía a officiar los matrimonios de las dos chicas Hay con los muchachos Innes y Forbes. ¡Has provocado un buen escándalo, Angus Gordon! ¿Dónde están la señorita Fiona Hay y sus hermanas? ¡Ay! ¿Cómo has podido? Qué trato infame has hecho con esa pobre inocente. Ahora tendrás que casarte con ella y quizá salga algo bueno de tu comportamiento, ya que deberías haberte casado hace tiempo. Ah, Robert te manda sus saludos y dice que le rezará a la Santísima Virgen para que te haga abandonar esas malas costumbres.

—¿Quién es Robert? —le susurró Fiona a Nelly.

—El segundo hermano —respondió la muchacha—. Es cuatro años menor que el *laird*. Se fue a la abadía a los diez años y se convirtió en sacerdote hace tres años. ¿No es preciosa lady Estuardo?

Fiona asintió con la cabeza. La hermana de Angus Gordon llevaba el lustroso cabello castaño oscuro arreglado en una trenza. Su piel era muy clara y sus brillantes ojos azules tenían una expresión de enojo mientras regañaba a su hermano por su escandaloso comportamiento.

—¿Casarme con la muchacha? —dijo el *laird*, sorprendido—. ¿Y por qué me casaría con ella? Robó mi ganado y acordamos que pagaría por él del único modo que podía. No quiero casarme con nadie, Jan. Estoy bastante feliz como estoy y además soy demasiado joven.

—Tienes veinticinco años, Angus Gordon —dijo su hermana severamente—. Soy solo dos años menor que tú, he estado casada nueve años y tengo cinco hijos.

—La esposa tiene que ser más joven —dijo el *laird* medio en broma y cortó un trozo de queso que mordisqueó.

—Fiona Hay no puede tener más de quince años. Ya casi se le ha pasado su mejor momento. Un año más y lo habrá pasado —dijo Jane Estuardo con firmeza—. Has tomado su honra, Angus. Ahora ningún otro la querrá. Debes casarte con ella. Esta muchacha no es la hija de un jornalero. Viene de una familia respetable.

—Es una desvergonzada ladronzuela de ganado, querida hermana —replicó el *laird*—. Ya me ha robado una docena de cabezas y tuvo el descaro de negociar por ocho más para las dotes de sus hermanas más pequeñas. No malgastes tu enojo en Fiona Hay.

—¿La tomaste? —exigió saber Janet Estuardo.

El *laird* se ruborizó.

—¿Qué clase de pregunta es esa para una respetable matrona?

—¡Lo hiciste! ¡Maldita sea, Angus! ¡Siempre con esa avidez por estrenar los juguetes nuevos! Ahora no tienes absolutamente ninguna otra opción que casarte con la muchacha.

Fiona había oído suficiente. Empujando a la asustada Nelly y a sus hermanas se abrió paso hacia la sala.

—No me casaré con él, señora —dijo enérgicamente mientras entraba en la habitación—. No me encadenaré a un hombre al que no amo, como hizo mi pobre madre.

—¡Te casarás conmigo si yo lo digo! —gritó Angus Gordon.

—¡Idos al infierno, imbécil pretencioso! —gritó Fiona a su vez.

Janet Estuardo rompió a reír.

—Vaya, válgame Dios, Angus, tu muchacha tiene más espíritu del que te creo capaz de manejar.

—¡No soy su muchacha! —replicó Fiona con fiereza.

—Ven aquí, Fiona Hay —dijo Janet suavemente. Alargando la mano atrajo a la joven hacia ella y se encontró con uno de los rostros más hermosos que había visto en su vida—. Si no quieres a mi hermano como esposo, ningún otro hombre te querrá, muchacha. Es un buen matrimonio para ambos y Angus ya tiene una dote en las tierras de tu abuelo —le acarició delicadamente la mejilla—. Tu madre, Dios la tenga en la gloria, amaba a mi padre. Tener que casarse con Dugald Hay debe haber sido para ella el infierno en la tierra. Sin embargo, no todos podemos casarnos solo por amor. El amor generalmente viene después, muchacha.

—¿No amabais vos al hombre con el que os casasteis? —preguntó Fiona.

—¿A Hamish? No. —Jane Estuardo rió—. Su familia quería una novia adecuada. El matrimonio fue acordado cuando yo era un bebé. Él es casi veinte años mayor que yo y no lo vi hasta un mes antes de la boda, pues era soldado del ejército francés y combatía en Francia. Pero mi Hamish es un buen hombre y con los años he llegado a amarle. Hemos tenido dos hijos y tres hijas.

—Está loco por ella y siempre lo ha estado —murmuró el *laird* de Loch Brae en respuesta a las palabras de su hermana.

—Meg tampoco conocía bien a su David —continuó Janet Estuardo— y también es feliz. Meg es nuestra hermana menor y está casada con David Hamilton. Tienen dos pequeños gemelos a quienes adoran. Verás, Fiona, el matrimonio es algo en lo que se debe trabajar, como uno trabajaría en un campo fértil. Crecerá poco si no lo aras, siembras y riegas. El amor viene con el tiempo, surge del respeto, de ir conociendo a un hombre día tras día. Todo eso lleva tiempo. Tú y Angus, por el modo brusco en que habéis comenzado sois, en mi opinión, una pareja ideal. —Su sonrisa los abarcó a ambos.

—No me casaré con él ni con ningún hombre que no ame —insistió Fiona obstinadamente.

—Ni yo me casaré con una ladrona mancillando el honor de los Gordon de Loch Brae —dijo el *laird* en un tono igualmente terco.

Janet Gordon Estuardo parecía desconcertada ante la actitud de su hermano. ¿Por qué Angus siempre tenía que ser tan condenadamente difícil? La disposición de Fiona le quitaba importancia. Obviamente la muchacha era orgullosa e idealista. Con el tiempo podía convencerla, pero Angus era otra cuestión. Tal vez, decidió, si los dejaban solos durante el invierno, el amor florecería entre esta inflexible pareja. Entonces el problema estaría resuelto.

—¿Dónde están tus hermanitas, querida? —preguntó Janet a Fiona.

—Jeannie, Morag —llamó la joven y las dos niñas entraron a la sala—. Salud a lady Estuardo.

—¡Qué encantadoras son! —dijo suavemente Janet Estuardo—. La más pequeña es tu vivo retrato, Fiona Hay. —Ladeó la cabeza y agachándose preguntó—: ¿Eres Jeannie o Morag, cielo?

—Morag, señora. —Fue la ceceosa respuesta.

Janet se puso de pie.

—Entonces tú debes ser Jeannie. ¿Te gustan los ponis, Jeannie Hay?

—Sí, señora. —Jeannie asintió lentamente con la cabeza, preguntándose a qué venía eso. Por la dulzura con que hablaba sospechaba que esa señora no iba a gustarle.

Janet Estuardo se volvió hacia su hermano y Fiona.

—Estas dos niñas deben venir a Greymoor a vivir conmigo —dijo. Cuando Fiona abrió la boca para protestar, Janet continuó—. Ya has tomado una decisión, Fiona Hay, pero cuando la gente conozca tu decisión te considerará como una ramera costosa.

Fiona palideció, pero con labios fuertemente apretados continuó escuchando el resto de la explicación de Janet Estuardo.

—Si esperas encontrar un día maridos respetables para Jeannie y Morag, entonces ellas no pueden quedarse aquí en Brae, o con el tiempo también ellas serán juzgadas por tu elección. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Fiona asintió lentamente con la cabeza, pero había lágrimas en sus ojos.

—Por Dios, Jan, no le hables tan duramente —protestó el *laird*—. Jeannie y Morag son solo unas niñas. Nadie pensará mal de ellas. Fiona crió a sus hermanas de un modo admirable. Estás siendo cruel sin necesidad.

—No —intervino Fiona, para sorpresa de ambos—, ella no es cruel, milord. Está diciendo la verdad. Yo quería dejar a mis hermanas arriba, en la montaña, con Flora y Tam —explicó, volviéndose hacia Janet Estuardo—, pero vuestro hermano dijo que ya no sería un lugar seguro para ellas. ¡Sí que pensé en ellas, señora!

—Por supuesto que lo hiciste —dijo Janet—. Puedo ver tu valor, Fiona Hay. Angus, sin embargo, tenía razón en que no es seguro dejar a dos niñas sin más protección que la de dos criados. Pero no pueden quedarse contigo y continuar siendo respetables. Deben venir a casa conmigo.

—Yo no dejaré a mi Jamie —dijo Jeannie con firmeza.

Fiona la ignoró.

—¿Me permitiréis enviar a nuestros Flora y Tam con mis hermanas, señora? Sirvieron a mi madre y siempre han cuidado de nosotras. No hay nada que ellos puedan hacer por mí; ya que milord tan amablemente me ha dado mi propia doncella. Se sentirán útiles cuidando a mis hermanas como lo han hecho siempre. Flora y Tam son muy obedientes y no os darán problema alguno a vos, milady.

—Por supuesto que deben venir.

—¡Yo no dejaré a mi Jamie! —repitió Jeannie y esta vez enfatizó sus palabras golpeando el pie contra el suelo.

—Mi hermanito viene con mucha frecuencia a Greymoor —dijo lady Estuardo, quien comprendió de inmediato la preocupación de Jeannie—. Tengo una hija apenas más joven que tú, Jeannie Hay. Tendrás una amiga ¿Has tenido alguna vez una amiga?

Jeannie negó con la cabeza.

—¿Tiene una niña de mi edad, señora? —preguntó Morag, tirando de la falda a Janet Estuardo—. Yo tampoco he tenido jamás una amiga.

—¡Tengo una niña de tu edad! —respondió lady Estuardo, sonriendo— y tengo dos muchachitos también, pero estos dos juegan entre ellos.

—¡Fiona! —Jean Hay miró a su hermana.

—Lady Estuardo tiene razón, Jeannie. Si te quedas conmigo, creerán que no eres mejor que yo. Debéis recordar que sois parte de los Hay, que no sois gente común. Si sois criadas en casa de lady Estuardo seguiréis siendo respetables. Un día seréis consideradas para ser las esposas de buenos maridos. —Elegía cuidadosamente sus palabras como si estuviera luchando para mantener la compostura, lo que efectivamente estaba haciendo.

Janet quería abofetear a su hermano. Todo esto era culpa de Angus. Si él no fuera tan poco razonable, tan condenadamente inflexible, toda esta situación podría haberse evitado. ¡Todo lo que tenía que haber hecho era simular que la creía a Fiona Hay cuando dijo que el ganado era

suyo, pero no! Lo había dominado su orgullo. Nadie debía creer por un instante que el *laird* de Loch Brae tenía un corazón bondadoso. ¡Cuando ella pensaba en lo que habían hecho los Hay de la Cañada por él! Janet volvió a tragarse su indignación.

—Yo cuidaré bien a tus hermanas, Fiona Hay —dijo—. Tienes mi palabra.

—¡Entonces está arreglado! —dijo jovialmente el *laird*, secretamente aliviado de verse libre de las dos hermanitas Hay. Nunca había estado seguro de qué iba a hacer con ellas y se daba cuenta de que Jeannie iba a demostrar ser de armas tomar.

—No me llevaré hoy a las niñas —dijo su hermana dulcemente—. Necesitarás una o dos semanas para ocuparte de equiparlas a ellas y a sus sirvientes para que vayan a mi casa, querido hermano. Y me pagarás una onza de oro cada año para su manutención y espero por escrito vuestra declaración con respecto a las dotes de las niñas. —Se volvió hacia Fiona—. ¿Eran cuatro cabezas de ganado? ¿Por cada una?

Fiona asintió con la cabeza, ligeramente asombrada por el comportamiento de lady Estuardo.

—Cuatro cabezas o su equivalente en monedas de plata, más ropa blanca, vestimenta y una joya —concluyó Janet.

—Pides mucho para dos chicas de la montaña —dijo el *laird*.

—Tú obtuviste mucho de su abuelo, cosas que les pertenecían a ellas por derecho, y no olvidemos lo que has tomado de su hermana mayor —replicó Janet incisivamente.

—De acuerdo —concedió él a regañadientes.

—¡Oh, gracias, milady! —Dijo Fiona, cogiendo la mano de Janet Estuardo y besándola fervientemente—. Estaré eternamente en deuda con vos.

—Enamórate de él, muchachita —dijo Janet con suavidad— y haz que este demonio arrogante te ame tanto que sufra cuando no lo miren tus espléndidos ojos verdes. —Le guiñó un ojo a Fiona y luego dijo sin dirigirse a nadie en particular—: ¡Traed mi capa! Debo partir rumbo a Greymoor para contarles a Mary y Annabella que pronto tendrán dos nuevas amigas con quienes jugar.

—Tu visita, hermana —dijo el *laird*— ha sido interesante, como siempre. Avísame cuándo te llevarás a Jeannie y Morag a Greymoor.

—No seas mezquino con sus guardarropas, Angus —dijo su hermana con mordacidad mientras salía.

Fiona no pudo evitar reír.

—Ella es como el viento. Llega de repente, la fuerza de su soplo cambia el paisaje y luego se va.

—Se parece más a una plaga —refunfuñó el *laird*—. Siempre, desde que éramos niños me ha estado diciendo qué hacer (y qué no hacer). Sin embargo su marido la ama y sus hijos la adoran. No lo comprendo, muchacha. —Luego, olvidándose de la presencia de las dos Hays más pequeñas, le preguntó—: ¿Cómo te sientes esta mañana? —Alargando una de sus grandes manos, elevó hacia él el rostro de la joven e inclinándose la besó delicadamente en los labios.

Fiona miró hacia atrás nerviosamente, sacudió la cabeza lanzando una mirada hacia Jeannie y Morag y lo reprendió:

—¡Milord!

Angus Gordon rió suavemente.

—Creo que equiparé a esas dos lo más rápido posible para poder besarte cuando quiera, muchacha. Lo de anoche no hizo más que estimular mi apetito por ti.

Fiona se sonrojó, para su propia irritación, pues no se consideraba una muchacha sin carácter.

Durante los días que siguieron el *laird* no visitó la cama de Fiona, lo cual ella agradeció ya que estaba demasiado ocupada preparando a sus hermanas para que entraran a formar parte de la casa de Hamish y Janet Estuardo. Hamish Estuardo, el amo de Greymoor, era primo lejano del Rey. Aunque el protector¹⁵ no tenía una corte propiamente dicha, las familias nobles se visitaban. Las hermanas Hay necesitarían al menos dos vestidos elegantes con abrigos a juego. Los que tenían para diario eran bastante ceñidos y de tiro largo. Los nuevos estaban hechos de terciopelo y los abrigos bordados con coloridas cuentas y perlas diminutas.

—Es muy bonito —hizo notar Jeannie—. ¿Crees que al joven Jamie le gustará como me queda? —Hizo unas piruetas para sus hermanas—. ¿Parezco mayor?

—No te apresures tanto a crecer —le aconsejó Fiona a la niña.

—¿Por qué? —preguntó Jeannie—. ¿A ti no te gusta ser una mujer? Dicen que el *laird* es un buen amante.

—No hables de cosas que no entiendes —le dijo Fiona.

—Pero es que sí entiendo de esas cosas —replicó Jeannie—. Sé todo sobre lo que sucede cuando un hombre y una mujer hacen el amor. ¿No sabías que Margery y Elsbeth se escapaban para encontrarse con sus novios semanas antes de la boda? Margery ya espera un niño. Estaba aterrada de que tú te enteraras antes de que se casara con su Colly. Me contaron todo lo que quería saber sobre los hombres y las mujeres para que yo no os contara nada sobre sus travesuras a ti o a Flora —concluyó Jeannie con suficiencia.

—Pues tienen suerte de que yo haya podido procurarles sus dotes —dijo Fiona severamente—, o el niño de Margery sería un bastardo.

—¿Qué es un bastardo? —preguntó Morag inocentemente.

Jeannie soltó una risita tonta e incluso Fiona fue incapaz de no reír.

—No te preocupes, Morag —le dijo Fiona a su hermanita pequeña—. No es una palabra que una jovencita decente usaría.

—¿Tú no eres una joven decente, Fi? —preguntó Morag.

—No, yo ya no soy decente, cielo. Por eso tú y Jeannie vais a iros a vivir con lady Estuardo. Mira toda la ropa bonita que el *laird* os ha dado. Eres una chica muy afortunada.

Y por cierto que las mujeres traídas de las cabañas del *laird* habían trabajado duro para confeccionar nuevos guardarropas para Jean y Morag Hay. Además de los elegantes vestidos y abrigos y de los vestidos de diario, les habían hecho camiones de manga larga, camisas, medias tejidas y ligas. Cada una tenía también una capa de lana gruesa forrada con piel de conejo. El zapatero había venido, tomado la medida de sus pies y confeccionado hermosas botas cortas de cuero. Había también velos de gasa y cada una había recibido como regalo del *laird* un lazo para el cabello adornado con perlas cosidas. No iban a sentirse avergonzadas por sus ropas en casa de Hamish y Janet Estuardo.

Flora y Tam habían llegado de la torre Hay y para sorpresa de Fiona, Flora estuvo totalmente de acuerdo con la decisión de Janet Estuardo de tomar a su cargo a las dos hermanitas Hay. No le hizo a Fiona pregunta alguna acerca de su relación con el *laird* y durmió con su esposo en una habitación junto a la de las dos niñas.

La noche anterior a la partida hacia Greymoor, Fiona se sentó en la sala junto al fuego con su sirvienta de toda la vida y apoyó la cabeza sobre la rodilla de la anciana.

—¿Ya no me quieres, Flora Hay? En la semana que ha pasado desde que llegaste de la montaña no me has regañado ni una sola vez y mañana ya te marchas.

Flora acarició el cabello azabache de su joven señora.

—¿Qué se puede decir, pequeña? Elegiste un camino aquel día en la montaña al hacer ese trato infame con el *laird*.

¹⁵ Se refiere a Murdoch (ver notas 2 y 4) (N. de la T.)

—Sabes que no tenía opción. Él se hubiera llevado el ganado sin dudarlo un instante. Hoy Jeannie me ha contado que durante todo el verano Margery y Elsbeth estuvieron viéndose en secreto con sus novios y que el día de su boda Margery ya estaba embarazada. Es cierto que yo no sabía nada de eso, pero ¿qué más podía hacer, Flora?

—No había nada que pudieras hacer, pequeña. No olvidaste la promesa que le habías hecho a tu dulce madre, cuidar de sus hijas. Ella sabía que íbas a tener que sacrificarte para cumplir tu promesa.

—¿Ella estaría orgullosa de mí, Flora?

—Sí —afirmó la anciana—, pero no puedo evitar pensar que ella hubiera esperado que te casaras con el *laird*. Él es un hombre de buen corazón, pequeña mía.

—El *laird* no quiere una esposa y particularmente si esa esposa soy yo. Dijo que yo mancillaría el honor de los Gordon de Loch Brae. ¡Como si yo quisiera casarme con ese tipo arrogante!

—Debes hacer que se case contigo, mi niña —dijo la anciana—. Ningún otro te tomará como esposa ahora que él te ha robado tu virginidad.

—¿Es eso lo único que cuenta para valorar a una mujer, Flora? ¿Su virginidad y su capacidad de tener hijos? Quiero un hombre que me ame por algo más que esas cualidades y Angus *el Negro* no me ama en absoluto. Para él no soy más que una ladrona. Una ladrona que ahora es su concubina. Cuando se canse de mí, regresaré a la montaña, pero Anne, Elsbeth y Margery ya están bien casadas y Jeannie y Morag tendrán buenos maridos algún día.

—Y también te has ocupado de mi Tam y de mí —dijo Flora en voz baja—. Estoy feliz de haber salido de la montaña. Nunca me gustó, pero vuestra madre era nuestra señora y cuando ella murió no podíamos abandonar a sus pequeñas.

—Lo sé —dijo Fiona—, pero ahora tus viejos huesos tendrán fuegos cálidos junto a los cuales sentarse mientras miras crecer a mis hermanas. Yo no te hubiera dejado en la montaña.

—Hay cosas que debo contarte antes de marcharme —le dijo Flora a su señora—. Hay ciertas precauciones que puedes tomar para evitar tener un niño si no quieres uno. Las semillas de zanahoria silvestre, la planta que tiene flores blancas como de encaje, evitarán que quedes embarazada. Toma una cucharada de semillas, seguida por una copa de agua tibia. O mastica las semillas si quieres. Una dosis de poleo también puede ayudar. No le des un bastardo al hombre si puedes evitarlo, pequeña.

—Greymoor no está lejos —dijo Fiona—. Iré a pedirte consejo, como siempre lo he hecho. Estoy aprendiendo a montar.

Flora asintió con la cabeza.

—De todas formas —dijo— debería habértelo dicho antes de que el *laird* te llevara a la cama. Si ya estuvieras embarazada, ven a verme y te ayudaré a deshacerte del problema.

Fiona estaba sorprendida ante los conocimientos de Flora, pero al mismo tiempo agradecía que los tuviera.

—¿Cada cuánto debo tomar las semillas?

—Una vez al día; le daré a Nelly una bolsa para sacarte de apuros hasta el próximo verano cuando vuelvan a florecer las plantas. Tu madre las usaba para no darle un hijo varón a tu padre, aunque no con la suficiente frecuencia. Temía que se diera cuenta del engaño, ya que él había desparramado bastardos por doquier.

—Sí —coincidió Fiona—. Él hubiese sospechado pues deseaba enormemente recuperar las tierras de la cañada. —Levantándose del suelo, donde estaba sentada, sacudió sus faldas y luego ofreció una mano a Flora, a la que ayudó a levantarse del banco—. Hace rato que deberíamos estar en la cama, Flora querida.

Hamish Estuardo vino a buscar a las dos hermanas Hay.

—Parece que tu hermana, muchacha lista —le dijo a Angus con una sonrisa complacida—, está embarazada otra vez. Espero que sea otro chaval, pues sí que tenemos la casa llena de niñas y vamos a añadir un par más. —Se rió por lo bajo. Sus brillantes ojos castaños pasaron de su cuñado a las dos chicas—. ¿Estas son las niñas Hay, Angus?

Asombradas, Jeannie y Morag miraban a Hamish Estuardo. Era el hombre más grande que habían visto jamás. Medía por lo menos un metro noventa y cinco y su cabeza grande y redonda cubierta de una espesa cabellera tenía un color rojo fuego, al igual que su poblada barba.

—¿Es un gigante, Fi? —preguntó la pequeña Morag, con los ojos muy abiertos.

La risa de Hamish Estuardo retumbó en el lugar. Levantando en brazos a la niña, la miró con una amplia sonrisa.

—No, no, muchachita. Mi madre y mi padre me hicieron grande. —Le hizo cosquillas con uno de sus gruesos dedos y ella soltó una risita—. ¿Eres la señorita Morag Hay? —le preguntó.

—Sí, señor —dijo Morag y luego, para sorpresa de todos, preguntó—: ¿Será usted mi padre?

—Morag, qué cosas preguntas —regañó en voz baja Fiona a la más pequeña de sus hermanas—. Lord Estuardo será tu tutor.

—¡Yo quiero un padre! —dijo Morag con firmeza—. ¡Nunca he tenido uno!

—Ella era solo un bebé cuando nuestro padre murió —explicó Fiona.

Los ojos de lord Estuardo tenían una expresión cálida y comprensiva.

—Me encantará ser tu padre, muchachita —respondió. Dejó a la niña en el suelo.

Fiona empujó hacia adelante a Jeannie, quien saludó a lord Estuardo con una reverencia.

—Soy Jean Hay, milord —dijo.

—No aparentas edad suficiente como para ser una muchacha descarada, pero mi joven cuñado parece creer que lo eres —dijo lord Estuardo riendo por lo bajo—. ¿Lo eres, Jeannie Hay?

Jeannie dibujó una amplia sonrisa.

—Solo en lo relacionado con mi joven Jamie, milord. Por lo demás, prometo comportarme como toda una dama.

Hamish Estuardo soltó una risotada y volviéndose hacia el *laird*, dijo:

—Creo que mi casa se volverá un lugar más entretenido con la incorporación de estas dos chicas, Angus. —Luego, cogió y besó la mano de Fiona—. Vos debéis ser la señorita Fiona Hay —dijo con tono tranquilo—. Permitidme aseguraros, señorita Hay, que cuidaré de sus dos hermanas como si fueran mis propias hijas y vuestros dos sirvientes serán bien tratados. Vos siempre seréis bienvenida en Greymoor, muchacha.

—Gracias, milord —respondió Fiona. Las lágrimas le quemaban los ojos, pero las reprimió. Lo último que necesitaba era que sus hermanas lloraran al partir—. Enhorabuena a su buena esposa por estar esperando vuestro próximo hijo. Os estoy muy agradecida a ambos por vuestra consideración y bondad para con mis hermanas. —Hizo una impecable reverencia.

Ante esas palabras, Hamish Estuardo le dirigió una mirada de aprobación. Su esposa no se había equivocado. Fiona Hay sería una buena esposa para Angus, si tan solo ese maldito tonto alcanzara a ver más allá de su desmesurado orgullo.

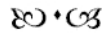
El equipaje de las chicas fue cargado en un carro tirado por mulas, donde también subieron Flora y Tam.

—Le he dado la bolsa a Nelly —susurró Flora cuando Fiona la besó en la ajada mejilla.

—Os he traído cabalgaduras propias que pensé os gustaría tener —dijo el señor de Greymoor a sus nuevas protegidas. Ayudó a Jeannie a montar una yegüita rodada de color gris y luego levantó a Morag para sentarla sobre un rechoncho pony negro—. Tu yegua se llama Brumosa —le dijo a Jeannie— y el pony, mi linda Morag, es Negrito.

—¡Oh, qué afortunadas sois ambas de tener animales tan hermosos para vosotras—dijo Fiona con entusiasmo a sus hermanas. Besó la mejilla sonrosada de Morag y apretó la delgada mano de Jeannie—. Que Dios os bendiga a las dos, hermanas. Iré pronto a visitaros.

Hamish Estuardo dio la señal de partida, pues sabía que si esperaba mucho más habría lágrimas. Fiona caminó hasta el puente con la lenta comitiva. Luego de despedirlos alegremente agitando la mano se volvió hacia el castillo, mientras escuchaba el clop clop de los cascos de los caballos chapoteando sobre el tramo de madera. Aunque Jeannie había estado extrañamente silenciosa durante la partida, Fiona podía oír a Morag que le hablaba sin cesar a Hamish Estuardo. Sonrió débilmente. Esto era lo mejor para ambas niñas ¡Sí que lo era!



Entristecida por la pérdida, se pasó el resto del día vagando sin rumbo por la pequeña isla del *laird*. Encontró una gran roca con una hendidura lisa junto a la orilla, subiendo por las rocas que daban al lago. Arrellanándose en el hueco, sorprendentemente confortable, se puso a contemplar el agua azul. Eso tuvo un efecto calmante, ayudándola a aquietar sus miedos por haber reorganizado tan rápido las vidas de sus hermanas. Ahora empezó a cuestionarse sobre la suya ¿Qué iba a hacer con su vida? Si bien no creía que el *laird* se sintiera particularmente atraído hacia ella, sí parecía desear su compañía, aunque no acertaba a imaginarse el porqué. No se había acercado a ella desde la noche de su llegada al castillo Brae. ¿Sería que en realidad lo único que quería de ella era su virginidad, pese a haber negado que así fuera?

Mantuvo la vista fija en las aguas, familiarizándose con el ritmo de las pequeñas olas, observando ondularse la corriente. En la orilla opuesta los árboles bajaban hasta los escarpados riscos que bordeaban la línea del agua. Aquí y allá, un pequeño trozo de playa arenosa. Los árboles ya empezaban a mostrar sus colores otoñales. Los álamos temblones y los serbales estaban tornándose de un dorado brillante. Los serbales se cargarían de bayas anaranjadas. Los robles se teñirían de anaranjado y rojo, entremezclados con los altos y majestuosos pinos verde oscuro. Fiona lanzó un profundo suspiro. En verdad adoraba el otoño, pero este año su otoño estaba teñido de tristeza. Por primera vez en su vida se encontraba sola, sin su familia.

Sobre las montañas arboladas, las nubes comenzaban a agruparse dejando jirones de azul brillante. Caía la tarde y la luz del sol vestía de oro el castillo, arrancando brillantes reflejos al lago. Era muy hermoso. Nunca había estado en un lugar tan bello. Su padre les había quitado tanto en su cruel empeño por apropiarse de la cañada Hay... Y al final ni siquiera había poseído un puñado de cenizas. De haber hecho él las paces con el abuelo Hay, tal vez nada de esto hubiera sucedido. Quizá ella podría hasta haber estado honorablemente comprometida con el *laird* de Loch Brae. Fiona sacudió la cabeza, riéndose suavemente de ella misma por ser tan tonta. Dugald Hay se había ido a la tumba maldiciendo a su suegro y al destino cruel que le había negado lo que él creía suyo por derecho. Había dejado a sus hijas sumidas en la pobreza. Y ella, la hija de un clan respetable, había tenido que venderse por el bien de sus hermanas. Se deslizó fuera del hueco y caminó lentamente de regreso al castillo.

En su habitación, Nelly la saludó con aire preocupado.

—¿Dónde habéis estado, señora? ¡Angus *el Negro* se ha puesto terriblemente nervioso al no poder encontraros!

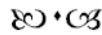
—Estoy acostumbrada a estar al aire libre, no encerrada entre las paredes de un castillo —dijo Fiona—. No he salido de la isla. Junto a la orilla hay una gran roca con una hendidura. Es un buen sitio para sentarse a pensar, contemplando el agua.

—Extrañáis a vuestras hermanas —dijo Nelly sabiamente.

Fiona asintió con la cabeza.

—Nunca antes he estado sola. No sé qué hacer conmigo.

—Ya he preparado vuestro baño —replicó Nelly—. Luego de sumergirse un rato os sentiréis mejor. El gaitero tocará esta noche en la sala.



Tras tomar un baño y ponerse una falda y blusa limpias, Fiona bajó detrás de Nelly a la sala, donde Angus Gordon ya estaba sentado a la mesa alta.

—¿Dónde has estado? —exigió saber, fijando en ella su mirada verde oscuro—. Creí que te habías escapado y que iba a tener que enviar los sabuesos tras de ti, muchachita. —Empujó hacia ella, por encima de la mesa, un gran plato con carne asada al tiempo que con la otra mano indicaba que se le llenara la copa de vino.

Fiona cortó un trozo de la carne, dándole un mordisco.

—El que sea vuestra concubina, milord, no significa que no sea una mujer de palabra. Hemos hecho un trato y es mi intención cumplirlo. —Masticó la carne de venado tragándola junto con el vino, después alargó la mano hacia el pan y cortó un trozo. Tras untarle mantequilla con el pulgar, arrancó la mitad de un mordisco. Sus ojos tenían una expresión áspera. No se dejaría intimidar por los Angus Gordon de este mundo.

Él no agregó nada más, tampoco ella. Cuando finalmente retiraron la comida de la mesa, entró un gaitero y situándose frente a ellos empezó a tocar. Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de Fiona. Aunque estridente, la música que brotaba de las gaitas era un sonido que tocaba las fibras más íntimas de su corazón; parecía comprender su tristeza, compadecerse de ella, calmarla. Suspiró profundamente cuando el gaitero finalmente dejó de tocar y desapareció entre las sombras del salón. Sin decir palabra, Fiona se levantó y se fue a su cuarto, seguida por Nelly. Mientras la miraba marcharse, una expresión pensativa cruzó fugazmente por los ojos de Angus.

Después de ayudar a su señora a desvestirse, Nelly le dio una camisa de dormir de lino suave con amplias mangas. Fiona ató ambas mitades de la prenda cerrándola en el escote. Tras lavarse las manos y la cara y limpiar cuidadosamente sus dientes con piedra pómez, estuvo lista para irse a dormir. Nelly se afanaba doblando y guardando las prendas que acababa de quitarse su señora.

Fiona fue hacia la ventana y abrió los postigos. El aire nocturno era fresco, otoñal.

—Ve a dormir, Nelly —dijo—. Yo todavía no tengo sueño. Hoy han sucedido demasiadas cosas.

—Que Dios os conceda un dulce reposo entonces, señora —respondió Nelly, cerrando la puerta tras de sí.

Esa noche había un cuarto de luna. Resplandecía sobre las aguas del lago, bañando de plata las crestas de las pequeñas olas. Soplaban un viento leve pero de dirección bien definida. Fiona sonrió cuando el viento cogió un mechón de su cabello antes de que empezara a trenzarlo. Suspiró mientras ajustaba la gruesa trenza con un trozo de cinta y cuando apoyó luego las manos sobre el alféizar hundió la mirada en la noche. «Estaba sola.» Por primera vez en toda su vida estaba verdaderamente sola. Sus hermanas estaban dispersas por diferentes lugares. Los viejos Tam y Flora también se habían marchado. Era una sensación extraña, casi como sentirse incorpórea o flotar libremente a la deriva. Qué iba a ser de ella, se preguntaba, pero esa muda incertidumbre no la asustaba ni entristecía. Simplemente sentía curiosidad por saber qué le reservaba la vida. No alcanzaba a recordar un tiempo en que no hubiera sido responsable de sus hermanas ¿Qué demonios iba a hacer ahora que todas ellas estaban instaladas?

El brazo que se deslizó rodeándole la cintura no la cogió por sorpresa. Había sentido que él vendría esa noche. Había pasado más de una semana desde que se había acostado con ella y se sentía tan tímida como la primera vez, pero al menos ahora ya sabía qué esperar.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él, sorprendiéndola.

—En mis hermanas —le contestó, preguntándose si él realmente comprendería lo que le sucedía.

—¿Las echas de menos?

—Sí y me pregunto cómo va a ser mi vida ahora que no las tengo conmigo para cuidar de ellas, Angus Gordon —le dijo con franqueza.

—Eres mi concubina —le respondió él, inclinándose para depositar un beso cálido allí donde su escote redondo dejaba ver su piel.

Fiona rió a pesar suyo.

—¿Y qué hace una concubina, milord? —inquirió en tono travieso.

—Pues una concubina... eh... pues... —calló, confundido por la pregunta.

—Exacto —le dijo Fiona—. Si yo fuera vuestra esposa me encargaría del castillo y de su gente, pero no soy vuestra esposa. ¿Qué soy, entonces? No soy un juguete que vos podáis dejar en un rincón cuando os aburráis de mí, milord.

El *laird* estaba asombrado. Por Fiona, por esta conversación. ¿Qué quería de él?

—Una y Aulay están a cargo del castillo —empezó a decir, pero se dio cuenta de que si él tuviera una esposa, ellos le cederían esa responsabilidad.

—Una y Aulay tienen su lugar, al igual que todos los que viven aquí en Brae. Todos saben qué se espera de ellos cada día. Yo no lo sé.

A medida que hablaba, la espalda de Fiona parecía ponerse más tiesa. ¿Por qué demonios ella había siquiera empezado esta conversación? Él iba a pensar que quería ser su esposa.

—Tu lugar está entre mis brazos, en mi cama —le dijo él—. Ese es el deber de la concubina de un hombre, muchacha.

—No puedo pasar todo mi tiempo entre vuestros brazos, en vuestra cama —replicó Fiona con desesperación—. Necesito algo que hacer. No estoy acostumbrada a estar ociosa.

La madre de Angus había muerto cuando él era relativamente pequeño. Apenas podía recordar qué hacía ella con su tiempo, si es que alguna vez él lo había sabido. Desde su más tierna infancia, él había pasado fuera todo el tiempo posible, un varón ocupado en tareas masculinas. Hasta donde alcanzaba a recordar, Una y Aulay habían manejado el castillo.

—¿Qué quieres hacer?

Fiona pensó un momento.

—Quiero aprender a leer y escribir —dijo—. ¿Vos sabéis leer y escribir, milord? Mi padre no sabía, pero mi madre decía que ella sabía escribir su propio nombre. Nada más, imaginaos. Solamente su nombre. Aunque nunca la vi hacerlo.

—Yo aprendí a leer y escribir cuando era un muchacho en Inglaterra con el Rey —dijo el *laird* lentamente—. Mi hermano Robert ha adquirido esas habilidades en la abadía de Glenkirk, pero ni el joven Jamie ni mis hermanas saben leer y escribir y, de hecho, tampoco Hamish Estuardo. Si eso es lo que quieres, muchachita, yo te voy a enseñar —le prometió.

Fiona asintió con la cabeza, satisfecha.

—La luna brilla mucho esta noche, ¿verdad? —dijo por fin él.

—Sí.

Los dedos de Angus comenzaron a desatar la cinta que cerraba el escote de la jovencita. La camisa de dormir se abrió hasta el ombligo. Deslizando dentro la mano capturó uno de los pechos. Este se acomodó en su mano como si fuera una pequeña manzana redonda, apenas abarcándole la palma. La piel de ella era muy suave y cálida, palpitante. Él empezó a frotarle el pezón con el pulgar, mientras sus labios volvían a hallar el hueco casi invisible donde el hombro y el cuello se unían. La boca se demoró allí largo tiempo.

—No te he visitado estos días no porque no te deseara, sino para que pudieras pasar más tiempo con Jeannie y Morag —le susurró al oído. Luego su lengua se dedicó a explorar delicadamente el espiral de la oreja.

—Lo sé y os lo agradezco —respondió Fiona, estremeciéndose al sentir la cálida humedad en su oreja. Sus juegos eran excitantes, pero al mismo tiempo la asustaban un poco. Se movió nerviosamente intentando fijar su atención en una brillante estrella que se veía justo sobre las montañas del otro lado del lago oscuro, pero era imposible. Quería quitarse de encima de un tirón las manos de él. Pero en cambio sus brazos colgaban a los costados, mientras abría y cerraba los puños nerviosamente.

Angus Gordon percibía la tensión en la muchacha y no le parecía extraño. Si bien al superar sus temores había resultado un aprendiz entusiasta, aún era muy inexperta. Con suavidad empezó a bajarle la camisa de dormir dejando al descubierto sus hombros. La prenda resbaló por el torso hasta quedar arremolinada alrededor de sus tobillos. Deslizándolo las manos por debajo de los brazos de ella, las ahuecó para coger en cada una un pecho. Acarició la piel delicada.

Fiona contenía el aliento, anhelante. Sin poder evitarlo, se estremeció violentamente.

—No, no, mi dulce niñita —su voz era como una caricia—. No temas ¿No recuerdas lo dulce que fue la última vez?

—¡Sí! —A duras penas logró articular la palabra. Le había gustado la única vez que él le había hecho el amor, tomando su virginidad en una llamarada de ardiente pasión.

—¡Te prometo que esta vez te gustará más, muchacha! —Haciéndola girar hacia él rozó con sus labios los de ella.

Se sorprendió al hallarlo desnudo. Había estado tan concentrada en sí misma que ni siquiera había notado el roce de su piel. Sentía las mejillas ardiendo. Con sus grandes manos él le rodeó las nalgas, apretándola contra sí. Fiona sintió contra el muslo la dureza de su desenfrenada virilidad y sus mejillas volvieron a arder.

—Mi Gordie te ha echado de menos, muchacha —le murmuró sugestivamente.

—Él es un compañero lanzado —dijo ella en voz baja, y alargando una mano se lo acarició suavemente—. ¡Ah, está muy duro, milord!

—¡Quiero estar dentro de ti, Fiona Hay! —le dijo con voz enronquecida—. No tienes ni idea de cómo te deseo, muchacha. Durante los últimos días no fue nada fácil resistir las ganas de tomarte cada vez que te veía, pero mantuve las formas por tus hermanas. —Volvió a tomar con su boca la de ella, pero esta vez el beso fue impetuoso y exigente.

Fiona le respondió rodeándole el cuello con los brazos, los pechos fuertemente apretados contra el torso de él, al tiempo que sus temores se esfumaban barridos por una ráfaga de deseo. Poniéndole las palmas debajo del trasero la levantó, entrando en su cuerpo y ella instintivamente lo envolvió con las piernas. Estaba asombrada por lo que él había hecho, por lo que ambos estaban haciendo. Volvió a apretarla contra sí y ella sintió el alféizar contra la espalda y a él gimiendo dentro de su boca mientras con el bajo vientre empujaba y arremetía dentro de ella. Ella le siguió el ritmo, sorprendiéndose a sí misma, pero en un momento echó la cabeza hacia un costado y jadeando dijo:

—Me vais a dejar tullida, Angus Gordon, si no dejáis de empujarme contra la piedra de la ventana.

En respuesta, él cesó de moverse de ese modo. Apretándola con fuerza entre los brazos, atravesó la habitación y la depositó en el borde de la cama. Quedándose de pie reanudó su salvaje arremetida, penetrando con fuerza en lo profundo de ese cuerpo listo para recibirlo.

Fiona le clavó la uñas en la espalda, dejándolas deslizarse hacia abajo, ardiendo con una pasión tan viva que le sorprendía no ver toda la habitación iluminada por las llamas. Sentía como si él estuviera devorándola toda, pero en ningún momento sintió miedo, ni siquiera cuando él la cogió de las muñecas e inmovilizándola sobre el colchón rugió:

—No me arañes, muchacha —en el mismo instante en que la penetraba con renovado ímpetu intentando llegar a lo más profundo de ella. El éxtasis la invadió en oleadas, envolviéndola con tal embelesamiento que se sintió transportada al cielo. Entonces estalló el poderoso palpitar que sentía en el interior. Con un grito él se desplomó encima de los pechos de ella, con una

especie de sollozo. Muy satisfecha de sus esfuerzos Fiona le acarició el cabello oscuro. Esta vez no le había dolido en absoluto. De hecho, solo había sentido el más puro placer ¿Todas las mujeres sentirían esto después de la pasión? ¿También las esposas? ¿O acaso esta delicia le estaba reservada solo a la concubina de un hombre?

Angus Gordon respiraba lenta y profundamente, esforzándose por recobrar el equilibrio. Estaba algo sorprendido de sí mismo. No había advertido que su deseo por ella fuera tan poderoso que lo llevaría a tomarla en una forma tan primitiva, pero a Fiona no había parecido molestarla, excepto en el momento en que le había recordado que estaba magullándole la espalda contra el alféizar. Las piernas de la joven lo soltaron mientras ella lanzaba un profundo suspiro. Incorporándose apoyado en los codos, la miró fijamente a la cara.

—Me alegra ver que tu descaro está intacto, muchacha —le dijo a modo de cumplido.

—Salid de encima de mí, bruto —replicó ella y apenas él se levantó un poco más, la muchacha rodó sobre sí misma alejándose, tras lo cual se levantó de la cama y se apresuró a cruzar la habitación hacia el lavamanos, que llenó de agua. Luego se lavó y mirándolo dijo:

—Venid y dejadme lavar a vuestro Gordie, milord. No querréis iros a dormir con él sucio.

Él obedeció y al acercarse a ella le preguntó:

—¿Dónde has aprendido eso, muchacha?

—Mi fiel Flora dijo que debía hacerlo. Ella dice que el miembro de un hombre puede dañarse si no se lo mantiene limpio. —Empujándole hacia atrás el prepucio, ella lo lavó muy hábilmente y luego, volviendo a ponerlo en su sitio, le dio una palmadita al miembro, mientras levantaba la vista hacia Angus y le sonreía—. Eso es, ya está listo, y ahora os sentiréis mejor.

Él rió, cautivado por su ingenuidad, pero luego le dijo en tono provocativo:

—Tus tiernos cuidados solo excitarán a mi Gordie, muchacha.

Ella abrió mucho los ojos.

—No querréis vos decir que podríamos hacerlo de nuevo esta noche, ¿verdad, milord? —Para diversión de él, lo miró esperanzada.

—Cuando yo tenía tu edad, Fiona Hay, podía hacerlo una docena de veces por noche. Pero ahora, ¡ay de mí! solo puedo arreglármelas para hacerlo tres o cuatro. Métete en la cama —le ordenó, con mirada repentinamente amenazadora.

Ella se mordió el labio inferior y para sorpresa de él, soltó una risita.

—¿Cuántas veces creéis que podéis hacerlo esta noche? —le preguntó maliciosamente—. Me gusta que me toméis vos, Angus Gordon.

—Eso he notado —le dijo él—. Métete en la cama, muchachita.

Ella se pasó sugestivamente la lengua por los labios.

—¿Tres veces o cuatro, milord?

Él la miró con una amplia sonrisa.

—No lo sabrás, muchachita, hasta que volvamos a meternos en tu cama. —Rió por lo bajo—. Pero creo que pueden llegar a ser cuatro.

Ella tiró de su mano con impaciencia y mientras estaban tendidos en la cama, saciados por segunda vez, Fiona pensó para sí que ser la concubina del *laird* no era un destino tan terrible, después de todo. Seguía pensando lo mismo al despertar por la mañana, dolorida, pero indudablemente más que satisfecha.

Capítulo 4

Roberto, duque de Albany (hermano del fallecido soberano Roberto III, tío de Jacobo¹⁶ I el joven Rey prisionero), y Regente de Escocia no había sido el hombre más querido de su tierra, pero el suyo era un reinado fuerte.

Apenas asumir la regencia en nombre de su sobrino prisionero, el duque de Albany había renovado la paz con Inglaterra y luego declarado con gran pompa que durante su mandato como gobernante interino de Escocia no se agobiaría a los pobres con cargas impositivas. Fue una maniobra extremadamente inteligente, pues las diferencias entre la población celta de las tierras altas y los escoceses más civilizados de las tierras bajas se estaban volviendo cada vez más pronunciadas. En toda Escocia reinaba un estado de una anarquía y desorden absolutos, que, aunque más manejable en las tierras bajas, era imposible de controlar en las altas. En estas, cada jefe renovó la independencia de la que su clan había gozado, antes del gobierno de Robert de Bruce¹⁷. El duque de Albany intentaba pasar por alto todo cuando podía, que era mucho.

Los Lores de las islas eran los peores delincuentes, dueños de flotas propias con las que asolaban el resto de las regiones costeras de Escocia de acuerdo con su propia conveniencia. MacDonald, el más poderoso de los jefes, había acordado individualmente la paz con Inglaterra. Se consideraba así mismo aliado de los ingleses. El Regente, un hombre mucho más interesado en acrecentar la fortuna y poder de su familia, ignoraba deliberadamente a MacDonald.

Los ingleses mantenían dos rehenes que le interesaban al Regente: su sobrino, el joven Rey, quien técnicamente tenía autoridad sobre él; y su propio hijo, Murdoch, conde de Fife. Si bien el deber principal de Albany era negociar la liberación del Rey, solo había hecho tibios esfuerzos orientados en esa dirección. Por su propio hijo sí había intercedido con toda la pasión de su alma ambiciosa. A él en verdad le convenía que su sobrino permaneciera en Inglaterra, pero en una calculada y tierna muestra de preocupación familiar, había enviado al sur a los jóvenes nobles escoceses para que le hicieran compañía al Rey. Angus Gordon había pasado dos años con su Rey, durante los cuales había aprendido a leer y escribir. No le había resultado fácil, pero el joven Jacobo Estuardo había insistido:

—Cuando yo regrese a ocupar mi lugar, Angus, necesitareé hombres de intelecto, al igual que hombres que sean buenos con la espada —había dicho para persuadir a su joven compañero.

—Necesitaréis usted hombres que os sean leales, mi Señor —había replicado el joven Angus—. Recordad que vuestro hermano fue asesinado por vuestro tío para evitar que accediera al trono. Él preferiría que vos permanecierais en Inglaterra. Vuestro tío ambiciona el trono que os pertenece a vos y este rey inglés que os retiene aquí también ha obtenido su propia corona recurriendo a la usurpación. Comprende los deseos del Regente, ya que los comparte.

¹⁶ James en el original, reinaría en Escocia como James I entre 1424 y 1437. Su nombre se traduce al español como Jacobo I de Escocia (N. de la T.)

¹⁷ También llamado Robert the Bruce (1274-1329). Gobernó Escocia como regente con el nombre de Roberto I desde 1306 hasta su muerte en 1329. (N. de la T.)

—Hay algo más que eso —le explicó el Rey a su amigo—. Se rumorea que el último soberano inglés, Ricardo II¹⁸, no fue asesinado en el castillo Pontefract, sino que escapó hacia las islas, donde fue capturado por lord Montgomery y entregado a mi padre como rehén. Dicen que mi padre lo mantuvo cautivo, que ahora vive como un rey al cuidado de mi tío, Albany. Yo lo vi una vez. Sí que es el vivo retrato de este rey que me mantiene cautivo aquí en Inglaterra. El rey Enrique me retiene aquí para que el Regente no envíe de regreso a Inglaterra a su rival, quien le disputaría el trono. Sus ambiciones se complementan, Angus Gordon. Me temo que solo cuando este hombre muera podré regresar a casa.

Y así había continuado la frágil paz entre Escocia e Inglaterra. Poco había cambiado a la muerte de Enrique IV, salvo que Albany pudo por fin recuperar la custodia de su propio hijo, Murdoch, conde de Fife a cambio de devolver al joven conde de Northumberland, hijo del célebre lord Percy, conocido como Hotspur¹⁹. Enrique V partió a Francia a luchar por el trono francés. Se llevó consigo al joven Rey de los escoceses pues el astuto Regente permitía a los escoceses combatir para los franceses. El tener al rey escocés combatiendo para el ejército del rey inglés era una victoria psicológica y muchos escoceses se retiraron del ejército francés, sintiéndose impulsados entre la realeza nacional y su deseo de ganar el sustento, pues muchos de ellos eran hijos menores. El Regente murió a los ochenta años y fue sucedido por su hijo mayor Murdoch, por cuya liberación tanto había luchado.

Desgraciadamente, el nuevo duque de Albany carecía de la sagacidad política de su padre. No era astuto ni ambicioso, aunque desde luego no deseaba perder las ganancias materiales que su padre había obtenido. Era básicamente un hombre perezoso, de carácter débil, incapaz de ejercer demasiada autoridad sobre sus tierras, y ni qué decir sobre su propia familia. Rápidamente se aburrió de intentar controlar un gobierno que era en realidad inmanejable. El país se hundió más en la anarquía.

Para agravar los problemas del duque Murdoch, sobrevino una contagiosa enfermedad, la fiebre y la disentería asolaron a todo el país, desde las tierras altas hasta las bajas. Comenzó a correr la voz de que esto era una señal del enojo de Dios porque Escocia había negado a su legítimo señor. Los duques de Albany habían ejercido el poder demasiado tiempo, mientras el pobre Rey languidecía bajo la custodia de sus acérrimos enemigos, los ingleses. La enfermedad era el juicio de Dios sobre Escocia.

La nobleza reía desdeñosamente. La mayoría estaba satisfecha con el estado de cosas, aunque los nobles más responsables se daban cuenta de que la violencia y el desorden solo conducirían a más de lo mismo.

En un extraño giro de los acontecimientos, Walter, conde de Atholl, decidió repentinamente que tendría que involucrarse personalmente en la negociación para traer a casa a su sobrino, el legítimo rey de Escocia. Sí, Jacobo Estuardo ya era todo un hombre y hacía tiempo tendría que haber regresado. Además, se decía que el Protector de Inglaterra sería razonable ya que estaba en guerra con Francia y necesitaba mantener la paz en la frontera norte. El momento era propicio. Walter formó una delegación para ir a Inglaterra y negociar la liberación de Jacobo Estuardo.

Era una delegación pequeña, cuyos miembros más importantes eran el propio Walter, obviamente; John Estuardo el Rojo de Dundonald; y el obispo de St. Andrews. Al llegar a

¹⁸ Ricardo II (1367 -1400), nacido en Francia, segundo hijo de Eduardo, príncipe de Gales, apodado el Príncipe Negro y de Juana de Kent. Las sucesivas muertes de su hermano mayor Eduardo (1372) y de su padre (1376), lo convierten en el heredero de su abuelo Eduardo III. Subió al trono con solo diez años de edad, bajo la regencia de su tío Juan de Gante y de su madre Juana, fallecida en 1385. Durante su gobierno luchó contra los grandes feudatarios ingleses, y proyectó una total centralización del poder real, reformas que fueron duramente criticadas por sus principales parientes, siendo el más importante su tío y otrora regente Juan de Gante.

¹⁹ Hotspur significa temerario o impulsivo (N. de la T.)

Inglaterra, lo primero que descubrieron los escoceses fue que Jacobo no era débil como su padre y que estaba decidido a gobernar Escocia con mano de hierro. Recibieron una segunda sorpresa al enterarse que el Rey había elegido como futura esposa a lady Juana Beaufort, prima mayor del lord inglés que aún era un niño y nieta del formidable Juan de Gante²⁰. Jacobo Estuardo esperaba que la delegación acordara no solo su liberación sino también su contrato de matrimonio.

Llevó casi un año y medio completar las negociaciones. El rey de Escocia regresaría a casa; su pueblo pagaría a los ingleses seis mil merks²¹ durante un periodo de seis años como retribución por la manutención de Jacobo Estuardo mientras este había vivido en Inglaterra. Además los escoceses prometieron dejar de prestar ayuda a Francia contra los ingleses; lady Juana Beaufort se convertiría en la Reina de Escocia y su dote sería un cuarto de la suma adeudada por los escoceses a los ingleses.

El matrimonio se celebró en St. Mary Overy en Southwark el 13 de febrero del año de nuestro Señor 1424. El 28 de marzo la comitiva real escocesa partió rumbo al norte, cruzando la frontera el 9 de abril. Para sorpresa general, a ambos lados del escabroso camino había hombres, mujeres y niños, todos ansiosos por ver al Rey perdido durante tanto tiempo y a su bonita y flamante soberana. Dieron vivas a Jacobo Estuardo hasta enronquecer. Al paso del Rey, aquí y allá surgía de entre la gente algún *laird* de la frontera con su boina para gritar su lealtad.

En la abadía Melrose Jacobo Estuardo se reunió con su primo Murdoch, duque de Albany, quien había venido acompañado de sus hijos Robert, Alexander, James y el otro Walter Estuardo. Con ellos estaban tantas familias de la nobleza escocesa como habían podido llegar a Melrose a tiempo para la venida del Rey. Desde la abadía los ingleses partieron, dejando a Jacobo Estuardo a salvo en su propio territorio por primera vez en dieciocho años.

El duque Murdoch dio un paso al frente y se arrodilló delante del Rey, quien estaba montado en su caballo.

—Dejadme ser el primero en juraros lealtad, primo —dijo.

El Rey lo miró desde lo alto.

—Tu lealtad es un tanto tardía, primo —le respondió con frialdad—. La delegación que enviaste me juró lealtad aún antes de que empezaran las negociaciones para mi liberación.

Ante el reproche, el duque de Albany se ruborizó y se puso de pie.

—Estoy feliz de veros en casa, mi Señor —dijo, aún a sabiendas de que su familia no tendría el favor del Rey. Jacobo Estuardo se apartó de su primo. Jamás perdonaría a los duques de Albany el daño irreparable que habían hecho a su rama de la familia y no podía olvidar que durante casi veinte años habían permitido que él languidciera en Inglaterra mientras ellos usurpaban su autoridad.

—He traído a casa a mi propio ejecutor —dijo el duque de Albany en voz baja.

—Debo admitir que esto no es bueno —dijo su suegro, el conde de Lennox— pero pertenecéis a la misma familia. Tiene mucho que hacer. Seguramente se le pasará el enojo. Mientras tanto, ayúdale cuanto te sea posible.

El duque Murdoch asintió con la cabeza, observando al Rey, quien no se había molestado en esperar a que le fueran presentados sus cuatro hijos y ya había avanzado hacia la demás gente que había venido a saludarlo. Algunos estaban impresionados por el aire de fuerza y determinación que emanaba Jacobo Estuardo. Otros no estaban en absoluto complacidos, especialmente cuando dijo:

—Si Dios me da vida, aunque no sea más que una vida miserable, no habrá rincón en mi reino donde se sufra inseguridad o hambre.

²⁰ Juan de Gante, duque de Lancaster (1340-1399), militar y político inglés, cuarto hijo del rey Eduardo III de Inglaterra y hermano de Eduardo el Príncipe Negro. Desempeñó un importante papel en las guerras que Inglaterra mantuvo contra Francia y la Corona de Castilla. (N. de la T.)

²¹ Antigua moneda escocesa de plata (N. de la T.)

Esta breve frase encerraba un mensaje para la nobleza escocesa: que pensaba reinar como un verdadero monarca debería hacerlo.

Mientras avanzaba entre la multitud, la mirada del Rey se cruzó con la de Angus Gordon. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Jacobo Estuardo y apartó a quienes se interponían entre él y el laird de Loch Brae.

—¡Angus! ¡Angus Gordon! —exclamó abrazando afectuosamente a su viejo amigo—. Qué bueno es verte otra vez y que hayas venido desde tu amado Brae a darme la bienvenida.

Angus se arrodilló y besó la mano del Rey, pero este lo obligó a levantarse.

—Me halaga que me recordéis, mi Señor—dijo con modestia—. Han pasado muchos años desde que nos vimos por última vez, pero nadie podría haberme impedido venir a saludaros ¡Estáis en casa otra vez, gracias a Dios!

—Te quedarás conmigo en Perth —dijo el Rey—. Voy a necesitar cerca de mí un hombre veraz.

El *laird* se ruborizó ligeramente.

—He traído conmigo a mi concubina, mi Señor —dijo en voz baja.

—También es bienvenida —respondió el Rey—. Ramsey y el *laird* de la montaña Duff han traído las suyas para que les hagan compañía en Inglaterra. Grey hasta se casó con la suya antes de que yo me casara con mi Juana. ¿Está contigo tu muchacha?

Angus hizo adelantar a Fiona, quien se inclinó en una profunda reverencia ante Jacobo Estuardo.

—Ella es la señorita Fiona Hay, jefa de mis vecinos, los Hay de la montaña, mi Señor.

—Señorita Hay, reciba mis saludos —dijo el Rey haciendo levantar a Fiona.

—Os saludo, mi Señor —dijo Fiona en voz baja, con el corazón golpeándole en el pecho por la emoción—. Espero que me permitáis juraros mi lealtad.

—Y la de su clan también, espero —respondió el Rey.

Fiona soltó una risita.

—Me temo, mi Señor, que mi clan tiene pocos miembros.

—¿Cuántos? —Los ojos ambarinos del Rey brillaban divertidos.

—Somos nada más que cinco, mi Señor. Yo, mis dos hermanitas y nuestros dos sirvientes —le dijo Fiona.

—Cinco escoceses leales es un buen comienzo para cualquier Rey —dijo Jacobo Estuardo con seriedad haciendo una cortés reverencia.

—Le has agradado —le dijo Angus Gordon cuando el Rey los dejó para seguir saludando a los demás.

La comitiva real prosiguió su camino, dejando atrás Edimburgo para dirigirse a Perth, la capital. La joven Reina estaba encantada por la agreste belleza del paisaje. A medida que avanzaban hacia el norte el terreno se volvía más montañoso. Cruzaron gran cantidad de raudos riachuelos y algunos lagos.

El 20 de abril llegaron a la ciudad de Perth. El Rey y la Reina se quedarían en el Palacio de Scone²², en tierras de la abadía homónima.

—Os aprecio mucho, mi Señor —dijo Angus Gordon cuando el Rey le pidió que se uniera a los miembros de la Corte—, pero no puedo quedarme, pues debo ocuparme de algunos asuntos en Loch Brae.

—Quédate con nosotros hasta la coronación, Angus *el Negro* —dijo el Rey—, y luego solo te pediré que vivas conmigo durante un breve lapso de tiempo. En el otoño regresarás a casa y yo iré contigo para cazar venados.

²² Sede de Paramentos y durante siglos lugar de coronación de los reyes escoceses. Inmortalizado por Shakespeare en su obra Macbeth. (N. de la T.)

Era a un tiempo una petición y una orden. El *laird* de Loch Brae inclinó la cabeza como señal de acatamiento a la voluntad del Rey.

—No será por mucho tiempo —consoló Fiona a su amante esa noche mientras estaban acostados. Acarició la oscura cabeza que descansaba sobre sus pechos desnudos—. Será muy emocionante ver la coronación de un Rey, Angus. Es probable que no volvamos a tener una oportunidad así.

—Vas a necesitar un vestido nuevo.

—No —dijo ella—, los que tengo casi no los he usado y mis abrigos están en buen estado.

—Un vestido interior blanco —dijo él— y el abrigo de brocado dorado y blanco ribeteado de piel blanca.

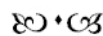
—Como quieras, pero no voy a ponerme uno de esos ridículos tocados —dijo Fiona—. Imagínate, poner cuernos sobre la cabeza de una mujer. Hace que una se vea como una vaca con velo. —Suspiró mientras él empezaba a acariciarla.

—Entiendo tu aversión hacia el ganado, muchacha —bromeó él levantando la cabeza para poder besarle los pechos, ahora llenos—. Vaya, te has vuelto casi respetable.

Ella le dio un fuerte tirón al cabello oscuro y soltó un juramento por lo bajo, medio riendo.

—Eres un villano, Angus *el Negro* —le dijo—, pese a estar tan cerca de nuestro Rey. ¿Acaso nunca me libraré de la deuda que tengo contigo?

—¡Jamás! —le dijo él con fiereza, tomándola entre sus brazos y besándola apasionadamente—. No te dejaré ir, Fiona Hay. ¡Eres mía!



Hamish Estuardo y su esposa Janet bajaron de las colinas para asistir a la coronación del Rey. Llevaron consigo a James Gordon y a Jean Hay. Luego de abrazarse efusivamente con su hermana Fiona retrocedió para mirar a Jeannie, ya de doce años. Estaba más alta y tenía unos incipientes pechos, pero en algo no había cambiado: aún estaba decidida a casarse con James Gordon.

—Caramba, Jeannie, has crecido bastante —la felicitó el *laird*—. Veo que pronto serás una mujer.

—Entonces cáseme con mi joven Jamie —dijo Jean Hay con todo descaro.

El objeto de su afecto gruñó, poniendo los ojos en blanco y haciendo reír a todos.

—Esa unión sería beneficiosa para ambos —dijo Angus Gordon—. Siempre lo he creído así, hermano. Quizá ha llegado el momento de acordarla, antes de que otro muchachito enamore a Jeannie y la aleje de ti —dijo con una sonrisa.

—Es demasiado joven para llevarla a la cama —replicó James Gordon en tono de queja—. Quiero una esposa con quien pueda acostarme. Además, no tiene tierras propias y yo quiero a alguien que tenga propiedades, Angus. Seguramente me entiendes.

Janet Gordon Estuardo, extrañamente silenciosa, miraba a su hermano mayor.

—Te daré algunas de las tierras de la cañada —ofreció el *laird*.

—¿Por Jeannie Hay? —fue la respuesta del sorprendido James.

—Esas tierras eran de su abuelo, Jamie —replicó el *laird*—. Es simplemente justo que reciba algunas de ellas como parte de su dote.

—Aún es muy joven para llevarla a la cama —insistió James Gordon.

—No lo será dentro de dos años, hermano —dijo Angus Gordon—. Puedes esperar ese tiempo, pues tú también eres muy joven ¿Dónde más vas a conseguir una oferta tan buena? Eres el hijo menor y tienes poco más que tu cara bonita para ofrecer a una muchacha que tenga más propiedades. Ningún padre querría un muchacho con tan poco que ofrecer, por bonita que sea su cara.

Jean Hay contenía el aliento, sin atreverse siquiera a moverse.

—Bueno —concedió James Gordon—. Supongo que puedo esperar para llevar a la cama a una esposa. ¿De cuánta tierra estamos hablando, Angus?

—Eso lo discutiremos cuando yo regrese a Loch Brae, Jamie —dijo el *laird* tranquilamente—, pero queda acordado entre nosotros que dentro de dos años tomarás por esposa a Jeannie Hay

—Está bien —accedió James Gordon y ambos se estrecharon la mano.

—Puedes besarme, Jamie —le dijo Jeannie Hay ceremoniosamente, con el corazón palpitante de emoción por haber conseguido por esposo al hombre que deseaba.

James Gordon miró a la jovencita. Inclínándose, besó una de sus sonrosadas mejillas.

—Eres demasiado joven para un beso en los labios, chiquilla —le dijo en tono severo, viendo la mirada de rebelión en los ojos ambarinos.

Entonces, para sorpresa de todos, Jeannie Hay respondió dócilmente:

—Está bien, Jamie, lo que tú digas.

—Podrías aprender de tu hermanita, Fiona Hay —dijo el *laird* con un brillo travieso en la mirada.

Fiona parecía furiosa, pero Janet Gordon Estuardo soltó una carcajada y la risa de su enorme marido, aunque entre dientes, retumbó por toda la habitación.

—El día que me vuelva una tonta por un hombre —masculló Fiona—, tened por seguro que habré perdido la cabeza —replicó mientras salía como una tromba.

—Tú y tu prometida ya podéis marcharos —le dijo Angus Gordon a su hermano menor. Cuando James y Jeannie Hay hubieron salido, miró a su hermana y cuñado—. Di lo tuyo, Jan, pues sé que de todas formas lo harás —le dijo riendo entre dientes.

—Tu estupidez ya ha durado lo suficiente, Angus —le dijo Janet en tono severo—. ¿Cuándo vas a fijar fecha para la boda con Fiona?

—Cuando ella me diga que me ama, hermana, pues para mi propia sorpresa y asombro, creo que estoy enamorado de ella; pero no me casaré con ella si no me ama —concluyó, implacable.

—Tampoco Fiona, con el ejemplo del desdichado matrimonio de sus padres, se casará con un hombre que no la ame —respondió su hermana—. Una mujer necesita saber que su hombre la ama, Angus. Solo entonces se atreverá a admitir sus propios sentimientos. Recuerda que nosotras las mujeres somos la parte más débil.

—¡Ja! —respondió su hermano y hasta el paciente y amable Hamish Estuardo debió esforzarse por permanecer en silencio—. La mayoría de las mujeres sois más obstinadas que cualquier hombre que yo haya conocido jamás —dijo el *laird*—. Cuando mi muchacha me diga que me ama, y solo entonces, le confesaré que mi corazón está lleno de amor por ella.

Janet Gordon Estuardo sacudió la cabeza.

—Pues que Dios nos ayude, entonces, pues Fiona y tú sois tan obstinados que bien podéis iros a la tumba sin que haya matrimonio.

Segunda Parte

ESCOCIA

Primavera-Otoño 1424

Capítulo 5

La ceremonia de coronación de Jacobo I y de su soberana, Juana Beaufort, se fijó para el 14 de mayo. Esa misma semana, el Rey, ante el Parlamento declaró con firmeza:

—El hombre que se atreva a hacerle la guerra a otro sufrirá sobre sí todo el castigo de la ley.

Tal pronunciamiento fue recibido con un profundo y respetuoso silencio. En el mes que había transcurrido desde el regreso del Rey a Escocia, la nobleza se estaba dando cuenta, para su gran consternación, de que Jacobo no se parecía en absoluto a su padre. Más bien era una nueva versión de su tatarabuelo Robert de Bruce pero con una fascinación por la gestión de gobierno que lo convertía en un Rey aún más fuerte. Tanto los pequeños terratenientes como el pueblo en general estaban contentos con el príncipe. No así los poderosos, pero era demasiado tarde. Jacobo Estuardo ya había tomado con mano firme las riendas del poder. Nadie iba a desplazarlo.

Para su gran sorpresa, Angus y Fiona fueron alojados con el Rey y la Reina en Perth. Se les ofreció unos pequeños aposentos con un dormitorio que tenía su propia chimenea, un cuarto de estar donde había una segunda chimenea y dos dormitorios más pequeños que salían del cuarto de estar, uno para sus ropas y el otro para Nelly. Tenían vista al río y las montañas que se extendían más allá del pueblo

—No sé si somos merecedores de semejante lujo —dijo Fiona—, pero no puedo decir que me disguste. —Elegió una fresa de un plato que tenía cerca y la dejó caer en su boca—. Cualquier cosa que necesitemos está a nuestra disposición, Angus. No está mal ¿Eh?

Él rió.

—No te acostumbres a esto, muchacha —le aconsejó—. Le prometí al Rey que viviríamos con él solo un corto tiempo. Para cuando llegue el otoño ya estaremos de regreso en Loch Brae, te lo prometo. No tengo intenciones de alejarme de casa otra vez a menos que el Rey realmente me necesite, pero estoy seguro de que cuando nos marchemos él se olvidará de nosotros, pues en realidad no significamos nada para él, Fiona Hay. Recuerda eso y no te dejes engañar por una sensación de falsa importancia porque ahora sirves a la Reina. Ella también nos olvidará.

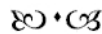
—Lo sé —admitió Fiona—, y también me alegrará regresar a Loch Brae, Angus. Pero no puedo evitar divertirme un poquito, ya que estamos obligados a quedarnos en la Corte los próximos meses. ¡Qué de historias tendré para contarle a nuestra Morag!

La coronación se celebró en la abadía de Scone con toda la pompa y circunstancia que les fue posible a los escoceses. El Rey y la Reina, ataviados con túnicas ribeteadas de armiño, tenían el atractivo que da la juventud aunque también el aire solemne que requería la ocasión. Algo en esta pareja transmitía mucha confianza. Y luego, al recorrer la ciudad a caballo, ya coronados, la multitud aclamó con fuerza a sus soberanos, los hombres arrojaban al viento sus boinas para celebrarlo y las mujeres se enjugaban lágrimas de alegría. Un buen Rey. Una hermosa Reina. Y paz con Inglaterra.

—Es una lástima que no tengamos la piedra²³ para coronaros sobre ella, mi Señor —dijo el conde de Atholl a su sobrino.

—Hace mucho tiempo fui coronado sobre la piedra —dijo el Rey con una sonrisa y luego pasó a explicar cómo Angus Gordon había coronado a su príncipe cuando de niños habían estado juntos en Inglaterra.

—Ese *laird* es demasiado inteligente para mi gusto —le dijo Atholl al mayor de sus sobrinos, quien pronto partiría para Inglaterra como rehén—. No lamentaré verlos marcharse a él y a su igualmente astuta concubina. Esa muchacha sin importancia está demasiado cerca de la Reina.



Ahora verdaderamente rey, Jacobo Estuardo empezó a gobernar Escocia de un modo en que esta nunca había sido gobernada. De inmediato obligó al Parlamento a aprobar varias leyes nuevas. A continuación, se puso a reclamar propiedades de la Corona que habían sido usurpadas o mal administradas por vasallos desleales durante la regencia y el reinado de los dos débiles monarcas anteriores. Esta fue una medida tremendamente impopular. El Rey complicó aún más las cosas al insistir en que cada hombre y mujer miembro de la nobleza, cada terrateniente del Reino, presentara el título de propiedad de sus tierras para ser examinado por los jueces reales con el propósito de dar fe y reconfirmar su validez. A quienes no podían probar que eran los legítimos propietarios de tierras y títulos se los examinaba detenidamente para ver a quién habían sido leales durante los últimos años. La justicia real podía renovar sus derechos o bien confiscarles sus propiedades. Luego estas tierras pasaban a pertenecer a Jacobo Estuardo y a su debido tiempo él designaba a sus súbditos leales para que las administrasen en nombre de la Corona.

Hubo demasiados cambios en poco tiempo. Ahora el Rey se abocaría a introducir mejoras en el sistema judicial escocés, tanto en lo civil como en lo penal.

—¿Qué te parece mi plan, Angus? —preguntó Jacobo Estuardo a su amigo una tarde mientras perfeccionaban sus habilidades de arquería practicando tiro al blanco.

—Si el canciller y los hombres elegidos para esta Corte no aceptan sobornos, mi Señor, entonces los pobres tendrán por fin un defensor honesto —respondió el *laird*—. Sin embargo, si estos hombres pueden ser sobornados, el veredicto favorecerá al mejor postor. —Lanzó una flecha que se clavó en la diana.

—Yo personalmente fiscalizaré la Corte —replicó el Rey—. Sé de la debilidad humana cuando hay de por medio riqueza y poder. —Soltó su flecha, que se clavó en la del *laird*, dividiéndola en dos. Luego se volvió a mirar a su compañero.

El *laird* estaba asombrado, pero de pronto una amplia sonrisa se dibujó en su cara.

—¡Qué tiro magnífico, mi Señor! —exclamó entusiastamente—. Debéis enseñarme cómo lo habéis hecho para que también yo pueda asombrar a mis hombres.

Jacobo Estuardo rió.

—Es fácil —le aseguró—. Con gusto te enseñaré el truco. Estoy en deuda contigo por tu compañía, Angus, pues me ayuda a soportar el peso de mis obligaciones. Estoy descubriendo que no es sencillo ser Rey. Hay mucho por hacer y muchos en mi contra, lo expresen o no.

²³ Hace referencia a la llamada «Piedra del Destino», también conocida como «Piedra de Scone» o «Piedra de la Coronación». Bloque de piedra arenisca de color encarnado de 66 cm de alto por 42 cm de ancho por 26 cm de espesor. Tradicionalmente se había coronado sobre ella a todos los reyes escoceses hasta que en 1296 fue robada por Eduardo I de Inglaterra y llevada a la abadía de Westminster en Londres, para emplearla en la coronación de los reyes ingleses. (N. de la T.)

—Escocia ha vivido demasiado tiempo sin un soberano —dijo Angus Gordon con calma—. Es como un caballo que se había vuelto salvaje y debe volver a aceptar la brida y el bocado. Vos ya habéis hecho mucho este verano, mi Señor. Quizá si no se diera tanta prisa, tendría tiempo de ganar más adeptos a su causa. Hay muchos que le son leales y otros lo serían, estoy seguro, si tan solo se les diera la oportunidad de conocerlos mejor para que pudieran apreciar lo que valéis vos.

—Sé que es verdad lo que dices, Angus —dijo Jacobo Estuardo—, pero para mejorar las condiciones de vida en nuestra tierra hay mucho más por hacer de lo que me será posible lograr en toda mi vida, aún si me quedaran muchísimos años por vivir.

—¡Quiera Dios que así sea! —replicó el *laird* en tono entusiasta.

—Ay, Angus, si la mitad de los hombres de esta Corte fueran tan leales a mí como tú, no temería en absoluto por el futuro de Escocia —respondió el Rey, casi con tristeza— pero, ay de mí, hay demasiados que tienen las malas costumbres muy arraigadas. Pronto deberé imponer un castigo ejemplarizador en el seno de mi propia familia si quiero que los otros teman las consecuencias de sus actos.



Mientras el *laird* le hacía compañía al Rey, Fiona Hay estaba con la Reina. Juana de Inglaterra realmente le había tomado cariño a esa muchacha de las tierras altas, pero a las nobles que rodeaban a la Reina no les agradaba tanto la concubina del *laird*. Por un lado, era demasiado hermosa y poco respetable. Pese a no pertenecer a una familia influyente, era una joven de porte orgulloso. Solo se inclinaba ante el Rey y la Reina.

—Es demasiado orgullosa para una muchacha en su situación —dijo lady Estuardo de Dundonald en tono ácido—. No debería permitírsele servir a la Reina. Esa joven no es mejor que una prostituta cualquiera.

—Algo muy parecido se decía de mi abuela, Catherine Swynford —dijo la Reina, a cuyos oídos habían llegado accidentalmente los comentarios de lady Estuardo—. Mi abuela, igual que la señorita Hay, pertenecía al rango más bajo de la nobleza. Gracias a su hermana, quien servía a la reina Philippa, se le había concedido un lugar en casa de lady Blanche de Lancaster. Servía a la primera esposa de mi abuelo. Mi abuelo se enamoró de Catherine Swynford, pero ella admitió que lo quería solo después de la muerte de su esposa.

Sin embargo, el rey Eduardo III, eligió la segunda esposa de su hijo por conveniencia política y lo casó con Constanza de Castilla. Lo obligaron a vivir en Castilla por un tiempo. Tuvo que dejar a mi abuela y a los hijos de ambos. Su segundo matrimonio duró poco, pues la señora de Castilla murió. Mi abuelo regresó a Inglaterra para casarse con Catherine Swynford. Pasó mucho tiempo en los tribunales de justicia y con los miembros de la alta jerarquía eclesiástica para asegurarse de que sus tres hijos y su hijita fuesen reconocidos como legítimos. Lo consiguió. Mi abuela desafió las convenciones por el hombre que amaba. Al final Dios estuvo de su parte porque en el fondo era una buena mujer. La señorita Hay se ha sacrificado y también ha sacrificado su buen nombre para darles lo que necesitaban a sus hermanas huérfanas. Yo no voy a condenarla, ni tampoco debería hacerlo ninguna de vosotras. Me avergüenza que seáis tan mezquinas. —Tras haberlas regañado, la Reina prosiguió con su costura.

—Ay —Maggie McLeod, ahora lady Grey de la montaña Duff, dijo dirigiéndose a Fiona—: eres una muchacha lista, pero no tienes el ingenio para aprovechar el favor de la Reina y atrapar a tu Angus *el Negro*.

Las dos mujeres se habían hecho amigas rápidamente durante las últimas semanas.

—¿Qué te hace pensar que quiero casarme con un hombre que no me ama?

—Estás enamorada de él. —Maggie MacLeod rió con una mirada de complicidad—. ¿Y no te das cuenta de que el hombre está locamente enamorado de ti? ¡Válgame Dios! Verdaderamente

frunce el ceño ante cualquier hombre lo suficientemente tonto como para echarle una ojeada, Fiona ¿Es que no tienes ojos, es que no lo ves?

—Él no lo ha dicho —replicó Fiona obstinadamente.

Maggie MacLeod resopló con impaciencia.

—Seguramente estás esperando que Angus Gordon se te declare ¿verdad, Fiona Hal? ¡No puedes ser tan tonta! Los hombres son como niños, no crecen nunca. Un hombre necesita tener la confianza de que su proposición no será rechazada antes de poder juntar el coraje para decirle a una mujer que en verdad la ama.

—Pero yo pensaba que debería esperar que él hablara primero y la Reina está de acuerdo.

—¡Virgen bendita! —exclamó Maggie MacLeod—. Escúchame, Fiona Hay. No tengo dudas de que el Rey ama a la Reina, pero lo primero que cruzó la astuta mente de Estuardo cuando decidió elegir a su futura esposa fue su idoneidad. ¿Entiendes lo que quiero decir? —Los ojos de Lady Grey se clavaron en los de Fiona—. Juana Beaufort era de seguro la mejor entre las doncellas casaderas de toda Inglaterra. Jacobo Estuardo la enamoró con su encanto y sus atenciones. Y ella, animada sin duda por sus poderosos parientes Beaufort y por la ilusión de ser Reina que le nublabla la visión, probablemente le susurró tímidamente a nuestro Señor que lo amaba. Solo entonces, te lo aseguro, él le dijo que la amaba.

Así sucede siempre en la batalla entre hombres y mujeres y es probable que eso no cambie jamás. Si las mujeres del mundo no tomaran la iniciativa, ni un solo hombre habría tomado por esposa a una mujer. —Rió—. ¿Cómo crees que atrapé al señor de la montaña Duff? No existió jamás viudo tan taimado, pero yo fui una muchacha astuta y cuando mi Andrew se enteró de que esperaba un heredero suyo, nada lo detuvo. ¡No podía esperar para llevarme ante el sacerdote! —Otra vez rompió a reír, con una expresión traviesa en sus brillantes ojos azules.

—¿Lo que estás queriendo decir, lady Grey, es que he actuado como una tontuela complaciente? —replicó Fiona—. ¿Es eso?

—Sí —dijo Maggie arrastrando la sílaba—. Eres una mujer de las tierras altas, Fiona Hay y nosotros los de las tierras altas tomamos lo que queremos. No esperamos a que nos inviten. ¿Acaso no robaste el ganado de tu *laird*?

—Nunca lo he admitido —replicó Fiona rápidamente, pero Maggie MacLeod solo rió con más fuerza.

—Más vale que lleves al altar a Angus *el Negro*, muchacha, antes de que alguna de las descaradas que tenemos aquí en la Corte decida que lo quiere para ella, o el Rey decida darle una bonita heredera inglesa en recompensa por su lealtad. —Luego bajó la voz hasta convertirla en un profundo susurro—. ¿Has estado tomando algo para evitar concebir?

Fiona asintió en silencio.

—No lo tomes más, Fiona Hay. Deja que tu hombre engendre a su heredero en tu vientre, y por el amor de nuestro dulce Jesús, dile que lo amas antes de que sea demasiado tarde. La felicidad no es una mercancía fácil de conseguir en este mundo. Debes aferrarte a ella cuando de verdad la encuentras. —Maggie MacLeod tomó entre las suyas la mano de Fiona y se la apretó brevemente para darle ánimo.

—Ahora tengo dos amigas en la Corte —dijo Fiona suavemente.

—También yo —dijo lady Grey riendo por lo bajo.

El escudero de la Reina anunció que era hora de que todas ellas se trasladaran a la Sala Mayor, donde un nuevo grupo de nobles y hacendados juraría lealtad al Rey y someterían a examen para su aprobación los títulos de propiedad de sus tierras. La Reina, acompañada de sus damas, se apresuró a reunirse con el resto de la corte.

—¡Válgame Dios! —Murmuró Maggie MacLeod, recorriendo con la vista la sala y fijando la mirada en un hombre—. Es mi primo de Nairn, Colin MacDonald. Me pregunto qué lo trae por aquí, pues es un hombre de las tierras altas tan independiente como lo fue su padre.

—¿Quién fue su padre?

—Donald MacDonald, difunto Lord de las Islas²⁴ —dijo en voz baja Maggie MacLeod—. Nairn es un bastardo, medio hermano de Alexander, el tercer Lord de las Islas, pero Colin MacDonald es, ante todo, leal a su hermano y a su clan. No creo que sus intereses coincidan con los del Rey. ¿Qué puede estar haciendo aquí? Algún día el Rey irá a Inverness para tomar juramento a los Lores del norte ¿Por qué MacDonald de Nairn ha navegado hasta Perth?

—¿Por qué no se lo preguntas? —sugirió Fiona con practicidad.

Maggie MacLeod rió.

—No sé si me diría la verdad. Colin miente mejor que nadie. —Sus dedos jugueteaban con el abrigo de brocado azul mientras pensaba en la pragmática sugerencia de Fiona—. Han pasado por lo menos cinco años desde la última vez que lo vi. Quizá ya ni me reconozca.

—Tú lo has reconocido a él —dijo Fiona secamente.

—Colin no es hombre fácil de olvidar.

—No querrás decir... —Fiona no sabía si escandalizarse o no.

Maggie rió entre dientes.

—El solía tocarme por debajo de la falda cuando yo tenía doce años. Los del noroeste maduramos antes. —Se encogió de hombros—. Ese Colin MacDonald siempre fue un salvaje.



Al otro lado de la sala, aquel de quien hablaban observaba disimuladamente a las dos mujeres. Una ligera sonrisa curvó por un instante las comisuras de su boca amplia. La prima Maggie se había convertido en una mujer muy bonita, pero la muchacha a su lado era de una belleza excepcional. Ya se disponía a atravesar la sala para saludar a su pariente y ser presentado a su compañera, cuando un hombre alto y moreno se acercó a ellas. Sonrió, intercambiaron algunas palabras y luego el hombre se marchó escoltando a la belleza. Antes de que Maggie MacLeod pudiera irse, Colin MacDonald cruzó la habitación a grandes zancadas y estuvo a su lado.

—¡Maggie! Y veo que más bonita que nunca —le dijo jovialmente, besándola en la mejilla—. ¡Qué bien ver una cara amiga entre todos estos condenados ingleses! —le hablaba en gaélico del norte.

—Cuida tu lengua, Colin —le advirtió Maggie en voz baja—. Los que hablan gaélico en la Corte son suficientes como para hacerte colgar ¿Qué estás haciendo aquí?

Él respondió a su pregunta con otra.

—¿Quién era la exquisita criatura que estaba contigo hace un momento ?

—Contéstame tú primero, primo —dijo ella con firmeza.

—Alex quiere saber cuál es el estado de las cosas —dijo Colin MacDonald con franqueza.

—¿Por qué?

MacDonald de Nairn resopló.

—Maggie, tú lo sabes tan bien como yo. Mi hermano no sabe si jurará lealtad a este rey Estuardo. Nosotros los del norte podemos beneficiarnos más de una alianza con los ingleses.

—Jacobito Estuardo ahora es aliado de Inglaterra. Este rey no permitirá que los de las tierras altas os sublevéis —le advirtió Maggie—. Me figuro que antes os destruirá a todos vosotros, Colly. Sé que quieres a Alex y que le eres leal, pero piensa en Nairn y en su futuro antes de decidir lo que harás. —Lo observó con admiración—. ¡Caramba, había olvidado lo guapo que eres,

²⁴ El título Lord de las Islas, actualmente un título de nobleza escocés, surgió para designar a una serie de jefes que gobernaron la costa oeste y las islas de Escocia en la Edad Media. Su autoridad se basaba en su poderío marítimo. Aunque nominalmente eran vasallos del Rey, en la práctica permanecieron independientes durante siglos. Su territorio incluía las islas Hébridas, Knoydart, Ardnamurchan y la península de Kintyre. En su época de oro fueron los principales terratenientes y los Lores más poderosos de las Islas Británicas, después de los reyes de Inglaterra y Escocia. (N. de la T.)

primo! —Soltó una risita al verlo alzar repentinamente las cejas—. No albergues ninguna idea traviesa en esa cabeza, Colin MacDonald, pues ahora soy una mujer respetablemente casada.

—¿Y quién es el afortunado?

—Andrew Grey de Ben Duff —dijo ella— y, sí, él es el fronterizo con quien me marché del norte porque estaba harta de tanta matanza y guerra entre clanes. Quería un hombre tranquilo, que me amara y me diera hijos. Espero mi primer pequeñín o pequeñina para el próximo invierno.

MacDonald de Nairn tomó entre las suyas la mano de su prima y llevándosela a los labios la besó.

—Si eres feliz, Maggie MacLeod ¿quién soy yo para cuestionarte algo? Quiero conocer a tu esposo, por supuesto, pero ahora dime quién es la hermosa muchacha que estaba contigo.

—Fiona Hay, la concubina del *laird* de Loch Brae, pero ni se te ocurra seducirla. Angus Gordon te mataría, pues se pone terriblemente celoso de cualquier hombre por mirar siquiera a su Fiona. Además, estoy segura de que tiene la intención de casarse con ella. La Reina desea ese matrimonio y también la familia de él.

—¿Y ella también?

—¡Sí, muchísimo! —aseguró Maggie. Luego rió suavemente—. ¿Tienes idea del efecto que están teniendo en las mujeres aquí presentes esas largas piernas tuyas debajo del kilt? Hasta la esposa de Atholl, a quien yo ya creía más allá de esas cosas, tiene una mirada lasciva.

—Preséntame a la señorita Hay —pidió MacDonald de Nairn, ignorando sus comentarios burlescos.

—¡Colly, ella no te hará ningún caso, te lo juro! —No había cambiado en absoluto, seguía siendo aquel chaval irresponsable que ella había conocido de niña, pensó Maggie. Veía algo, lo deseaba y nada lo satisfaría hasta que lo consiguiera—. ¿No has oído nada de lo que te he dicho? ¡Angus Gordon está loco por ella! Y es celoso. Muy, pero que muy celoso.

Él le ofreció una amplia sonrisa.

—No lo culpo, pues la señorita Fiona Hay es la muchacha más hermosa que he visto en mi vida, pero voy a conocerla, Maggie, aún si tú no me la presentas como se debe.

—Ahora no —dijo Maggie MacLeod, sabiéndose vencida.

—¿Cuándo? —¡Maldición, sí que era obstinado! —En un ambiente menos formal que la Sala Mayor de Scone —dijo Maggie—. Lo prometo.

—Bien. Ahora, Maggie, busquemos a tu buen señor para que nos presentes, ¿de acuerdo?

Mientras cruzaban juntos la sala hacia donde estaba Andrew Grey de Ben Duff, los ojos de muchas de las mujeres presentes se volvían descaradamente para seguirlos con la mirada. Colin MacDonald era un hombre imponente, de más de un metro noventa. Todo en él era largo: los brazos, las piernas, la cara de pómulos altos y mandíbula cuadrada con un profundo hoyuelo. Sus ojos eran, como los de Maggie, chispeantes y de un azul muy vivo. Pero era su cabello hasta los hombros, de un llameante color entre rojo y dorado, lo que atraía la atención casi tanto como su gran estatura. Iba vestido con el antiguo tartán de caza de los MacDonald en un kilt de lana verde, gris y blanca y un segundo trozo le cruzaba el pecho, sujeto sobre uno de los hombros con la insignia de su clan.

—¿Quién es ese? —preguntó el Rey a su tío, el conde de Atholl.

—No lo sé —respondió Walter Estuardo—, pero lo averiguaré.

Divertido, el Rey observaba el franco interés de las mujeres allí presentes y volviéndose hacia la Reina le dijo:

—Creo, mi querida Juana, que tú y Fiona Hay sois las dos únicas mujeres en la sala que no desean al joven gigante cabellos de fuego. Por su vestimenta, parece venir de las tierras altas.

—¿Y por qué habría de desear a otro cuando estoy casada con el mejor hombre de toda Escocia? —respondió la Reina con una dulce sonrisa.

El hijo de Walter Estuardo, Alan, subió al estrado y susurró algo al oído de su padre. El conde de Atholl se volvió hacia el Rey.

—El grandote de las tierras altas es Colin MacDonald, conocido como MacDonald de Nairn, sobrino. Es el hijo bastardo de Donald de Harlaw y medio hermano del actual Lord de las Islas. No puedo evitar preguntarme qué hace aquí en la Corte.

El Rey llamó la atención del *laird* de Loch Brae y cuando Angus vino a él, le dijo:

—Angus, el grandote de las tierras altas de melena encendida que está hablando con lady Grey y su esposo es MacDonald de Nairn. Tráemelo.

El *laird* asintió con la cabeza y se alejó, aprobando en silencio el comportamiento de Fiona, quien había venido a quedarse junto a la Reina cuando él había respondido a la llamada de su soberano. Cruzando la sala con paso apresurado se acercó a Andrew Grey, su esposa y quien los acompañaba. Saludándolos con una inclinación de cabeza, anunció:

—El Rey desea hablar con MacDonald de Nairn.

Maggie MacLeod palideció.

—¿Qué desea el Rey de mi primo, Angus?

—¿Es vuestro primo? —El *laird* miró a MacDonald de Nairn directamente a los ojos, pese a la diferencia de altura entre ambos—. Creo que el Rey solo siente curiosidad. No es común tener la oportunidad de ver gigantes pelirrojos vestidos con kilts en la Sala Mayor de Scone. —Su tono era ligeramente burlón, pues había algo en MacDonald de Nairn que le resultaba irritante, aunque no pudiera precisar qué era—. ¿Entonces venís conmigo o no, hombre?

—Sí, voy —dijo Colin MacDonald arrastrando las sílabas—, aunque no soy hombre que acostumbre a seguir a otro, excepto a mi hermano.

—Ay, Colly, por favor cuida tus modales —se preocupó Maggie.

Colin MacDonald rió, tocándole la mejilla con uno de sus largos dedos.

—Tranquila, dulce primita, no voy a ofender al Rey, pues eso molestaría a Alex, quien aún tiene que decidir qué hacer. —Volviéndose, se alejó con el *laird*.

—Un hombre peligroso —murmuró Andrew Grey—. ¿En verdad es tu primo, Maggie? ¿Y lo conoces mucho?

—Nuestras madres eran primas —le respondió Maggie a su esposo—, y conozco a Colly tanto como cualquier prima conoce a su primo. Es por lo menos ocho años mayor que yo, de modo que nunca le resulté demasiado interesante, más que como pariente, Andrew. —De pronto le apretó el brazo—. ¡Ay, creo que he sentido moverse al bebé, milord, o tal vez fue un ruido en mi estómago, pues últimamente tengo un apetito feroz.

Grey de la montaña Duff rodeó a su esposa con un brazo protector y la llevó a un lugar donde pudiera sentarse y estar más cómoda, sin advertir en absoluto con qué habilidad ella le había cambiado de tema para dejar de hablar de Colin MacDonald de Nairn. Cuanto menos se dijera sobre su primo, mejor, pensó Maggie MacLeod. Aunque era un placer ver de nuevo a ese encantador granuja, su presencia también la inquietaba. Se había esforzado mucho por distanciarse de sus raíces del norte y todo lo que ellas implicaban. Echó un vistazo hacia el otro lado de la sala donde su pariente MacDonald en ese momento se inclinaba cortésmente ante el Rey.

—¿Qué lo trae a mi Corte, milord? —preguntó Jacobo Estuardo.

—¿No emitisteis vos una orden para que la nobleza os trajera sus escrituras de títulos y tierras para ser reconfirmados, Señor? —dijo Colin MacDonald audazmente—. Bien, la única razón por la que he venido es para acatar esa orden. En este momento debería estar cazando venados en mis bosques en vez de metido en una sala llena de gente, que en su gran mayoría no se ha bañado en semanas si es que se ha bañado alguna vez en lo que va de año.

El conde de Atholl se puso de pie de un salto, con la mano en su puñal.

—Vais a ser más respetuoso al dirigiros al Rey, MacDonald, u os abriré la garganta —dijo enojado.

—No fue mi intención ofenderos, milord —dijo Colin MacDonald ignorando a Atholl—, pero los de las tierras altas estamos acostumbrados a decir lo que pensamos. No nos expresamos con frases bonitas que solo sirven para disfrazar lo que queremos decir.

El Rey asintió con la cabeza.

—Yo también prefiero el lenguaje llano —dijo—. Cuénteme, ¿cómo obtuvo sus tierras de Nairn?, pues tengo entendido que es hijo de Donald de Harlaw, difunto Lord de las Islas.

—Mi madre, Moire Rose, era la heredera de Nairn. Fue la concubina de mi padre durante un tiempo. Mi padre le hizo saber a mi abuelo que quería que yo tuviera la herencia de mi madre. Mi abuelo me hizo su heredero. Hace varios años que heredé.

Metió la mano entre su camisa y la manta escocesa que llevaba cruzada sobre el pecho y extrajo una bolsita de seda que entregó al Rey.

Luego de sacar cuidadosamente de la bolsita algunos papeles, Jacobo Estuardo pasó varios minutos examinándolos con detenimiento.

—Está todo en orden, milord, la línea de sucesión es clara. —Plegó las hojas de pergamino, volvió a meterlas en la bolsa y se la devolvió a Colin MacDonald—. Vea a mi secretario por la mañana para que os selle estos documentos. Vuestros títulos, tierras y derechos quedan reconfirmados.

—Gracias, Su Majestad.

—¿Y ahora va a jurarme lealtad?

—No, Señor, no puedo, pues soy vasallo de mi hermano Alexander, Lord de las Islas. No estaría bien que yo os jurara lealtad a vos antes de que lo haga mi hermano. De seguro él se enojaría mucho si me tomara semejante atrevimiento. Sé que vos me comprendéis.

—Estaré esperando verlo cuando yo vaya a Inverness, Colin MacDonald —dijo el Rey tranquilamente, pero con un esbozo de sonrisa en las comisuras de sus labios—. Va a jurarme lealtad inmediatamente después de que lo haga su hermano.

MacDonald de Nairn movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Claro que lo haré. Primero a vos, Jacobo Estuardo y luego a vuestra hermosa Reina, que Dios la bendiga con muchos hijos. —Hizo una reverencia ante ambos.

—Un verdadero granuja, si alguna vez he visto uno —dijo Fiona Hay cuando Colin MacDonald se hubo marchado del estrado para regresar a la sala—. Os recomiendo que os cuidéis de él, Señor. Me temo que a ningún MacDonald le han interesado jamás de verdad los intereses de Escocia.

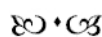
—Pero tiene mucho encanto —rió la Reina suavemente, observando al gran montañés abrirse paso para salir de la sala.

—Hombre peligroso —dijo el Rey con aire entendido—. Muy sabio de su parte, Fiona Hay, no dejarse engañar por su sonrisa fácil y su naturalidad al comportarse.

—No me ha gustado el descarado con que te miró —dijo Angus Gordon amenazante.

—¿Me miró? —preguntó Fiona sorprendida—. No lo noté. ¿Tú me has dicho que eres el único hombre para mí, Angus *el Negro*? —dijo Fiona provocándole con picardía y haciendo reír a la pareja real.

—Eres una pilluela descarada —dijo Angus fingiendo regañarla—. Ni siquiera sé por qué te soporto. —Le brillaban los ojos.



—Se casará con ella pronto, antes de fin de año —le aseguró la Reina sabiamente a su esposo cuando el *laird* y Fiona se hubieron retirado del estrado.

—Había pensado en darle una guapa esposa inglesa como la que yo tengo —bromeó el Rey con su mujer—. ¿No crees que le agradecería una esposa así, Juana?

—Si no estuviera tan profundamente enamorado de Fiona Hay y ella de él —respondió la Reina —, lo querría para mi prima Elizabeth Williams. Es un buen hombre, Jacobo, pero ya sabes lo que siente.

—Extrañas a Beth —dijo Jacobo Estuardo. Era una afirmación.

—Sí —admitió la joven Reina —, así es. En el otoño la señorita Hay regresará a Loch Brae con el *laird*. Están desesperados por volver a casa, Jacobo. No podemos, en honor a la verdad, retenerlos aquí mucho tiempo más, pero entonces me quedará sin una confidente de mi edad. Beth siempre ocupó ese lugar.

—Dentro de algunas semanas —le dijo Jacobo Estuardo a su esposa— enviaré a alguien a Inglaterra por tu prima. No creo que el tener aquí a una jovencita inglesa pueda molestar a los escoceses y tú recuperarás a tu más querida compañera.

—¡Qué alegría! —exclamó la Reina, y luego inclinándose susurró algo al oído de su esposo. Él sonrió, pero Juana se llevó un dedo a los labios, comprometiéndose a guardar silencio por el momento.



junio, también julio. Aunque el Rey trabajaba duro por restaurar el orden y la justicia en Escocia, también encontraba tiempo para el placer. En la Corte había más gente joven de la que había habido en muchos años. Cazaban venados en las colinas cercanas a Scone y aves acuáticas cerca del río Tay y pescaban truchas y salmones en los raudos arroyos. Al Rey le gustaba jugar al golf. Y dio la casualidad de que los dos mejores jugadores de la corte eran Angus Gordon y MacDonald de Nairn, quienes de inmediato se trenzaron en feroz competencia.

—No debería coger así el palo —se mofó Angus Gordon una tarde mientras ambos jugaban con el Rey y el conde de Atholl—. Con semejante agarre no conseguirá ganar distancia con la pelota.

Colin MacDonald se irguió en su metro noventa y desdeñosamente bajó la vista hacia el metro ochenta y cinco del *laird*.

—La última vez me las arreglé bastante bien para derrotaros, Gordon, con este mismo agarre.

—Ganasteis al final y por un solo golpe, y únicamente porque el viento me hizo entrar un poco de polvo en el ojo —replicó bruscamente el *laird*.

—Pero gané. Siempre gano cuando me lo propongo, Gordon. Quedáis advertido. A propósito, ¿cómo está vuestra bonita concubina? Con seguridad es la muchacha más hermosa de toda Escocia. —Sonrió maliciosamente; la mirada de sus brillantes ojos azules era un mudo desafío al *laird*.

Este apretó los dientes y concentrándose con toda su fuerza, golpeó la pelota impulsándola a una enorme distancia en el campo. Entonces se volvió hacia MacDonald de Nairn, desafiándolo a su vez con una amplia sonrisa.

—Me imagino que pronto regresaréis al norte —dijo afablemente.

—Esos dos son peores que un par de chavales —se quejó el conde de Atholl—, riñendo por una condenada partida de golf.

—No es por el golf por lo que están riñendo —dijo el Rey.

—¿Eh? —preguntó su tío confundido.

El Rey observó a los dos hombres más jóvenes que caminaban delante de ellos.

—Creo que la pelea tiene algo que ver con la señorita Hay, aunque todavía no entiendo exactamente qué. Si no está acompañando a la Reina, Fiona está con Angus, pero he visto a Nairn mirándola codiciosamente. No sé siquiera si ha hablado con ella.

—Pocas cosas se te escapan, ¿verdad, muchacho?

El Rey sonrió misteriosamente. Luego le dijo a su tío:

—Planeo ejecutar a Albany y a sus hijos por traición. Por supuesto todo se hará de acuerdo con la ley. Albany morirá por su atrevimiento y sus hijos por haber tenido la desgracia de tenerlo como padre. No quiero sentirme amenazado por mi propia familia.

Atholl asintió con la cabeza, comprendiendo perfectamente la tácita advertencia que acababa de hacerle su sobrino. Era un hombre sagaz que en cuanto conoció a Jacobo Estuardo había advertido su entereza y sabiamente había elegido serle leal.

—¿Cuándo? —fue todo lo que le dijo al Rey.

—Pronto. No eres sentimental, ¿verdad, tío? No hay lugar para sensiblería si un hombre va a ser Rey.

—No tengo sentimiento alguno por Albany y sus cachorros, sobrino —le aseguró el Conde al Rey. Luego hizo un muy buen tiro impulsando la pelota un largo trecho por el campo, sintiéndose complacido por su propia habilidad.

Mientras el Rey jugaba al golf, la Reina y sus damas se entretenían jugando con una bola de madera, riendo mientras la señorita Hay y lady Grey competían para ver quién la arrojaba más alto. Finalmente ambas se desplomaron sobre la hierba, resollando, mientras sus compañeras seguían con el juego. La Reina, sin embargo, prefirió sentarse recatadamente observando a sus damas correr de un lado a otro con los cabellos sueltos mecidos por la brisa vespertina.

—Todavía no has conocido a mi primo de Nairn y pronto regresará al norte —dijo Maggie MacLeod cuando finalmente recobró el aliento.

—No creo que sea prudente —respondió Fiona, aspirando una gran bocanada de aire—. Angus dice que tu primo me mira como un lobo a un cordero. —Rió—. No quiero ponerlo celoso, Maggie.

—¿Y por qué no? —preguntó su compañera—. ¡Por supuesto que quieres ponerlo celoso, chiquilla tonta! Lo llevarás al altar mucho más rápido si cree que hay otro hombre que te desea. Todos son iguales. ¡Los hombres son unos borricos! Además, no tienes que darle alas a Nairn. Personalmente, te aconsejo que no lo hagas, pero no pierdes nada dejándome que te lo presente. Se muere por conocerte. No puedo desalentarlo, pero quizá tú puedas. En realidad, creo que la única razón que lo retiene en la Corte es la esperanza de conocerte. De modo que déjale que te conozca y luego puedes mandarlo a paseo, pues ciertamente yo no tengo influencia alguna sobre él y mi esposo está empezando a sospechar, pues Nairn lo provoca haciendo toda clase de comentarios sugestivos sobre nuestra niñez. Me harías un gran favor, Fiona Hay y te estaría eternamente agradecida.

Fiona se echó a reír otra vez.

—Oh, muy bien, Maggie, lo haré porque eres una buena amiga, pero te advierto que no seré simpática.

—¡No lo seas! —Maggie soltó una risita ahogada—. ¡Lo tomaría como una señal de que él te gusta y no quieres eso!

Cuando el Rey y sus compañeros de golf regresaron, la Reina y sus damas aún jugaban sobre la hierba. Los ojos de Colin MacDonald buscaron de inmediato a Fiona Hay. La joven llevaba un vestido de seda amarilla de los llamados *boup-pelande*²⁵. El talle alto llegaba hasta debajo de sus pequeños pechos redondeados, la falda larga parecía caer sobre la hierba verde. Tenía la cara cubierta de rubor y el cabello suelto le enmarcaba el rostro. Nunca en su vida había deseado a una mujer más que a Fiona Hay en ese momento. Entonces sintió sobre él una mirada dura, y al volverse vio a Angus Gordon con los ojos fijos en él. Colin MacDonald sonrió con insolencia, pero no dijo palabra.

²⁵ En francés en el original, hace referencia a una prenda de vestir similar a una túnica, larga y con mangas acampanadas y cintura alta. (N. de la T.)

En ese instante el corazón y la mente del *laird* de Loch Brae se llenaron de oscuros pensamientos de muerte y caos. Quería arrancarle a MacDonald de Nairn esos atrevidos ojos azules para que nunca volvieran a mirar con lascivia a Fiona Hay. *¡Tenían que regresar a casa!* No podían retrasar más su partida. Quería estar de vuelta en Loch Brae. Cruzó la verde extensión y rodeó con un brazo a Fiona.

—¿Me has echado de menos, muchacha?

—Sí, Angus *el Negro*, te he echado de menos —respondió ella con una sonrisa radiante—. ¿Crees que eso significa que te amo? —bromeó.

Ante esas palabras el corazón del *laird* pareció renacer.

—¿Me amas, muchachita? ¿De verdad?

Antes de que pudiera obtener respuesta a su pregunta, el Rey lo llamó.

—¡Angus! ¡Ven un momento, hombre!

Angus Gordon besó ligeramente los labios de Fiona, mirándola con ternura. Luego respondió a la llamada del Rey.

—¿Sí, milord?

—Sé que deseas regresar a tu amado Loch Brae, Angus, pero ¿me harías un favor antes de partir?

—Lo que vos mandéis, mi Señor —dijo el *laird* en tono entusiasta.

—¿Irías a Inglaterra para traernos a la prima de la Reina, la señorita Elizabeth Williams, Angus? Solo tendrás que ir hasta York. Ella estará esperándote allí. Es un viaje largo y tal vez hasta aterrador para una muchacha que ha vivido tan protegida como Beth. No te tomará mucho tiempo y no es como si te enviara hasta Londres.

El *laird* asintió con la cabeza.

—Iré, mi Señor —dijo, pero quizá un tanto molesto por la petición. ¿Acaso el Rey no estaba aprovechándose un poquito de su buena disposición y de su inquebrantable lealtad? Ya había estado lejos de casa demasiado tiempo.

—Os pido un favor, mi Señor —dijo y cuando el Rey le indicó con un gesto de la mano que hablara, Angus Gordon prosiguió—: Cuando me marche a Inglaterra, ¿podrías hacer escoltar a mi muchacha hasta Loch Brae? Yo me reuniré con ella tan pronto como os haya traído a la señorita Williams. Ya casi llega el otoño.

—Por supuesto, Angus —accedió el Rey afablemente, aliviado por haber solucionado con tanta facilidad el problema del viaje de Beth—. No será necesario que te ausentes durante varios días. Un mensajero inglés ha llegado hoy diciendo que la señorita Williams ya se ha despedido de la madre de la Reina y está en camino. Su comitiva, aunque es pequeña, avanzará lentamente.

Una petición tan simple, pensó el Rey, y sin embargo su esposa había llorado de alegría cuando él le había contado que Beth ya estaba en camino.

Viendo su oportunidad, Maggie MacLeod arrastró de prisa a su primo de Nairn a través del césped y abordó a Fiona Hay.

—No conoces a mi primo Colin MacDonald de Nairn —dijo animadamente—. Pronto regresará al norte y ha estado admirándote todo el verano.

Fiona alzó la cabeza para mirar los asombrosos ojos azules del hombre que tenía frente a ella.

—Nunca antes había visto un hombre tan grandote —dijo sin rodeos.

—Y yo jamás había visto una muchacha tan hermosa, señorita Hay —respondió él.

—Habláis con audacia —dijo ella bruscamente.

—Vos me animáis a hacerlo —replicó él mientras le bailaban los ojos.

—Os equivocáis, milord —contestó Fiona con frialdad—. Yo no os animo en absoluto. No soy mujer que anime a extraños, ni siquiera por amabilidad.

—Tenéis una boca que pide a gritos un beso.

—Y vos una mejilla que merece una bofetada —replicó Fiona, furiosa al sentir el rubor encendiéndole el rostro. Rápidamente desvió su atención hacia Maggie—. No tengo más que decir —le dijo a su amiga. Luego sin agregar una sola palabra se apresuró a reunirse con el *laird*, quien la recibió con una cálida sonrisa.

—Tiene que ser mía —dijo Colin MacDonald en voz muy baja.

—¿Estás loco? —susurró nerviosamente su prima.

—*Él nunca la tomaría como esposa, pero yo sí* —dijo con firmeza MacDonald de Nairn. Luego rió—. No te preocupes, Maggie, pero tampoco dudes de mi palabra. Fiona Hay va a ser mía, aunque tenga que matar a Angus Gordon para tenerla. ¡Qué hijos puedo engendrar en esa fogosa muchacha!

Maggie MacLeod tuvo una sensación de ansiedad en el vientre, donde dormitaba su bebé. Fiona había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con él. Era más que probable que Angus Gordon se quejara ante el Rey si Colin MacDonald abordaba a Fiona. La justicia real sin duda sería severa para con un hombre de las tierras altas que no había jurado lealtad a Jacobo Estuardo y que amenazaba la felicidad del buen amigo del Rey. ¡No! Era absolutamente imposible.

—¿Qué te inquieta, Maggie? —le preguntó su esposo, acercándose a ella. Cuando se lo contó, lord Grey dijo en tono tranquilizador—: No agobies tu cabecita con eso, Maggie, amor mío. Es poco probable que el salvaje de tu primo secuestre a la señorita Hay. Está segura aquí en la Corte. Él no se atrevería a contrariar a Jacobo Estuardo, pues el Rey no sería el único que pediría su cabeza, también su propio hermano, el Lord de las Islas, la pediría. Colin MacDonald no me da la impresión de ser un tonto. No te angusties.

Capítulo 6

El Rey envió a buscar en secreto a lady Grey de Duff para que se presentara ante él. Ella no debía decirle nada a nadie de la llamada del Rey, ni siquiera a su esposo. Maggie MacLeod llegó temerosa, preguntándose qué podría querer de ella Jacobo Estuardo. Su esposo era un simple lord de la frontera. Nerviosa, siguió al paje real, dando tironcitos a la tela de su vestido de seda rosa. Era un color que le encantaba y le sentaba bien por tener el cabello castaño rojizo. De repente el joven que la precedía se detuvo y apoyó la mano sobre el muro. Una puerta oculta se abrió de golpe y la luz se derramó sobre el penumbroso corredor. El muchacho señaló hacia dentro. Maggie tragó saliva y cruzó la pequeña puerta del despacho privado del Rey.

Era una habitación pequeña de paredes tapizadas y techo artesonado. Había una chimenea de piedra en la que ardía la lumbre, brillante, flanqueada por galgos también de piedra. Al otro lado de la única ventana caía una copiosa lluvia, tiñendo de gris el día. Una mesa con una bandeja de plata, una garrafa de vino color rubí y dos copas de plata, estaba colocada delante de la ventana. Además de la mesa, el único mobiliario de la habitación eran dos sillas enfrentadas a ambos lados del hogar.

—Adelante, lady Grey —dijo el Rey, haciéndole un gesto con la mano desde una de las sillas.

Las puertas se cerraron tras ella mientras avanzaba lentamente para llegar frente a Jacobo Estuardo. Maggie hizo una profunda reverencia, asombrada de que sus piernas aún la sostuvieran tan bien.

—Señor —dijo suavemente.

—Tomad asiento, lady Grey y os diré por qué os he pedido que me visitéis en privado. — Luego, viendo lo pálida que estaba, el Rey se levantó, diciendo—: Beberéis un poquito de vino, por supuesto. El día está terriblemente húmedo y oscuro.

Sirvió dos copas, le alcanzó una a ella y regresó a su sitio junto al fuego, donde se sentó enfrente de su visitante.

Maggie hizo un gran esfuerzo por no tragar ruidosamente el vino ni derramarlo, pero hasta que supiera qué era lo que el Rey quería de ella, era difícil controlar su nerviosismo, ¿Habría ofendido de alguna forma al Monarca o a su Reina? ¿Por qué estaba allí?

El Rey observaba disimuladamente a su acompañante. ¿Le diría ella la verdad? ¿Se daría cuenta él si así fuera?

—Lady Grey —empezó, fijando los ojos sobre el bonito rostro—. Quisiera que me contarais por qué vuestro primo de Nairn ha venido a la Corte.

—Porque su medio hermano, el Lord de las Islas, quería saber qué clase de hombre sois vos, mi Señor. Aún no ha decidido si juraros lealtad o no—. Maggie sintió que la invadía una oleada de alivio. No había ofendido al Rey ni a su esposa. No tenía problemas ni ponía en riesgo a su marido.

El Rey había advertido inmediatamente que Maggie MacLeod le decía la verdad. Era tal como lo había sospechado. Colin MacDonald había venido a hacer un reconocimiento del terreno para su hermano mayor.

—¿Por qué os marchasteis del norte, lady Grey? —le preguntó de repente.

—Porque estaba cansada de tanta lucha. No quería pasarme la vida sepultando a los hombres de mi familia y vivir temerosa de las violaciones y los saqueos. —Suspiró profundamente—. Es muy hermoso, Señor, pero la belleza del paisaje no compensa el peligro constante.

—No creo que considerarais el hacerles una visita a vuestros parientes para presentarles a su esposo —aventuró el Rey.

—Estoy esperando un niño, milord —respondió Maggie suavemente—. Además, mis parientes no aceptarían a Duff, pues para ellos, él es un inglés, un sureño y por tanto ni siquiera merecedor de su desprecio.

—El Lord de las Islas ha enviado a su agente a espiarme —dijo el Rey—. Necesito alguien que lo espíe a él. Se me ocurrió que si vos y vuestro esposo ibais al norte, a vuestro regreso yo podría tener una idea más clara acerca de los planes de Alexander MacDonald.

—Majestad —dijo Maggie, poniéndose una mano protectora sobre el vientre—. Os ayudaría si pudiera. No tengo lealtad alguna hacia el Lord de las Islas, pese a que mi padre es uno de sus vasallos. Cuando me marché del norte dejé atrás esas tierras y su caos. Os soy leal a vos, pero en mi estado no puedo hacer un viaje tan largo por un terreno tan accidentado. Duff tiene cuarenta años y ningún legítimo heredero excepto el niño que llevo en mi vientre. Os ruego sepáis comprenderme.

El Rey asintió con la cabeza.

—Os comprendo, lady Grey —dijo amablemente—, y no debéis temer ofenderme. Sin embargo, tengo el problema de que necesito en el norte alguien de confianza, de quien MacDonald no sospeche. Puedo obtener cierta información de los buhoneros y de quienes están descontentos con el poder de los MacDonald, pero no es suficiente. —Permaneció en silencio durante algunos largos minutos mientras Maggie seguía sentada y nerviosa. Luego el Rey volvió a taladrarla con la mirada—. A Nairn le gusta bastante la señorita Hay, ¿no es así?

Maggie asintió lentamente con la cabeza, ahora con expresión temerosa. Los reyes podían hacer cualquier cosa que quisieran. Sus súbditos tenían que obedecer o eran culpables de traición. Margaret MacLeod Grey no era tonta. Enseguida adivinó adonde quería llegar Jacobo Estuardo. Ahora le resultaba evidente que él nunca había tenido la intención de enviarla al norte. Eso no había sido más que un ardid para asustarla y lograr su cooperación.

—Ahora bien —dijo el Rey, pensativo—, si la señorita Hay estuviese en el norte con vuestro primo, tendría en ella una perfecta espía. —Se frotó la barbilla con el pulgar con aire reflexivo. Los ojos ambarinos le brillaban a la luz de las llamas—. Fiona Hay es una muchacha muy hermosa, y también muy lista.

—¡Ay, Señor! Ella está enamorada de Angus Gordon —exclamó Maggie con desesperación—. Seguramente se casarán. Es el deseo más profundo de Fiona. ¡Además, Señor, ella detesta a Colin MacDonald!

—El futuro de Escocia, lady Grey, es mucho más importante que cualquier futuro que Angus Gordon y Fiona Hay puedan tener juntos —dijo el Rey con frialdad—. Si él tuviera intenciones de casarse con ella, ya lo hubiera hecho.

—¡Cada uno espera que el otro admita su amor! —gritó Maggie—. ¡Por favor, mi Señor —cayó torpemente de rodillas—, no haga algo tan terrible, se lo ruego!

Jacobo Estuardo levantó a Maggie del suelo con cuidado y la hizo sentar nuevamente.

—Vos pregonáis vuestra lealtad hacia mí, lady Grey y sin embargo tratáis de disuadirme de usar el único medio que tengo de obtener información del norte, de saber exactamente qué está

planeando Alexander MacDonald. Tal vez su lealtad para con su clan sea mayor que para conmigo.

Fue como si una mano gélida la hubiese tocado. Maggie se estremeció, mirando al Rey con ojos vacíos de esperanza.

—Soy vuestra súbdita, Señor —dijo, vencida.

El Rey dibujó lentamente una sonrisa.

—Quiero que os moféis de vuestro primo de Nairn como solo una mujer sabe hacerlo para torturar el orgullo de un hombre. Provocadlo para que secuestre a la señorita Hay y se la lleve al norte. La ocasión perfecta sería durante su regreso a Loch Brae. Enviaré una pequeña partida de hombres armados escoltándola. Tendrán orden de abandonarla a la primera señal del ataque de Nairn, dejándola indefensa.

—¿Pero cómo conseguiréis convencer a Fiona, Señor? —preguntó Maggie—. Realmente detesta a mi primo. Además, su corazón le pertenece a Angus *el Negro*. Es capaz de hacerse matar antes que permitir que otro hombre la tome. Y vos veríais frustrado vuestro plan, Señor.

—Fiona Hay es una jovencita patriota —dijo el Rey con suavidad—, aunque en vista de su pasión por el *laird*, yo no confiaría en su patriotismo. Pero ¿y si ella creyera que él va a casarse con otra por orden mía, lady Grey? ¿Entonces qué le quedaría por hacer? Por supuesto que yo no obligaría a mi amigo Angus Gordon a casarse, pero si la señorita Hay creyera que así es —soltó una risita cuyo sonido hizo estremecer a Maggie—, entonces creo que ella canalizaría su dolor hacia un propósito más útil. No quiero una mujer que se enamore de MacDonald de Nairn. Quiero una mujer llena de rabia y odio que busque el modo de aliviar su corazón roto ayudándome a acabar con el poder que ostentan el Lord de las Islas y su familia ¡Necesito a Fiona Hay!. Ella es una joven lista y no cederá ni aún bajo la más terrible presión.

Maggie rompió a llorar. El pensar en Fiona engañada para cumplir la voluntad del Rey, en que su amiga creería que Angus Gordon no era leal y se casaría con otra por orden del Rey, era terriblemente doloroso. Maggie sabía lo que era el amor. Había conocido a su esposo hacía varios años durante un viaje de este al norte en una misión encomendada por el duque de Albany y se había enamorado profundamente de él.

El Rey era un hombre muy cruel, pensó Maggie, mientras se sorbía ruidosamente la nariz. Él tenía a su amada Juana. ¿Acaso sacrificaría su amor con la facilidad con que estaba sacrificando el de Angus Gordon y Fiona Hay? Por alguna razón, al mirarlo a través de las lágrimas, Maggie pensó que lo haría. Su mayor pasión era Escocia. A diferencia de sus predecesores, él no estaba satisfecho con solo una parte del país. Quería el firme control de toda Escocia. Haría lo que fuera necesario para tenerlo.

El Rey la dejó llorar hasta que finalmente sus suaves sollozos se apagaron. Luego dijo:

—Angus Gordon sale para Inglaterra dentro de unos días. Para cuando haya partido quiero saber que vos habéis avivado el deseo que vuestro primo siente por Fiona Hay, que, conociendo él la ruta que ella va a seguir hacia Brae, él esté esperándola en algún lugar del camino para secuestrarla. No me falléis, Maggie MacLeod. Por lo que mis ojos pueden ver, no hará falta mucho para animar a Colin MacDonald a cometer un acto tan atroz.

Maggie alzó la vista hacia él, con la pena aún humedeciéndole los ojos.

—¿Qué le diréis vos a Angus Gordon cuando regrese de Inglaterra, Señor? ¿Qué le diréis a vuestro súbdito más leal? ¿Qué pensaría si supiera lo que vos les habéis hecho a Fiona y a él? —A Maggie, consciente de la audacia de sus palabras, le temblaba la voz. Aunque estaba obligada a obedecer al Rey no tenía por qué gustarle lo que él planeaba hacer, ni el papel que ella debía desempeñar en ese plan. Ni siquiera estaba segura de que aún le agradara el Rey. Se preguntaba si la Reina sabría qué clase de hombre era realmente. ¿O acaso a ella, que había sido criada en un ambiente de ambición y poder, le importaría siquiera? ¿Qué era Fiona Hay para los poderosos sino una conveniencia, un peón que iba a ser usado en una conjura en pro de Escocia? Maldita

Escocia, pensó Maggie MacLeod con ferocidad. ¿Por qué no podían los hombres dejar a las mujeres en paz?

—A Angus se le dirá la verdad, lady Grey. Se le dirá que la comitiva de la señorita Hay fue atacada por desconocidos. Que ella y su doncella fueron secuestradas. Que se las buscó, pero no se halló rastro de ninguna de las dos mujeres. Una tragedia, sí. Tiempo después le ofreceré como esposa a la prima de la Reina. Y vos, por supuesto, no diréis una palabra ¿no es así? Después de todo, lady Grey, si me parece necesario cuestionar la lealtad que vos me profesáis, puede que también tenga que poner en duda la lealtad de vuestro esposo para conmigo. Sé que vos no queríais eso. Y por si acaso dudáis de mi sinceridad, os confiaré otro secretito. En breve pienso ejecutar a varios de mis parientes. Seguramente podéis adivinar a quiénes. No permitiré que nadie interfiera en mis planes de unificar a Escocia para fortalecerla. Comprendéis lo que quiero decir, ¿no es así?

Aunque Jacobo Estuardo hablaba en voz baja y agradablemente modulada, había en sus palabras una velada amenaza. Tendría toda su lealtad, aún si esa lealtad implicaba traicionar a su mejor amiga convirtiendo la vida de esta en un infierno.

Maggie MacLeod asintió con la cabeza.

—Comprendo, mi Señor —dijo—. Comprendo que Escocia debe ser lo primero.

—Sí, señora, debe serlo. Seré cruel, y hasta despiadado en aras de ese objetivo —dijo el Rey severamente. Luego se acercó a ella y le dio una palmadita en la mano, para reconfortarla—. Aunque manejo mis asuntos como si estuviera ante un tablero de ajedrez, lady Grey, no soy un completo desalmado. Si con el tiempo Fiona Hay regresa del norte, la recompensaré generosamente por su sacrificio y patriotismo. Hasta le hallaré un buen esposo que se ocupe de ella el resto de su vida.

Maggie no dijo nada. No podía, pues su boca estaba demasiado llena de palabras terribles que no se atrevía a decirle al Rey. Se las tragó, casi ahogándose con el esfuerzo de reprimirlas.

El Rey se puso de pie y la ayudó a hacer lo mismo, tomando la copa ya vacía de entre los dedos crispados de la joven. Se había bebido todo el vino sin siquiera darse cuenta. La acompañó hasta la misma puerta por la que ella había entrado y presionó un pestillo oculto que la abrió de golpe.

—Gracias por venir, lady Grey y un especial agradecimiento por su cooperación en este delicado asunto. El joven Douglas os acompañará a vuestra habitación. Volveremos a hablar dentro de unos días para evaluar sus progresos.

La puerta se cerró tras ella y el paje se acercó.

No podía contarle a Duff nada acerca de esta reunión. No podía contárselo a nadie. Pondría en peligro sus vidas y la de su bebé. No podía obsesionarse pensando en qué sería lo correcto, no fuera que pusiera en peligro al bebé que crecía en su vientre. Lo que se disponía a hacer era algo que debía hacerse, sin importar cómo se sintiera ella al respecto. No podía salvar a Fiona Hay ni evitar que a Angus Gordon se le partiera el corazón, pensó Maggie MacLeod, pero una vez que los hubiera traicionado se marcharía a casa con su esposo y jamás regresaría a la Corte. El recuerdo de lo que había hecho la seguiría dondequiera que fuese y maldecía a Jacobo Estuardo por eso. ¡Maldito sea!

Pero antes de que llegaran al aposento que Maggie compartía con su esposo, MacDonald de Nairn le salió al encuentro, saludándola. Ella despatchó al paje diciéndole:

—Mi primo me acompañará. —Le dio el brazo a Colin MacDonald—. Creo que pronto regresaremos a casa, a la montaña Duff —dijo ella—. Dentro de poco ya no podré viajar a causa de mi vientre. ¿Regresarás al norte, Colly?

—Sí —respondió él—. Ya tengo la información que había venido a buscar.

Paseando, salieron al aire libre. Por fin había dejado de llover y el sol empezaba a filtrarse por entre las nubes grises dejando vislumbrar tentadores trocitos de cielo azul. La suave brisa

fresca traía un perfume de brezo característico de septiembre. Decididamente, él otoño había llegado.

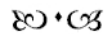
—Qué pena que no hayas podido llegar a nada con la señorita Hay —dijo Maggie en tono inocente—. Debes de estar perdiendo tu encanto, Colly. Primera muchacha bonita que te rechaza. —Rió con aire travieso pero sentía el pecho oprimido.

—No consigo acercarme a la muchacha —se quejó su primo—. Ese condenado *laird* la ronda siempre como una nube negra.

—En unos días él partirá a Inglaterra a cumplir un pequeño cometido del Rey. Tiene que ir buscar a la prima de la Reina, la señorita Williams y traerla a la Corte, pues la Reina la echa mucho de menos.

—Ah.

—Pero Fiona va a emprender el regreso a Loch Brae mientras Angus esté en Inglaterra. Se te acabarán las oportunidades de seducirla. —Soltó una risita tonta—. Tienes suerte de que ninguno de nuestros parientes esté aquí para verte burlado, primo —dijo Maggie.



Esa noche Colin MacDonald acompañó a su prima y al esposo de esta a la Sala Mayor. Sus ojos se desviaban constantemente hacia Fiona Hay y Maggie MacLeod lo notó.

—El escarlata le sienta bien a la señorita Hay —comentó inocentemente—. El contraste hace que su tez se vea aún más blanca, ¿no te parece, Colly? Realmente es una muchacha preciosa. Voy a extrañarla, pero es hora de que cada una siga su camino. Probablemente no vuelva a verla pues su *laird* no quiere volver a salir de sus tierras salvo en caso de que surja una emergencia en la Corte y no traerá a Fiona si la situación se torna peligrosa. Es probable que tenga un niño durante su primer año de matrimonio, cuando él finalmente decida casarse con ella y luego varios hijos más. Me contó que su madre era muy fértil. Deberías buscarte una esposa, Colly. Se me ocurre que ya es hora.

MacDonald de Nairn permaneció en silencio, aunque sin despegar los ojos de Fiona Hay. Al verla alzar una mirada tierna hacia el *laird* de Loch Brae, sintió una punzada de celos. Pese a saber que él no tenía derecho alguno sobre esta muchacha, Colin la deseaba. Ese *laird* la había tratado de un modo reprochable, pero haría las cosas de otra manera. Si se le diera la oportunidad, sabía que podía lograr que ella lo amara. ¿Pero cómo? Nunca conseguía quedarse a solas para hablar con ella y la joven pronto se marcharía de la Corte.

Al otro lado de la sala, Fiona Hay ni siquiera notaba la presencia de MacDonald de Nairn. Él no existía para ella. Solo Angus Gordon existía y él pronto se marcharía a Inglaterra mientras ella regresaba al hogar de ambos en Loch Brae. A su hogar. Sí, Loch Brae era su hogar y el *laird* era el amor de su vida. Estuvo a punto de llorar por la felicidad que aún en ese momento la embargaba. *¡Te amo!*

El se volvió y la miró a la cara.

—¿Has dicho algo, muchachita? —le preguntó con una mirada cálida.

—Solo con el corazón, Angus —le dijo suavemente.

Él sonrió y se le iluminaron los ojos. Le apretó la mano.

—Creo que podríamos escaparnos sin que nadie lo note —dijo él.

En los labios de ella se dibujó una sonrisa cómplice. Cogidos de la mano se escabulleron de la sala. Al verlos marcharse el Rey no tuvo ni el menor remordimiento de conciencia. Una mujer espía, su espía, en medio de los MacDonald, le daría una gran ventaja sobre los Lores del norte. De haber podido elegir a cualquier otra mujer, de haber habido cualquier otra manera, no hubiera traicionado a su fiel amigo. *Pero no había otra mujer. No había otra manera.* Fiona Hay debía ser sacrificada por el bien de Escocia.

Ignorante de su destino, Fiona Hay solo podía deleitarse con los besos que le prodigaba su amante en el rostro y cuello. Prácticamente habían escapado de la sala, corriendo a través de los pasillos del palacio hacia el pequeño santuario que el Rey les había dado solo para ellos. A Nelly le bastó mirarlos para hacer una reverencia diciéndoles que si su señora ya no la necesitaba esa noche, se iría a dormir. Apenas la oyeron, pero Angus Gordon tuvo la suficiente presencia de ánimo como para cerrar con llave la puerta detrás de ellos, mientras con la otra mano intentaba torpemente desatar los lazos del vestido de Fiona. Riendo suavemente; Fiona lo ayudó y su ropa cayó al suelo dejándola desnuda frente a él.

—Desvergonzada —dijo él en un gemido, acariciándola.

Como flechas, las manos de la joven se deslizaron por el cuerpo de Angus, desatando, tirando, atrayéndolo hacia sí hasta que también él estuvo desnudo.

—Eres una belleza —le dijo suavemente—. Lo pensé la primera vez que te vi sin ropa y aún lo creo.

Con sus grandes manos él la cogió con fuerza de la cintura y lentamente la levantó atrayéndola hacia sí, besando su carne sensible mientras ella sentía que esa boca le marcaba a fuego la piel. Luego de lo que pareció una eternidad, la bajó lentamente, sus labios se encontraron y suspiraron al unísono con el delicioso contacto entre los labios y la piel desnuda. Al bajarla él, Fiona le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas al tiempo que las bocas se fundían y cada uno bebía la esencia del otro, muertos de sed. Finalmente, cuando volver a respirar se hizo imprescindible se separaron por un instante, a regañadientes.

—¿Qué clase de brujería es la que me has hecho, muchachita? —preguntó, aturdido, pues esa noche la pasión entre ellos era más intensa que nunca. ¿Pero por qué? Con la yema de un dedo le tocó la mejilla.

—Tú mismo hiciste la magia, mi Angus *el Negro* —le dijo ella, acariciándole la nuca. Sus pezones eran una provocación.

—¿Cómo? —quiso saber él, tomándole las nalgas entre las manos y atrayéndola contra sí, contra su miembro embravecido.

—¿No me amas, Angus Gordon? —le preguntó ella suavemente.

—Qué fresca la tuya, pequeña ladronzuela ¿no te bastó con robar mi ganado? —bromeó él, los ojos verde oscuro llenos de calidez—. ¿También quieres tener mi corazón, muchachita?

—¡Sí! —respondió ella. ¡Maldito sea! ¿Por qué no podía admitir que la amaba? Ella sabía que así era. ¿Por qué si no se había quedado con ella?

Él le masajeaba delicadamente la piel, rozándole las cejas con los labios. Tomando entre las manos la cara de la joven, deslizó suavemente los pulgares por las comisuras de su boca. Luego sus labios atraparon en un beso los de ella, una, dos, tres veces. Levantándola entre sus brazos cruzó lentamente la habitación para depositarla suavemente sobre la cama. Él se acostó de lado, apoyándose en el codo. Deslizó sus dedos por el cuello de ella, y continuó por el pecho. Inclinando la cabeza, frotó la mejilla contra la curva de su seno derecho.

Fiona suspiró profundamente. Si bien él nunca había sido un amante rudo, tampoco la había tratado jamás con tanta ternura. Esa noche había en él algo excepcionalmente excitante y atrayente. Le pasó los dedos entre el cabello negro, intentando atraerlo otra vez hacia sus labios, pues sus besos eran embriagadores. Sintió abrirse la boca de él para capturar uno de sus pezones. Empezó a chuparlo con fuerza y Fiona sintió como si la desgarrara un rayo. Sus pechos nunca habían estado tan sensibles a sus caricias como esta noche. Con un brazo él le rodeó los hombros, sujetándola suavemente. Lentamente la otra mano se deslizó por el torso de ella en una seductora caricia, introduciendo los dedos largos y delgados entre sus suaves labios de abajo.

—Ah —ella dejó escapar el aliento en un largo sonido sibilante—. ¡Ah!

Los dedos jugaron en ese lugar tan íntimo solo el tiempo suficiente como para avivar la creciente excitación de la muchacha; luego empezaron a acariciar el aterciopelado interior de los muslos. Se movió para meterse en la boca el pezón izquierdo, trazando con la lengua un círculo

alrededor de la pequeña protuberancia. Sintió cómo los pechos de ella se endurecían ardiendo por las caricias que él le prodigaba. Al sentir su lengua lamiéndole la piel, Fiona se estremeció de placer. Tomó su mano de entre sus muslos, de un tirón se la llevó a la boca y empezó a lamer uno a uno los dedos. Ante la voluptuosidad de ese acto él sintió que lo recorría un temblor. Ella tenía un instinto increíble para la sensualidad.

—¡Bruja! —gimió él, sabiendo que si no se hundía pronto dentro de ese cuerpo que lo esperaba iba a estallar en mil pedazos.

Fiona percibió la repentina urgencia de su necesidad.

—Entra en mi cuerpo, amor mío —le susurró, soltándole la mano y abriendo las piernas para él.

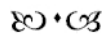
La cubrió con su cuerpo, luchando inútilmente por mantener su superioridad pero incapaz de resistir el calor y la dulce entrega de esa piel mientras hundía profundamente su virilidad en ella.

—Aaah, muchachita.

Arremetió una y otra vez en el sedoso calor de su túnel del amor. Pero en vez de debilitarlo, su sumisión parecía fortalecerlo. Una vez más él pasó a dominar la situación y al advertirlo, la poseyó con renovado vigor.

Debajo de él, Fiona abandonó todo control, arqueando el cuerpo para recibir cada una de sus profundas embestidas. No pensaba en nada, pero tenía plena conciencia de todo. Ardía con un fuego que él con gran energía procuraba sofocar. La muchacha podía sentirlo, empujando una y otra vez, abriéndose camino en el interior de su cuerpo con la dureza de su miembro. Este palpitaba y ardía con vida propia al punto de hacerla pensar que el extremo placer que él estaba otorgándole la mataría. Fiona se sentía elevarse y aspiraba a llegar a la cima de la pasión total. Al alcanzarla, permaneció allí durante un largo y delicioso momento, planeando como un ave antes de precipitarse en una cálida oscuridad. Entonces lo oyó gritar de satisfacción; era un sonido casi animal.

Luego ella estalló en sollozos por la grandiosidad de lo que acababa de suceder entre ellos. Pero los sollozos no expresaban tristeza alguna. Simplemente lloraba de alegría.



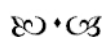
El *laird* dijo dirigiéndose al Rey:

—¿Tomaréis vos los recaudos necesarios para que mi muchacha llegue sana y salva a Loch Brae, mi Señor?

—No temas, Angus —dijo el Rey—. Todo estará exactamente como debe estar para cuando regreses trayendo a la señorita Elizabeth. No puedo explicarte lo agradecidos que estamos la Reina y yo por esta gentileza que tienes para con nosotros antes de desaparecer nuevamente en tu guarida de las tierras altas.

—Es lo menos que puedo hacer por vos, Señor —respondió el *laird*—. Es comprensible que queráis que la señorita Williams vea una cara amiga en York en vez de a uno de vuestros súbditos menos cultos —terminó, riendo.

—¡Sí, exactamente! —convino Jacobo Estuardo—. Escocia será una toda una revelación para la joven pariente de la Reina.



En la lluviosa mañana de septiembre Fiona se despidió de su señor ofreciéndole la copa del estribo antes de que partiera.

—Trata de ser una buena muchacha —bromeó él—. Ve directamente a casa y no te metas en problemas, Fiona Hay. —La levantó y sentándola sobre la montura capturó su boca en un largo beso dulcemente persistente, para luego volver a dejarla en el suelo.

La joven luchaba por contener las lágrimas. Él no se iba a la guerra. Simplemente iba a traer a la prima de la Reina. Se estaba comportando como una tonta, pensó con irritación, mientras el *laird* de Loch Brae se alejaba para perderse en el horizonte gris de la mañana. Luego regresó corriendo a sus aposentos, donde rompió a llorar profusamente y así permaneció su buena media hora hasta que la fiel Nelly consiguió calmarla.

—Os sentiréis mejor cuando nos hayamos marchado de la Corte, señora —dijo la pequeña doncella—. En unos pocos días partiremos para Loch Brae y os sentiréis mucho mejor.

—Sí —dijo Fiona, sorbiendo ruidosamente—. Quiero regresar a casa, Nelly, pero quiero que mi señor regrese conmigo.

—Oh —replicó Nelly—, no falta nada para que volvamos a ver al *laird*. York queda muy cerca. Regresará dentro de dos semanas y después son tan solo unos días hasta Loch Brae. ¿Cuándo partimos?

—Me imagino que podemos irnos en cualquier momento —dijo Fiona—. La Reina ya me ha liberado de su servicio. ¿Tres días serán suficientes para que preparemos nuestro equipaje, Nelly? Yo te ayudaré y no tenemos que esperar la llegada de una escolta de Loch Brae. El Rey ha prometido a mi señor que hará que sus propios hombres nos escolten.

—Mejor que nos pongamos manos a la obra —dijo Nelly—, si queremos partir dentro de tres días, señora. Es suficiente tiempo, pero solo si trabajamos duro.

Maggie MacLeod fue a ayudar a las dos mujeres a preparar sus baúles para transportarlos. Y más tarde buscó a su primo de Nairn para mofarse de él, pues se le estaba acabando el tiempo para cumplir exitosamente con la tarea que le había encomendado el Rey.

—Busquemos un poco de vino, Colly —le dijo—. Estoy verdaderamente exhausta por haber ayudado a la señorita Hay y a su doncella a guardar todas sus pertenencias para emprender el regreso. Salen dentro de tres días para Loch Brae. Ahora que Angus *el Negro* se ha marchado tienes otra oportunidad con ella ¿o acaso tienes miedo de que vuelva a rechazarte? Debes estar volviéndote viejo, Nairn, pues recuerdo la época en que las muchachas jamás te hubieran dicho que no. —Rió levemente al notar cómo se contraía el músculo de la barbilla de Colin mientras él le alcanzaba una copa de vino. Estaba enojado y eso era para bien—. Hace cincuenta años, si un hombre en tu situación hubiese deseado para sí a la novia, la habría secuestrado —prosiguió Maggie—, pero ahora somos más civilizados en Escocia ¿no es cierto? —Bebió un sorbo de vino, suspirando con satisfacción.

Capítulo 7

Fiona Hay paseó la vista por la habitación que había compartido con su laird durante los últimos meses. Habían limpiado la chimenea. Las colgaduras, el edredón, el cubrecama y demás ropa de cama ya habían sido retirados y su equipaje estaba listo. Había sido una época emocionante, pero estaba aliviada y feliz de estar a punto de regresar a casa, como también lo estaba Nelly.

—Es hora de despedirnos —dijo Fiona mientras salían de sus aposentos—. No debemos tardar demasiado, pues es temprano y tenemos todo el día por delante. Cuanto antes partamos, antes llegaremos.

Ya se había despedido de Maggie y de la Reina la noche anterior, pero el Rey le había dicho que fuese a verlo cuando estuviera a punto de partir. Se dirigió pues a su despacho privado. Jacobo Estuardo era madrugador, un hombre que dormía poco. Después de pedirle a Nelly que esperase fuera del despacho real, entró.

—Buenos días, señorita Hay —la saludó el Rey tomándole la mano para conducirla hasta una de las dos sillas que había junto al fuego. Para sorpresa de la muchacha, él le puso en la mano una copa de fragante vino y se sentó frente a ella—. Iré directo al grano, señorita Hay —comenzó—. ¿Amáis vos a Escocia y queréis que en todo el país haya paz?

—Sí, mi Señor —dijo ella con fervor.

—No habrá paz en Escocia hasta que los clanes del norte me ofrezcan sinceramente su lealtad, abandonen sus condenados sueños de independencia, dejen de luchar entre ellos y cese el caos general. ¿Estáis de acuerdo conmigo, señorita Hay? —Los ojos ambarinos del Rey la traspasaron.

—Sí, mi Señor, estoy absolutamente de acuerdo con vos. —contestó Fiona, preguntándose de qué podía tratarse todo esto.

—Tengo agentes en el norte vigilando e informándome acerca de las actividades del Lord de las Islas y sus aliados —dijo el Rey—, pero necesito a alguien que las observe desde más cerca. Os necesito a vos, señorita Hay.

—¿A mí? —Fiona estaba estupefacta—. ¿Cómo podría yo ayudaros en el norte, mi Señor?

—MacDonald de Nairn se siente muy atraído por vos, señorita Hay. Él es, como sabrá, el medio hermano bastardo de Alexander MacDonald. Nairn le es leal a él y el Lord de las Islas también siente afecto por su hermano. Si vos estuvierais con Nairn, estaríais al tanto de lo que sucediera y podríais compartir conmigo esa información. Sois muy hermosa, señorita Hay. Si yo no fuera un hombre felizmente casado, me tentaría vuestra belleza.

Fiona se había quedado muda ante las palabras del Rey, pero de repente sintió también temor.

—Espero casarme algún día con mi Angus *el Negro* —intentó explicarle al Rey en tono calmado—. Lo que estáis pidiéndome es imposible. Seguramente lo comprendéis ¿verdad? —El corazón le golpeaba en el pecho, pues Jacobo Estuardo no parecía comprender su punto de vista.

—¿Sabéis por qué envié al laird a Inglaterra? —le preguntó el Rey.

—Pues a buscar a la prima de la Reina —respondió Fiona. Todo el mundo sabía eso.

El Rey asintió con la cabeza.

—La Reina quiere mucho a su prima Elizabeth. Le gustaría que se quedara en Escocia, lo cual significa que la señorita Williams debe casarse con un escocés. —Dejó que sus palabras penetraran en la conciencia de Fiona antes de continuar—. La dama tiene una dote pequeña aunque respetable. Un poquito de vajilla, algunas monedas de oro y un buen rebaño de ovejas. Como huérfana que es, depende de que sus parientes le encuentren un buen esposo. Es una tierna virgen que está en la edad justa para casarse. ¿Entendéis lo que os estoy diciendo, señorita Hay?

Fiona tragó un gran sorbo de vino para calmarse.

—La señorita Williams se ha puesto al cuidado amoroso de la Reina y al mío y confía en nosotros para arreglar este asunto de un esposo para ella. Aceptará lo que nosotros decidamos al respecto. Angus Gordon es mi amigo y un buen hombre. Ese matrimonio estrecharía aún más nuestro vínculo con él.

Durante un largo momento Fiona no pudo pronunciar palabra, tal era su estupefacción. Al fin recuperó el habla, pese a que el esfuerzo de hacerlo le estrechaba la garganta.

—¿Estáis diciendo que no me permitiréis casarme con mi Angus *el Negro*, mi Señor? —Podía oír los latidos de su propio corazón.

—Señorita Hay —le respondió Jacobo Estuardo—, sois una mujer que siempre antepone el bien de los demás a vuestros propios deseos. Arriesgasteis vuestra vida para conseguir una dote para vuestras hermanas cuando os atrevisteis a robar el ganado de Angus Gordon. Cuando finalmente os descubrieron, pagasteis la deuda con la posesión más preciosa de una jovencita: vuestra virginidad. También os habéis ocupado del bienestar de vuestras dos hermanas más pequeñas. Me han dicho que Jean va a casarse con el hermano del laird y que la niñita más pequeña, Morag, ¿verdad?, tiene una buena dote y se casará bien cuando tenga edad suficiente. Sois una mujer que entiende las realidades de la vida. Yo necesito una Escocia unida. Y no puedo tenerla hasta tanto los clanes del norte me sean leales y no lo serán hasta que MacDonald de las Islas me jure fidelidad o yo lo destruya. Aún no sé qué debo hacer para meter en cintura a este jefe, pero tener una espía me dará una mayor ventaja de la que él puede tener sobre mí. —El Rey hizo una pausa para darle tiempo de absorber cada una de sus palabras. Luego prosiguió—. Usted es mi ventaja sobre el Lord de las Islas, Fiona Hay. El deseo de Nairn por vos es un regalo del cielo. ¡Ayudadme! ¿No fuisteis vos una de mis primeras partidarias aún antes de conocernos? No puedo impediros regresar a Brae, pero ¿cuál sería vuestro lugar allí ahora? Solo pensad en las vidas que podrían salvarse si yo supiera de antemano qué rumbo va a tomar el Lord de las Islas. Los espías que tengo en el norte no pueden conseguir esa clase de información. Únicamente pueden seleccionar el cotilleo. Solo alguien como vos puede enterarse de lo que necesito saber. Las conversaciones de alcoba de un hombre a menudo son valiosas. ¿No os sacrificaríais por Escocia? Pensad en vuestras hermanas, señorita Hay.

Esas cuatro palabras sonaban inocentes, pensó Fiona Hay, pero percibió la amenaza oculta en ellas. Pensó en Anne, Elsbeth y Margery, con sus orgullosos pero nada influyentes maridos de las tierras altas, los cuales era más probable que en una disputa se aliaran con el Lord de las Islas que con Jacobo Estuardo. Pensó en la alegría de Jean por su compromiso con James Gordon, y en la pequeña Morag que algún día querría compartir su felicidad también. Este Rey, tan capaz de hipotecar el futuro de Fiona por el bien de su país, era capaz de cualquier cosa. ¿Por qué no lo había advertido antes? Luego pensó en Angus Gordon, el único hombre que amaría en su vida. Merecía a alguien mejor que una Hay de la montaña como esposa. Peor aún, ella no le había traído más que responsabilidades.

Elizabeth Williams vendría con una dote digna de Angus Gordon. Y cuando ella viera lo cariñoso y gentil que podía ser, seguramente se enamoraría de él. ¿Y Angus? Con el correr del tiempo y con ayuda del amor de la señorita Williams, olvidaría a la Hay de la montaña, la

descarada hija de Dugald Hay. Si bien el Rey había dicho que ella podría elegir, también le había hecho imposible no obedecerlo. Sintió que se le partía el corazón.

—¿Señorita Hay? —El Rey quería su obediente atención.

—No es necesario que expreséis vuestros deseos disfrazándolos con palabras bonitas, mi Señor —dijo Fiona con mordacidad—. Lo que os hace falta es una espía que pueda obtener la información que vos necesitáis, prostituyéndose para vos. Yo no soy una prostituta y vos lo sabéis, pero eso no os impediría traicionar a vuestro mejor amigo para conseguir lo que queréis, Jacobo Estuardo. Pues muy bien. En realidad no me dejáis elección, pero si es mejor para vuestra conciencia creer que me está dando la libertad de elegir, nada puedo hacer, ¿verdad? Como no tengo experiencia en asuntos tales como espiar y prostituirme, tendréis que darme instrucciones detalladas, pues es mi intención en algún momento regresar viva de los dominios de MacDonald. Y por supuesto, está el asunto del pago. Si vais a arruinarme el futuro, debéis pagar muy bien por ello, mi Señor. —Lo miró directamente.

Sus ojos eran dos témpanos verdes. Pusieron a Jacobo Estuardo terriblemente incómodo. Pero si ella era dura, él lo era aún más.

—Os escucharán una docena de mis soldados —comenzó a decir mientras ella asentía—. En algún lugar del camino, supongo que entre hoy y mañana temprano, Nairn y sus hombres van a atacar a su pequeña comitiva. Mis hombres tienen órdenes de dispersarse lo más rápido posible, dejándoos indefensas a vos y a vuestra doncella. Por supuesto, Nairn os llevará a las tierras altas.

—¿Estáis seguro de esto? —preguntó Fiona suavemente—. Quizá todo lo que él quiere es sexo fugaz. ¿No sospechará acaso si mi escolta se dispersa con tanta rapidez? ¿Y cómo podéis estar tan seguro de que Nairn me secuestrará, mi Señor? Si no ha arreglado también eso, su plan muy bien puede resultar inútil.

—Durante los últimos días, a Nairn lo han aguijoneado meticulosamente para que actúe con temeridad —dijo el Rey—. Su deseo por usted no ha cedido un ápice. Va a raptarla. Me dijeron que él estaría dispuesto a hacerla su esposa. Raptar a la novia es una antigua costumbre escocesa, como vos bien sabéis, Fiona Hay. ¿Acaso vuestro padre no raptó a vuestra madre?

—Sí, y ella fue infeliz el resto de su vida a causa de esto —dijo Fiona enojada—. Odiaba a Dugald Hay como yo voy a odiar a MacDonald de Nairn, pero a diferencia de mi madre, yo no voy a pasarme la vida sufriendo. ¡Seré prostituta y espía a vuestro servicio, Jacobo Estuardo, pero no voy a casarme con un hombre al que no amo!

—Eso, Fiona Hay, lo decidís vos —dijo el Rey secamente—. Para mí no hay diferencia si os casáis con él o no.

—Bien —dijo ella enérgicamente—, ¿cuánto se me va a pagar por este gran sacrificio que estoy haciendo por Escocia, Señor!

—¿Qué es lo que queréis?

¿Que qué quería? Quería que esta conversación nunca hubiera tenido lugar, pensó con amargura. Quería estar camino a Brae. ¿Qué quería? ¿Cuánto valía su felicidad? Suspiró profundamente.

—Quiero mil merks de oro.

—Quinientos de plata —fue la contraoferta de él y ella asintió.

—Y dos docenas de cabezas de ganado y un toro semental.

—Una docena —dijo el Rey.

Fiona sacudió la cabeza.

—¡No! Dos docenas y un toro semental, mi Señor. Y, sin que lo sepa Angus Gordon, quiero que reparen mi torre en la montaña Hay, que se la deje habitable nuevamente porque cuando yo regrese, porque voy a regresar, no voy a tener más hogar que ese.

—¿Entonces piensa volver a vivir sola en su montaña? —preguntó él, sorprendido.

—Hasta que Angus *el Negro* me trajo a Brae, la torre de la montaña Hay era donde yo vivía. Nadie sabía que estábamos allí. Ahora mis hermanas están casadas o tienen planes de casarse.

Debo procurarme un lugar para descansar. Sin duda no puedo regresar a Brae en busca de refugio, ni tampoco deseo vivir con mis hermanas y sus maridos. Como jefa del clan Hay, esa casa me pertenece. Encargaos de que esté lista para mi regreso. Os enviaré un mensaje cuando esté allí. Entonces vos me entregaréis mis dos docenas de cabezas de ganado y el toro semental. Depositad los quinientos merks a mi nombre hoy mismo en casa de Martin, el orfebre de la calle principal de Perth.

—¿Y si no regresáis, señorita Hay?

—Entonces os ahorráis el ganado y el toro, milord, pero los merks van a ser divididos en partes iguales entre mis hermanas y mi doncella Nelly, si ella me sobrevive. Confiaré en vos para que se ocupe de que así sea. Bueno, ¿cómo voy a haceros llegar la información que consiga?

El Rey explicó cuidadosamente a Fiona que él tenía una pequeña red de espías hombres: un sacerdote llamado Ninian; un comerciante de telas en Inverness, el señor Malcolm; un juglar irlandés, Borra O'Neill, que se ganaba el sustento yendo de sala en sala de las tierras altas entreteniéndolos a los hombres de los clanes; un calderero, Drysdale, quien con su esposa y su hijo ciego, vagaba por el norte reparando las cazuelas de las amas de casa y otros utensilios de hojalata mientras recogían información. Luego de darle detalladas descripciones de cada uno junto con sus nombres, el Rey dijo:

—Estos cuatro serán vuestros contactos, Fiona Hay. Se les informará de vuestra llegada. El comerciante será el que tendréis más cerca. Si vais a Islay es probable que conozcáis al sacerdote, pero el calderero y el juglar probablemente irán a Nairn a buscarla de vez en cuando. Haced que os muestren una moneda como esta —le ofreció una pequeña pieza de plata, que ella cogió—. Solo se acuñaron seis de estas el verano pasado para mi coronación. Ahora vos tenéis una, yo tengo otra, y las otras cuatro están en las tierras altas en poder de mis espías.

—¿Cómo habéis hecho para montar tan rápidamente una red de espías? —preguntó ella, con desconfianza.

—Mi tío siempre tuvo un pequeño grupo de agentes trabajando para él —dijo Jacobo Estuardo—. No confiaba en su hermano, el Lobo de Badenoch²³. Yo simplemente elegí estos cuatro de entre los otros, que todavía me resultan útiles, pero los cuatro que he nombrado son invalores. ¿Sabéis escribir?

—Sí, sé escribir —respondió ella—. Angus *el Negro* me enseñó.

Nuevamente el Rey sintió remordimientos, pero los dejó de lado.

—No escribáis nada en papel, a menos que sea absolutamente necesario —le advirtió—. Ni el comerciante ni el juglar olvidan jamás algo que se les haya dicho y el calderero tiene una memoria única en cuanto a que es capaz de repetir exactamente seis meses más tarde lo que se dice en su presencia. Es un talento interesante, pues a diferencia de los otros dos, cuyo trabajo se basa en recordar, el calderero es un hombre simple, según me han dicho.

Fiona asintió.

—¿Hay algo más que yo debería saber?

—No —dijo él.

—¿Cuánto tiempo debo permanecer con Nairn?

«Un minuto me resultaría demasiado largo» pensó, conteniendo el pánico que empezaba a abrumarla.

—Hasta que yo os diga que podéis regresar, Fiona Hay —respondió el Rey.

—¿Un año? —aventuró ella. «¡Madre de Dios, un año no!»

—Posiblemente más —dijo él con franqueza, notando lo pálida que se había puesto y esperando que no se desvaneciera. De repente se preguntaba si ella sería lo suficientemente fuerte

²³ Alexander Stewart (¿ ? -1405), conde de Buchan e hijo del rey Roberto II de Escocia y, a su turno, también rey de Escocia. Se lo llamó el Lobo de Badenoch por la crueldad con que trataba a sus súbditos. (N. de la T.)

para hacer esto, pero ya no había vuelta atrás. Necesitaba que se metiera en el corazón (y en la cama) de MacDonald de Nairn.

Hubo un prolongado silencio mientras Fiona se calmaba y recobraba las fuerzas.

—Debo contárselo a mi doncella, señor. Ella no tiene por qué sufrir mi destino si no lo desea. No puedo permitirlo. Es una muchacha buena y leal que no merece semejante crueldad. ¿Puedo decírselo aquí, Señor? Sé que vos me pediréis discreción.

—¿Dónde está ella? —quiso saber el Rey.

—Esperándome fuera, Señor —respondió Fiona.

—Traedla.

Fiona fue hasta la puerta del despacho privado del Rey, la abrió e hizo pasar a Nelly. Con ojos muy abiertos, la muchacha trastabilló al hacer una reverencia ante el Rey, sobrecogida al hallarse tan cerca de Jacobo Estuardo. Él la invitó gentilmente a sentarse, dejando su propio asiento para quedarse de pie ante las dos mujeres. En tono quedo y eligiendo cuidadosamente las palabras, Fiona explicó la situación. Cuando hubo terminado, Nelly rompió a llorar. Fiona comprendía la aflicción de la doncella, de modo que no dijo nada hasta que Nelly por fin se serenó un poco. Al Rey se lo veía decididamente incómodo.

—No tienes que venir conmigo, Nelly —dijo Fiona—. Pero si regresas a Brae, no debes contarle nada de esto al laird.

—¿No ir con vos? —La mirada llorosa de Nelly brillaba de indignación—. ¡Por supuesto que voy a ir con vos os, señorita Fiona! No estaría cumpliendo con mi deber si la abandonara. No me atrevo a regresar a Brae sin vos. Mi tía me obligaría a esconderme; luego me sonsacaría vuestro secreto. ¡Vos sabéis que lo haría!

—Podrías quedarte aquí, al servicio de la Reina, Nelly. El Rey podría arreglar eso, ¿verdad, Señor? —cuando él asintió, Fiona prosiguió: —Así tu tía no podría llegar a ti. Además, ella se sentiría muy orgullosa de que estuvieras sirviendo a la Reina. No sospecharía nada y te consideraría afortunada por haberte salvado de ser raptada junto conmigo. Te quiero y sé que tú a mí, pero no me parecería mal que decidieras quedarte.

Los ojos de Nelly volvieron a llenarse de lágrimas.

—Señorita Fiona, vos vais a necesitarme y no voy a abandonaros —dijo—, *ni siquiera por una Reina*.

—Entonces está arreglado —dijo el Rey bruscamente—. Ya ha amanecido, Fiona Hay. Lo mejor será que os pongáis en camino. Vuestro sacrificio beneficiará a Escocia. Los merks se depositarán hoy y el resto de nuestro acuerdo también se cumplirá. Que Dios y su Santa Madre os guarden, señora.

—¿Cómo os atrevéis a invocar el nombre de Dios y su Madre en estas circunstancias? —preguntó Fiona en tono crispado. Recogiendo su capa, hizo una seña con la cabeza a Nelly y ambas salieron del despacho privado del Rey.

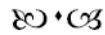
—¿Tenéis miedo, miladi? —le preguntó Nelly mientras caminaban deprisa por los corredores del palacio hacia el patio, donde las aguardaba su escolta. Su palidez hacía resaltar las pecas sobre la nariz.

—Sí, tengo miedo —reconoció Fiona—, pero eso es para bien. El temor me ayudará a ser prudente, Nelly. No quiero morir. Tú también debes ser cauta, muchacha. Nuestras vidas dependen de eso. ¿Estás segura de querer venir conmigo? Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

—No —dijo Nelly categóricamente—. No os abandonaré, miladi.

Se encontraron con su escolta en el patio. Nelly viajaría en el carro del equipaje, detrás del cual amarrarían a la yegua de Fiona, quien montaría el caballo castrado gris del laird. El animal tenía las crines y la cola negras y era un ejemplar muy bello. Sabía que a Angus le irritaría perderlo, pero no podía hacer nada al respecto. No tenía excusa para no llevar a la bestia y

francamente lo prefería a su propia cabalgadura. Era de andar seguro y de naturaleza más fuerte que la pequeña yegua.



Era un perfecto día de septiembre. Fiona y el capitán cabalgaban a la cabeza de la pequeña comitiva. Él comentó algo acerca de que la joven montaba a horcajadas y ella contestó riendo:

—¿Alguna vez ha intentado sentarse de lado sobre una bestia que avanza rebotando?

Él soltó una risita. En verdad las piernas de la joven iban recatadamente cubiertas por sus largas faldas de lana y lo poco que se podía ver estaba oculto por las botas. El *plaid* rojo y verde de los Hay le rodeaba los hombros. Llevaba el cabello negro peinado en una trenza y sobre la cabeza la boina de jefa del clan con la pluma de águila prendida en elegante ángulo. La vestimenta de la corte no era la más adecuada para un viaje a caballo hacia las tierras altas.

Cabalaron toda la mañana, deteniéndose al mediodía para hacer descansar a los caballos, comer y hacer aguas menores. Los hombres almorzaron tortas de avena acompañadas de licores que llevaban en sus petacas; Fiona y Nelly abrieron una cesta que les habían preparado en la cocina del castillo. Había una barra de pan fresco, un queso pequeño, un pollo asado, dos manzanas y dos peras. Para beber, una botella de vino dulce.

—Come cuanto puedas —le susurró Fiona a su doncella—. No estoy segura de cuándo volveremos a comer. Nairn atacará hoy. De eso sí estoy segura. Hemos viajado hacia el norte toda la mañana, pero al final del día nos desviaremos hacia el nordeste. Le conviene secuestrarnos antes de eso. Para mañana por la noche estaremos demasiado cerca de Brae.

—Desearía que ya estuviéramos allí —dijo Nelly en voz baja y sus ojos se encontraron con los de su señora, quien asintió con la cabeza—. Tengo mucho miedo, miladi —admitió.

—Nairn es solo un hombre —respondió Fiona, tratando de ver la situación desde una óptica más práctica—. Es lo desconocido lo que nos inspira temor en este momento, Nelly. Me alegra que estés conmigo. Un par de ojos y oídos extra no me vendrá nada mal. Y en algún momento regresaremos a casa, te lo prometo. Tú a Brae y yo a mi pequeña torre de la montaña.

—Rezaré todas las noches para que así sea, miladi —dijo Nelly fervientemente.

«Plegarias», pensaba Fiona esa tarde mientras continuaban la marcha. Las plegarias por sí solas no eran la respuesta. Iba a tener que permanecer alerta. No podía permitirse bajar la guardia ni un instante. Angus la tenía por una descarada, pero no lo era. Simplemente era una mujer con instinto de supervivencia. ¿Realmente podría serle útil al Rey, o acaso él solo querría quitarla de en medio para poder casar a Angus con la prima de la Reina?

No. Jacobo Estuardo podría simplemente haberle ordenado a Angus que cumpliera sus órdenes y este habría tenido que obedecerlo. Fiona suspiró. ¿Por qué había sido tan terca? Janet Gordon Estuardo había querido casarla con Angus hacía tiempo. Si tan solo ella le hubiera permitido arreglar ese matrimonio, pensó arrepentida, ahora no estaría cabalgando hacia el norte, esperando que MacDonald de Nairn la raptara.

Las sombras comenzaban a extenderse a medida que avanzaba la tarde otoñal. El camino corría a lo largo de un pequeño lago azul, internándose en una brumosa cañada. Fiona podía sentir que comenzaba a erizársele el pelo de la nuca igual que a un perro asustado. Aquí era donde sucedería. ¡Podía sentirlo, olerlo! La cañada vibraba con la presencia de otros. Quería hacer girar en redondo a su caballo y galopar alejándose de allí, pero sabía que no podía hacerlo. Era como esperar que le asestaran un golpe. Sentía el pecho oprimido y apenas podía respirar.

De repente, el capitán de su escolta dijo entre dientes:

—¡Alto, señora!

Señaló hacia el extremo más lejano de la cañada, donde en la bruma púrpura un grupo de jinetes estaba detenido en silencio.

—¡Fantasmas! —susurró el capitán, en tono temeroso y, de hecho, las figuras a caballo tenían un aire espectral. El resto de la escolta, detrás de Fiona y el capitán, murmuraba nerviosamente y sus caballos parecían cada vez más asustados.

—Son hombres de las tierras altas —replicó con brusquedad Fiona—. ¿Alcanza a distinguir sus *plaid*s e insignias? No puedo decir de quiénes se trata, pues no hay suficiente luz.

Los jinetes empezaron a avanzar hacia ellos. Al principio con lentitud, luego más rápidamente. Azuzando a sus cabalgaduras para que emprendieran el galope, blandían sus claymore²⁴ sobre sus cabezas, lanzando feroces gritos mientras bajaban estruendosamente por la cañada en dirección a Fiona y su pequeña comitiva.

A su lado, pareció que al capitán le entraba el pánico.

—¡Huid! —les gritó a sus hombres. Y haciendo virar a su caballo, encabezó una precipitada retirada de la brumosa cañada.

Fiona se volvió para ver si Nelly estaba bien, observando perpleja cómo el cochero del carro del equipaje saltaba del pescante para echar a correr junto a sus compañeros hasta que uno de ellos se compadeció y aminoró la marcha para que el hombre pudiera encaramarse en las ancas de su caballo.

—¡Cobardes! —gritó Fiona a sus espaldas—. ¡Regresad, malditos pusilánimes! ¡No nos abandonéis!

Sus atacantes pasaron a la carrera junto a ellas, persiguiendo a la escolta del Rey, pero poco después giraron y regresaron a la cañada para rodear a las dos mujeres. El momento fue casi decepcionante. Nelly había trepado al pescante y logrado calmar a la asustada mula. Fiona permanecía junto al carro, aún montada en su propio caballo, el cual pese a moverse nerviosamente estaba bajo el firme control de su dueña. La joven reconoció el tartán gris, verde y blanco que Nairn prefería al del Lord de las Islas, verde y azul.

Colin MacDonald avanzó montado en su semental gris a través de sus hombres apiñados. A caballo parecía aún más grande de lo que lo recordaba.

—Señorita Hay —dijo solemnemente, alargando la mano hacia la brida del caballo de Fiona.

Ella alejó bruscamente de su alcance al animal.

—¿Estáis loco, milord? —le dijo entre dientes—. Deliberadamente habéis hecho huir a mi escolta. ¿Cómo vamos a regresar ahora a Brae, nuestro hogar? ¿Acaso proponéis escoltarnos vos mismo hasta allá?

Le lanzó una mirada furibunda, mientras con el rabillo del ojo veía a un chaval trepar hasta donde estaba Nelly y pellizcarle la mejilla sonriendo con desfachatez.

Nelly abofeteó al muchacho, diciendo enérgicamente:

—¡Te agradeceré que alejes de mí tus garras, pequeño salvaje de las montañas!

Los hombres que los rodeaban soltaron sonoras carcajadas, divertidos tanto por la reacción de Nelly como por la terrible vergüenza del chaval, que se había sonrojado hasta la raíz del pelo.

—Decidles a vuestros hombres que dejen en paz a mi doncella —le dijo Fiona fríamente a Colin MacDonald—. Es una buena muchacha. No consentiré que nadie la toque por la fuerza. ¡Mataré a cualquiera que le haga daño! ¿Entendéis, salvajes? —Llevó la mano enguantada hacia su puñal en gesto amenazador—. ¡Ahora, fuera de nuestro camino! Aún nos falta recorrer varias millas hasta llegar al convento de Santa Margarita, donde pasaremos la noche. Con un poco de suerte nuestra *valiente* escolta habrá recobrado su coraje e irá a reunirse con nosotras allí —concluyó audazmente.

²⁴ Arma desarrollada por los highlanders (hombres de las tierras altas) quienes las utilizaron en su lucha contra el invasor inglés. Era una espada ancha de doble filo, que se manejaba con ambas manos, con empuñadura de gran longitud y de gavilanes muy largos. Superaba con facilidad el metro veinte centímetros de longitud y pesaba más de un kilo y medio. (N. de la T.)

MacDonald de Nairn volvió a acercar su semental al caballo de Fiona y una vez más cogió la brida. Ella le pegó en las manos enojada, pero esta vez él le sujetó la muñeca con fuerza.

—Señorita Hay —dijo—, vos no vais a ir a Brae. Vos vais a venir conmigo. —Sus brillantes ojos azules se clavaron en ella.

—¡Milord, esto es escandaloso! Esos pobres idiotas a los que asustasteis eran hombres del Rey. Lo sabíais, ¿verdad? —dijo Fiona.

Soltándole la muñeca, Colin MacDonald sorprendió a Fiona al inclinarse desde su caballo y rodearle la cintura con un brazo para luego levantarla de su montura y sentarla delante de él.

—Pronto estará oscuro —dijo sin prestar atención a las protestas que ella farfullaba—. El lugar donde vamos a refugiarnos esta noche queda lejos. —Se volvió hacia el otro lado y gritó—: Roderick Dhu, ocúpate de la muchacha, del carro con el equipaje y del caballo de miladi. Que nadie toque a la muchacha. —Luego, azuzando a su cabalgadura, reanudó la marcha.

—¡Milord! —protestó Fiona mientras cabalgaban—. Vuestro comportamiento me parece sumamente escandaloso. No tenéis pleito alguno con los Gordon de Brae. ¿Por qué deseáis iniciar uno? ¡Devolvedme ya mismo mi caballo! —Se retorció contra él en un claro esfuerzo por escapar.

—¿Acaso nunca cerráis vos la boca, mujer?

—¡No consentiré que se me dé un trato tan vil, milord! —declaró Fiona enérgicamente. Intentó escabullirse de su abrazo—. ¡Dejadme ir, salvaje grosero! ¡Soltadme ahora mismo!

—Mujer —dijo Colin MacDonald, inflexible—, no me hagáis lamentar el haberos robado al laird de Loch Brae.

—¿El *haberme robado*? ¡No vais a robarme! —insistió ella—. ¿Por qué me robaríais vos a mi Angus *el Negro*, milord?

—Porque, Fiona Hay —le respondió él—, quiero haceros mi esposa. Su laird ha tenido muchos largos meses para ofrecerle una posición respetable como su esposa, pero no lo ha hecho. ¡Pues bien, yo quiero hacerlo! Os he deseado desde el instante mismo en que os vi por primera vez, y por la Santa Cruz, voy a teneros, mujer!

—¡Pues yo no voy a aceptarlo! —replicó Fiona enojada.

—No tenéis opción al respecto.

—No podéis casaros conmigo si no quiero —insistió ella.

De repente él rompió a reír. Ella hablaba demasiado. Era obstinada, pero por Dios que lo hacía reír. Necesitaba una mujer que pudiera hacer eso. Era hermosa y había despertado su deseo aún sin saber qué clase de mujer era. Le había restado toda importancia a esto último, pues la deseaba. Ni le había interesado averiguarlo, pero ahora que podía observar alguna de sus muchas facetas su intriga y la fascinación que sentía por ella iban en aumento.

—Yo os deseaba. Y os he tomado con una finalidad, Fiona Hay —le dijo con firmeza—. Ahora callaos, pues debo concentrarme en el camino bajo esta luz mortecina si es que queremos llegar esta noche a la seguridad de nuestro refugio. Recordad que no tenemos una luna temprana que nos guíe.

Fiona permaneció en silencio. Había salido bien, pensó. El Rey estaría razonablemente satisfecho. Ahora debía seguir sus instintos para mantener a Colin MacDonald interesado en ella sin aburrirlo. Si él estaba conociendo a la mujer que deseaba, también ella debía empezar a conocerlo para saber qué tipo de hombre era. Le echó un vistazo a hurtadillas. Su atractivo rostro alargado tenía una expresión de profunda concentración mientras conducía a su cabalgadura por el apenas visible sendero, guiando a los hombres que venían detrás. Una vez que hubieron salido de la cañada, el paisaje se iluminó un poco, pero no por mucho tiempo. Se habían desviado hacia el noroeste, notó Fiona, pues marchaban directamente hacia el ocaso. Nairn estaba más hacia el norte. ¿Dónde estaban yendo?

Cabalaron durante casi una hora más y luego, bajo los últimos vestigios mortecinos del crepúsculo, Fiona vio muros de piedra y construcciones frente a ellos. ¿Santa Margarita? No

podía ser. Pronto descubrió que habían llegado a destino, a las ruinas de algún pequeño castillo. El grupo entró al patio, donde todos se apearon. Ataron cuidadosamente a los caballos con una cuerda dentro de un cobertizo de madera techado. Encendieron una fogata en el centro del patio. Trajeron agua del pozo del castillo para los animales.

Fiona y Nelly permanecían sentadas en silencio dentro del carro, observando mientras los hombres del clan despellejaban y destripaban a los conejos que habían cazado por el camino para luego ensartarlos en espetones y ponerlos a asar.

—Al menos no pasaremos hambre —dijo Nelly en voz baja a su señora—. También nos queda algo de pan, fruta y queso en nuestra cesta.

Pronto les trajeron un trozo caliente de conejo recién hecho para que compartieran. Cuando terminaron de comer, Nelly se apresuró a cruzar el patio, bajo la mirada ávida de los hombres y sacar un poco de agua del pozo para que ambas se lavaran la grasa de las manos y la cara. Luego las dos mujeres se sentaron juntas en silencio, preguntándose dónde irían a dormir. Finalmente, MacDonald de Nairn se les acercó acompañado por Roderick Dhu.

—Vuestra doncella dormirá en el carro —dijo—. Se les ha advertido otra vez a los hombres que nadie debe tocarla. Roderick la custodiará.

—Gracias, milord —dijo Fiona en voz baja—. Quiero a Nelly. Me enojaría mucho si algo le sucediera.

—La protegeré con mi vida, señora —prometió Roderick Dhu.

Fiona asintió con la cabeza en dirección a él.

Colin MacDonald la cogió de la mano con firmeza.

—Venid conmigo —dijo, y antes de que ella pudiera vacilar la hizo salir del carro, alejándola del fuego medio a la rastra para internarse en la oscuridad de la noche.

—¿Dónde vamos? —exigió saber ella con el corazón empezando a palparle cada vez más rápido. ¡Era demasiado pronto! ¡No estaba lista para esto!

Sin decir palabra él la llevó desde el patio hasta la parte trasera del castillo, lejos de los demás. Finalmente se detuvo. La luna estaba comenzando a elevarse por encima de las colinas del este y a su luz tenue Fiona lo vio extender una capa sobre el terraplén cubierto de hierba.

—¡No! —dijo, retrocediendo para alejarse de él.

Él le cogió la mano.

—Ven aquí, Fiona mía.

—No soy suya —dijo ella suavemente.

—Sí, dulzura, lo eres —replicó él—. Lo has sido desde el primer momento en que puse mis ojos en ti, aunque entonces no lo supieras.

Inexorablemente él la atrajo hacia sí, aprisionándola en su abrazo. Fiona se volvió para evitar su mirada apasionada, pero Colin MacDonald le cogió la barbilla entre el pulgar y el índice y con su boca se apoderó de la de ella.

A Fiona le resultó extraño el contacto de esos labios sobre los suyos, pues nunca había besado a otro hombre que no fuera Angus Gordon. Estos labios eran cálidos, firmes, exigentes. Apenas había empezado a explorar la sensación de tenerlo cerca, un golpe de él en las piernas de la joven las hizo ceder, y ella cayó sobre la capa extendida en la herbosa loma. Fiona jadeó sorprendida al hallarse tendida de espaldas con Colin MacDonald a horcajadas sobre ella.

—¡Eso no ha sido justo! —le gritó la joven.

Él rió suavemente.

—Tengo la intención de hacer lo que quiera contigo, dulce Fiona —le dijo sin rodeos. Sujetándola firmemente entre sus piernas, él descansó parte de su peso sobre los talones para no aplastarla.

—¡Lo que acabáis de hacer no es justo! —dijo ella indignada.

En respuesta a su protesta él alargó la mano y apartándole el *plaid*, empezó a desatarle la blusa. Ella le agarró las manos, pero Colin MacDonald sacudió la cabeza en gesto reprobatorio y

cogiendo ambas muñecas en una de sus grandes manos, las aprisionó debajo de la cabeza de la joven.

—No, no, Fiona, cielo, no te me resistas. Esos dulces pechos tuyos me han tentado durante semanas. ¡Tengo que verlos! —Sus largos dedos eran sorprendentemente ágiles y hábiles. Rápidamente desataron la blusa, luego la camisa. Apartando la suave tela clavó la mirada en el pecho desnudo.

—Ah, Fiona —dijo finalmente—, qué perfecta eres.

Ella se sonrojó debajo de su mirada ardiente, mordiéndose los labios para no gritar. No comprendía qué le sucedía. Avergonzada, notó que esa mirada ávida la excitaba. En los últimos dos años sus pechos habían madurado volviéndose más llenos y casi perfectamente redondos. Tenían la blancura de la leche y eran muy suaves al tacto.

Colin MacDonald alargó la mano para acariciar el par de dulces globos de carne. La tocó tiernamente con las puntas de los dedos, rozando apenas la plenitud de los pechos, provocando sensaciones que hasta entonces había creído que solo Angus Gordon podía despertar.

—Basta —le rogó ella—. No me toquéis, os lo ruego, milord. ¿Por qué tenéis que deshonrarme así?

Había lágrimas en sus ojos verde esmeralda que brillaban a la luz del cuarto de luna. Aunque desde esa mañana sabía lo que el Rey esperaba de ella, ahora al enfrentarse con la realidad, no estaba segura de poder soportarla.

Con expresión seria, él se inclinó en respuesta a la súplica de la joven, besando la carne del pecho.

—Has enloquecido, dulce Fiona, si piensas que puedo detenerme ahora —le dijo—. Lo que hay entre nosotros es tan difícil de sofocar como un fuego vivo. No se puede contener, tal como es imposible detener el flujo de la marea creciente.

—Nunca os entregaré mi corazón, Colin MacDonald —le dijo Fiona con franqueza, mientras un lagrimón rodaba por su mejilla, para su propia desesperación.

—Sí, dulzura, sí que lo harás con el tiempo —respondió él, alargando un dedo para recoger la lágrima de la mejilla de la joven y llevarla a sus propios labios—. Yo te honraré como Angus Gordon jamás lo ha hecho. Él te tomó como amante y te exhibió ante toda Escocia, pero yo me casaré contigo, Fiona Hay. Serás mi esposa y me enorgulleceré de ello —afirmó.

Por un momento Fiona vio la vulnerabilidad en sus brillantes ojos azules y sintió encogerse el corazón. ¿Acaso Jacobo Estuardo, en su justificado afán por lograr una Escocia unida, tenía la menor idea del terrible engranaje de traiciones que estaba poniendo en marcha? La había obligado a separarse del hombre que amaba para traicionar a otro hombre que a su vez la amaba. Era monstruoso, pero la joven no tenía opción, salvo sufrir las represalias si se negaba a obedecer. Y además, había otras personas en quienes pensar. Sus hermanas. Nelly. Y ¡ay, qué ya no importaba! Haría lo que tenía que hacer y pasaría el resto de su vida avergonzada por su participación en este engaño secreto que los destruiría a todos. ¿Y todo por qué? ¿Por Escocia? ¡Maldita Escocia! ¡Maldito Jacobo Estuardo y todos los de su clase! Lo único que sabían era acumular poder.

De repente y para su completo asombro, Colin MacDonald empezó a atarle nuevamente las cintas de la blusa. Cuando hubo terminado, se apartó de encima del cuerpo de ella para quedarse acostado a su lado. Fiona estaba absolutamente perpleja. ¿Qué sucedía? ¿Por qué no se disponía a violarla como ella había supuesto que era su intención? ¿Acaso de pronto la había encontrado desagradable?

Al notar su confusión, él sonrió amablemente.

—No te haré mía hasta que seamos marido y mujer, cielo. Nosotros, los de las tierras altas honramos a nuestras mujeres, particularmente a aquellas con las que pensamos casarnos. —Le cogió la mano, llevándosela a los labios para besarle las yemas de los dedos—. Dormiré a tu lado para protegerte y para que mis hombres entiendan la seriedad de mi compromiso contigo.

Extendió la capa alrededor de ellos y atrayéndola hacia sí para quedar de frente, cerró los ojos.

Fiona se quedó mirando las pestañas rubias que rozaban las mejillas bronceadas. Durante varios minutos no logró hacer que su propio cuerpo se moviese, ya que él parecía estar entrando sin esfuerzo en un sueño profundo. Finalmente cambió de posición para ponerse más cómoda, apoyando la cabeza morena en la amplitud del pecho. Podía percibir contra su oído el latido acompasado del corazón. Sintió crispase las ventanas de la nariz por la mezcla de olores que emanaba de él. A caballo, a sudor, ¿a jabón? Sí, era jabón debajo de los otros rastros de olores masculinos. Una incipiente sonrisa se insinuó en sus labios. De modo que estaba ansioso por complacerla, pensó. Considerando cómo se había comportado él, eso le parecía interesante. La sorprendía su ternura, pues tenía fama de ser un hombre impetuoso y duro, pero ¿acaso Maggie no había dicho que todas las muchachas estaban locas por él? Si las trataba a todas con esa dulzura, no era raro. Tuvo el impulso de alargar la mano y acariciarle el cabello rojo con reflejos dorados, pero se contuvo. Era un color muy extravagante en un hombre y sin embargo le sentaba admirablemente bien.

Se quedó entre sus brazos, agotada por todo lo que había sucedido ese día. Había despertado en Scone, lista para regresar a Brae. Ahora, por la noche, estaba acostada sobre la hierba, en la cima de una colina, rodeada por los brazos de MacDonald de Nairn, a quien se esperaba que traicionara. Tenía un nuevo futuro. Era el arma secreta del Rey contra los MacDonald. Cumpliría con su deber, aunque su corazón se rompiera en mil pedazos.

Capítulo 8

Fiona despertó, sorprendida de haber logrado dormir. Todavía estaba oscuro, aunque el nuevo día empezaba a insinuarse en el cielo, donde las estrellas ya empezaban a apagarse y un resplandor aparecía en el horizonte. El rostro de Colin MacDonald apareció ante sus ojos. La besó quedamente en los labios y ella no se resistió. ¿Qué sentido tenía ya?

—Será mejor que nos levantemos —dijo él—. No podemos quedarnos aquí por mucho tiempo. ¿Puedo confiar en ti si hoy te dejo montar tu propio caballo?

—No sé si alguna vez deberíais confiar en mí, Colin MacDonald —dijo ella francamente—, pero si lo que queréis saber es si huiría de vos, ¿adónde iría? No puedo regresar a Brae. —Se levantó, envolviéndose en la capa sobre la que habían dormido—. Enviadme a Nelly con un poco de agua caliente —le dijo—. No voy a cabalgar todo el día con el olor de vos en el cuerpo.

—¿Agua caliente, eh? ¿Has sido siempre una dama tan fina, Fiona mía, o Angus Gordon te ha hecho así? —Su mirada tenía una expresión entre curiosa y divertida.

—¿Es que vos no os bañáis con regularidad? —le preguntó ella—. Yo sí, siempre lo he hecho, milord. Esta mañana me bastará con un recipiente puesto al fuego con agua para lavarme.

Podía retirarse pues ella ya no iba a volver a hablarle y él lo sabía. Qué rebelde era esta mujer. Era capaz de hacerle frente, pero esto, más que enojarlo, lo divertía. Una mujer con tanta fuerza le daría hijos fuertes a Nairn.

Colin MacDonald halló a Nelly bien despierta y con aspecto de no haber dormido mucho.

—Buenos días, muchacha —la saludó—. ¿Estás bien?

Nelly asintió con la cabeza.

—No estoy acostumbrada a dormir al aire libre, milord —le dijo con franqueza—. Estaba un poquito asustada.

—No dejaremos que nada te haga daño —le prometió—. Ahora llévale un poco de agua caliente a tu señora. La hallarás en el lado este de las ruinas del castillo. —Le indicó con un gesto hacia dónde debía dirigirse.

No habían dejado que el fuego se consumiera del todo durante la noche. Nelly vio que ya había sobre las brasas una pequeña cazuela de metal llena de agua. Metió un dedo en el agua y como le pareció que ya estaba lo suficientemente caliente como para lavarse, levantó el recipiente agarrándolo con el borde de su falda para no quemarse las manos y se apresuró a llevárselo a Fiona, a quien encontró enseguida.

—¿Has pasado la noche sin problemas? —le preguntó Fiona.

—Sí —respondió Nelly—. Solo he tenido un poquito de frío y miedo, pero ninguno de los hombres se ha acercado a mí después de la advertencia de su excelencia. Dormí en el carro, sobre nuestra ropa de cama, con el tal Roderick Dhu dormitando al pie del coche, miladi.

—Agradezco que te haya cuidado. Ni se te ocurra flirtear con alguno de estos salvajes, Nelly, a menos que estés buscando perder tu virginidad. La menor señal de interés los estimularía. Deja el agua ahí.

—Os he traído un trapo para que os frotéis la piel —dijo Nelly—. He podido recuperarlo de entre nuestras cosas, miladi. —Tras entregárselo a su señora, la muchacha se volvió para darle privacidad a Fiona—. Os traeré algo de comer —le dijo y se fue corriendo.

En pocos minutos regresó y le alcanzó a su señora, que ya había terminado de lavarse, un plato de hojalata.

—En la cesta nos quedaba un poco de queso, pan y algo de fruta. Permitidme vuestra taza y os traeré un poco de agua del arroyo que queda cerca.

Agradecida por la amabilidad de Nelly, Fiona se sentó y empezó a mordisquear la comida que su doncella le había traído. Un momento después, Nelly se le unió. Comieron juntas, compartiendo la taza de agua clara que la muchacha había conseguido para ambas. No hablaban. No había nada que decir y si lo hubiera habido, existía el riesgo de que alguien oyera por casualidad la conversación. En ese momento todo era tal cual habían esperado las dos mujeres.

Colin MacDonald se acercó a ellas cuando estaban terminando de comer.

—Venid a escoger la ropa que queréis llevar con vosotras —les dijo—. Voy a enviar el carro y a la mayoría de mis hombres a Nairn.

—¿Y dónde iremos nosotros? —le preguntó Fiona, sorprendida.

—A Islay, con mi hermano, el Lord de las Islas —contestó Nairn—. Querrá saber todo acerca del rey de los escoceses y tendrá deseos de conocer a la muchacha que finalmente me ha hecho pensar en casarme. —Le sonrió abiertamente.

Fiona se puso de pie y lo miró, alzando una ceja.

—No sé qué me provoca más rechazo, si vuestra persona o vuestra estúpida jactancia, Colin MacDonald.

—¿Gordon te golpeó alguna vez, dulzura? —le preguntó él—. Obviamente necesitas una mano en el trasero.

—Si valoráis esa mano, milord —le advirtió Fiona en tono amenazante—, no la levantéis jamás contra mí. Os la cortaré a la primera oportunidad. —Le sonrió con dulzura, regresando al campamento.

—¿Lo haría? —le preguntó él a Nelly.

—Lo intentaría —respondió ella—, y si fallara, volvería a intentarlo.

Nairn se quedó pensando, luego rió.

—No la conozco en absoluto, ¿verdad? —dijo. Haciendo un gesto a la doncella para que lo siguiera, regresó al campamento, donde sus hombres estaban aprestándose para partir.

Fiona estaba ocupándose del equipaje. Separó algo de ropa interior, dos pares de medias de punto, una camisa limpia y un peine. Sentándose sobre una piedra cercana, comenzó a deshacerse la trenza para desenredar su cabello renegrido. Luego permaneció sentada mientras Nelly volvía a trenzarle el pelo. Después de alcanzarle la boina adornada con la pluma de águila y la insignia del clan, la doncella la envolvió en una abrigada capa.

—Estas pocas cosas son todo lo que necesito —dijo Fiona—. La ropa que usaba en la Corte, estaría fuera de lugar en Islay.

—Las pondré en el baúl —ofreció Nelly, yendo a buscar también sus pertenencias.

MacDonald de Nairn había oído por casualidad a Fiona. Siguió a Nelly y la cogió del brazo, llevándola a un lado.

—No discutiré con tu señora, porque ahora está muy enojada y es muy obstinada. Trae al menos un vestido elegante y algunas joyas. La sala de mi hermano es tan elegante como la del Rey. No quiero que se sienta incómoda cuando vea el lugar.

—Un *bouppelande* sería lo mejor, milord. El de terciopelo verde es el más elegante que tiene, pero creo que el de damasco violeta entraría mejor en un espacio pequeño. ¿Está seguro de que no podemos llevar con nosotros el carro del equipaje? Mi señora tiene algunas cosas hermosas.

Él rió entre dientes.

—La quieres mucho, ¿verdad, muchachita? Sí. Se nota que eres leal y eso está bien. El carro nos obligaría a ir más despacio, Nelly. Estamos más cerca de Nairn que del castillo de mi hermano en Islay. Sin el carro, ya va a llevarnos una semana llegar allí. No querrás estar viajando siempre, ¿verdad? Además, no vamos a quedarnos con Alexander. Tengo mis propias tierras que cuidar y ya he estado suficiente tiempo fuera, al servicio de mi hermano. El carro debe ir a Nairns Craig²⁵. Una vez que hayamos concluido nuestros asuntos en Islay, nos iremos a casa. Entonces tu señora podrá mostrarme todas sus galas. —Le dio a Nelly una palmadita en la mejilla—. Ahora apresúrate, muchachita. Ya está saliendo el sol y debemos ponernos en camino lo antes posible. ¿Comprendido?

—¿Teméis vos que los hombres del Rey vengán a rescatar a mi señora? —le preguntó Nelly astutamente.

Él dibujó una amplia sonrisa.

—Sí, también está ese asunto.

Nairn eligió a seis hombres para que los acompañaran, incluyendo a su hombre de confianza, Roderick Dhu. Atravesarían Escocia con rumbo oeste y luego se desviarían ligeramente hacia el sur. El campo por el que viajaron era montañoso, lleno de bosques y lagos. Cabalgaron desde el amanecer hasta el ocaso, tomando solo dos breves descansos. Cuando se les acabaron las exquisiteces preparadas en la cocina de Scone, Fiona y Nelly subsistieron con lo que comían los hombres: tortas de avena, cualquier ave o animal pequeño que pudieran cazar y cocinar, y agua. La segunda noche de viaje acamparon junto a un pequeño lago sin nombre.

—¿Por qué no nos detenemos en una casa de huéspedes religiosa o en casa de alguno de los aliados de vuestro hermano? —le preguntó Fiona a su captor.

—Porque hay pocas casas religiosas en esta área —le respondió él— y además no quiero que nadie te vea. Esos pobres soldados asustados que huyeron dejándote a mi amoroso cuidado no sabían quiénes éramos. Por lo tanto no se sabrá quién te raptó ni dónde te llevó. No quiero que tu antiguo amante nos persiga simplemente para matarme porque su bonita concubina ahora va a ser mi mujercita. Además ¿de qué te serviría? ¿Acaso no dijiste que él no te aceptaría de vuelta si creía que yo te había hecho mía?

Ella sintió las lágrimas quemándole los párpados y rápidamente pestañeó para contenerlas. Lo había dicho y era verdad. Angus nunca más la querría. Volvió a sentirse abrumada por el enfado. Arrojándose sobre él, le arañó el atractivo rostro, diciéndole entre dientes:

—¡Os odio! ¡Os odio! ¡Me habéis arruinado la vida!

Para estupefacción de Fiona, él la levantó y la arrojó al lago, completamente vestida. A gritos, ella le soltó una serie de insultos en celta mientras sus hombres aullaban de risa. La joven no estaba segura de si lo que les hacía tanta gracia eran sus palabrotas subidas de tono o el verla agitando los brazos en los bajíos.

Colin MacDonald se tocó la mejilla y se quedó contemplando la sangre en sus dedos. Le quedaría una pequeña cicatriz. Era toda una fierecilla. Estaba empezando a preguntarse si no habría tomado más de lo que podía, o quería manejar, pero ahora era demasiado tarde. Ya la tenía con él.

A duras penas Fiona salió del agua, furiosa.

—¡Es la única ropa que tengo, patán cabeza de fuego! —le gritó—. ¿Cómo diablos se supone que voy a hacer que esté seca para cuando llegue la mañana?

—¡Pues tendrás que cabalgar mojada —le gritó él a su vez— y la próxima vez no uses tus garras conmigo, Fiona mía!

Nelly estaba consternada.

²⁵ Craig significa peñasco en inglés. En este caso, es parte del nombre propio del lugar, por eso no se traduce. (N. de la T.)

—Tenéis que quitaros esa ropa, miladi. Si no, vais a morir. Tenéis otra camisa y vamos a poner el resto a secarse junto al fuego. No vais a viajar con la ropa húmeda, os lo prometo.

La mirada furibunda de Fiona silenció las carcajadas de los hombres del clan.

—Como ya estoy empapada —le dijo a Nelly—, bien podría bañarme. Apesto a caballo.

—Gracias a Dios no llevabais puesta la capa —dijo Nelly—. Ya costará bastante que se sequen la falda y las medias de lana. Venid, entonces, miladi. En la orilla podemos tener un poco de privacidad. —Se volvió hacia los hombres que estaban junto al fuego—. ¡Y que a ninguno se le ocurra seguirnos a escondidas!

Ellos sonrieron abiertamente y Roderick Dhu dijo en voz baja a su señor:

—Son un par de muchachas fuertes, con lenguas afiladas, milord.

MacDonald de Nairn miró a sus compañeros con una amplia sonrisa.

—Sí y todos vosotros las vais a tratar con respeto. La dama de cabello negro va a convertirse en mi esposa, muchachos y a la pequeña Nelly, como su doncella, también debéis respetarla.

Las dos mujeres podían sentir sobre ellas los ojos de los hombres mientras bajaban por la playa, pero pronto quedaron ocultas tras una gran mata de follaje. El suelo bajo sus pies era arenoso. Se detuvieron y Nelly ayudó a Fiona a quitarse la ropa húmeda. Extendió las prendas sobre los arbustos y vació el agua de las botas de su señora. Luego desplegó la capa de su ama sobre el suelo y se sentó encima, mirando a Fiona meterse al agua.

—Usted es más valiente que yo, miladi —dijo soltando una breve risita.

—Hace frío —admitió Fiona—, pero estoy empezando a oler cada vez menos a caballo. —Chapoteó en el lago, caminando cerca de la orilla. El agua era tan clara que podía ver sus piernas y pies sobre el fondo arenoso—. ¿Con qué voy a secarme, Nelly? No tenemos toallas.

—Os secaremos con vuestra camisa, miladi. Ya la he escurrido. Solo servirá para secar las gotas de vuestra piel, pero si os envolvéis en vuestra capa pronto estaréis seca y calentita de nuevo. Cuando lo estéis, os traeré vuestra otra camisa.

Mientras Fiona salía del agua, Colin MacDonald se acercó a ellas. La joven apretó los dientes enojada, diciéndole a Nelly:

—¡No le hagais caso a ese enorme patán, muchacha!

—Vine a ver qué os estaba demorando tanto —dijo—. No has estado nadando ¿verdad? —Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de la joven. «Jesús, María y José!» exclamó para sí. ¡Era absolutamente espléndida! No lo había advertido hasta entonces, pues se había apasionado por la mujer en sí, ¡pero por la Santa Cruz que tenía un cuerpo maravilloso!

—Ya os he dicho que estoy acostumbrada a bañarme a diario —le dijo Fiona altivamente, terminando de secarse y envolviendo sus formas sensuales en la capa—. Como no tenemos una tina para que pueda darme un baño como se debe, me he lavado en el lago. Nelly, muchacha, corre al campamento y tráeme una camisa seca, por favor. —Miró con ojo crítico al hombre que tenía delante—. No os vendría mal lavaros. Vos también apestáis a caballo.

—¿Lavarme? ¿Todos los días? —Sonaba ligeramente horrorizado.

—No os hará daño, milord —le dijo con mordacidad.

—Estoy empezando a creer que eres una muchacha muy despótica, Fiona Hay.

Estaba de pie frente a ella, de espaldas al agua, las manos sobre las caderas y las piernas bien separadas en un alarde de autoridad.

Fiona lo miró a los ojos, pensando al mismo tiempo que era una oportunidad demasiado deliciosa como para perdersela. Dejando caer su capa, avanzó hacia él. MacDonald intentó valientemente sostenerle la mirada, pero la tentación de mirar esos exquisitos pechos y ese cuerpo blanquísimo era demasiado fuerte. Sucumbió a ella y en el momento en que desvió la mirada de los ojos de la joven, esta le propinó un fuerte empujón que lo hizo caer a las aguas del lago. Fiona se echó a reír con tantas ganas que estuvo a punto de desplomarse mientras él se ponía de pie tambaleante cubierto hasta las rodillas por el agua, farfullando indignado.

—¿Cómo diablos se supone que voy a secar un kilt de lana para mañana por la mañana? —rugió dirigiéndose a ella.

—Sencillamente tendréis que cabalgar mojado, milord —se mofó ella, al tiempo que desaparecía entre el follaje para encontrarse cara a cara con la sorprendida Nelly—. ¡Rápido! —le dijo—. ¡Dame la camisa! —Se quitó precipitadamente la capa y deslizándose dentro de la camisa se envolvió otra vez la capa alrededor de los hombros.

—¿Qué le habéis hecho? —le preguntó Nelly al oír una andanada de juramentos subidos de tono provenientes de la arena detrás de ellas—. Da la impresión de que si tan solo pudiera cogerla del cuello la mataría, miladi.

—Solo le di a ese bastardo de su propia medicina —rió Fiona—. De un empujón lo hice caer al lago y me temo que ahora está muy mojado. Ofrecete para secarle el kilt, ¿quieres Nelly? No quiero matarlo (al menos no todavía). —Sonrió. Podía no gustarle la tarea que le había encomendado el Rey, pero no había razón para que no pudiera divertirse un poco mientras la estaba cumpliendo.

Al llegar junto al fuego acogedor, aceptó agradecida el plato de tortas de avena que le ofreció Roderick Dhu. Cuando le ofreció una taza humeante, ella se sorprendió.

—¿Qué es?

—Un poco de vino mezclado con agua y calentado al fuego, miladi. Debe estar helada después de haber estado nadando —dijo él, con el fantasma de una sonrisa rondándole los labios.

—Será mejor que preparéis una poción similar para vuestro jefe —recomendó Fiona dulcemente—. Me temo que él también se cayó al lago.

Se volvió mientras sorbía la bebida caliente, agradeciendo que esta fuera fuerte y estuviera empezando a entibiarle la sangre debajo de la capa.

Se sentó en un pequeño saliente rocoso, comiendo delicadamente las tortas de avena y bebiendo a sorbitos el vino, con Nelly a su lado. Colin MacDonald apareció en el claro, con aspecto sombrío, y cogió la taza de vino caliente que le había preparado Roderick Dhu. Estaba empapado, con el cabello colgando lánguidamente sobre sus hombros y el kilt chorreando agua. Se bebió el vino en varios sorbos, aceptó su porción de tortas de avena y se puso a comer. Permaneció en un silencio glacial, sin dirigirle la palabra a nadie.

Finalmente, cuando hubo terminado de comer, Nelly se atrevió a acercársele.

—Si queréis, milord, puedo secar vuestras ropas junto al fuego, con las de mi señora.

—Sí —le respondió Nairn, poniéndose de pie. Les hizo una seña a las dos mujeres—. Seguidme —les dijo escuetamente—. Roderick Dhu, eres responsable de la virtud de Nelly hasta que lleguemos a Nairn.

—Sí, milord —respondió el miembro de su clan, dirigiendo hacia sus compañeros una mirada amenazadora.

Fiona y Nelly siguieron a Nairn de regreso a la pequeña playa, donde él se quitó la ropa, indiferente a la expresión boquiabierta de la sorprendida Nelly, ruborizada hasta la raíz del pelo. Entregándosela a la doncella, le dijo:

—Tu señora y yo dormiremos aquí esta noche, muchacha. Acuéstate junto a Roderick Dhu. Él te protegerá.

Nelly se retiró volviendo deprisa al campamento.

—Dormiremos envueltos en tu capa —le dijo MacDonald a Fiona.

Fascinada, no podía apartar los ojos de ese gran cuerpo desnudo. Brazos, piernas, torso, todo en él era grande. La espalda y los hombros eran muy anchos. Las nalgas, redondeadas y firmes. Sin poder evitarlo, su mirada bajó hasta la mata de color rojo fuego entre sus muslos, desde donde colgaba su miembro viril, un grueso trozo de carne pálida que se balanceaba como un péndulo. Pese a estar todavía bajo el efecto del agua helada del lago, se veía formidable, impresionante.

Atrajo contra sí la silueta envuelta por la camisa, acariciando con su boca la oreja de ella.

—Fiona mía —murmuró—. ¿Tienes idea de cuánto te deseo? ¿De lo difícil que es para mí no poseerte? —Le dio un suave mordisco en el lóbulo de la oreja.

Ella podía sentir contra el cuerpo su miembro; notaba su esfuerzo por refrenar el impetuoso deseo. Tragó saliva y le dijo:

—En verdad para mí no hay diferencia alguna cuándo me tome por la fuerza.

—Cuando finalmente lo hagamos —le dijo serenamente—, serás mi esposa.

—De todas formas será contra mi voluntad —replicó ella entre dientes.

—¿De verdad? —susurró él, acostándola de un tirón a su lado, sobre la playa arenosa—. ¿Qué edad tienes, Fiona Hay?

—Diecisiete cumplidos el pasado Lammastide²⁶ —dijo ella—. ¿Cuántos años tenéis vos, Colin MacDonald de Nairn?

—Veintisiete —contestó él—. Dios mío, qué dulce eres —le dijo con voz pastosa, abrazándola estrechamente contra sí. Su mano descendió lentamente por la espalda de la joven, en una prolongada caricia. Luego recorrió una y otra vez la curva de las nalgas mientras frotaba la cara sobre la tierna curva de la espalda, murmurando palabras ininteligibles. Entonces se sentó repentinamente, haciendo que Fiona se sentase también.

—Suéltate el pelo, cielo —le dijo en voz baja.

Fiona se quitó las horquillas del cabello, deshaciendo su trenza y peinando los oscuros mechones con sus delgados dedos.

—¿Así está bien, milord de Nairn? —le preguntó.

—Sí —dijo él, volviendo a acostarla, tomando un poco de cabello entre sus dedos y aspirando su perfume—. Te lavas el pelo con jabón de brezo —notó—. Cuando regresemos a Nairn, te llevaré un día a Inverness para comprarte un peine de plata, amor. Luego te sentarás junto al fuego en nuestra sala en una noche de invierno y peinarás tu cabello negro. No debes cortártelo jamás, es hermoso. Ayer, mientras cabalgábamos, vi cómo se reflejaba el sol. — Entonces, inclinándose sobre ella la besó, al principio suavemente, luego con creciente ardor sin intentar disimular cuánto la deseaba.

Fiona, curiosa, se permitió probarlo y saborearlo. Descubrió que no era en absoluto desagradable. Se sorprendió a sí misma incapaz de evitar rendirse a sus besos, e incluso corresponderle brevemente antes de que una oleada de culpa la abrumara, haciendo que intentara alejarse de él.

Él percibió de inmediato la primera fisura en sus defensas y avanzó ávidamente. La punta de su lengua recorrió los labios de ella. Fiona desvió la cabeza, pero él instantáneamente hizo que la volviera y repitió el gesto. Ella se estremeció, no estaba seguro si a causa del frío o de la creciente excitación, pero sus labios se suavizaron debajo de los de él. Pudo entonces introducir la lengua en la oscura cavidad de la boca de la joven. Las lenguas se tocaron y fue como si a ella la atravesara un rayo. Aunque quería escapar de él de repente advirtió que no podía.

Los labios de él abandonaron los de ella para comenzar a vagar por su rostro. Buscaron el cuello, sintiendo acelerarse el pulso en la base del cuello. Siguió avanzando hacia el pecho, susurrándole:

—Quieres esto, cariño. Se nota que tu propia lujuria se ha encendido.

—¡No! ¡No! —negó ella.

Él rió suavemente, rozando con los labios las colinas de sus pechos. Estaban hinchados por el deseo, y tan firmes como dos redondeadas manzanas.

—¿No? —se mofó él, mientras su lengua jugueteaba con uno de los pezones a través del fino linón de la camisa.

—¡Ohhh, no hagáis eso! —gimió, retorciéndose nerviosamente.

²⁶ Época del año cercana a la festividad de Lammas. (N. de la T.)

La boca se cerró sobre el pezón, y comenzó a chuparlo. El cuerpo de Fiona se arqueó. Él continuó chupando con fuerza la piel hasta que a ella el vientre se le encogió, como anudado. Empezó con el otro pecho. Era una tortura. Y pensar que había creído que solo Angus Gordon tenía semejante poder sobre ella. Los largos dedos se deslizaron debajo de la camisa, moviéndose hasta llegar a sus labios de abajo. Al hallar su joyita, jugaron y jugaron con ella hasta hacerla jadear de deseo. ¿Cómo, alcanzó a pensar en un momento de lucidez, podría trabajar eficientemente para el Rey si estaba llena de semejante pasión? Necesitaba alivio y este hombre se le ofrecía. Abandonando todo su sentido común, Fiona se dejó llevar.

Saber que ella se estaba rindiendo a él lo impulsó a seguir.

—¡Fiona mía! —gimió, con el rostro hundido en la suavidad de su cabello perfumado.

Ya había salido la luna, iluminando las aguas del lago, arrancando sombras oscuras de sus cuerpos claros que yacían sobre la playa arenosa. Él le cogió la mano. La sintió pequeña dentro de la suya, pero no indefensa. Lo enorgullecía que fuera una mujer fuerte. La tapó con la capa y tan solo dijo una palabra:

—Duérmete.



Al despertar, Colin MacDonald halló a Fiona nadando en las frías aguas plateadas del Jago. Él se le unió, pero ambos permanecieron en silencio. Nelly apareció en la playa, trayendo la ropa de ambos. Se vistieron, volviendo al campamento para comer las tortas de avena y beber de nuevo vino rebajado con agua.

Durante los días que siguieron cabalaron a través de las tierras vírgenes escocesas, evitando los poblados. Finalmente llegaron a la costa oeste y cruzaron a la isla de Jura. Aquí la tierra era muy montañosa y estaba cubierta de bosques de ciervos²⁷. La isla estaba dividida en dos por el Loch Tarbert. Por fin llegaron al otro extremo de Jura que daba al estrecho de Islay, una angosta extensión de agua. Prepararon una pequeña barca en la orilla.

Colin MacDonald ordenó a dos de sus hombres que cruzaran a informarle al Lord de las Islas de que su hermano de Nairn estaba esperando para atravesar el estrecho hasta Islay. Los hombres fueron gustosos, pues esta última etapa del viaje traía aparejada comida caliente, buena cerveza y muchachas complacientes.

—¿Cómo vamos a cruzar? —preguntó Fiona.

—Enviarán una barcaza para nosotros y los caballos —le respondió él—. Sin embargo hay que pedir autorización para entrar a los dominios de mi hermano. Islay nunca ha sido tomada por extranjeros ni por nuestros enemigos, ni siquiera por los irlandeses.

—Su hermano actúa como si fuera un rey.

Colin MacDonald rió.

—Es un rey, Fiona mía. Los Lores de las Islas siempre han sido reyes. De ahí las ansias de Jacobo Estuardo por tener su lealtad. Los clanes del norte no le jurarán fidelidad sin la aprobación del Lord de las Islas.

—Escocia puede tener solo un rey —le dijo ella sabiamente.

—Esto no es Escocia. Estas son las Islas —le explicó él pacientemente—. Siempre ha sido de este modo. Solo en tiempos de Bruce empezaron a interesarles las Islas a los reyes escoceses. Preferimos ser independientes.

—Pero vos ni siquiera vivís en las Islas.

²⁷ Deerforests en el original, literalmente «bosques de ciervos». El término hace referencia a cotos de caza típicos de las tierras altas de Escocia, que en realidad no tienen árboles y donde se sueltan ciervos para cazarlos. (N. de la T.)

—Es cierto, yo vivo cerca de Inverness, en el lado opuesto de Escocia, pero soy un MacDonald, cariño —dijo Nairn orgullosamente—. Y desde que tenía seis años viví aquí en Islay con mi padre y mis hermanos. Visitaba a mi madre solo una vez al año hasta que cumplí los dieciséis. Luego mi padre me envió de regreso a Nairn para que mi abuelo pudiera enseñarme a gobernar mis propias tierras, sin importar lo pequeñas que sean. —Sonrió—. Yo ya era un guerrero experimentado, que se había ganado sus espuelas en Harlaw, luchando con mi padre y hermanos. Mi padre sabía que a los dieciséis años yo tenía la capacidad para gobernar Nairn, aunque no la heredé hasta que cumplí los veinte y mi abuelo murió.

Fiona estaba asombrada. Cuando era un chaval de catorce años él había luchado en una de las batallas más sangrientas en la historia de Escocia. *¡Y había sobrevivido!*

—Amabais a vuestro padre ¿no es verdad? —le preguntó suavemente.

—Sí, lo amaba —admitió él—. Tuve la suerte de estar aquí el año pasado, cuando murió. Casi todos sus hijos estuvimos aquí. Donald MacDonald tenía un gran corazón. Amaba a toda su prole, sin importar si eran legítimos o no. Su madre era la princesa Margarita, una de las hijas del rey Roberto II. Siempre me dijo que ella le había enseñado a ser bondadoso y responsable con su familia.

Caminaban por la playa; el aire marino era fresco y vigorizante. Las gaviotas descendían en picado, chillando bulliciosamente mientras escudriñaban las aguas en busca de comida. Al mirar hacia Islay, avistaron una gran embarcación de fondo plano que venía hacia ellos.

—*¡Fraoch Eilean!* —oyeron gritar.

Nairn dibujó una amplia sonrisa y bajó corriendo hacia la orilla del mar, donde ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó:

—*¡Fraoch Eilean!*

—¿Qué es? —le preguntó Fiona, confundida.

—¿Qué es qué cosa?

—*Fraoch Eilean*. Las palabras las conozco, significan «la isla cubierta de brezo», ¿pero a qué aluden?

—Es el grito de guerra de los MacDonald de las Islas. ¡Mi hermano en persona va a venir a recibirnos!

Finalmente la barcaza ancló en los bajíos de Jura y bajaron una rampa. Un hombre se adelantó de un salto entre las olas, vadeando el trecho de agua que los separaba de la orilla y vino a reunirse con ellos. Era tan alto como Colin MacDonald, pero tenía cabello castaño oscuro que combinaba con sus ojos. Abrazó afectuosamente a Nairn.

—Así que has regresado sano y salvo —dijo, dejando traslucir un ligero alivio.

—Sí y tengo mucho para contaros, milord —respondió Nairn.

—Vamos a Islay, entonces, hermano —dijo Alexander MacDonald, haciendo una pausa al notar la presencia de Fiona, a quien dirigió una sonrisa encantadora—. ¿Qué tenemos aquí, Colly? ¿Me has traído un regalito de Perth? —Sus ojos expresaban a un tiempo admiración y deseo mientras contemplaba a la muchacha, quien le sostuvo audazmente la mirada.

—No, Alex, he traído a Islay no un regalo para ti, sino a la muchacha con quien voy a casarme. Ella es Fiona Hay. Querida, este es mi hermano, Alexander MacDonald, Lord de las Islas.

Fiona se inclinó cortésmente en una reverencia, pero sin decir palabra.

—Puedes contarme todo en el camino —dijo MacDonald de las Islas, sorprendido.

Los caballos fueron llevados hasta el agua, desde donde los hicieron subir a la barcaza por la rampa. Como había poco viento el mar estaba relativamente sereno y el viaje fue tranquilo. Nairn le había advertido a Fiona que podía llegar a ser difícil, con olas que rompieran contra la embarcación y los empaparan. La joven agradeció que no fuera esa clase de día, pues su escaso guardarropa no podía soportar más daños.

—Conque al fin has encontrado una mujer que te satisfaga lo suficiente como para casarte —dijo Alexander MacDonald en tono complacido—. Hace un tiempo largo que deberías haberte casado. Ya te aventajo en tres hijos, Colly.

—La secuestré —dijo Colin MacDonald tranquilamente.

—¿La secuestraste? —Alexander MacDonald rió encantado—. Me alegra ver que tu corazón es el de un MacDonald de pura cepa, hermano. Hoy en día es raro el secuestrar a una mujer para casarse con ella. ¿Qué te llevó a hacerlo? ¿Acaso tiene un tutor insensible que no sabe que no se puede ir en contra de los jóvenes amantes, e intentó alejarla de ti para casarla con algún lord viejo y rico? Si es ese el caso, secuestrarla fue una sabia decisión.

—Me secuestró de manos del hombre que amo —dijo Fiona de repente—. Aún si Angus *el Negro* supiera dónde estoy, no me aceptaría ahora que vuestro hermano me ha puesto las manos encima, milord. Solo espero que Angus Gordon me crea muerta.

—¿Colly? —El Lord de las Islas estaba serio ahora. Escuchó la explicación de su hermano, asintiendo satisfecho cuando este concluyó.

—Nadie puede vincularme con el secuestro de la señorita Hay, milord —dijo Nairn—. Yo me fui de la Corte antes que ella. Aunque allí intenté una vez ganar sus favores, ella no me hizo caso alguno. Nadie va a sospechar que yo la rapté. No hay peligro para ti o para las Islas con respecto a este asunto. Nunca haría algo que pudiera causarte problemas, Alexander.

—De manera que hay poco o ningún daño que lamentar, entonces —dijo el Lord de las Islas. Miró otra vez a Fiona—. No puedo culparte, Colly. Es muy hermosa. Lamento que a esta no podamos compartirla.

—¿Que no se dañó a nadie? —Fiona estaba indignada—. Me han separado del hombre que amo, me han maltratado ¿y vos decís que no se hizo daño a nadie, milord?

—Vos solo habéis cambiado un marido por otro, preciosa —dijo razonablemente el Lord de las Islas.

—Angus Gordon es un buen amigo del Rey.

—Entonces seguramente el Rey encontrará otra prometida para su amigo —replicó Alexander MacDonald con perfecta lógica—. Aun si supieran dónde está usted, no es muy probable que vinieran a buscarla, a menos, por supuesto, que sea usted una rica heredera. ¿Lo es?

—Soy jefa de un clan por derecho propio —dijo Fiona orgullosamente—. Soy la cabeza de los Hay de la Montaña, milord.

—Un cerrito escarpado, con una torre semiderruida —dijo Colin MacDonald en tono neutro—. Y no lo niegues, querida. Me lo contó Maggie MacLeod.

—Maggie MacLeod es una cotilla desgraciada —farfulló Fiona airadamente.

—¿Dijiste Margaret MacLeod, hermano?

—Sí. Se casó con su pequeño terrateniente y está esperando un niño —respondió él—. Es feliz, Alexander —concluyó significativamente.

—Que así sea, entonces —respondió el Lord de las Islas—. Además, el viejo lord con quien iban a casarla ha muerto. No la querrían de regreso, considerando la vergüenza que acarreo a su familia al fugarse como lo hizo. Les supuso una dote que les costó mucho afrontar, pues el viejo no se la devolvió. La consideró como una compensación por el insulto a su buen nombre. Nuestra prima Maggie MacLeod siempre fue una rebelde —rió al recordar.

Fiona estaba fascinada. Maggie nunca le había contado exactamente por qué se había fugado de su casa en Lewis²⁸. Y al enterarse de cómo había sido la historia de su amiga, su enojo se aplacó. Fiona se recriminó el haber dado la impresión de estar ansiosa por escapar de Nairn. ¿Y si el Lord de las Islas la hubiera creído y la hubiese enviado de regreso? Entonces ya no le

²⁸ Isla de Lewis, situada al noroeste de Escocia, a 39 km de la costa continental y separada de esta por el estrecho North Minch. Pertenece al archipiélago de las Hébridas. (N. de la T.)

serviría para nada al Rey. Tenía que aprender a atemperar su evidente indignación recordando cuál era el verdadero propósito de su estancia aquí. Caminó hasta el otro extremo de la barcaza y se quedó observando la playa cada vez más próxima.

—¿Cuándo te casarás con ella? —le preguntó el Lord a Nairn.

—Esta noche. Será un matrimonio de prueba que se oficiará en la sala de tu palacio²⁹.

—¿Sin un sacerdote, Colly? ¿Por qué no celebrar un matrimonio como Dios manda? —quiso saber Alexander MacDonald, preocupado.

—Aún está enojada porque la separé de Angus Gordon —replicó Nairn—. Le he ahorrado mis atenciones durante las noches que duró el viaje pues me juré a mí mismo que no la poseería hasta tanto estuviéramos casados. Un matrimonio de prueba dura un año. En ese lapso la habré convencido y contraeremos matrimonio ante un sacerdote.

—¿Y ella estará de acuerdo con una unión de prueba? —preguntó el Lord de las Islas—. Parece una muchacha de temperamento fuerte.

—Sí —dijo Nairn con una amplia sonrisa—, lo es, pero lo aceptará porque no tiene opción. Dentro de un año declarará su amor por mí, hermano.

El Lord de las Islas miró a los ojos a su hermano menor.

—Veo que ya estás enamorado de ella, Colin. El amor es un estado peligroso para un hombre. Sabes que es así. Un hombre enamorado no piensa con claridad. ¿Estás seguro de que no quieres casarte ante un sacerdote? Hay uno viviendo temporalmente en el palacio. El Padre Ninian. Él podría officiar la ceremonia.

Nairn negó con la cabeza.

—Tendría que obligarla a casarse delante de un sacerdote y no quiero hacer eso. —Rió entre dientes, con cierto pesar—. No estoy seguro de poder obligarla. Cuando vayamos ante un sacerdote será porque ella así lo quiera. No, un matrimonio de prueba bastará por el momento. Un hijo nacido dentro de este tipo de unión es considerado legítimo, hermano.

La barcaza chocó contra la isla de Islay. Los soldados saltaron a tierra y la empujaron hasta la playa. Se bajó la rampa y los caballos y jinetes desembarcaron. Fiona miró a su alrededor. Mientras que Jura era montañosa, Islay era una ondulada extensión de verdes pastizales. A lo lejos divisó un castillo, obviamente el lugar de destino. Empezó la cabalgata y se halló entre los dos hermanos.

—Bienvenida a Islay, hermana —dijo gentilmente el Lord de las Islas—. Espero que vuestra estancia, aunque breve, según me ha dicho mi hermano, os resulte placentera.

—Os lo agradezco, milord —respondió Fiona cortésmente.

Mientras cabalgaban rumbo a su destino, Fiona no pudo evitar sentirse impresionada por las grandes manadas de rollizo ganado que pastaban en los verdes praderas de los MacDonald. Cuando hizo un comentario al respecto, Nairn rió con picardía.

—En otros tiempos Fiona fue una ladrona de ganado, aunque sin demasiado éxito —le contó a su hermano mayor.

—¡Nunca he admitido semejante cosa! —exclamó ella indignada—. ¿Por qué todos vosotros suponéis que los cargos que levantó Angus *el Negro* contra mí son verdaderos? ¿Por qué nadie me cree? —inquirió ella.

Él soltó una risita.

—Porque eras una mentirosilla descarada. Si no podías alimentar a tus hermanas, menos aún a esos animales rollizos que Angus Gordon halló en tus pastizales —le dijo él—. Maggie dijo...

²⁹ Handfasting en el original. Era un matrimonio de prueba o temporal muy común en Escocia e Irlanda cuando no había un sacerdote que pudiera officiar la ceremonia. Los novios se cogían de las manos y estas eran atadas con una cinta para simbolizar su unión. (N. de la T.)

—¿Maggie MacLeod otra vez? —dijo bruscamente Fiona—. ¡Si alguna vez vuelvo a ver a esa cotilla, le arrancaré esa lengua tan movediza!

MacDonald se echó a reír.

—Cuéntame la historia, hermano —pidió— y vos no os preocupéis, Fiona Hay. El robar ganado es una honorable costumbre ancestral, como sabréis. La gracia está en que no lo pesquen a uno, como evidentemente sucedió con vos, pero igualmente admiro vuestras agallas, bonita. Vais a engendrar para mi hermano unos buenos MacDonald.

Simulando irritación, Fiona aminoró la marcha para cabalgar junto a Nelly, a quien, contra su voluntad la habían hecho montar la yegua de Fiona desde que se habían llevado el carro.

—Los hombres están locos —le dijo a su doncella.

—Estos MacDonald sí que son tipos grandotes y guapos ¿no es verdad? —comentó Nelly—. Pienso que el Lord es parecido a su hermano de Nairn, pero en otro color.

—Aja —le respondió Fiona con aire ausente. Estaba mucho más interesada en el castillo al que ahora se aproximaban, pues aún a lo lejos parecía más grande e imponente de lo que hubiera esperado. Todos siempre decían que los MacDonald eran unos salvajes, pero el Lord de las Islas difícilmente daba esa impresión y su castillo era verdaderamente impresionante. Estaba situado en el punto más elevado de Islay, una baja colina rocosa apenas más grande que el resto de las otras pocas colinas de la isla. En los muros de piedra oscura había cuatro torres cuadradas sin aberturas, cada una de las cuales miraba hacia un punto cardinal distinto. La entrada, cuyos muros tenían la mitad de la altura de los principales, tenía dos pequeñas torres circulares a media altura. Había macizas puertas de roble sobre las cuales cada noche se bajaba un rastrillo o reja.

Mientras se acercaban, Nelly comentó:

—Este lugar me da miedo, miladi. Creo que me alegro de que vayamos a quedarnos aquí poco tiempo.

—Puede ser el paraíso comparado con Nairns Craig —le advirtió Fiona en respuesta—. No es Brae, de eso no hay duda —concluyó en tono melancólico.

A caballo atravesaron las puertas, entrando a un pequeño patio. Luego de apearse, las mujeres siguieron a los hermanos MacDonald a través de otra pesada puerta que daba a un patio más grande. Fue como pasar de la noche al día. Se encontraron con un prado cubierto de manzanilla bajo sus pies y con un jardín lleno de rosas tardías, caléndulas y fragantes hierbas. Había una casa con tejado a dos aguas. Subieron los escalones y entraron.

—Lamento que mi esposa no esté aquí para saludaros, preciosa —se disculpó MacDonald—, pero ha viajado con mi señora madre a sus tierras de Ross. Me temo que partiréis antes de que ellas regresen pero quizá las conozcas cuando traigáis a vuestro primer hijo a Islay. —Rápidamente indicó a los sirvientes que habían acudido al verlo entrar, que acompañaran a Fiona y Nelly a sus habitaciones y les dieran cualquier cosa que desearan—. Ven conmigo, Nairn —le dijo a su hermano—. Quisiera oír lo que tienes que contarme antes de que te retires a descansar. Deseo saber todo sobre Jacobo Estuardo.

—Si queréis saberlo todo sobre él —intervino Fiona—, entonces deberíais hablar conmigo, milord. Conozco bien al Rey, pues es el mejor amigo de Angus *el Negro*. También estuve al servicio de la Reina y me cuento entre sus amigas. Las mujeres hablamos de otras cosas aparte de vestidos y asuntos domésticos —le dijo con una sonrisa encantadora.

—Obviamente sois leal a Jacobo Estuardo, señora. ¿Por qué habríais de ayudarme?

—Milord —dijo Fiona con perfecta lógica—, yo os ayudaría a comprender mejor al Rey para que podáis jurarle lealtad. Nairn solo puede transmitirle sus impresiones acerca de lo que vio y piensa. Yo viví en el palacio real. Estuve con el Rey y la Reina durante varios meses. Vuestro hermano me ha robado de manos del *laird* de Loch Brae. Como no puedo regresar, debo aceptar lo que tengo ahora. Esta noche me uniré a Colin MacDonald en matrimonio de prueba. Sí, os oí hablar de vuestros planes, señor de Nairn. —Su mirada iba de Colin a su hermano—. Un día le daré hijos. Niños MacDonald, milord. No quiero ver a milord, a su familia y a mis propios hijos

sacrificarse en esta guerra interminable que ha destruido a Escocia durante tantos años. Si pudiera ayudarlos a hacer las paces con el Rey, lo haría por el bien de Nairn y de nuestros hijos por nacer.

—Además de bonita es inteligente —le dijo MacDonald a su hermano. Luego le hizo una seña a Fiona—. Muy bien, muchacha, acompáñanos. Soy un hombre sin prejuicios, así que escucharé lo que tienes que decir.

—Ve y desembala lo poco que tenemos —le indicó Fiona a Nelly y se marchó tras los dos hombres.

El despacho del Lord de las Islas era un pequeño recinto de piedra con una chimenea flanqueada por grifos³⁰, también de piedra, y un hermoso tapiz colgado de la pared opuesta a la ventana con vistas al jardín. Se pusieron cómodos: el Lord en una silla de respaldo alto con asiento tapizado y sus acompañantes en un banco de roble delante de él. Un criado les trajo tres copas de plata llenas de un vino picante y luego se retiró discretamente.

—Primero —pidió Alexander MacDonald—, dime cómo es el Rey, Nairn. He oído que es un hombre pequeño.

—Es de estatura mediana, pero de contextura fuerte.

—Es un hábil guerrero que combatió en Francia a las órdenes de Enrique V —aportó Fiona—. Aquel soberano en persona adiestró a Jacobo Estuardo en el arte de la guerra. Es experto en toda clase de armas, incluyendo la ballesta.

—¿La ballesta? —el Lord alzó una de sus oscuras cejas.

—Así es, milord y el Rey ha convertido en ley el que todos los hombres jóvenes deban aprender a usar esa arma para que Escocia pueda tener rápidamente un ejército como el inglés —dijo Fiona.

—Lo hizo de modo inteligente —notó el Lord— y no es mala idea en absoluto ¿Qué clase de hombre consideras que es, Nairn?

—Uno muy decidido, hermano. No es un debilucho irresoluto como lo fue su padre. Es un hombre tenaz y es probable que gobierne Escocia como jamás nadie lo ha hecho.

—¿Es como el viejo Albany, entonces?

—Muchos lo comparan con Robert de Bruce —dijo Fiona en voz baja—. Un excelente soldado, pero un mejor gobernante, en el sentido de que sabe naturalmente cómo gobernar.

Colin MacDonald asintió con la cabeza.

—¿Se lo puede comprar, como a Albany? —preguntó el Lord.

—No, hermano, no creo que se pueda. Es un hombre de honor, aunque tozudo, con un profundo sentido de la justicia.

—Me pregunto cómo es de tozudo.

—Está tan decidido a gobernar Escocia trayéndole paz y verdadera prosperidad —respondió Fiona— que ha decidido ejecutar a sus parientes más problemáticos. No terminará el año sin que el duque Murdoch y su familia hayan ido a encontrarse con cualquiera que sea el destino que les espera en el más allá.

—¿Cómo sabéis semejante cosa? —le preguntó el Lord, fascinado al oír una revelación tan íntima.

—Milord —dijo Fiona—, ya os dije que viví en palacio. Ni el Rey ni la Reina eran reservados acerca de sus intenciones en la privacidad de sus aposentos. Todos oíamos al Rey hablar sobre sus planes.

—¿Y nadie se lo advirtió al duque Murdoch? —preguntó el Lord de las Islas.

Fiona rió.

³⁰ Animal fabuloso, de medio cuerpo arriba águila, y de medio abajo león. (N. de la T.)

—No, milord. Nadie se atrevería a traicionar a este Rey por miedo a los disturbios civiles que eso provocaría y con mucho más miedo de lo que el Rey le haría al soplón. Además, quienes hemos servido a Sus Majestades queremos al Rey.

—¿Vos le juraríais lealtad al Rey, Fiona Hay?

—Ya lo he hecho, milord —le dijo ella con franqueza—. Como jefa de mi familia era mi deber hacerlo. Mis tierras, aunque pobres, han sido reconfirmadas como mías por el Rey. El laird de Loch Brae tiene en su poder las tierras de mi abuelo en la cañada, pero la montaña es mía.

—¿Creéis vos que yo debería jurarle lealtad a Jacobo Estuardo? —le preguntó astutamente Alexander MacDonald.

—Creo, milord, que vais a decidir por vos mismo y vais a hacer lo que creáis mejor para vuestro clan.

El Lord de las Islas rompió a reír.

—Nairn —le dijo a su hermano—, será mejor que te cuides de esta muchacha con quien estás tan decidido a casarte. Es mucho más lista que tú. Me alegra verte en tan buenas manos. Ella criará a tus hijos, controlará a tu madre, manejará tu casa y no te dejará hacer tonterías para que puedas seguir siéndome útil. Has hecho una buena elección, aunque guiado no por la cabeza sino por algo que está bastante más abajo.

—La he elegido con el corazón —dijo Colin MacDonald sin perder la calma. Se sentía complacido de que Fiona hubiera logrado toda la aprobación de su hermano y todavía más orgulloso de que fuera tan sincera con Alex acerca del rey Jacobo Estuardo.

—Llévala a vuestro aposento, hermano —dijo el Lord— y preparaos para celebrar esta noche el matrimonio.

Salieron del despacho privado del Lord. Nairn la guio con infalible familiaridad a través del castillo hasta unos aposentos privados que les habían preparado especialmente. Para deleite de Fiona, había una gran tina de roble en medio de la habitación delante de un fuego vivo. Nelly sonreía abiertamente.

—La pedí y la trajeron, miladi —dijo complacida.

—Tendrás que cepillar bien mi falda, aunque dudo que alguna vez lleguemos a quitarle todo el polvo —le dijo Fiona. Se volvió hacia Nairn—. Si hubiéramos traído el carro del equipaje, yo tendría un vestido decente para usar esta noche en la sala de vuestro hermano. —Suspiró—. Agradezca a Dios que vuestra cuñada no esté aquí, u os sentiríais verdaderamente avergonzado.

—¡Sí que tenéis un vestido decente, miladi! —alardeó Nelly—. El señor Colin sugirió que le embalara un vestido y sus joyas. El de damasco violeta fue el que me pareció que llegaría en mejor estado. Ya lo he colgado y prácticamente no tiene arrugas.

Fiona miró a Nairn.

—Muy inteligente por vuestra parte —dijo a modo de agradecimiento—. No voy a avergonzaros, milord. No en público.

Él asintió con la cabeza, diciendo con voz ronca:

—Ahora toma un baño, querida. Yo puedo lavarme cuando hayas terminado. Iré a pedir prestada una camisa limpia a mi hermano.

—Podrías bañaros conmigo —sugirió ella suavemente, sonriendo de un modo que era toda una invitación.

—Si lo hiciera, esta noche no apareceríamos por la sala —dijo él, con mirada provocativa. Luego se marchó, cerrando con firmeza la puerta de la habitación tras él.

—Él en verdad os ama —comentó Nelly.

—No lo digas —le dijo Fiona—. Si puedo hacer lo que el Rey me pide sin traicionar a Nairn ni a su familia me consideraré afortunada. ¿Crees que no veo el modo en que me mira? Ay, Nelly, si no hubiera sido tan obstinada, ahora estaría en Brae con mi Angus.

—No carguéis vos con toda la culpa, señora —le aconsejó Nelly en tono práctico—. El laird fue tan obstinado como vos. Mi tía Una decía que siempre ha sido un hombre difícil. El

principal culpable es él. —Mientras hablaba, ayudaba a Fiona a quitarse la ropa y a acomodarse en la gran tina de roble—. Quedaos en el agua un momento —le dijo a su señora—. Quiero ir a cepillar esta falda y a buscaros una camisa limpia.

Fiona asintió con la cabeza y cerró los ojos. El agua de la tina estaba verdadera y deliciosamente caliente. ¿Cuántos días se había bañado en las frías aguas de los lagos o en los helados arroyos de montaña? Esto era el paraíso. Suspiró feliz mientras dejaba que el calor le penetrara en el cuerpo. Tenía la impresión de que había transcurrido un siglo desde la última vez que se había sentido verdaderamente abrigada y le parecía que podía quedarse para siempre en esta agua caliente. Sin embargo, finalmente abrió los ojos y cogió el pequeño trapo y la diminuta pastilla de jabón que le había dejado Nelly. Se lavó la cara, atónita al ver la suciedad que se desprendía de ella.

Nelly volvió y luego de extender la camisa sobre la cama, lavó la larga cabellera negra de su señora y le restregó la espalda. Después sujetó con horquillas el cabello mojado de Fiona sobre su cabeza y la urgió a que terminara de bañarse. Cuando Fiona salió de la tina, Nelly la secó enérgicamente, la envolvió en la toalla y luego comenzó a secarle el cabello oscuro, escurriéndolo con la toalla y quitando el exceso de agua con el peine. Satisfecha por fin, la ayudó a ponerse una camisa limpia y la arropó en la cama.

—Ahora descansad un poco —la aconsejó—. Pondré la toalla a secarse junto al fuego para que después la use su excelencia.

Fiona no llegó a oír el final de la frase, pues se había dormido apenas acostarse. El buen vino con que les había convidado el Lord, el baño caliente, el calor del fuego, todo había conspirado para adormecerla. La despertó el sonido de un chapoteo y las risitas de Nelly.

—¡Ay milord, vos sí que sois terrible! —decía Nelly—. Ahora dejad de jugar y permitidme que os lave esa cabellera de fuego. Juraría que en ella hay suficiente tierra como para plantar coles.

—Es verdad —Fiona oyó decir a Colin MacDonald—. Le has robado a Roderick Dhu su corazón de piedra, pequeña Nelly. Recuerda mis palabras, te pedirá en matrimonio. Solo espero que no estés jugando con él.

—No estoy jugando en absoluto con ese gran buey severo, milord —protestó Nelly con vehemencia—. ¡Caramba, el hombre no me conoce!

—Sabe que tienes una sonrisa dulce y unos pechos bonitos —bromeó Nairn.

—¡Milord! —La voz indignada de Nelly podía despertar a los muertos—. Lo que decís es vergonzoso y yo no aceptaría a ningún hombre que no me cortejara como es debido. ¡No soy una muchacha del tipo «bésame rápido y vamos al grano»!

Nairn se reía a carcajadas, que de golpe se interrumpieron al vaciarle Nelly sobre la cabeza un pequeño cubo de agua limpia para enjuagarle el pelo. Desde su cama, Fiona los escuchaba riendo por lo bajo. Su conciencia estaba comenzando a atormentarla nuevamente. Si tan solo MacDonald de Nairn no fuese un hombre tan encantador... pero lo era. En un rato se uniría a él en matrimonio de prueba solo porque ella no soportaría una verdadera unión con él, pues cualquiera que fuese su destino y pese al hecho de que Angus Gordon iba a casarse con Elizabeth Williams para complacer al Rey y a la Reina, Fiona Hay amaba al laird de Loch Brae.

Nunca más volvería a ser suya y habría sido muy fácil aprovechar el amor de Colin MacDonald. Pero no lo haría. Odiaba la mentira en la que Jacobo Estuardo estaba forzándola a vivir y no podía agravarla casándose con este hombre en el nombre de Dios cuando sabía que un día podía tener que traicionarlo. El matrimonio a prueba iba a complacer a Nairn. A aquietar sus sospechas. *A darle un nombre y legitimidad al hijo de Angus Gordon, que ya crecía bajo su corazón* y a quien ella haría pasar por el primogénito de Nairn cuando finalmente anunciara su embarazo.

Capítulo 8

La Sala Principal del castillo de Islay era más grande que la de Brae, pero no tanto como la de Scone. Sin embargo era una gran sala, con dos señoriales chimeneas, tapices bellamente hilados sobre los muros de piedra gris y banderas de batalla hechas de seda colgando de las vigas talladas. El piso estaba bien despejado, pues, según explicó a Fiona el Lord de las Islas, a su esposa no le gustaban los juncos. Solo servían para animar a la gente a orinar en los rincones y a dejar allí sobras de comida que no quería y que a veces se comían los sabuesos. La mesa alta estaba puesta con un fino mantel blanco y candelabro de plata con velas de cera de abeja. El resto de los moradores del castillo comían en los caballetes de abajo.

La mesa principal estaba puesta para cinco. A Fiona se le había asignado el sitio de honor, junto al Lord de las Islas, a cuya izquierda estaba sentado Nairn. Este tenía a su izquierda al capitán de su hermano, Owen MacDonald, otro de los medio hermanos. A la derecha de Fiona había un sacerdote, a quien el Lord de las Islas presentó como el Padre Ninian.

—Recorre las tierras altas oficiando servicios religiosos para quienes viven en las regiones más alejadas —dijo Alexander MacDonald—. Tenemos la fortuna de verlo dos veces al año, a veces tres.

El sacerdote saludó a Fiona.

—Que Dios la bendiga, miladi.

—Gracias, Padre —respondió ella—. ¿Puedo confesarme?

—Por supuesto, hija mía —respondió él—, pero esta noche realmente preferiría officiar la ceremonia de vuestro matrimonio.

Fiona sacudió la cabeza.

—Nairn me ha raptado —dijo en voz baja—. Me uniré a él en un matrimonio de prueba para preservar mi buen nombre, pero debo hallar paz dentro de mi alma antes de poder presentarme junto a él en la iglesia delante de un sacerdote. Por favor, entiéndame, Padre.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Voy a orar por vosotros dos.

Fiona se volvió hacia su anfitrión.

—¿Y dónde están vuestros hijos, milord?

—Se han ido con su madre —respondió—. Le gusta tenerlos con ella.

—Milord —dijo el Padre Ninian interrumpiendo la conversación—, quisiera oír la confesión de la dama antes del matrimonio, no después. —Les dirigió una ligera sonrisa para atemperar el tono de reprimenda.

—Está bien —aceptó Alexander MacDonald—. ¡Es mejor que ella alivie su conciencia ahora, pues luego sus pecados podrían ser peores! —Le guiñó un ojo a su hermano—. ¿Eh, Nairn?

El sacerdote se puso de pie y Fiona lo siguió fuera de la sala. Él la condujo hasta la capilla y allí entraron en una pequeña sala privada.

—Ahora, hija mía —le dijo—, si quieres aliviar tu alma conmigo...

Fiona miró cuidadosamente a su alrededor. Luego de cerrar la puerta suavemente, sacó del bolsillo la moneda del Rey y se la entregó al sacerdote.

Su rostro no dejó traslucir la menor emoción mientras la examinaba meticulosamente, comparándola con su propia moneda, que era idéntica. Luego dijo en voz baja:

—¿Dónde has conseguido esto, hija mía?

—Me la dio Jacobo Estuardo en persona —contestó Fiona en voz aún más baja.

—Cuéntame tu historia —le respondió el Padre Ninian y seguidamente escuchó a la hermosa joven que tenía delante relatar su historia rápido y en pocas palabras. Cuando el relato llegó a su fin, el sacerdote dijo—: Ahora entiendo por qué no quieres unirse a Nairn a través del sacramento del matrimonio, pero sabes que el matrimonio de prueba es válido tanto para la ley civil como para la Iglesia, ¿verdad? Y seguramente concebirás un hijo, pues los MacDonald son prolíficos. ¿Qué hay acerca de un niño?

—Ya estoy embarazada —le contó Fiona, alzando la mano para pedirle silencio mientras se explicaba—. El niño no es de Nairn, aunque le haré creer que sí lo es por la seguridad de mi bebé. Si hubiese estado segura antes de marcharme de Scone no hubiera dejado que el Rey me forzara a esto, pero no lo estaba. Temía que si sangraba después de haberle dicho al Rey que estaba encinta, él hubiera creído que le había mentado para salirme con la mía y engañarlo. He aprendido, buen Padre, que no se puede confiar en las palabras de los poderosos. De no haber podido castigarme a mí, quizá hubiera castigado a mi Angus *el Negro*. —Una lágrima rodó por su mejilla—. No podía dejar que Angus Gordon sufriera por mi culpa.

El sacerdote asintió con la cabeza, sintiendo que se le entristecía el corazón. Tanto sufrimiento en nombre de la bendita Escocia. Pero un día, gracias a sacrificios como el de Fiona Hay, la tierra seguramente conocería la paz. Le devolvió la moneda.

—¿Necesitas que lleve algún recado, hija mía?

—Dígale al Rey que por ahora el Lord de las Islas se tomará un tiempo para determinar cómo está de decidido Jacobo Estuardo a gobernar *toda* Escocia. Por el momento, Alexander MacDonald permanecerá en paz en las tierras altas, pero aunque algunos de los clanes del norte y oeste pueden llegar a jurarle lealtad al Rey, la mayoría de los clanes esperará a ver qué va a hacer él. Esto lo he oído de su propia boca.

—Os prometo que el Rey recibirá muy pronto su mensaje. Había planeado quedarme algún tiempo aquí en Islay, pero pronto partiré. Nuestro amigo Drysdale, el calderero, pronto se marchará al sur a pasar el invierno. Él será quien llevará el recado que acabáis de darme. Ahora, para que no pueda acusárenos de engaño, os confesaréis conmigo.

—Pensé que ya lo había hecho —dijo Fiona suavemente.

El sacerdote pensó un momento y luego dijo:

—Claro, ya lo habéis hecho, hija mía, ya lo habéis hecho. Arrodillase para recibir la bendición.

—¿Cuál es mi penitencia? —le preguntó Fiona.

—En honor a vuestro matrimonio —dijo el Padre Ninian—, voy a absolveros de toda penitencia, Fiona Hay. Se os ha asignado un camino muy difícil de recorrer. —Alzó la mano para bendecir a la penitente.

Regresaron a la sala principal del castillo de Islay. Respetuosamente, los hombres del clan dejaron en claro que la novia les parecía muy hermosa. Llevaba puesto un vestido de damasco violeta de talle alto ajustado debajo de los pechos, sencillo escote redondo, falda muy amplia y largas mangas acampanadas forradas de gasa de un púrpura rojizo, entretejida con hilos de plata. Iba peinada con raya al medio y el pelo sujeto en una redecilla de plata. Pese a la insistencia de Nelly, había decidido no adornarse con joya alguna, salvo la insignia de su clan. Aparte de esta, todas sus joyas eran regalo de Angus Gordon. Aunque eran suyas, jamás volvería a usarlas. Algún día le contaría la verdad a su hijo y se las daría, pero ahora no se creía con derecho a llevar ninguna de ellas. Nairn estuvo de acuerdo con la decisión de no usarlas y prometió regalarle nuevas gemas.

En la sala de su hermano mayor, Colin MacDonald, de pie ante la mesa alta y en presencia del Lord de las Islas juró tomar como esposa a Fiona Hay en matrimonio a prueba. Al declarar Fiona que lo aceptaba como marido en esas condiciones se los consideró legalmente casados por el período de un año. Si al finalizar ese tiempo, cualquiera de ellos decidía no formalizar su unión dentro de la Iglesia, tenían la libertad de seguir cada uno su propio camino. Los hijos nacidos dentro del matrimonio a prueba eran considerados legítimos independientemente de que sus padres decidieran continuar o no casados. Este tipo de matrimonio debía formalizarse ante testigos, que en este caso eran todos los hombres presentes en la sala.

Se sirvió la comida: puerco asado, corzo, pasteles de carne de caza en salsa de vino tinto, anguilas estofadas, ostras crudas provenientes de las playas y aguas que rodeaban a Islay, un capón en limón y jengibre como cortesía hacia Fiona, varias truchas de mar grandes sobre colchón de berro, arenques en crema y vino dulce. Había pan recién horneado, potes de mantequilla sin sal y varias hormas de queso, además de cerveza y vino.

—¿Dónde están las verduras? —preguntó Fiona, ligeramente desconcertada por semejante abundancia—. No se ve un solo guisante, ni una remolacha, cebolla o zanahoria. ¿No tenéis lechugas?

—A los hombres no les gustan —dijo el Lord de las Islas—. La cocinera los preparará para miladí, si así lo deseáis. No se me ocurrió pedírselo esta noche a la cocinera, pero no faltarán durante el resto de vuestra estancia aquí, querida.

Fiona mordisqueó un trozo de pechuga de pollo y pan con mantequilla, acompañados de un buen vino. Observó, sin saber si asombrarse u horrorizarse, el modo en que los hombres devoraron toda la comida que tenían delante. Se le revolvió ligeramente el estómago ante la vista y los olores de tanta comida junta. Era demasiado sustanciosa. Solo el vino parecía calmarla.

Después de la comida, el gaitero del Lord de las Islas tocó para ellos. Enseguida se colocaron sobre el suelo de piedra de la sala cuatro espadas cruzadas. El Lord de las Islas y MacDonald de Nairn saltaron de la mesa alta para bailar entre las armas. A medida que la música se hacía más intensa y salvaje, Fiona advirtió que ambos hombres estaban compitiendo de verdad. Bailaban violenta y casi frenéticamente. La joven tenía la vista fija, fascinada, los ojos verdes brillantes de excitación mientras inclinada hacia delante contemplaba a los dos hermanos.

—Siempre ha sido así entre ellos —le dijo Owen MacDonald—. Son igual de buenos para esta danza.

—¿Quién ganará? —se preguntó ella en voz alta.

—A veces gana milord, otras veces vuestro esposo baila mejor que nuestro hermano mayor. No hay rencores. Es solo por diversión.

Vuestro esposo. Se sobresaltó ante esas dos palabras, pues para ella el matrimonio de prueba había sido solo nada más que un medio para proteger a su hijo. Sabía que de haber rechazado ella la ceremonia, Nairn la hubiese mantenido estrechamente vigilada. Este matrimonio temporal, en cambio, le daba una gran libertad. Ahora era considerada una MacDonald. Odiaba a Jacobo Estuardo por haberla puesto en esta situación, pero él no se había equivocado. El sacerdote y los demás espías jamás tendrían la ventaja de la intimidad que ella lograría. Sonrió con aire ausente, pensando en cómo se había negado a casarse con Nairn durante su última conversación con el Rey en la respuesta de este: que podía hacer lo que quisiera siempre y cuando le hiciera llegar la información que consiguiera.

—Mirad, señora —dijo Owen MacDonald—. Milord se está cansando. Esta noche quién ganará la competencia será vuestro esposo.

Y efectivamente, el Lord de las Islas se rindió ante su hermano Nairn, tomando sus propias espadas y apartándolas con una reverencia. Luego regresó a su sitio en la mesa alta y le extendió la mano a Fiona, diciendo:

—Venid, Fiona MacDonald, bailad con el novio. —La ayudó a bajar, entregándosela a su hermano de Nairn.

Un grito se alzó de entre los hombres presentes en la sala cuando los recién casados iniciaron el baile. Fiona se recogió la falda para ejecutar delicadamente los familiares pasos de la danza nupcial que toda muchacha de las tierras altas aprendía a muy temprana edad. Nunca había imaginado bailarla con otro que no fuera Angus Gordon. Por otra parte, su madre jamás la había bailado. Qué extraño, pensó, que ambas hubieran amado a un Gordon y hubieran sido obligadas a casarse con otro hombre.

Cogiéndola con fuerza de la cintura, él la levantó, haciéndola girar por la sala y volviendo a bajarla luego. Sin poder evitarlo, Fiona rompió a reír suspendida a la altura de ese atractivo rostro, mientras los hombres a su alrededor vitoreaban como locos. De un salto, algunos se acercaron a bailar junto a la pareja, de modo que la joven se encontró de repente con varios compañeros de baile. Bailó hasta no poder más y luego, jadeando, regresó a la mesa alta, donde un eficiente criado le puso una copa de vino helado en la mano. La cabeza le daba vueltas.

El ambiente de la sala estaba tornándose escandalosamente bullicioso.

—Lleva a tu esposa a descansar —le ordenó el Lord de las Islas a su hermano—. Los hombres ya están haciendo alboroto y empeorarán con el correr de la noche.

Nairn cogió la mano de su esposa y discretamente se escabulleron de la sala hacia sus aposentos. Allí ya los aguardaba Nelly.

—Ayuda a tu señora y vete enseguida —le ordenó él—. No regreses hasta que te mandemos llamar por la mañana.

La doncella asintió con la cabeza y él se metió en su propia habitación mientras Nelly ayudaba a Fiona con el vestido y la camisa y luego, mientras la joven permanecía sentada, le quitaba los zapatos y medias. Después le quitó la redecilla de plata del cabello.

—Hay un lavamanos lleno de agua caliente para que os lavéis, señora. Que Dios os conceda un buen descanso —le dijo, y se apresuró a salir de la habitación.

Fiona caminó sin prisa hacia el lavabo y con un trapo se lavó la cara y las manos. Luego se frotó los dientes con un poco de piedra pómez y menta molida que le había dejado Nelly y se enjuagó la boca con agua y vino. Con lentos ademanes empezó a peinar su cabellera, desatando los nudos hasta hacerla brillar al resplandor del fuego. Satisfecha al fin, usó el orinal y se metió en la cama, arropándose con el cubrecama. Ni se puso la camisa, pues ya sabía que él iba a quitársela.

Mientras esperaba a su esposo el corazón empezó a latirle más rápido. ¿Qué le ocurría? No era ninguna virgen para temer acostarse con un hombre. Su idilio con Angus Gordon había sido solo eso y Jacobo Estuardo le había quitado de las manos cualquier futuro que pudiera haber tenido con él, y se lo había entregado a MacDonald de Nairn.

Este era un hombre atractivo, admitió Fiona para sí. Tenía un enorme encanto, que había insistido en usar con ella. Aquella noche junto al lago cuando él la había acariciado, tocándola tan íntimamente —y ella había respondido— ardía en su memoria. ¿Cómo podía afirmar que amaba a Angus Gordon cuando el contacto de otro hombre despertaba en ella una pasión así? No debería sentir nada por Colin MacDonald. ¿Cómo podría servir al Rey si se enamoraba de su esposo?

Él entró en la habitación diciendo:

—Me bañé para ti, querida. Hasta usé jabón —agregó, orgulloso—. Huelo como una condenada flor.

—Prefiero una flor al hedor de los caballos —dijo ella e inmediatamente añadió—: No sabía que vos fuerais tan buen bailarín, milord. No os vi bailar en la Corte. Las mujeres os habrían adorado.

—Las damas me adoraban pese a mi aparente falta de gracias sociales —le dijo él en tono de mofa—. Las mujeres siempre me han adorado, Fiona mía.

—Y pueden continuar haciéndolo, por lo que a mí respecta —respondió ella maliciosamente.

Él rió entre dientes. Fiona era tan irritable... y a él le gustaba así. Nunca estaba seguro de qué podía esperar de ella y eso le parecía excitante. No se aferraba a él ni lloraba por su amor, aunque algún día lograría que lo amara, pero sería ella quien pondría las reglas, no él, de eso estaba seguro. No era una mujer débil, y eso era algo bueno.

—Ven aquí, querida —le dijo—. Tengo algo para mostrarte. —Abrió las puertas de un armario que había a un lado de la habitación.

Deslizándose fuera de la cama, Fiona se le acercó, observando mientras él abría de par en par las dos puertas. Entonces se quedó boquiabierta, conteniendo el aliento.

—¿Qué es eso? —susurró asombrada.

—Se llama espejo —respondió él.

—¡No es verdad! —exclamó Fiona—. ¿Acaso me tomáis por una idiota, milord? He visto antes un espejo. La Reina tiene uno que sostiene en la mano, enmarcado en plata. ¡Y este no es como aquel! Este es grande y, sin duda, mágico.

Él se quedó de pie delante del espejo.

—¿Qué ves, querida? —le preguntó—. ¿No es a Colin MacDonald a quien ves reflejado en este cristal?

Fiona entornó los ojos, esforzándose para ver. En verdad era él.

—Sí —dijo cautelosamente—. ¿Pero cómo puede ser? El Rey no tiene una cosa tan fina como seguramente es esto.

Él rió de buena gana.

—El Rey no es un MacDonald —replicó jactanciosamente.

—¿De verdad es un espejo? Sin duda debe de ser el espejo más grande que existe. —Estaba perpleja—. ¿De dónde lo han traído?

—Uno de los MacDonald sirvió a un rey en un lugar llamado Bizancio. Cuando su periodo de servicio terminó, le dijo a su señor que, si él podía llevar dos de estos espejos a Escocia, el mercenario MacDonald los aceptaría en vez de dinero en pago por sus diez años de servicios. El otro espejo está en los aposentos de Alexander. —Le extendió la mano—. Ven, querida, para que veas lo hermosa que eres. El espejo no te mentirá.

Lentamente, Fiona se acercó hasta pararse frente al espejo. Por primera vez en su vida se vio de cuerpo entero como la veían los demás. Clavó la mirada en el reflejo que le devolvía el espejo. El cálido resplandor del fuego de la chimenea y la luz vacilante de las velas le daban un tono dorado a su piel blanca como la leche. Fascinada, miraba fijamente su cuerpo y experimentó un ligero temblor cuando Colin se puso detrás de ella y sus manos se deslizaron hasta ahuecarse sobre los pechos redondos como globos. Anidaron en sus palmas como una pareja de palomas. Ella observaba, como hechizada, mientras el pulgar y el índice de cada mano jugaban con sus pezones, pellizcándolos ligeramente, estirándolos para que se irguiesen duros y puntiagudos. Sintió un leve mareo y entonces advirtió que estaba conteniendo el aliento. Lentamente aspiró una gran bocanada de aire para aclarar sus pensamientos. ¿Qué le estaba sucediendo?

—Esta es nuestra noche de bodas —le murmuró él al oído— y quisiera que para ti sea inolvidable. —Sentía sobre la oreja el aliento caliente de Colin mientras su lengua le hacía cosquillas dentro.

La hizo volverse para que sus cuerpos se tocaran. Instintivamente, Fiona le puso las palmas contra el pecho en un esfuerzo por mantenerlo lejos. El calor generado por la presión de las manos lo hizo sentirse casi mareado de deseo. El contacto entre los cuerpos era embriagador. Gimió de puro placer.

—¡Ah! —El sonido se le escapó antes de que ella pudiera detenerlo. ¡Madre de Dios! Sin duda debía tener alma de ramera para que este hombre la excitara tanto. De repente sintió ganas de llorar, pero se contuvo. Las lágrimas eran un lujo que no podía permitirse. Entonces todo el enojo que había venido acumulando durante las pasadas semanas la abrumó y comenzó a golpearlo en el pecho y los hombros con sus pequeños puños.

—No, querida, no, mi dulce niña —murmuró él, agarrándole las manos que besó para luego inmovilizárselas detrás de la espalda con una de las suyas, enormes. Con la otra mano empezó a acariciarla como se acaricia a un gatito, sabiendo que podría haberse pasado la noche simplemente tocándola, pero dándose cuenta de que hasta que la poseyera completamente, ella continuaría resistiéndosele.

—No luches contra mí, Fiona mía, pues sabes que mi intención es poseerte. Eres mi esposa, cariño, y te amo.

¡Maldita sea! ¡Con qué facilidad le decía esas palabras y sin siquiera estar obligado a hacerlo para poseerla! ¡Maldita sea! ¿Por qué no podía Angus Gordon haberle dicho esas mismas palabras? Luchaba contra Colin MacDonald, insultándolo con las palabras más soeces que conocía en gaélico, la lengua materna de ambos, que daba a sus maldiciones un tono aún más amenazante.

Otro hombre podría haberla golpeado, pero MacDonald de Nairn le cubrió suavemente la boca con una mano, reprendiéndola:

—¿Acaso quieres que todo el castillo te oiga, querida?

Fiona mordió la mano que le cubría la boca. Ahora fue él quien soltó un juramento, dándole una ligera bofetada, los ojos azules oscurecidos de enojo; al verlo empezó a quedarse quieta por fin. Este hombre tan grandote podía matarla si quisiera ¿y entonces? Entonces indudablemente no le serviría para nada al Rey.

—Silencio ahora, Fiona mía —dijo él suavemente, mientras su enojo iba cediendo—. Escúchame, querida, porque no quiero hacerte daño. Soy un hombre grande en todos los aspectos. No quiero lastimarte. Debes quedarte quieta. Déjame amarte. Verás que puedo darte un inmenso placer, aunque tú también me lo vas a dar.

Otra vez la hizo volverse, rodeándole el torso con una mano, apretándola contra su cuerpo firme. Apartó con las manos la masa de cabello para poder besarle la nuca. La fragancia del pelo recién lavado lo excitó aún más. Una de sus manos se deslizó vagando a lo largo de su cuerpo, acariciando la piel suave. Introdujo suavemente un dedo entre sus labios de abajo, hallando sin vacilar la perla de su sexo.

Fiona no podía apartar los ojos del gran espejo. Estaba hipnotizada por la visión de este hombre haciéndole el amor. Sin poder evitarlo dejó caer la cabeza contra el hombro de él. Los suspiros escapaban de sus labios ante el dulce placer que él le provocaba. Sentía la fuerte presión de su miembro contra la carne de las nalgas y sin poder contenerse pegó sus caderas contra las de él, que ya ardían.

—Ahora me perteneces —le susurró él al oído, la voz pastosa.

—Yo no le pertenezco a ningún hombre —logró decir ella entre jadeos—. No seré vuestra, ni tampoco de Angus Gordon. ¡No seré propiedad de *hombre alguno*!

Riendo suavemente, él la besó en la boca crispada.

—¡Os odio! —protestó, furiosa.

—¡Shh, mi niñita! —le dijo él en voz baja.

Una vez más la hizo volverse hacia él y cogiéndole las nalgas en las palmas ahuecadas, la levantó hasta penetrarla con su vara del amor. Luego, para asombro de la joven, se volvió en dirección al espejo para que ella pudiese ver cómo la penetraba.

La abrumaba la sensación de tenerlo dentro, era casi demasiado. Él la llenaba tan completamente que sentía el cuerpo estirado de un modo insoportable. Con su miembro totalmente enfundado en ella, él se inclinó para besarla en los labios, esparciendo luego delicados besos por su rostro y cuello y susurrándole cuánto la adoraba. En ese momento el cuerpo de ella pareció ensancharse para recibirlo.

Colin MacDonald sabía dar placer a una mujer. Pese a la resistencia de la joven, le provocó un deleite extremo. Con la sutileza de sus movimientos persuadió a Fiona para que dejara de resistir sus gestos de ternura. Muy a su pesar, el cuerpo de la joven respondía. El enorme miembro se hundía cada vez más, explorando el suave interior de ese cuerpo que parecía estar

derritiéndose. Las recias embestidas de sus caderas eran cada vez más fuertes y rápidas. Ella sentía los párpados pesados, a punto de cerrarse. Dejó vagar su mirada hacia el gran espejo que los reflejaba. De no haberse sentido tan intrigada, se hubiera desvanecido ante la visión de sus cuerpos trabados en amoroso combate.

Fiona se aferraba a él, envolviéndole la cintura con las piernas, las manos crispadas alrededor del cuello macizo mientras él la llevaba al clímax. Luego salió de ella, todavía duro y lleno de deseo y arrastró una mesita ante el espejo. La hizo encorvarse, las palmas apoyadas sobre la superficie de roble de la mesa. Luego la sostuvo de las caderas y volvió a deslizarse lentamente dentro de ella. La muchacha no podía apartar los ojos mientras él empujaba avanzando y retrocediendo dentro de su cuerpo; se sentía hechizada, casi fuera de MI propio cuerpo mientras observaba el cautivador cuadro vivo que se reflejaba en el melifluo cristal. Un fuego dulce como la miel se derramó a través de ella, encima de ella, y un estremecimiento la recorrió cuando su palpitante miembro la inundó con sus jugos de amor.

Con el cuerpo cubierto de sudor y el corazón palpitándole salvajemente, encantada, observó mientras él retiraba su virilidad del campo de batalla. Atrayéndola a sus brazos, la besó apasionadamente una y otra vez hasta que a ella le flaquearon las rodillas; entonces la levantó, dejándola sobre la cama. Retiró la mesa de delante del armario y cerró las puertas, ocultando el espejo.

—Ese cristal es un objeto perverso —logró articular Fiona mientras la cama cedía bajo su peso—. No podía quitar los ojos de él.

Estaba mitad aturdida, mitad escandalizada, no solo por el cuadro erótico que acababa de presenciar, sino por haber sentido verdadero placer, profundo placer con este hombre. La había raptado. Era prácticamente un extraño, pese a haberse convertido en su esposo en matrimonio de prueba. Angus tenía razón: era una descarada. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo. No mostraría ningún signo de debilidad ante Colin MacDonald.

Él la miró con curiosidad.

—¿Has disfrutado del espectáculo, amor? ¿Te ha gustado ver nuestros cuerpos trabados en ese tierno combate de pasión?

—Sí —respondió ella, dándose cuenta de que eso solo le había añadido emoción a su lujurioso combate—. El vernos fue... embriagador, como un vino sustancioso. No creo que yo debiera desear beber de ese vino todo el tiempo, ¿y vos, mi señor semental?

—Te embriagaste bastante con tu lujuria —bromeó él, inclinándose para besarle los labios—. Parecías una perra en celo, querida, y realmente te sentí mía, pues no te guardaste nada.

Aunque indignada ante esas palabras, enseguida se dio cuenta de que él tenía razón. La visión de la cópula reflejada en el espejo la había fascinado de tal manera que no había opuesto la menor resistencia.

—No me resistí, milord, es cierto. Pero ¿cómo podría haber opuesto resistencia alguna, si vos sois más grande y fuerte que yo? —replicó ella, fingiendo inocencia.

Él rompió a reír.

—He estado con demasiadas mujeres, querida, como para no saber cuándo una se va de la realidad mientras estoy haciéndole el amor.

Ella se sentó, mirándolo furiosa.

—¿Esperabais que le declarase mi amor eterno a un hombre que me secuestró, separándome de aquel a quien amo? ¡Cuando termine el año, Colin MacDonald, no esperéis verme junto a vos delante del sacerdote! ¡No lo haré!

—Dentro de un año vas a amarme —dijo él en tono burlón—. Llorarás por mi amor, Fiona mía. ¡Te lo juro! —Luego empezó a besarla otra vez, mientras ella se resistía enojada, como aquella noche en que pensó que él quería violarla. Presa de la furia descargó sobre él puñetazos, le arañó la espalda, pero Nairn se limitó a reírse de ella. La inmovilizó debajo de él, sofocando todos sus intentos de agredirlo. En unos instantes, pese a los esfuerzos de ella, el enojo había cedido

paso nuevamente a una tórrida pasión. Hicieron el amor varias veces más antes de que amaneciera sobre Islay.

Se quedaron varios días en la isla. Cada noche el espejo reflejó sus deseos desenfrenados antes de que Nairn lo cerrara. Lo orientó en dirección a la cama para que ella pudiera verlos a ambos compartiendo su sensualidad entre las sábanas revueltas. Fiona permaneció tan embelesada como el primer día por el gran espejo. Colin MacDonald le había contado a su hermano, para vergüenza de Fiona, cómo ella disfrutaba del espejo. Nunca había sido mujer que hablara de esas cosas, ni siquiera con los más íntimos.



Habían estado juntos más de un mes. Ella cada vez tenía más apetito y él lo notó de inmediato:

—Mi semilla ha prendido en tu vientre, querida —le dijo, complacido—. Desde que te tomé no has sangrado nunca. ¿No te das cuenta de que estás esperando un niño?

—No estaba segura —respondió ella—, pues nunca he estado embarazada.

Nelly dio un grito ahogado, el rostro pálido por la sorpresa. Fiona se volvió hacia ella.

—¡Señora! —fue todo lo que pudo articular la chica.

—Dejadnos solas —le ordenó Fiona a su marido—. Debo calmar a la pobre Nelly, ya que obviamente la noticia la ha dejado estupefacta.

Cuando Nairn hubo salido y Fiona se aseguró de que se había ido de sus aposentos, llevó a Nelly a la pequeña habitación donde esta dormía. Su voz era apenas un susurro cuando le dijo:

—¡El niño no es suyo, Nelly! ¿Me comprendes? Si hubiese estado segura, me habría negado a la petición del Rey, pero no lo estaba. No me atreví a rechazar una petición real con riesgo de enterarme luego de que no estaba embarazada. ¿Y si el Rey se hubiera vengado de mí en la persona de mi Angus *el Negro*? No podía arriesgarme a eso. ¿Entiendes?

—¿Y qué pasará si el señor de Nairn se entera? —preguntó Nelly, con voz temblorosa.

—¿Y cómo se enteraría? —dijo Fiona desdeñosamente—. Si el bebé nace con cabello oscuro, él simplemente pensará que salió a mí. Nairn cree que porque Angus *el Negro* estuvo dos años conmigo y no engendró un hijo en mi vientre, su semilla es débil. Debes mantener el secreto, Nelly.

Nelly estaba recuperándose.

—Lo sé —dijo—. Pero ¿qué hay de los demás bebés que él engendre en vos, miladi?

—Con un poco de suerte, para cuando nazca este bebé, seremos libres para escapar de Nairn y regresar a nuestro hogar. El Rey dijo *un año* —murmuró Fiona, casi para sí—. ¿Ya te sientes mejor?

—Sí —respondió Nelly—, pero me habéis dado un buen susto. ¿Por qué no me lo habíais dicho antes?

—Porque quería que ese gran patán de Nairn llegara por sí mismo a la conclusión antes de yo decir una palabra —respondió Fiona—. Tú viste lo complacido que estaba. Seguramente ya habrá ido a vanagloriarse ante su hermano de su hazaña.

—Así son todos estos MacDonald. Roderick Dhu se pasa el día hablándome de las bondades de su miembro y diciéndome que si yo dijera tan solo una palabra, sería solo para mí. —Soltó una risita y sus trenzas color zanahoria rebotaron haciéndose eco de su alegría—. Le he dicho a ese grandísimo bobo que soy una buena muchacha y que no le daré mi perla a cualquier hombre, sino solo al que se case conmigo. Eso lo ahuyenta, os lo aseguro. Oh, les gusta pasarlo bien con las muchachas, miladi, pero una menciona la palabra matrimonio y huyen. Todos, excepto vuestro esposo. Desde el primer momento dijo que quería casarse con vos, y lo hizo.

—Es solo un matrimonio de prueba, Nelly. Dentro de un año habrá terminado —dijo Fiona—. Si no puedo tener a mi Angus *el Negro*, no quiero marido alguno.

Una mañana gris se marcharon de Islay, cruzando a Jura sobre un mar picado. Alexander MacDonald los acompañó, pues quería cazar ciervos en Jura. Se despidió afectuosamente de su cuñada.

—Me alegra —le dijo Fiona—, que vayáis a preservar la paz, señor y hermano mío. Es para mí un consuelo ahora que sé que voy a darle un heredero a mi señor. La guerra, en mi opinión, es tan cruel con las mujeres y los niños como lo es con los hombres que luchan en las batallas. —Lo besó en la mejilla.

—Lo único que he dicho es que me tomaría un tiempo, mi querida —le recordó el Lord de las Islas—. Veremos qué nos trae la primavera.

—He oído decir al Rey que el año próximo convocaría a los clanes del norte a Inverness —le recordó ella—. ¿No podéis vos pensarlo hasta entonces, señor y hermano mío? Si Jacobo Estuardo no está desafiándoos, ¿por qué habríais de desafiarlo a él? —«¡Hombres!», pensó ella. Eran muy infantiles, aún en la madurez. Esta guerra tácita entre el Rey y MacDonald de las Islas le recordaba más que a ninguna otra cosa a esas competencias entre dos chavales para ver quién puede orinar más lejos. Era una ridiculez.

—Si vuestro Rey preserva la paz hasta que nos encontremos en Inverness, entonces yo trataré de hacer lo mismo. Pero recordad, querida mía, que alguno de los clanes podría jurarle lealtad a Jacobo Estuardo antes de la reunión en Inverness y luego declararme la guerra. Si eso sucediera, no puedo abstenerme de reaccionar solo porque ese clan sea aliado de vuestro Rey. Los atacaré con todo el poder de que disponga.

—Como debería ser —respondió Fiona—. Una conducta tan cobarde merece el más severo de los castigos, hermano y señor mío.

—Cuida de tu flamante esposa, Nairn. Es una muchacha lista y harías bien en pedirle consejo en tiempos difíciles y en asuntos de otra índole también. —Luego se despidió del padre Ninian, quien viajaría con Colin MacDonald parte del trayecto hacia el norte antes de dirigirse rumbo al sur—. Que Dios os acompañe, buen padre, hasta que volvamos a vernos —dijo el Lord de las Islas.

—Que el amor de Dios brille sobre vos y los suyos, milord —respondió el sacerdote—. Os veré en la primavera, Dios mediante.

Liona se alejó cabalgando junto al sacerdote, gesto que ganó la aprobación de su esposo, que lo interpretó como deferencia hacia el clérigo.

—¿Lo oísteis? —murmuró ella, a lo cual él asintió con un afable movimiento de la cabeza.

—Me encargaré de que *él* se entere —le respondió suavemente. Luego le preguntó—: ¿Vuestro esposo os ha hablado sobre su madre, señora?

Fiona sacudió la cabeza:

—No, ¿entonces aún vive?

—Sustentada por su propio veneno —dijo el sacerdote con mordacidad—. Tiene una lengua perversa y una mente maligna. No le agrada vuestra llegada a Nairn. Lo considera suyo y ha vivido allí toda su vida. Pregúntele a vuestro marido acerca de ella, miladi —le aconsejó.

Fiona asintió con la cabeza, adelantando su caballo capón para alcanzar a Colin MacDonald. Este le sonrió cuando ella se le puso a la par. Fiona no pudo evitar devolverle la sonrisa, pues, pese a todo, él le gustaba.

—Me habéis hablado sobre vuestro padre, milord, pero ¿qué hay de vuestra madre?

Su atractivo rostro se ensombreció por un instante.

—Es una mujer dura, querida, que no alberga generosidad alguna —le dijo con franqueza—. Mi padre se enamoró de lo que él tomó por un espíritu salvaje. Ella era un desafío, alguien a quien domar, pero ¡ay de él! se equivocó.

Fiona alzó una ceja mirándolo inquisitivamente.

—¿De tal palo tal astilla? —le preguntó en tono de broma y él rió.

—Tú no eres como mi madre —se apresuró a asegurarle—. Mi madre siempre fue, según mi padre, una mujer mezquina. Es una de esas pobres almas que sienten celos del resto del mundo. No importa lo que tenga, nunca es suficiente. La envidia la corroe. Estaba comprometida con un primo suyo, pues al morir su hermano se había convertido en la heredera de Nairn. Entonces mi padre pasó por la comarca, deteniéndose para honrar la hospitalidad de mi abuelo. Mi madre, según me han contado, flirteó con él hasta que no pudo resistirse a la obvia invitación. Se quedó allí todo el verano hasta entrado el otoño para cazar urogallos con mi abuelo.

El anciano sabía lo que estaba ocurriendo pero no podía controlar a su hija. Mi abuelo también sabía que al final MacDonald la abandonaría para regresar a Islay, que fue precisamente lo que sucedió. Para entonces el vientre de mi madre ya había crecido mucho. Su primo abjuró de su promesa de matrimonio, pero ella lo despidió riendo, pues creía a mi padre tan enamorado de ella como para llevarla con él a Islay. Por supuesto que no la llevó. No iba a avergonzar a su esposa llevándole a su amante. Ninguna mujer de buena familia se opone a que su esposo tenga pequeñas distracciones, siempre y cuando él no las lleve ante sus ojos ni lleguen a sus oídos rumores de su existencia.

Cuando yo nací, ella ni me miró. Yo tengo su color de pelo, como te habrás imaginado, pero aparte de eso soy MacDonald. No quiso amamantarme y mi abuelo se vio obligado a recurrir a la esposa de un granjero para que fuera mi nodriza y yo no muriera. Él avisó a mi padre y MacDonald envió como regalo seis copas de plata con su escudo de armas y una docena de monedas de oro. También había un pergamino firmado por mi padre ante un sacerdote en el que reconocía su paternidad. Como mi madre no me puso nombre, él lo hizo.

—¿Ella no le puso nombre? —Fiona estaba pasmada.

—Cada mañana mi nodriza me llevaba a la habitación de mi madre para que ella me viera. No me miraba ni me hablaba. Finalmente, cuando yo tenía más de dos años y ya caminaba, me llevaron ante ella por la mañana y, como de costumbre, volvió la cara hacia otro lado. Yo estaba tan desesperado por su atención que le di un puntapié en la espinilla. Solo entonces me miró por primera vez. Dijo «Digno hijo de su padre» y nada más, pero después de ese día, cuando me llevaban ante ella me miraba. Cuando tenía cuatro o cinco años le pregunté un día por qué no me hablaba. «Porque —me respondió— no tengo nada que decirle al hijo de Donald MacDonald» y luego calló nuevamente.

Mi abuelo era un hombre tranquilo y amable. Fue él quien me crió durante mis primeros años, junto con mi niñera. Él fue quien me dio amor. Me enseñó a montar y los principios de la esgrima —recordó Nairn con una sonrisa—. De vez en cuando mi padre venía a verme cuando estaba en la comarca. Fue él quien convenció a mi abuelo de saltarse a mi madre en la línea de sucesión y legarme Nairn a mí. Me encantaba cuando venía mi padre, pues era un hombre grandote, franco, de pecho fuerte y una risa que para un muchachito sonaba como un trueno. Cuando me hice hombre ya no parecía tan grande.

Cuando yo tenía seis años me preguntó si estaría dispuesto a marcharme de Nairn por un tiempo para vivir con él en Islay. Dijo que tendría hermanos y hermanas con quienes jugar. Una abuela que era una princesa, que me querría mucho. Tuve que separarme de mi abuelo, pero todos los veranos regresaba de Islay para quedarme con él durante tres meses. ¡Qué bien lo pasábamos entonces! Cuando él murió hace siete años, Nairns Craig pasó a ser mío.

—¿Su madre nunca se casó? —preguntó Fiona, curiosa.

—Jamás encontró un hombre a su medida y ningún hombre estaba dispuesto a tener en su casa a una mujer tan desagradable. Podría causar un caos entre los ángeles. Cuando yo regresé para quedarme, ella pensó en continuar con nuestra relación como había sido en mi niñez, pero rápidamente le quité esa idea de la cabeza. Le dije que como el amo de Nairn no toleraría tonterías. Ella vendría a mi mesa cada mañana y conversaríamos. Para mí sorpresa, accedió.

—No está precisamente llenándome de confianza con respecto a vuestra madre —dijo Fiona en tono preocupado—. ¿Me dará la bienvenida como vuestra esposa, milord?

—No tiene opción —le respondió él—. Tú eres ahora la señora del castillo de Nairns Craig. Mi madre debe aceptarte o voy a echarla. Tú llevas en el vientre a mi hijo, Fiona mía. *A mi heredero*. No permitiré que te moleste y si lo intentara terminará en un convento para acabar sus días en oración, comiendo pescado salado y pan negro. Debes saber que tendrá celos de ti, pues eres joven, hermosa y yo me he casado contigo.

Cuando se detuvieron para pasar la noche, Fiona le contó a Nelly lo que el MacDonald de Nairn había dicho sobre su madre.

—Tendré que comportarme como la señora del castillo mientras estemos allí, Nelly. No podemos permitir que esta mujer nos intimide ni que descubra nuestro verdadero propósito.

—Pareciera ser, miladí, que por ahora vuestro único propósito va a ser que el bebé esté cómodo y seguro. No es probable que cuando el invierno se instale en las tierras altas llegue a vuestras manos u oídos información importante. El bebé llegará en primavera y después de eso quizá seamos libres de marcharnos a casa —dijo Nelly esperanzada.

—¿Qué estáis susurrando vosotras dos? —preguntó Nairn acercándose.

Fiona rió.

—Roderick Dhu quiere cortejar a mi Nelly y la muchacha está pidiéndome consejo, milord.

—¿Y qué estás aconsejándole, querida?

—Ella dice que debo golpearlo en las orejas y decirle que cuide sus modales —le dijo Nelly vivazmente.

Colin MacDonald rió entre dientes.

—Lo tendrás de, lame del sacerdote antes de que ese pobre hombre sepa qué le ha sucedido —bromeó él—. Ahora vete y dirígelo al pobre muchacho una palabra amable mientras yo arropo a mi dulce esposa en nuestra cama. —Tirando juguetonamente de una de las trenzas de la chica, hizo que la bonita doncella se diera la media vuelta para marcharse entre risitas.

—Pronto la tendréis comiendo de vuestra mano, milord —le dijo Fiona, con una sonrisita insinuándose en sus labios.

Él le había preparado una cama con ramas de pino, sobre las cuales había echado un gran trozo de piel. Cuando ella se acostó vestida con una camisa y envuelta en su capa, la cubrió cuidadosamente con otra piel.

—No quiero que cojas un resfriado, querida, no en tu estado. Y nada de nadar en lagos, pues ahora están demasiado fríos. No vas a morirte por no tomar un baño hasta que lleguemos a Nairn.

—Sí, milord —contestó ella dócilmente mientras él se acostaba a su lado, encima del manto de piel y envuelto en su propia capa—. ¿No vais a meteros en la cama?

—No durante el viaje, Fiona mía. No quiero lastimarte. Cuando tengamos una cama blanda, entonces jugaremos por un tiempo mientras tu vientre no esté demasiado grande y te incomode. —Volviéndole la espalda, se quedó dormido sin esfuerzo.

Ella estaba asombrada y se sentía más que un poco culpable. Él verdaderamente deseaba un hijo. Ojalá el niño no fuera el vivo retrato de su padre, pero si lo fuera ¿acaso Colin MacDonald lo advertiría?, se preguntó. Era reconfortante saber que su hijo estaría a salvo con este hombre. Nelly tenía razón. Era improbable que en los próximos meses obtuviera información alguna que le resultara útil al Rey. Lo mejor sería que se instalara en su nueva casa y diera a luz a su hijo. Si MacDonald se mantuviera en paz con Jacobo Estuardo, entonces todo estaría bien. Se ocuparía del futuro cuando este llegara. No tendría que preocuparse hasta el otoño del año siguiente. Justo cuando el matrimonio de prueba llegara a su fin surgirían en el horizonte problemas que debería afrontar.

Les llevó poco más de dos semanas, viajando por tierra desde Islay, llegar al castillo de Nairns Craig, cerca de Inverness. Se erguía en la cima de un risco escarpado y alto y tenía dos torres rectangulares y una Sala Principal, comunicadas por elevados muros de piedra oscura. La única vía de acceso era un estrecho camino que llegaba hasta la pared del risco. Una angosta

franja de tierra sobre el lado más alejado del castillo ofrecía una vista de altas murallas totalmente desprovistas de aberturas y con un bosque a sus pies.

—Este castillo nunca ha sido tomado —dijo Colin MacDonald orgullosamente.

—Os aseguro que entiendo por qué, milord —replicó Fiona secamente.

Él detuvo su semental un momento.

—Estás a punto de entrar a mi hogar, *a tu hogar* —le dijo—. Eres mi esposa, Fiona mía. ¿Crees que puedas llamarme por mi nombre? Como un pequeño presente, señora mía.

—Sí, Colly, te llamaré por tu nombre en la privacidad de nuestro hogar, pero en público no te deshonraré llamándote de otro modo que no sea *milord*. ¿Te parece bien así, Colly?

Él le tomó la mano y se la besó.

—Sí —fue todo cuanto dijo, pero la sonrisa le iluminó los ojos.

Ella le devolvió la sonrisa, maldiciendo en su interior a Jacobo Estuardo. ¿Se daría cuenta de los estragos que estaba causando su pasión por gobernar Escocia? ¿Y Angus Gordon? ¿Qué habría pensado al enterarse de su desaparición? ¿La extrañaría? ¿Le importaría de verdad, o acaso aquella chica inglesa ya habría cautivado su corazón? Respiró profundamente, ahuyentando con decisión todas esas preguntas y su tristeza.

Las puertas del castillo se abrieron para recibir a su dueño. Fiona notó que ambas estaban enmarcadas de hierro y al alzar la vista vio el rastrillo listo para ser bajado en caso de peligro. Al entrar al patio se detuvieron y Nairn la ayudó a apearse del caballo, dejándola suavemente sobre sus pies un momento para luego darle un ligero beso en la boca.

—Bienvenida a Nairns Craig —dijo. Cogiéndola en brazos con un rápido ademán, se volvió para llevarla así a la cima de la escalinata que conducía a la entrada del castillo.

Pero antes de que alcanzaran a subir más de unos cuantos peldaños, apareció una mujer en la cima de la escalera. Era menuda y bien formada, aunque de mirada autoritaria.

—Conque has regresado, Colin MacDonald —dijo fríamente— y veo que has traído contigo a tu última ramera. Ella no va a entrar en *mi* casa. ¿Por qué no hospedas a la chavala en las caballerizas con él resto de los animales? —Tenía los brazos cruzados sobre el pecho delgado.

Fiona vio crisparse varias veces un pequeño músculo cerca del ojo de Nairn, aunque este permaneció en silencio por un momento. En cambio, siguió subiendo la escalinata con ella en brazos, empujando a su antagonista al pasar junto a ella y bajó a Fiona una vez ya dentro del vestíbulo del castillo. Cuando la mujercita giró abruptamente abriendo la boca para protestar, Nairn rugió:

—¡Ni una palabra más, señora! *Esta es mi esposa*. ¿Cuándo he traído mis rameras a este lugar u os he avergonzado a vos con una conducta disoluta?

—¿*Tu esposa*? —La mujer, obviamente su madre, Moire Rose, estaba estupefacta—. ¿Quién es esta muchacha? ¿Dónde la has conocido? ¿Dónde os habéis casado? ¡Exijo que me respondas en este instante, Colin MacDonald!

—Mi esposa es Fiona Hay, jefa de los Hays de la Montaña —comenzó—. Nos conocimos en la Corte. Nos casaron en Islay en el palacio de mi hermano. Como mi esposa, Fiona es ahora el ama de Nairn, señora. La trataréis con el debido respeto.

—Supongo que está esperando un niño —dijo su madre con mordacidad.

—Así es —respondió Nairn orgullosamente—. ¿Acaso dudabais vos de que yo pudiera engendrar en ella un hijo inmediatamente, señora?

—No, jamás lo dudaría —dijo ella con amargura—. Excepto por tu color, eres todo un MacDonald, digno hijo de tu padre, desde tu estatura a tu excitable y prolífico miembro. —Se volvió hacia Fiona, diciendo sarcásticamente—. No serás la primera muchacha en darle un hijo, ¿sabes?

—Pero sí seré la primera en darle un hijo legítimo —replicó Fiona tranquilamente. Sintió un repentino deseo de proteger a su marido temporal de esta maliciosa arpía y su lengua venenosa. Miró fijamente a los ojos a la mujer mayor, con expresión helada y firme.

Moire Rose abrió la boca pero las palabras se negaron a salir.

—¡Válgame Dios —exclamó Nairn—, no puedo creer lo que ven mis ojos! En toda mi vida no había visto a alguien dejarla sin palabras, señora. Ahora dadme las llaves del castillo, pues a partir de este momento le pertenecen a Fiona.

Arrancándoselas bruscamente de su cintura, Moire Roise arrojó las llaves a sus pies desde la entrada. Colin MacDonald las levantó y se las entregó a Fiona.

—Haré que la servidumbre se reúna para que conozcan a su nueva ama —le dijo. Cogiéndola del brazo la condujo hasta la pequeña sala familiar donde ardía un alegre fuego.

—El sacerdote tenía razón —dijo Fiona lentamente—. El padre Ninian comentó que tu madre se alimenta de su propio veneno y que su lengua y mente están llenas de malicia. Pensé que era un comentario duro, pero ahora que la conozco veo que dijo la pura verdad. Lamento que nos haya dejado para dirigirse más hacia el sur. En este momento me vendrían muy bien sus consejos.

—Jamás permitas que esa mujer vea en ti un atisbo de debilidad, querida —le advirtió él—. Recuerda que tu esposo es el señor de Nairns Craig y que tú eres la señora del castillo. Es tu palabra y no la de ella la que se obedecerá en esta casa. —Luego le preguntó—: Sabes cómo manejar una casa, ¿no es verdad, Fiona mía?

Fiona rió mientras se acomodaba en una silla junto al fuego.

—Has esperado demasiado para preguntarlo ¿no crees, milord? Sí, quédate tranquilo. Sé bien cómo manejar una casa. No olvides que fui yo quien críe a mis hermanas. Aunque en Brae había un ama de llaves, siempre observé a la señora Una para estar preparada cuando la responsabilidad fuese mía.

—Es un alivio saber que la casa de Angus Gordon no se verá tan afectada debido a tu ausencia.

—No me provoques, Colly —le dijo ella en voz baja—. Angus Gordon me amaba y yo a él. Algún día puede venir a golpear a tu puerta pidiéndome que regrese. Podría marcharme con él.

—Sobre mi cadáver —respondió él en tono agresivo.

Ella rió.

—No me tientes. Estás en deuda conmigo por el modo en que me maltrataste, Colin MacDonald, pero aún puedo perdonarte, esposo mío. —Luego agregó—: Creo que lo mejor será que no le contemos a tu madre la verdad sobre el cortejo. Bien podría avisar en Brae para librarse de mí. Lo más probable es que Angus no me aceptara nuevamente, pero la situación daría lugar a la lucha por tu honor. No me gustaría que eso ocurriese.

—Ni a mí —le respondió él francamente—. Pero si yo fuera él, sí te querría de regreso. Y eso, Fiona mía, también provocaría una situación peligrosa.

—Entonces estamos de acuerdo, Colly, en que permaneceremos en paz por el bien de todos.

Él asintió con la cabeza.

—No quiero pelear contigo, querida.

Fiona volvió a reír.

—Lo sé —le respondió jocosamente—, tu objetivo siempre ha estado muy claro, milord.

—Te he extrañado estas últimas noches —murmuró él, arrodillándose a su lado, cogiéndole la mano y besándole la palma vuelta hacia arriba.

—¡Ay, qué vergüenza, milord! —lo regañó ella—. No me meterás en tu cama antes de alimentarme. ¡Estoy hambrienta después de nuestra cabalgata de hoy!

—¡Entonces, señora, por Dios que serás bien alimentada, primero por mi cocinera y luego por mis pasiones! —gritó él, incorporándose de un salto y llamando a voces a la servidumbre.

Capítulo 10

Tras una ausencia de poco más de un mes, el *laird* de Loch Brae regresó a la Corte los últimos días de octubre, luego de haber escoltado a la prima de la Reina desde York. El viaje había sido lento, pues la señorita Williams era una criatura delicada y solo podía soportar las sacudidas del carruaje unas pocas horas al día. Aunque cabalgaba, no lo hacía bien y prefería no montar el manso palafrén que le pertenecía. Todos los días iniciaban la marcha a media mañana. Eso hizo que el viaje se volviera tedioso y Angus Gordon se alegró de llegar a Scone. Por la mañana, decidió, partiría para Brae al encuentro de su descarada muchacha. Amaba a Fiona. Iba a decírselo. Cuanto antes se celebrara el matrimonio, más feliz se sentiría él.

El mayordomo de palacio recibió al grupo que desmontó en el patio.

—Acompañaré a la señorita Williams a ver a su majestad la Reina —dijo—. El Rey ha pedido verlo tan pronto como vos llegais, milord. He aquí a su paje personal, quien os escoltará ante él.

Angus se despidió cortésmente de la joven muchacha que había sido su compañera a lo largo de las últimas semanas.

—Espero que estéis contenta con la Reina, vuestra prima, señorita Beth—le dijo.

—Gracias, milord. Vos hicisteis que el viaje me resultara agradable y fácil. Viajar no es algo que me guste especialmente. ¿Volveré a veros?

—No lo creo, señorita Beth. Partiré para Brae por la mañana. —Le besó la mano.

Elizabeth Williams siguió al mayordomo de palacio.

—Adiós, entonces, milord —respondió.

—Te sigo, muchacho —dijo el *laird* al paje. Angus siguió al chaval, quien lo condujo al despacho privado del Rey, haciéndolo pasar y cerrando la puerta detrás de él.

—¡Milord! —exclamó Angus, inclinándose ante Jacobo Estuardo, quien estaba sentado frente al fuego.

—Sírvete un poco de vino, Angus —dijo el Rey en tono jovial—, y luego ven y cuéntame sobre el viaje.

El *laird* siguió las instrucciones y cuando se hubo sentado frente al Rey dijo:

—Fue un viaje tranquilo, Señor. La joven estaba esperándome en el convento de Saint Frideswide en York. La única dificultad fue que no soporta bien los viajes y fue necesario hacer el trayecto lentamente. En este momento está con la Reina.

—Bien, bien —aprobó el Rey—. Yo estaba al tanto de que no le gusta viajar y por eso te envié a ti, Angus. Sabía que tú tendrías paciencia con Beth. Es una muchacha dulce, ¿no es verdad?

—Sí —respondió lacónicamente el *laird*.

—Será una buena esposa para cualquier hombre —insistió el Rey.

—Sí —fue la forzada respuesta del *laird*, quien agregó con una sonrisa—: Entonces, mi Señor, he cumplido con su mandato y por la mañana partiré para Brae. Mi muchacha estará esperándome. Pienso pasar a buscar al sacerdote de la Abadía de Glenkirk para que nos case. Haremos un banquete de bodas. Nunca lo admitiré ante mi hermana Jan, pues eso le daría

demasiado poder sobre mí, pero ella tenía razón en que debería haberme casado con mi muchacha después de haber estado juntos por primera vez, en vez de esperar tanto tiempo.

Por un instante el Rey se sintió abrumado por un sentimiento de culpa, pero valientemente lo reprimió.

—Angus, viejo amigo —comenzó—, ha sucedido algo terrible. Fiona ha sido secuestrada en el camino de regreso a vuestro hogar de Brae. No hallamos rastro alguno de ella. Ni siquiera sabemos quién se la llevó —continuó explicándole al aturdido laúd. Cuando hubo terminado, dijo en un tono lleno de compasión—: Lo lamento mucho, Angus Gordon. Si quieres puedo darte en matrimonio a la prima de la Reina, pero sé que querrás un tiempo para recuperarte de esta tragedia.

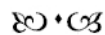
Angus Gordon estaba como paralizado por el impacto de la noticia, pero no tanto como para no rechazar rápidamente el aparentemente generoso ofrecimiento del Rey.

—Señor, a decir verdad, la señorita Williams es linda y ciertamente dulce y obediente, pero es la mujer más aburrida que he conocido jamás, Dios es mi testigo. Os lo agradezco, pero no me casaré con ella. Debo regresar a Brae y buscar a mi muchacha, pues si ella no puede ser mi esposa, no quiero ninguna otra. El nuestro no iba a ser un matrimonio por conveniencia, ni uno en el que se intercambian tierras. Yo la amo. Para mí no existe otra. —Tras beber de un trago el resto del vino, se puso de pie.

El Rey también se levantó. Apoyó una mano en el hombro del *laird*.

—Ve y descansa, Angus. Mi paje te acompañará a una habitación confortable, pues los aposentos que compartías con Fiona ya se han vaciado. Ven a verme por la mañana, antes de partir.

Cuando el *laird* hubo salido, el Rey se sirvió otra copa de vino tinto y volvió a sentarse frente al fuego. Lentamente hizo girar la copa entre sus palmas. Angus Gordon no debía emprender la búsqueda de Fiona Hay. Siempre estaba presente el riesgo de que accidentalmente diera con algo. Existía también la posibilidad de que pudiera recordar el interés de MacDonald de Nairn en Fiona y entonces fuera hasta Nairn, donde sin duda estaba viviendo ella. Con toda certeza, se produciría un altercado. Sin importar quién resultara vencedor, Jacobo Estuardo perdería. No. Angus Gordon no podía buscar a su amada. Ella estaba demostrando ser de invaluable ayuda, tal como había previsto el Rey. El día anterior había recibido su primer parte, asegurándole que el Lord de las Islas aún no tenía la intención de jurarle lealtad, pero que tampoco provocaría una confrontación. El invierno transcurriría en paz. Jacobo Estuardo tendría que encontrar otra misión que encomendarle a Angus Gordon para mantenerlo lejos de las tierras altas si también quería que Fiona Hay permaneciera allí. El Rey se vio abocado a resolver el problema.



Por la mañana, luego del alba, el *laird* de Loch Brae regresó al despacho privado del Rey para despedirse, pero este le dijo:

—No puedo dejarte marchar aún, Angus. Necesito a alguien de mi absoluta confianza para que vaya a Inglaterra a comprobar que a los rehenes se los está tratando bien. Voy a enviar a Atholl y él quiere que seas tú quien lo acompañe; También harás los arreglos con objeto de que los ingleses espejen un poco más para recibir el primer pago por mi manutención.

—¡Milord! He estado fuera de casa durante demasiado tiempo. ¡Mi muchacha está perdida y debo encontrarla! He cumplido con vuestro mandato y mientras lo hacía, he perdido a Fiona. ¡Os ruego que no me pidáis más! —No había dormido en toda la noche pensando en Fiona. ¿Quién se la había llevado y por qué? ¿Estaría viva todavía? ¡Tenía que saberlo!

—Angus, te necesito —volvió a decir el Rey—. ¡Organizaré otra búsqueda de la señorita Hay, lo juro! Pero si no vas con Atholl, no sabré la verdad. Uno de sus hijos se ofreció como rehén. Sé

que lo hizo para demostrar la lealtad de su familia hacia mí. Seguramente a su regreso Atholl se quejará ante mí para obtener un mejor trato para los rehenes, a quienes por propia experiencia sé que los ingleses tratan bien. Si tú estás allí para servir de testigo, no tendré que molestarlos con las quejas de Atholl. También es importante que los ingleses esperen para recibir su primer pago. Estamos viendo que resulta difícil conseguir el dinero necesario y mantener mi gobierno. Si haces esto por mí te nombraré conde de Brae —prometió el Rey astutamente.

—Debo encontrar a mi muchacha —repitió el *laird* obstinadamente.

—Vamos a encontrarla, Angus —le aseguró el Rey en tono tranquilizador—, pero ¿estás realmente seguro de que la quieres de regreso? La secuestraron hace más de un mes y si todavía está viva, quién sabe qué puede haberle ocurrido a la pobre. Sus captores eran obviamente los peores bandidos de las tierras altas y pueden no haberla tratado bien. Me temo que vivimos en un mundo cruel.

—*Quiero recuperar a mi muchacha* —repitió una vez más el *laird*— y voy a encontrarla, Señor. En algún lugar alguien tiene que haber visto algo.

—Angus, Angus, no me obligues a hacer esto —le pidió el Rey—. Si no vas a Inglaterra por propia voluntad tendré que ordenártelo.

El *laird* estaba sorprendido.

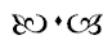
—¿Haríais vos eso?

—Sí —respondió el Rey—. Debo reinar sobre toda Escocia o no reinaré en absoluto, Angus. Buscaremos otra vez a Fiona Hay, pero mientras lo hacemos, tú irás a Inglaterra a mi servicio. Atholl parte dentro de una semana. Eso te dará tiempo para ir a casa a Brae y contarle a tu familia lo que ha sucedido. Luego debes regresar, Angus. Si intentas desafiarme os declararé traidores a ti y a toda tu familia. Incluso a mi primo Hamish Estuardo. Mientras has estado de viaje ejecuté al duque Murdoch y a sus hijos. Aunque eran de mi propia sangre, constituían un peligro para Escocia por su desmedida ambición. Ahora yacen en sus tumbas, Angus Gordon, porque yo no solo tendré el título de Rey, sino que lo ejerceré. ¿Lo entiendes?

El *laird* asintió con la cabeza. Extrañamente, sí que lo entendía, pero eso no le ayudaba a aceptar la desaparición de su Fiona.

—Partiré para Brae ahora mismo —dijo— y regresaré en cinco días, Señor. Voy a aceptar vuestro ofrecimiento de buscar a Fiona Hay, pues si no está muerta, entonces sin importar lo que haya sucedido, se convertirá en mi esposa. Amo a mi muchacha. —Poniéndose de pie hizo una reverencia y salió del despacho privado del Rey.

Jacobo Estuardo sintió que sus hombros comenzaban a relajarse aún antes de que la puerta terminara de cerrarse tras el *laird* de Loch Brae. Había estado cerca. Nunca había estado completamente seguro de que su amigo no lo desafiaría arriesgándose a ser acusado de traición por amor Fiona Hay. Se alegraba de que no lo hubiera hecho.



Aunque tenía la sensación de que lo espiaban, el *laird* de Loch Brae no levantó la vista. En cambio montó en su caballo y atravesó las puertas del palacio de Scone, saliendo al camino que finalmente lo llevaría hasta Brae. Hacía poco más de un mes Fiona había tomado este mismo camino. ¿Quién había secuestrado a su descarada chica y por qué? Que él recordara, la joven no tenía enemigos que pudieran haber hecho semejante cosa. Quizá simplemente había sido, como todo el mundo parecía creer, la obra de un oportunista, pero si lo fuera, ¿por qué no se había hallado rastro de Fiona, de Nelly ni del carro del equipaje?

¡Qué grandísimo idiota obstinado había sido! Ni una sola vez le había dicho a Fiona que la amaba, aún después de que ella le había demostrado su amor. Cómo debía haberla herido eso, y sin que él hubiese tenido jamás la intención de lastimarla. Su hermana Janet siempre le había dicho que era un consentido que siempre quería salirse con la suya. Él siempre lo había negado,

creyendo que tales cualidades la describían a ella, no a él. Ahora se daba cuenta de que tal vez su hermana tenía razón.

No lamentaba haber tomado a Fiona Hay como concubina a cambio de permitirle conservar el ganado que ella le había robado. Pero luego de algunos meses debería haberse casado con la chica. Sospechaba que siempre había estado enamorado de ella, desde el momento en que con tanta dignidad y gracia lo había hecho pasar a la torre semiderruida que le servía de hogar. Ella era su igual en todo y él siempre lo había sabido.

Pero nunca se lo había dicho a la joven. En cambio había jugado cruelmente con ella: provocándola, avergonzándola delante de toda Escocia y simulando que ella no le importaba, cuando la verdad del asunto era que le importaba muchísimo. Ahora la había perdido y Fiona no sabía que él la amaba. La amaba sobre todas las mujeres. Siempre la había amado, aunque jamás lo hubiese admitido. ¿Acaso ella había advertido los sentimientos que él no podía, o no quería, expresar? Las mujeres solían intuir esas cosas. Quizá por eso había sido tan paciente con él.

Tenía que encontrarla, decirle que la amaba, y que solo a ella la quería por esposa. Se daba cuenta de que el Rey estaba enviándolo lejos porque pensaba que no había esperanzas de encontrarla y quería distraerlo. ¡Pero había esperanzas! Fiona estaba en algún lugar. ¡Estaba viva y fuera lo que fuese que hubiera ocurrido, él la quería de regreso! Y en este asunto, más que en ningún otro, Angus Gordon estaba decidido a salirse con la suya.

Llegó a Brae tras cabalgar casi sin descanso un día y medio e inmediatamente envió a alguien a Greymoor por su hermana y cuñado. Jeannie Hay estaba en el castillo cuando él lleco y lo sorprendió que a Jamie ya no le irritara tanto la presencia de la chica, pero ahora Jeannie se comportaba de un modo casi recatado, lo cual sí que era un cambio. Cuando llegaron Janet y Hamish los reunió a todos y les contó lo sucedido.

—No hay rastros de ella en ninguna parte —concluyó.

—¿Pero quién secuestraría a Fiona? —preguntó Janet.

—Yo creo que lo que querían era el carro. Si los hombres del Rey la hubiesen guiado para salir de la cañada de Gorm, podría haber llegado a Brae sana y salva, pero escaparon cobardemente, dejándola a merced de los bandidos.

—Pero estos no la mataron —dijo pensativamente Hamish Estuardo—. No se encontró su cuerpo, ni el de Nelly, ni tampoco rastros de tumbas, ¿verdad? Aquí hay gato encerrado, Angus —concluyó su cuñado.

—Sí, yo también lo creo —coincidió Angus Gordon—, pero a fe mía que no puedo imaginarme de qué puede, tratarse todo esto. El Rey me ofreció a la joven prima de la Reiría, una dulzura de muchacha, en compensación por mi pérdida, pero por supuesto le dije que no. Beth es dulce, ¡pero por Dios, qué chica más aburrida!

—Vamos a organizar nuestra propia búsqueda —decidió Hamish Estuardo.

—Yo debo regresar a Scone —dijo el *laird*—. Voy a irme a Inglaterra con Atholl por un asunto del Rey. No quería ir, pero el Rey insistió, incluso me lo ordenó y me amenazó con declarar desleal a la familia entera si yo no cooperaba. Yo creo que lo que busca es distraer mi atención de los problemas. A mi regreso va a nombrarme conde de Brae.

—¿De veras? —dijo Hamish Estuardo pensativamente—. Yo diría que el Rey está intentando comprar tu cooperación, Angus. Sé que cuando eras un muchacho le serviste en Inglaterra, pero no le ha ofrecido un título a ninguno de los otros que estuvieron con él. Todo esto me resulta muy curioso —concluyó.

—No receles de un título de conde —dijo ásperamente Janet Gordon Estuardo—. Angus Gordon, conde de Brae. ¡Dios mío! ¿No suena distinguido?

—Suena muy elegante —convino su marido—. Demasiado para lo que hizo Angus, Jan. Cuéntame de nuevo lo que sabes sobre el rapto de Fiona, Angus. Dijiste que sucedió en la cañada de Gorm.

El *laird* repasó cuidadosamente la historia que el Rey le había contado, pensando en los detalles, repitiéndola casi palabra por palabra.

—A mí me parece que pese a su inexperiencia, los hombres del Rey huyeron demasiado rápido —hizo notar Hamish Estuardo—. ¿A qué imaginas que se debió eso? ¿Por qué a ninguno de ellos se le ocurrió guiar al caballo de Fiona para que ella pudiera seguirlos? Un incidente muy curioso, Angus.

—¿Qué quieres decir, Hamish Estuardo? —inquirió su esposa.

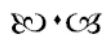
—Que quizá el rapto de Fiona Hay haya sido planeado —respondió él.

—¡Hamish, eres un tonto que ve fantasmas donde no los hay! —replicó Janet—. ¿Qué motivo podría tener el Rey de Escocia para hacer semejante cosa? Ni Fiona ni Angus son importantes para él. No sé de dónde sacas esas ideas. —Se volvió hacia su hermano—. El Rey te ha recompensado por tu lealtad y amistad. No le des más vueltas, Conde. ¡Ay, estoy tan orgullosa de ti, Angus Gordon y sé que nuestro padre también lo estaría. ¡Un condado para Brae! ¿Quién hubiera imaginado que una cosa así podía ocurrir alguna vez! —Lo besó en la mejilla y se sorbió ruidosamente, los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Pero dónde está mi hermana? —inquirió Jeannie Hay, volviendo de repente a ser la de antes—. Tú la amas, Angus. ¿Te conformarás simplemente con que desapareciera?

—El Rey ha prometido enviar otra partida para que busque a mi muchacha —dijo el *laird*—. Si está viva, no la dejaré pase lo que pase Jeannie. En verdad la amo.

—Nosotros también la buscaremos mientras Angus esté en Inglaterra, muchachita —dijo Hamish Estuardo. No estaba satisfecho con la respuesta simplista que su esposa le había dado a su hermano mayor. Él era un Estuardo y como tal sabía lo complicada que podía ser la mente de sus familiares. Sin embargo, por nada del mundo conseguía imaginar por qué el Rey habría de separar a Angus y a Fiona. ¿Qué motivo podía llegar a tener para hacerlo?



Angus Gordon no se sentía cómodo de regreso en Brae. Todos los lugares donde iba le recordaban a Fiona Hay. Desesperado, tomó un día su caballo y se fue hasta la montaña Hay. La torre se veía sombría y desierta, pues sus hombres se habían marchado hacía meses. A los cuñados de Fiona se los había hecho entender que la montaña Hay y su torre le pertenecían a la joven. Al entrar al vestíbulo de la casa recordó la boda que había tenido lugar allí aquella mañana tanto tiempo atrás. Casi podía ver a Fiona de pie, arrogante, con el tartán de los Hay cruzado sobre el pecho entonces flaco y la insignia de jefa del clan reluciendo sobre el hombro. Qué orgullosa se había sentido, casando bien a Elsbeth y a Margery, sabiendo que había asegurado el futuro de sus cinco hermanas y que había cumplido con su deber, tal como le había prometido a su madre agonizante cuando era apenas una niña.

—Estás viva, muchachita —dijo suavemente—. Puedo sentirlo. Eres demasiado fuerte como para haber desaparecido de la faz de la tierra. Vamos a encontrarte Fiona Hay. Ya te encontré una vez. Lo haré de nuevo. No tengo ninguna intención de perderte para siempre.

Luego Angus Gordon cabalgó montaña abajo de regreso a Brae. Llamó a Hamish para que compartieran una copa de vino.

—Vas a buscarla, ¿verdad? —le preguntó.

Hamish asintió con la cabeza. —Lo haré. Puede que la explicación de Jan sea la verdad, pero soy un hombre cauto y un tanto desconfiado, particularmente de otro Estuardo. Somos una familia astuta, Angus.

—Aprecio tu ayuda, Hamish. Ella está ahí fuera, en algún sitio. ¡Lo sé!

—Creo que bien puedes tener razón —concordó Hamish—. Sin embargo tengo curiosidad de saber el porqué, aunque supongo que nunca lo sabremos a menos que el Rey lo sepa y esté dispuesto a contárnoslo.

Angus Gordon se marchó de Brae al día siguiente y regresó a Scone. Si bien no podía buscar él mismo a Fiona, sabía que Hamish lo haría, pues lo único que este adoraba más que un enigma era resolverlo y este asunto sí que era un misterio. Y dos días después de su regreso a Scone se fue de allí, cabalgando hacia el sur con el conde de Atholl y una pequeña partida de hombres rumbo a Inglaterra.

Atholl había cambiado y al *laird* se le ocurrió algo de lo más entraño: que quizá el Conde realmente le temiera al Rey. Recordaba a este último diciendo que Walter Estuardo le tenía tanto miedo que Atholl había ofrecido a su propio hijo como rehén para que el Soberano creyera en su lealtad. Se puso a escuchar a los hombres que cabalgaban junto a él. Todos ellos cuchicheaban acerca de cómo el Rey había llevado a juicio a su primo el duque Murdocly dos de los hijos y al suegro de este, el anciano conde de Lennox. De que el otro Walter Estuardo, el hijo del duque Murdoch, fue el primero en ser arrestado. Luego, durante una sesión del Parlamento en Perth, lo fueron también el duque Murdoch y Alexander, el hijo que le seguía a Walter; los condes de Angus, Douglas y March; Lindsay de Glenesk, Hepburn de Hailes y algunos otros Lores de alto rango, incluyendo los condestables de Escocia y Dundee, lord Stewart de Rosyth y el Estuardo Rojo de Dundonald³¹, todos los cuales aún estaban en prisión. Se los acusaba de haber sido aliados de la familia del duque de Murdoch.

El menor de los hijos del duque Murdoch había escapado hacia el oeste. Regresó con un grupo de partidarios para incendiar Dumbarton³² y asesinar al Estuardo Rojo que había sido liberado de prisión por su sobrino³³. Los hombres del Rey los persiguieron y el joven se vio obligado a huir hacia Irlanda. Murdoch y sus otros hijos, junto con su suegro, el octogenario conde de Lennox fueron juzgados y condenados por el cargo de alta traición. El duque Roberto estaba fuera del alcance de su sobrino el Rey, de modo que este se vengó de él en la persona de sus primos, a quienes hizo ejecutar. El resto de los nobles acusados de delitos fueron juzgados. La mayoría fueron multados o perdieron sus tierras, que el Rey confiscó. Algunos permanecían por el momento en prisión. La intención del Rey era aterrorizar a quienes intentaran malograr sus esfuerzos por reinar, pero su venganza era mezquina. Aunque la nobleza estaba asustada, también estaba llena de resentimiento hacia este joven monarca tan violento.

—Tiene que ser fuerte después de la anarquía que ha devastado al país —les decía Angus Gordon a sus compañeros, defendiendo al Rey.

—Fuerte sí —dijo Atholl—, pero no es un delito mostrar compasión, milord de Brae. Jacobo no alberga piedad alguna en su corazón. Quiere reinar, aún si para ello tuviera que matarnos a todos. Mientras vos no estuvisteis en la Corte, uno de sus primos Estuardo golpeó a un paje en la sala del rey, a la vista de este. Jacobo Estuardo ordenó que el bellaco fuera llevado ante él. Hizo que extendiera la mano sobre la mesa alta y que el paje agredido se quedara de pie, listo para cumplir órdenes, con un afilado cuchillo justo sobre la muñeca de aquel desgraciado. Estuvieron allí durante una hora, mientras nuestra dulce Reina, sus damas y el clero presente imploraban misericordia para este primo Estuardo. Hasta el joven paje lo perdonó por haberlo golpeado. Finalmente, el Rey se ablandó, pero expulsó a su primo de la Corte y de su presencia. Este es un hombre que será Rey a cualquier precio, milord de Brae. Haríais bien en cuidaros de él.

—Vos conocéis bien la naturaleza de los escoceses, milord —le respondió el *laird*—. Sabéis que el Rey debe ser más fuerte que cualquier otro hombre si pretende mantener el control sobre su propio reino. No somos un pueblo fácil y en el pasado demasiados de nuestros gobernantes han sido de voluntad débil, irresolutos, sin escrúpulos ni principios, o corruptos. Este Rey no es así. Su amor por la justicia es mayor que el de cualquier hombre que yo haya conocido jamás,

³¹ John the 'Red' Stewart (literalmente «el Estuardo Rojo»). Hijo ilegítimo de Roberto II, abuelo del rey Jacobo I Estuardo. (N. de la T.)

³² Castillo real de Dumbarton, situado sobre el peñón homónimo, la más antigua fortaleza de Gran Bretaña. (N. de la T.)

³³ El rey Jacobo Estuardo. (N. de la T.)

milord de Atholl. Con el tiempo, cuando las cosas se vuelvan más fáciles de manejar, Jacobo Estuardo se volverá menos severo con nosotros. Por ahora, yo confiaría en él.

—Mi sobrino es afortunado de tener vuestra amistad, Angus Gordon —dijo el conde de Atholl—, pero aún así haríais bien en tomar en cuenta mi consejo y no confiar tanto en él. No pongáis su confianza en ningún principito, milord. El poder cambia a los hombres, llevándolos a convertirse en algo muy diferente de lo que alguna vez fueron.

—Os agradezco vuestros consejos, milord —dijo el *laird*—, pero seguiré creyendo en el Rey. Hasta ahora jamás me ha defraudado y a menos que lo haga sería un mal súbdito si no creyera en él.

Walter Estuardo, conde de Atholl, no habló más de aquel tema con el *laird* de Loch Brae. Quizá Jacobo Estuardo nunca se volviera contra su viejo amigo de la infancia. Pero tal vez lo hiciera. El Rey era un hombre que no tenía problemas de conciencia cuando se trataba de conseguir sus objetivos respecto a Escocia. Atholl miró el horizonte, a las colinas tras las cuales estaba Inglaterra. Tenían asuntos importantes en que pensar y él volvería a ver a su hijo. Por ahora eso era lo único en lo que podía concentrarse. Escocia estaba en buenas manos, aún cuando su sobrino estaba demostrando ser más fuerte y duro de lo que ninguno de ellos había previsto. Escocia sobreviviría y hasta podía ser que prosperara bajo el reinado de Jacobo Estuardo.

Tercera Parte

ESCOCIA

Invierno de 1425, Verano de 1430

Capítulo 11

La tradición celta estaba muy arraigada en las tierras altas. El segundo día de febrero las hogueras ardían en la ladera de la colina en medio de una tormenta de nieve. Era Imbolc —el tiempo en que las ovejas criaban, indicando que se acercaba la parición—, una festividad tradicional en el mundo celta que celebraba la llegada de días más largos y luminosos, de la primavera que eventualmente legaría, pese al frío, la nieve y la lóbreguez que los rodeaba ahora.

Nairns Craig se erguía alto y oscuro sobre su risco. Los carámbanos pendían precariamente del alero del castillo. A diario había que quitar con pala la nieve de los tejados para evitar que se viniera abajo. Los dos pozos de agua que abastecían al castillo estaban congelados. Había que romper el hielo todos los días. Como la señora del castillo, Fiona estaba ocupada curando los sabañones de sirvientes y soldados, administrando medicinas para la tos y el resfriado. Fue un invierno crudo. El peor del que se tenía memoria.

La cama parecía ser el único lugar en que conseguía entrar en calor. Esperaba con ansias el final del día, cuando hacía la ronda alegremente para asegurarse de que todos los fuegos estuviesen bien cubiertos y no fueran peligrosos. Luego se apresuraba a ir al dormitorio principal que compartía con Colin MacDonald. La gran cama con armazón de roble con sus pesadas colgaduras tejidas en casa que los protegían de las corrientes de aire, era su refugio. Tenía un gran colchón de plumas, sábanas con perfume a lavanda y un buen edredón. Había también un magnífico cubrecama de piel de zorro rojo el cual era una verdadera bendición en noches de nevadas. Y por supuesto, estaba Nairn.

En realidad nada de esto era culpa de él. La idea de raptarla jamás se le hubiera ocurrido a él. ¿No había dicho el Rey que él lo había provocado deliberadamente para que lo hiciera? En los meses que había pasado a su lado, Fiona había llegado a conocer muy bien a Colin MacDonald. No había en él mezquindad alguna. Era un hombre grandote, cariñoso y encantador y, cielo santo, la amaba. Sentía una gran admiración por la lealtad que él tenía hacia su clan, hacia su hermano mayor el Lord de las Islas. Había en él una honestidad que en cierta forma la conmovía. Y su actitud hacia él se estaba suavizando. No podía evitarlo.

No podía decirse lo mismo de su madre, Moire Rose. Esta no era una mujer celosa de la flamante esposa de su hijo. Parecía que a Moire Rose le desagradaba su hijo casi tanto como a este le desagradaba ella. No. La anciana sencillamente no quería compartir la autoridad que ella había ejercido sobre Nairns Craig durante la mayor parte de su vida.

En cuanto a los criados, el tener una nueva y sonriente señora no les desagradaba en absoluto. Fiona enseguida dejó bien claro que no toleraría la desobediencia ni el robo, pero su lengua no lastimaba a los criados hasta hacerlos llorar, ni tampoco castigaba los errores involuntarios con una paliza en las nalgas desnudas hasta hacer sangrar y suplicar misericordia al pobre desgraciado. La joven era amable y paciente.

—Si no eres dura —le advirtió Moire Rose a Fiona—, la servidumbre te robará. Si no usas el látigo, no sacarás lo mejor de ellos.

—Todo lo que hayan hecho por vos, señora, ha sido por miedo —respondió Fiona serenamente—. Yo siempre he sido justa con mis sirvientes y jamás me han defraudado por su

comportamiento ni por su trabajo. La bondad no es un defecto. Yo también puedo despedir a un mal sirviente.

Moire Rose se retiró a sus aposentos con su criada personal, una arpía apergaminada llamada Beathag, que alguna vez había sido su ama de cría. En las ocasiones en que se aventuraba a salir, la servidumbre la evitaba y también a Beathag, pues la vieja era tan difícil como su señora.

—Dicen que Beathag sabe echar mal de ojo —le confió Nelly a su señora—. Es sabido que practica la magia negra, miladi.

—Más le vale que no la practique en mi casa —dijo Fiona en tono severo.

La noche de Imbolc, Fiona se dio un baño rápido en su tina de roble, temblando al salir del agua, mientras Nelly le frotaba enérgicamente el cuerpo con una toalla. Nairn entró y con una palabra amable despidió a la doncella. Luego, tomando el cepillo para el pelo de su esposa, comenzó a pasárselo por la espesa cabellera negra. Cuando hubo terminado, Fiona se hizo una trenza y se metió a la cama. Se les había vuelto un hábito hacer esto cada noche. Nairn se desvistió, se dio un baño en la tina y se secó rápidamente pues hacía un frío glacial. Se metió junto a ella en la cama y corrió las cortinas del lateral, pero no las de los pies para poder ver el fuego y disfrutar de su calor.

—Por primera vez desde que tengo memoria, Nairns Craig parece un hogar —le dijo él—. Los sirvientes están más contentos y al parecer trabajan mejor. El cocinero está haciendo comidas mucho mejores que las que solíamos comer. ¿Por qué, Fiona mía? —Se sentó a medias, con las mullidas almohadas debajo de la espalda ancha, Fiona entre sus piernas, donde él pudiera acariciarla a gusto.

—Todos están contentos —le dijo ella— y eso hace más agradable el ambiente de la casa. Los sirvientes ya no están asustados. En cuanto a tus comidas, yo le indico al cocinero qué preparar. Hasta le he enseñado a hacer algunos platos nuevos y a usar las especias que él había escondido. No tiene nada de mágico, milord. Me complace que haya notado los cambios y que lo satisfagan.

El le besó la cabeza morena al tiempo que con sus grandes manos le acariciaba el vientre, que había empezado a abultarse por el niño que crecía en su interior. Sobre los blancos pechos se insinuaban tenues venas azules. Apoyó las manos sobre la carne redondeada y sintió que el bebé reaccionaba ante el contacto.

—Será un niño hermoso —le dijo Colin, complacido—. Yo mismo le enseñaré a montar y a usar la claymore. Y tú, querida, debes enseñarle buenos modales para que deje una buena impresión de sí mismo y de su clan cuando visite el castillo de su tío.

Liona rió suavemente. Durante los meses pasados, pensó, su carácter se había suavizado. Le alegraba que Colin no dudase de que el bebé fuera suyo. Iba a ser bueno con ese niño y hasta que ella pudiera regresar al sur con su pequeño, este hombre sería un buen padre.

—Entonces estás seguro de que es un muchachito, milord —se burló ella.

—¡Claro que sí! —fue la entusiasta respuesta—. Lo llamaremos Alastair, por mi hermano, el Lord. Le pediré a Alexander que sea el padrino del niño, Liona mía. A mi muchachito no le vendrá mal que lo apadrine alguien poderoso.

Alastair. Era la variante celta de Alexander. No había pensado en un nombre para este niño. Por cierto que no podía llamarlo como su verdadero padre, Angus Gordon, ni tampoco lo llamaría como su *propio* padre.

—Alastair Jacobo MacDonald —completó ella—. Como tu hermano, pero también como el Rey. Un día el Lord de las Islas tendrá que jurarle lealtad a Jacobo Estuardo, lo quiera o no. Yo le pondría a nuestro muchachito los nombres de estos dos grandes hombres, Colly. ¿Estás de acuerdo?

—¡Claro, querida! Alastair Jacobo... me gusta. Espero que tenga el cabello negro como el tuyo, que me encanta. No le desearía mi pelo color de fuego. —Rió por lo bajo. Deslizó sus manos hacia arriba para rodearle los pechos.

—Y puede tener tus ojos azules, Colly —añadió ella, plegándose a un juego que en realidad no era tal—. Ay, mis pezones están muy sensibles.

—Y tú estás tan condenablemente seductora como una de nuestras antiguas diosas de la fertilidad —le susurró él al oído, la punta de la lengua haciéndole cosquillas provocativamente y soplando suavemente sobre la superficie húmeda. Haciéndola volverse de lado, él se movió detrás de ella.

—Pronto ya no podremos jugar —le susurró, acomodándole la pierna en la posición adecuada, para luego penetrar lentamente en su cuerpo cálido y acogedor.

—¡Ahhh! —suspiró ella, al sentir dentro su miembro duro y palpitante—. Entonces —dijo en voz baja—, tendrás que hacerlo en las caballerizas con alguna de las muchachas de la servidumbre, Colly. ¡Ahhh, milord, qué bien se siente esto!

Sosteniendo una de las caderas de la joven, él bombeó suavemente dentro de su cuerpo hasta sentir los jugos de amor de ella mojando su miembro y entonces dio rienda suelta a sus pasiones contenidas.

—No, querida —le dijo ajando hubo salido de ella y yacían abrazados rodeados parla tibieza del edredón de plumas y de la piel de zorros. No buscaré placer en ninguna otra cuando tú ya no puedas dármelo. Me has quitado el deseo por cualquier otra mujer, Fiona mía. Ahora hasta pensar en un revolcón sin importancia me resulta desagradable. Te amo, Fiona mía. *¡Te amo!*

Ella se volvió para poder mirarlo de frente y vio el amor que él le ofrecía tan incondicionalmente resplandeciendo en sus ojos azules.

—No me pidas aún que te corresponda, Colly —le suplicó—. Todavía no estoy lista para darte más de lo que te he dado hasta ahora. No puedes esperar más de mí. —Sentía las lágrimas agolparse en sus ojos.

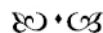
Él le acarició suavemente la curva de la mandíbula con un dedo.

—Pero tu actitud hacia mí se está suavizando, querida. Lo percibo.

—Así es —admitió ella—, pero eso no significa que alguna vez te amaré, Colly. El niño que llevo dentro me hace sentir las cosas de otro modo. Una vez que nazca, podría volver a ser lo que era y odiarte por raptarme, separándome del señor de Loch Brae.

—Brae tuvo su oportunidad contigo, Fiona mía. No te honró dándote su nombre —replicó Colin con dureza—. Sabes que yo no dudé en hacerte mi esposa, aún cuando el matrimonio de prueba dura solo un año. Cuando el padre Ninian regrese a Nairns Craig haremos que nos de la bendición de la Iglesia, *y tú vas a amarme.*

—No voy a hacerte promesas, Colly —le advirtió Fiona una vez más, aunque sabía que él no la escuchaba. Estaba totalmente decidido a que ella fuera su esposa, no solo por un año, sino para siempre.



Llegó la primavera y el Rey ignoró a las tierras altas. El Lord de las Islas envió a un mensajero con el anuncio de que iba a hacerle una visita a su hermano, que iría acompañado y que el castillo debería prepararse para recibir a por lo menos una docena de jefes de clanes, o incluso a más.

—¿Por qué vienen aquí? —preguntó Fiona.

—Vienen aquí porque este es el único lugar donde nadie pensaría que puede llevarse a cabo una reunión —le explicó Nairn—. Vienen a discutir qué hacer con respecto a Jacobo Estuardo. ¿Van a jurarle lealtad o no? ¿Van a aguardar a que él los convoque a Inverness o van a ir hacia el sur, a Perth o Scone para jurarle lealtad?

Más tarde, desde lo alto de los muros del castillo, Fiona y Nelly observaron llegar a los invitados. Para sorpresa de ambas, Moire Rose se les unió, con los hombros estrechos envueltos por el tartán color vino y verde oscuro de la familia Rose.

—Seguramente no conoces los tartanes del norte —dijo hoscamente como una forma de iniciar la conversación—. Te instruiré para que no pases vergüenza. ¡Mira! El rojo y verde con la franja amarilla y blanca es de los MacFie. El amarillo y negro con la franja roja es un MacLeod de Lewis. Conociste a la desvergonzada hija de ese clan, Margaret ¿no es verdad? Ah, ahí están los Chisholm, con el *plaid* rojo y verde con una franja blanca, y los Cameron con su tartán rojo y verde con la franja amarilla. Los que llevan azul y verde con la franja amarilla son los Campbell, y los de verde y azul con franjas rojas y blancas, los MacIntyre.

—Sí que reconozco algunos de los tartanes —dijo Fiona serenamente—. El rojo y verde es el de los Matheson, el verde con franjas blancas y negras es el de los MacLean y el *plaid* rojo, verde y azul es de los Macintosh.

—¿Cómo los conoces? —quiso saber Moire Rose, curiosa a pesar suyo—. Creciste en las tierras altas del este.

—Vi esos *plaids* en la sala de MacDonald cuando estuvimos allí el otoño pasado —explicó Fiona.

Allá abajo, un hombre que llevaba un *plaid* rojo y verde con una franja blanca, seguido por otro vestido con un tartán verde y azul con franjas de color celeste, rojo y amarillo, cabalgaban colina arriba hacia el castillo.

—Un MacGregor y un Malcom —señaló la mayor de las mujeres—. Ahh, y he aquí a un buen par de agitadores como Escocia jamás ha conocido—. Apuntó un dedo huesudo en dirección a dos hombres, uno de los cuales llevaba un *plaid* rojo, negro y verde, a quien identificó como Alexander MacRurie. Su compañero, cuyo tartán era verde y negro con una franja amarilla era un tal Ian MacArthur.

Fiona hizo una nota mental para preguntar a Nairn su opinión acerca de los dos hombres a los que su madre se había referido tan mordazmente.

—¿Quién es el caballero que está subiendo la colina con la mujer bonita, señora Moire? —le preguntó a su suegra.

—Vaya, vaya, vaya, esta sí que es una reunión importante —replicó la señora—. Ese es Angus MacKay y ella es su esposa Elizabeth, la hermana de MacDonald. Y mira detrás de ellos. ¿Ves a ese hombre grueso vestido con un *plaid* verde y azul marino con una franja blanca? Es el Último MacNeill, así llamado porque siempre es uno de los últimos en llegar a cualquier reunión.

Fiona no pudo contener una risita, y para su gran sorpresa, una débil sonrisa se insinuó en los labios de Moire Rose, pero se desvaneció sin darle tiempo a estar segura de haberla visto.

—Será mejor que haga preparar una habitación para MacKay y su esposa —les dijo Fiona a sus acompañantes—. Como no esperaba a una dama, pensé que los hombres podrían dormir en la sala, a excepción del Lord de las Islas.

—Espera —le dijo Moire Rose, con una nota de excitación en la voz—. ¡Escucha! ¿No oyes las gaitas, muchacha? Quien está llegando es el mismísimo MacDonald, Lord de las Islas.

Efectivamente, colina arriba avanzaba el Lord de las Islas, montado sobre un magnífico semental blanco, precedido por sus cuatro gaiteros y seguido por una numerosa partida) de sus hombres. La primera línea de hombres llevaba pendones de seda de un vivo color escarlata sobre los cuales se podía leer, bordado en hilo de oro, el lema del lord, *Per Mare, Per Terra* (Por Mar, Por Tierra). Tanto el Lord como sus hombres llevaban en sus boinas una ramita de brezo, planta que aparecía en la insignia del clan. Los gaiteros tocaban la marcha de los MacDonald.

—Así fue como su padre entró cuando vino por primera vez a Nairns Craig —dijo suavemente Moire Rose, en un tono casi tierno.

—Muy imponente —le respondió Fiona—. Colly dice que los Lores de las Islas son reyes y sin duda este lord hace su entrada como si lo fuera. A Jacobo Estuardo no le gusta semejante pompa y alarde.

—Los MacDonald tienen más amor propio que los Estuardo —dijo Moire Rose orgullosamente—. Más que cualquier otro clan en Escocia.

Las dos mujeres más jóvenes dejaron a la madre de Nairn de pie en lo más alto de la torre.

En el pasillo de arriba Fiona divisó a una criada y la envió a buscar ropa de cama para preparar la segunda mejor habitación. El Lord de las Islas dormiría en la mejor. La doncella regresó cargada de las sábanas y cubrecamas necesarios. Fiona las recibió y mandó a la muchacha en busca de leña para la chimenea del dormitorio. Luego ella y Nelly prepararon rápidamente la gran cama y abrieron las ventanas para airear la habitación. La criada volvió una vez más y arrodillándose encendió el fuego, dejando la leña extra en un cesto junto a la chimenea.

—Llena un cuenco con flores, muchacha —le ordenó Fiona a la chica— y ponlo aquí sobre la mesa. ¡Apresúrate! Debo bajar a la sala a saludar a nuestros huéspedes. Esta habitación tiene que estar lista para recibir a MacKay y a su esposa, que es la media hermana de tu señor. Ven, Nelly y ayúdame a cambiarme el vestido para no avergonzar a mi marido. —Salió de prisa y pasó por la sala rumbo a sus aposentos, seguida de Nelly.

Nelly eligió para su señora un sencillo vestido interior azul oscuro, sobre el cual añadió el abrigo de brocado de color azul profundo y plata. Recogió el cabello oscuro de Fiona con su redecilla de plata.

—Así va a estar bien —dijo la doncella.

Fiona se apresuró a salir de la habitación y a bajar a la sala, llegando justo cuando MacKay y su esposa entraban desde el patio. Nairn le sonrió fugazmente y tomándola de la mano la hizo adelantarse para presentársela a su medio hermana y al marido de esta.

Elizabeth MacKay era una mujer atractiva y robusta, con cabello castaño y los ojos azules típicos de la familia. Examinó descaradamente a Fiona y luego declaró:

—Alex no mentía, Nairn. Has tomado por esposa a una belleza y veo que ya está embarazadísima. Los MacDonald no perdéis el tiempo.

—También para mí es un placer verte de nuevo, hermana—dijo Nairn jocosamente—. ¿Puedo presentarte a Fiona, mi esposa?

Fiona se inclinó cortésmente en una reverencia, pero su cuñada dijo:

—Ay, no seas tan formal conmigo, Fiona Hay. Ven y dame un beso en la mejilla. ¿Cuándo se espera que nazca mi sobrino? Sé que es el primero, pero ¿ya has hecho los cálculos?

Fiona besó a Elizabeth MacKay en una de sus suaves mejillas, diciendo mientras lo hacía:

—Creería que el niño va a nacer pronto, miladi. Fue concebido casi inmediatamente después de que su hermano me raptara el otoño pasado.

Ante tal comentario, su nueva cuñada rió para sí:

—En realidad semejante audacia no es muy de Nairn —observó—. He sabido que en el pasado a veces ha tomado lo que quería, pero jamás había oído que fuera tan extremadamente audaz. Te ama, según dice Alex. Debe ser así.

—Eso es lo que él me dice, señora —respondió Fiona.

—Ah —observó Elizabeth MacKay—, tu insolente marido aún no te ha convencido del todo, ¿verdad?

—Por ahora me he resignado a mi destino y quizá mi actitud hacia Nairn es un poco más blanda que algunos meses atrás, señora —reconoció Fiona—, pero no puede esperar que esté loca de amor por alguien que me raptó del lado de otro a quien yo de verdad amaba. Soy muchas cosas, señora, pero no una mentirosa en cuanto a cuestiones del corazón.

—Mejor que no lo seas —respondió Elizabeth MacKay—. Los hombres no son muy prácticos, ni tampoco tan inteligentes como nosotras las mujeres. Mejor que uno de vosotros tenga la cabeza fría. El pobre Nairn, con esos cabellos de fuego no está en absoluto dotado para ello, ¿verdad? —rió, dando palmaditas en la mano de Fiona.

A Fiona le gustaba Elizabeth MacKay. Eso se estaba convirtiendo en un problema. Le gustaban todos los MacDonald que había conocido. Qué insensible debía ser Jacobo Estuardo para creer que ella podía distanciarse tan completamente de Nairn como para poder traicionarlos, a él y a su familia. Entendía el deseo del Rey de tener un completo control sobre toda Escocia,

pero también comprendía la actitud de los MacDonald, que siempre habían sido sus propios amos, respondiendo solo ante Dios y ante el Lord de las Islas, quien debía responder solo ante Dios. El cambio, se daba cuenta, era difícil para todos. Se preguntó si existiría una manera de que todos cumplieran sus objetivos sin necesidad de ir a la guerra, pero luego hizo una mueca ante su propia insensatez. Esto era Escocia, donde ningún asunto importante o, para el caso, sin importancia, se resolvía sin un combate de por medio. Por ahora, su función era escuchar lo que se decía en la reunión de los jefes en la sala mientras se cumplía con su papel de amable anfitriona. Luego debía hallar un modo de hacerle llegar cualquier información al Rey. ¿Por qué él todavía no había convocado a una reunión de los clanes del norte? Dentro de unos pocos meses ya habría pasado un año al lado de Nairn.

—Tu aspecto es demasiado serio para una muchacha tan bonita, querida mía —dijo el Lord de las Islas cuando se acercó a saludarla.

—Estoy pensando si tendré suficiente comida para todos estos hombres —le respondió Fiona ingeniosamente—. No quiero pecar de poco hospitalaria, milord. Nunca antes he recibido a un grupo tan grande. —Lo miró con una sonrisa.

—No te preocupes —le dijo él—. Apostaría a que esa arpía de la madre de él, ha estado en tu cocina sin que lo supieras, para asegurarse que tanto el honor como la hospitalidad de Nairns Craig se mantengan íntegros.

—Ella me entregó las llaves de la casa el día que llegué —dijo Fiona, sin molestarse en mencionar que las llaves habían sido arrojadas a los pies de Nairn.

—Esto es diferente. ¿Ella es agradable contigo o su lengua sigue tan soez como siempre?

—Está casi siempre en sus habitaciones —dijo Fiona—, pues desde el primer día le he demostrado fuerza. Hoy, sin embargo, vino a lo alto del castillo, donde estábamos Nelly y yo, para ver con nosotros la llegada de los invitados. Estuvo casi amigable.

—Entonces has visto una faceta de ella que pocos conocen, querida mía —dijo él riendo entre dientes y luego la dejó que continuara supervisando los preparativos para la cena.

Las palabras del Lord de las Islas habían despertado la curiosidad de Fiona, de modo que se dirigió a la cocina.

—Matthew —le preguntó al cocinero principal—, ¿lady Moire ha estado aquí, hoy o últimamente, para darte instrucciones adicionales?

—Sí, miladi —respondió el cocinero—. Vino esta mañana temprano para preguntar qué tenía planificado yo y luego dijo que vos habíais decidido que necesitábamos más comida. Por orden de ella he asado un corzo más y he hecho otros seis gansos y también he agregado un jamón al menú. Como siempre, tenemos también abundante pan, mantequilla y queso.

—Muy bien, Matthew —dijo Fiona. No estaba segura de si el proceder de su suegra la enojaba, la ofendía o la divertía. Luego se dio cuenta de que probablemente las oportunas previsiones de Moire Rose le habían ahorrado una gran vergüenza, aún cuando hubiera obrado sin consultarla. Al regresar a la sala no vio a Moire Rose. Al darse cuenta de repente de que la mujer no se presentaría allí sin haber sido invitada, llamó a un criado y le dijo:

—Ve a los aposentos de lady Moire y pídele que nos acompañe en la sala esta noche.

El sirviente hizo una reverencia y, aunque claramente sorprendido por la petición, salió deprisa a cumplir la orden.

Fiona recorrió lentamente la sala, captando fragmentos de conversación aquí y allá. Sabía que hasta después de la cena no se tocarían temas serios. Luego de haberse asegurado de que todos los hombres tuvieran en la mano una copa de vino o cerveza fue a sentarse junto a Elizabeth MacKay frente al fuego en una confortable silla de respaldo alto.

—Espero que os haya agradado vuestra habitación. Me temo que es la segunda mejor, pues tenía que alojar a vuestro hermano en la mejor —explicó con una sonrisita—. Me acabo de enterar de que veníais al veros cabalgando colina arriba con vuestro esposo.

—La habitación sería del agrado de cualquier invitado, esperado o no —respondió su cuñada, devolviéndole la sonrisa—. El cuenco con primulas es un bonito detalle. —Bebió un sorbo de vino de la copa de plata. Luego exclamó repentinamente—: ¡Válgame Dios! Ahí está ella en persona, entrando en la sala. Ahora todos vamos a ser castigados.

Fiona se levantó pesadamente, cruzando la sala tan a prisa como pudo, para saludar cortésmente a Moire Rose.

—Bienvenida, señora. Me alegra que haya venido a acompañarnos esta noche. —Luego dijo bajando la voz—: Le agradezco su ayuda en la cocina. Hubiéramos pasado un mal rato sin su oportuna intervención. No me di cuenta de que el Lord de las Islas vendría con un grupo tan numeroso de hombres. Si me vieraís a punto de cometer otro error como ese, ¿podríaís advertírmelo? No aprenderé sin vuestra ayuda. Mi torre era pequeña comparada con Nairns Craig.

—Eres una muchacha lista —dijo Moire Rose en voz baja y otra vez apareció sobre sus labios el fantasma de una sonrisa. Luego dijo—: Ah, he ahí a mi viejo amigo William MacFie. Iré a saludarlo. Se llevará un susto mayúsculo pues siempre me ha tenido miedo, aún cuando éramos niños.

—¿Por qué? —preguntó Fiona con gran curiosidad.

—¿Por qué? —Su suegra rió con dureza—. Yo era más grande que él, pues es un hombre muy pequeño. MacFie el Breve, lo llaman. Yo le puse el apodo y perduró en el tiempo. Soy una mujer pequeña, pero siempre lo vencía en las carreras a pie. Por eso yo no le caía nada bien.

—¿Aun así es amigo suyo? —Fiona estaba sorprendida.

Moire Rose rió satisfecha y sin agregar palabra, atravesó la sala para ir a saludar a MacFie el Breve, quien realmente palideció al verla acercarse, buscando desesperadamente una escapatoria que no encontró.

He aquí algo impensado. Moire Rose tenía sentido del humor. Oscuro, pero allí estaba. Se preguntaba si Nairn se daba cuenta. Esta mujer no era exactamente como ella y los demás pensaban. Tenía afilada la lengua y el corazón amargo, pero quizá no fuera tan mala como todos ellos habían creído.

Nairn se le acercó, riendo por lo bajo mientras intentaba pasarle un brazo alrededor de su ahora inexistente cintura.

—Ha habido muchos comentarios sobre lo hermosa que está la sala y la buena calidad de nuestro vino y nuestra cerveza, querida. Estoy seguro de que la cena será igualmente buena.

—Lo será y gracias a tu madre, milord, pues yo no había mandado preparar suficiente comida, ya que nunca había recibido tantos invitados. Ella lo sospechó y discretamente le aconsejó a Matthew preparar más, diciéndole que yo lo había pensado mejor. Fue un gesto amable por su parte.

—¿Por eso la invitaste a acompañarnos esta noche?

Fiona asintió con aire ausente, mirando alrededor mientras pensaba que ya era hora de servir la cena.

—Déjame ir, Nairn —le dijo—. Debo cumplir con mis deberes de anfitriona antes de que los hombres hayan bebido demasiado como para disfrutar de la magnífica cena que Matthew les ha preparado.

Salió a toda prisa de la sala para dar instrucciones al mayordomo del castillo y en cuestión de minutos los sirvientes estaban entrando a la sala cargados de platos y cuencos, fuentes y jarras. La mesa alta estaba reservada solo para los miembros de la familia para evitar insultar a cualquiera de los jefes de los clanes dando a entender que algunos eran más importantes que otros. Bajo el estrado los otros jefes se afanaban por conseguir un buen sitio.

La comida, muy del gusto de los hombres, consistió en un cerdo asado, dos corzos, una docena de gansos, seis capones, un jamón, una gran cantidad de estofado de anguila, un gran pastel relleno de pequeñas aves de caza, varias truchas asadas a la parrilla, pescadas en los raudos

arroyos que atravesaban Nairns Craig, cuencos de guisantes nuevos y lechugas braseadas en vino blanco. Comieron y bebieron con deleite, arrancando grandes trozos de las hogazas de pan para untarlos profusamente con mantequilla sirviéndose de sus pulgares, cortando con sus puñales trozos de queso fuerte, regándolo todo con vino o cerveza negra. La servidumbre se afanó de un lado a otro volviendo a llenar jarras y fuentes hasta que todos los comensales hubieron saciado su apetito. Una vez que se recogieron los platos, un criado trajo cuencos de diminutas fresas a las tres damas de la mesa alta.

Colin MacDonald se puso de pie.

—Ahora que habéis comido, señores míos, os doy nuevamente la bienvenida a Nairns Craig y os pido que escuchéis lo que mi hermano, el Lord de las Islas, tiene que deciros.

Toda la sala hizo silencio y hasta los sirvientes dejaron sus labores cuando Alexander MacDonald se levantó para dirigirse a los jefes allí congregados. Las antorchas y las velas proyectaban misteriosas sombras a través de la habitación mientras él hablaba.

—Señores míos —comenzó diciendo—, debo agradecer a mi hermano de Nairn y a su bella esposa por brindarnos su hospitalidad. Permitidme recordaros que esta reunión debe permanecer en secreto. Hoy es el último día de mayo, del año de nuestro Señor de 1425. Todavía ninguno de nosotros ha sido llamado a Inverness para jurarle lealtad a Jacobo Estuardo. Es muy posible que los días de nuestra autonomía estén llegando a su fin.

Aquí y allá se alzaron gritos de desaprobación, pero el Lord de las Islas alzó la mano y una vez más se hizo el silencio en la sala.

—A mí tampoco me gusta y voy a oponer resistencia, pero debemos afrontar los hechos. En las tierras al este y al sur del Tay, este Rey ha unido los clanes. Incluso se ha hablado en algunos de los clanes de aquí del norte y del oeste de jurar lealtad. No le impediré a nadie que lo haga, ni lo consideraré mi enemigo a menos que elija serlo. Os he reunido aquí para deciros que cada uno debe hacer aquello que juzgue lo mejor para su clan. Algunos de los clanes aquí representados son pequeños, de no más de algunos cientos de hombres y otros agrupáis mil o más alrededor de vuestro estandarte. Sin embargo debo advertiros que cualquiera de vosotros que jure lealtad a Jacobo Estuardo con la idea de ganarse su ayuda para atacarme a mí y a los míos, sufrirá las más terribles consecuencias. Me abalanzaré sobre vosotros como un lobo sobre una desventurada oveja. No perdonaré a ninguno de los vuestros, ni a hombres, ni a mujeres, ni a ancianos, ni a bebés de pecho. Yo soy el Lord de las Islas y seguiré siéndolo.

Duncan Campbell se puso de pie, diciendo:

—Y si nosotros juramos lealtad a este rey Estuardo y él nos pide ayuda para derrocaros, milord ¿qué haremos entonces? Nuestras lealtades estarán divididas. Nuestro honor nos obligará a obedecer al Rey, nuestro jefe supremo. Pero como vos, somos hombres de las tierras altas.

—Eres lo suficientemente fuerte como para apoyarme hasta el último momento, Duncan Campbell —dijo el Lord de las Islas—. Tu familia no es pequeña ni débil.

El último de los MacNeill se levantó.

—Yo estoy aquí en nombre de mi hermano, Gilleonan, quien no pudo venir por problemas intestinales. Somos una familia pequeña, milord y hemos jurado ser vuestros vasallos. No tenemos dudas acerca de qué vamos a hacer. Os seguiremos como lo hemos hecho siempre. No juraremos lealtad a este Estuardo hasta que vos lo hagáis. —Volvió a sentarse.

—Discutid este asunto entre vosotros —dijo el Lord de las Islas—, pero mantened a raya vuestros temperamentos. No va a haber luchas ni muerte aquí en la sala de mi hermano de Nairn. Recordad que entre nosotros hay mujeres.

Los jefes emprendieron la discusión del asunto, al principio en tono razonable, pero lentamente las voces se fueron elevando a medida que aumentaba la complejidad de las deliberaciones y se intercambiaban con franqueza puntos de vista. Las familias más pequeñas estaban preocupadas por su capacidad de defenderse, no solo de Jacobo Estuardo, sino de las familias más grandes que, como siempre lo habían hecho, vivirían a costa de ellos sin importar a

quién eligieran ser leales. Los clanes más numerosos discutían acerca de la sensatez de romper su alianza con Alexander MacDonald para unirse al rey de Escocia. Sin embargo, existía la clara posibilidad de que el nuevo Rey recompensara a aquellos que se pusieran de su lado rápidamente sin esperar a que él convocara una reunión en Inverness.

Robert Cameron dijo entre dientes:

—Es como arrojar un dado. Uno no puede tener certeza de ganar.

—¿Entonces estás pensando en abandonar nuestra antigua confederación, Robbie Cameron? —inquirió William MacIntyre acaloradamente.

Quienes estaban sentados en la mesa alta escuchaban con interés los intercambios que se sucedían entre los jefes de los clanes.

—Duncan Campbell no es de fiar —le dijo Nairn a su hermano mayor—. Los Campbell siempre han tenido celos de nuestro poder.

—Pero no la suficiente fuerza para desafiarnos, hasta ahora —replicó Alexander MacDonald—. Veo que él está considerando las ventajas de declararse súbdito de Jacobo Estuardo, pero si lo hiciera antes que yo se ganaría la perpetua enemistad de los MacDonald. No puedo culpar a las familias más pequeñas por intentar proteger a los suyos, pues tengo que admitir ante ti, y solo ante ti, hermano, que sé que al final también yo deberé someterme al Rey. Jacobo Estuardo me dijo al reconfirmar mi título y tierras que debería declararme su súbdito inmediatamente después de que lo hicieras tú, Alex, y tendré que hacerlo, pero no antes que tú, lo juro.

El Lord de las Islas palmeó en el hombro a su hermano menor y le dijo:

—Te quiero, Nairn. Me alegra que un día nuestro padre te trajera a Islay para que te criaras junto al resto de nosotros.

Repentinamente todos los ojos en la sala se volvieron hacia Ian MacDonald, quien decía en voz alta:

—¿Por qué no matamos a este rey Estuardo, señores? Terminaría ahorrándonos muchos problemas. Aún no tiene un heredero. Me dicen que la Reina ha dado a luz a una niña. El viejo Atholl es el pariente más cercano del Rey en línea de sucesión al trono. Al matar a Jacobo Estuardo, las tierras al sur del Tay quedarían sumidas en el caos a causa de la lucha por ganar el trono. Podríamos buscar al hijo superviviente del duque Murdoch, el otro Jacobo, quien se dice que está en Irlanda. —Ian MacArthur miró a su alrededor buscando apoyo.

Alexander MacRurie se levantó de un salto, diciendo:

—Lo que acaba de proponer Ian es una buena idea. Si matamos a Jacobo Estuardo, se termina el problema para nosotros. Y si hacemos que su sobrino lo haga ¿quién podrá culparnos?

—¿Acaso sois tan estúpidos —preguntó Fiona, poniéndose de pie detrás de la mesa alta— como para pensar que el Jacobo Estuardo hijo del duque Murdoch estaría dispuesto a vengar a su padre y hermanos a cambio de nada? ¿Y os atreveríais a ofrecerle dinero para que asesine al Rey? La vergüenza le impediría aceptarlo y además dirían que es un Judas. Entonces ¿qué querría, mis buenos señores? —inquirió con mordacidad, e inmediatamente respondió su propia pregunta—: Yo os diré lo que él querría. *¿Querría vuestro apoyo!* Y no tendríais otra salida que dárselo para que él no pusiera en conocimiento público vuestra participación en el asesinato de un rey ungido legítimamente. ¿Acaso pensáis que la Iglesia permitiría semejante fechoría sin involucrarse? ¿De modo que cambiaríais un Estuardo justo, aunque severo, por un Estuardo cobarde y manipulador? Jamás podríais confiar en él. Indudablemente no sería un buen negocio.

Fiona volvió a sentarse para darles tiempo a asimilar sus palabras. Las mujeres de las tierras altas solían decir lo que pensaban, de modo que a nadie le pareció raro que ella hubiera participado de la discusión. De hecho, muchos de los jefes estaban impresionados y pensaron cuidadosamente en lo que ella acababa de decir, pues habían oído de su cercana relación con el Rey y la Reina.

—Un acto semejante sin duda acarrearía derramamiento de sangre en las tierras altas —dijo Elizabeth MacKay en voz baja a quienes estaban sentados a la mesa alta—. Fiona ha hablado con sensatez y espero que prestes atención a sus palabras, hermano. —Miró directamente al Lord de las Islas—. ¿Qué piensas de la sugerencia de lord MacArthur?

—Creo que es un estúpido, como ha hecho notar tan sensatamente nuestra preciosa Fiona —dijo Alexander MacDonald—. No sería digno de un MacDonald participar de una conspiración de ese tipo. No voy a adherirme a semejante confabulación, hermana, y lo sabes bien sin necesidad de preguntar —concluyó.

—Sin embargo —dijo su hermana—, MacRurie, que es parte de la familia de los MacDonald, apoya a MacArthur, hermano. ¿Cómo harás para mantenerlo bajo control?

Alexander MacDonald esbozó una sonrisa lobuna.

—Cuando llegue el día en que debemos ir a Inverness y el Rey desee dar el ejemplo con un miembro de nuestra familia ¿no crees que MacRurie serviría, hermana?

—Ah, Alex, nuestro padre estaría orgulloso de ti —dijo ella, sonriéndole—. Es un plan digno de Donald de Harlaw.

Fiona los escuchaba, al igual que a quienes continuaban discutiendo en su sala. Debía hacer llegar al Rey la información sobre el asesinato propuesto por Ian MacArthur con el apoyo de Alexander MacRurie, pues aunque sin duda quedaría en la nada, el soberano debería estar advertido. Le preocupaba cómo haría para transmitir la información, pues no estaba en condiciones de ir a Inverness a hacerle una visita al comerciante de telas y cintas y ninguno de los otros agentes había venido a Nairns Craig durante la primavera. Se volvió hacia su cuñado y preguntó:

—¿Habéis visto al padre Ninian, milord? Me gustaría tenerlo aquí cuando nazca mi bebé para que lo bautice.

—He oído que estuvo en algún lugar al norte de Nairns Craig —le respondió el Lord —pero no temas. Vino a Islay durante la primavera y me dijo que pensaba veros a ti y a Nairn en junio próximo.

—Junio empieza mañana, milord —dijo Fiona.

—Es un hermoso mes para que nazca un niño —le dijo el Lord con una amplia sonrisa.

Fiona rió.

—Para mí cualquier momento sería bueno para que nazca este niño. Estoy tan hinchada como una uva demasiado madura.

—¿Es mi sobrino un muchachito activo? —preguntó Elizabeth MacKay.

—Nunca se está quieto —respondió Fiona—, aunque desde ayer o quizá en los últimos dos días parece haberse tranquilizado.

Elizabeth MacKay le lanzó una mirada significativa a Moire Rose.

—El niño va a nacer pronto —dijo con seguridad.



Esa noche Nairn no fue a la cama y Fiona durmió mal. Por la mañana, sin embargo, ella estaba en pie, ataviada con un holgado vestido verde oscuro y en la sala para supervisar a los criados encargados del desayuno. Sirvieron avena con leche, pan recién horneado, dos jamones, varios cuencos de huevos duros, vasijas de piedra repletas de mantequilla y una nueva horma de queso fuerte, junto con jarras de espumosa cerveza negra. Los jefes, aunque la mayoría con cara de sueño, estaban sin embargo en pie y ya se habían aseado. Se sentaron a la mesa y empezaron a comer con la voracidad de quien no se ha alimentado en un mes entero, vaciando rápidamente las jarras de cerveza.

Luego, uno a uno, fueron partiendo de Nairns Craig. Fiona se quedó junto a su esposo en la entrada de la sala y despidieron cortésmente a cada uno de ellos. La joven saludó a todos

llamándolos por sus nombres. Los jefes estaban muy complacidos por sus modales tan femeninos y muchos felicitaron a Nairn por la buena fortuna de encontrar una esposa así. Cuando se hubieron marchado todos, excepto los MacDonald y sus parientes, Fiona regresó a la sala para asegurarse de que los caballetes se hubieran recogido y colocado contra un lado de la habitación. Luego se sirvió el almuerzo para el resto de los invitados.

El Lord de las Islas, que había estado en la sala más temprano para despedirse de sus vasallos y aliados, ya estaba sentado a la mesa alta con su hermana y MacKay, su cuñado.

—Tu esposa es muy valiosa para nosotros, Nairn —le dijo—. Anoche habló bien y con gran sentido común. Hubo muchos comentarios al respecto. Estoy muy satisfecho contigo, querida —le dijo a Fiona con una sonrisa que le iluminó toda la cara.

—No deseo criar a mis hijos en medio del estruendo de la guerra constante, milord —le dijo Fiona—. Ninguna mujer lo desea, sea de clase alta o baja. Sois vosotros los hombres quienes declararéis la guerra y luego enviáis a nuestros hijos al frente. Solo aspiro a que vivamos en paz todo el tiempo que sea posible.

—Pero si nuestra autonomía es amenazada, debemos defendernos —declaró el Lord de las Islas en tono adusto.

—Todo lo que Jacobo Estuardo os está pidiendo es su lealtad —dijo Fiona—. Tiene la formidable tarea de mantener a Escocia bajo control. Quiere que las ciudades se conviertan en grandes centros comerciales como los que tienen los ingleses, porque eso es lo que los hace prósperos, pero ¿cómo pueden crecer los pueblos si los clanes se pasan la vida incendiándolos en represalia por una cosa u otra? Si él sabe que vos mantendréis la paz aquí en el norte y en el oeste, sin duda os dejará tranquilo. ¿Por qué a un hombre como Alexander MacDonald, Lord de las Islas, conocido por su honor, le resulta tan difícil jurar lealtad? Si vos fuerais solo un hombre más, no sería tan difícil, pero es la pieza clave para preservar la paz en las tierras altas. Sin vuestro apoyo, la mayoría de los otros no jurarán lealtad y continuarán siendo una espina en el corazón del Rey. A la larga tendrá que extraer esa espina o ser tildado, al igual que su padre, de cobarde y falto de voluntad. Él no permitirá que su honor se vea comprometido de tal forma, milord.

—Veamos si el Rey nos convoca a todos a Inverness —dijo el Lord de las Islas—. No tengo que tomar una decisión antes de eso, ¿verdad?

Fiona sacudió la cabeza, desesperada. ¿Cómo podía ella decirle a este gran jefe, tan poderoso, que estaba cometiendo un tremendo error? Al no jurarle ahora lealtad a Jacobo Estuardo, solo estaba contrariando al Rey. Este tenía buena memoria y un solo objetivo: unir a Escocia. Haría lo que fuera por conseguir ese objetivo, como bien lo sabía Fiona. De repente un agudo dolor la hizo tambalearse y un charco de agua se formó a sus pies. Pasmada, se quedó mirándolo.

Captó la atención de Elizabeth MacKay, cuyos ojos se dirigieron hacia donde estaban clavados los de Fiona. Vio el agua y, levantándose, anunció:

—¡Lo sabía! El niño va a nacer hoy. ¿No os lo dije anoche? ¿No os dije acaso que el bebé vendría pronto? ¡Bueno, pues no os quedéis ahí parados, grandísimos tontos! Hay que llevar a Fiona a su habitación y traer la mesa de partos. ¡Ahora, daos prisa!

Capítulo 12

En la prisa por llegar hasta su esposa Colin MacDonald por poco tumbó a su hermano.

—¿Te duele, querida? —le preguntó, levantándola en brazos y atravesando rápidamente la sala en dirección a la escalinata que conducía a sus aposentos—. Ay, Fiona mía, no puedo soportar verte sufrir.

—Pues entonces no deberías haber puesto un niño dentro de mí, Nairn —dijo ella, en un débil intento de humor. Hizo una mueca de dolor—. ¡Ayyyyy!

También los sirvientes del castillo habían sido impulsados a la acción. A toda prisa, una de las criadas se había adelantado a Nairn para ir a alertar a Nelly. Otra salió corriendo a buscar la mesa de partos.

Elizabeth MacKay se volvió antes de subir las escaleras para decirles a su esposo y hermano:

—Haced vuestro mejor esfuerzo por mantener animado a Colin cuando regrese a la sala. Y eso no significa emborracharlo, muchachos. ¡Si lo hacéis, ambos tendréis que véroslos conmigo! —Dicho esto se marchó.

—No dijo que *nosotros* no podíamos emborracharnos —le dijo el Lord de las Islas a su cuñado—. ¿Es demasiado temprano para ti?

—Nunca es demasiado temprano, Alex —fue la respuesta—, pero sospecho que ella se enojaría mucho con nosotros. Esa hermana tuya, mi esposa, tiene un temperamento muy impulsivo. Tengo un alfarero en casa para reemplazar toda la loza que me arroja a mí y a quienquiera que se atraviesa en el camino de su ira.

Alexander MacDonald rió con ganas ante semejante revelación.

En su dormitorio, Fiona luchaba para traer al mundo la vida que había estado alimentando en su vientre. Al principio no quería gritar cuando sentía que los dolores la atravesaban, pero Elizabeth la animó diciendo:

—¡Se espera que una mujer grite fuerte al dar a luz a su bebé, Fiona! ¡No te reprimas!

—Mi madre jamás gritó —dijo Fiona con los dientes apretados—. Yo fui la mayor y nunca la oí gritar cuando mis cinco hermanas nacieron vivas y mis hermanitos nacieron muertos. Quien vociferaba era mi padre, reclamándole a gritos cada una de las veces que le diera su hijo varón, maldiciéndola cuando las niñas llegaban vivas al mundo y los niños nacían muertos y fríos como el hielo.

—Tú no eres tu madre. A mi hermano le importa un rábano si le das un hijo o una hija, ¿verdad, Nairn? Queremos un bebé saludable, muchacha. Eso es todo. Ahora, grita si te duele y ayuda al niño a nacer.

Se sintió gratificada cuando Fiona pegó un alarido y luego exclamó a gritos:

—¡Me estoy partiendo en dos, señora!

—No, no, muchachita, estás teniendo un buen parto. Otro pequeño empujón y podré ver la cabeza del niño —prometió Elizabeth MacKay—. Cuando venga el próximo dolor, aguanta con toda tu fuerza.

—¡Ahí viene! —gritó Fiona, dejando escapar un agudo alarido.

—Oh, muy bien, mi querida pequeña, muy bien —elogió Elizabeth MacKay a su cuñada.

Colin MacDonald estaba visiblemente pálido mientras dejaba que Fiona le apretara la mano hasta que creyó que le cortarían la circulación. Al ver su aspecto, la joven dijo:

—¡Vete, Nairn! No quiero que caigas desmayado. No hay tiempo para asistirte a ti cuando está a punto de nacer el niño. ¡Ooh! ¡Ooh! ¡Ooh! —jadeó.

—No voy a dejarte, cariño, ni voy a desmayarme como una doncella —le prometió él, aunque no muy seguro de poder cumplir con la última de sus promesas. Verla tan dolorida, y darse cuenta de que él era la causa de ese dolor, era casi más de lo que podía soportar. Tragó saliva.

—No tengo más tiempo para ti, Colly —le dijo Fiona—. ¡Virgen bendita! ¡Ahhhhhhhhh! Señora, ¿qué está pasando?

—Un empujón más, o quizá dos, Fiona y tu niño va a nacer —dijo Elizabeth MacKay—. La cabeza y los hombros ya han salido. —Abrió la boca del bebé y le arrancó un tapón de moco. La criaturita tosió suavemente y empezó a llorar.

—¿Es un varón? —le preguntó Fiona.

—Esa es la parte que generalmente sale al final —rió Elizabeth MacKay—. Tendrás que dar otro empujón si quieres que lo sepamos. Sí puedo decirte que tiene el cabello negro como el tuyo.

Otro intenso dolor atravesó a Fiona y la joven empujó con lo que pensó era sin duda su último resto de fuerza. De repente ya no sintió como si estuviera haciéndose pedazos. En cambio, ahora podía sentir que algo se deslizaba fuera de su cuerpo. Un instante después el niño estaba aullando en serio.

—Es un muchachito, aunque no tan pequeño —anunció Elizabeth MacKay con una amplia sonrisa—. Bien, Nairn, tienes un hijo. —Sostuvo en brazos al bebé cubierto de sangre para que su hermano lo viera—. Toma tu cuchillo, Colin y corta el cordón cuando yo te diga —indicó Elizabeth MacKay, depositando sobre el vientre de su madre al niño que no cesaba de berrear, mientras daba instrucciones a su hermano y luego anudaba con manos expertas el resto del cordón. Le entregó el bebé a Nelly—. Límpialo, muchacha y envuélvelo bien para que pueda bajar a la sala con su papá a conocer al jefe de su clan y a sus tíos. Nelly limpió la sangre que cubría al recién nacido mientras por su rostro rodaban lágrimas de alegría. Qué parecido era a Angus Gordon; pero Colin MacDonald no se daría cuenta, pues no estaba lo suficientemente familiarizado con el *laird*. Iba a suponer que el cabello oscuro era un rasgo heredado de Fiona y nunca nadie estaba realmente seguro de a quién se parecían los bebés. Nelly envolvió al bebé en una manta limpia y suave. Luego, sin esperar más instrucciones lo puso entre los brazos de Fiona.

Esta sintió rompersele el corazón otra vez al ver esa carita tan igual a la de Angus Gordon. Era digno hijo de su padre, pero era improbable que llegara jamás a conocerlo. Luego de besar la suave blandura de la morena cabecita húmeda, le entregó el bebé a Colin.

—Aquí tienes a tu hijo, milord. Espero que te agrade.

Colin MacDonald aceptó el diminuto bulto que le ofrecía. Estaba encantado y asombrado de la solidez de su muchachito. Unos ojos azules se elevaron para mirarlo. Se sintió como si estuviera siendo cuidadosamente examinado y esperó dar la talla.

—Bienvenido a Nairns Craig, Alastair Jacobo MacDonald —le dijo. Sonriendo, bajó la vista hacia Fiona—. Gracias, Fiona mía. Eres una buena madre. —Volviéndose, salió de la habitación llevándose al bebé.

Alexander MacDonald observó a su hermano cruzar la sala con el pequeño bultito anidado entre sus brazos. Por la sonrisa en su rostro supo sin necesidad de preguntar que era un varón.

—¡Felicitaciones, hermano! —exclamó. Luego de echarle un vistazo al bebé declaró—: Parece un niño fuerte. Sobrevivirá.

—¡Dejadme verlo! ¡Dejadme ver a mi nieto! —Moire Rose apartó de un empujón al Lord de las Islas y a MacKay—. Dámelo, Colin. —Una vez que su hijo puso el bebé en los brazos que

ella le tendía, una sonrisa casi de beatitud iluminó el rostro de la mujer—. Ay, es un muchachito hermoso —canturreó mirando al niño—. ¡Es un muchachito muy hermoso!

—Dicen que a mí ni me miraste cuando nací —dijo Colin, esforzándose por esconder la amargura de su voz.

Su madre lo miró fijamente a la cara.

—Sí te miré —le confesó—. Cuando nadie me veía, yo te miraba. Veía a tu padre en tu cara, Colin MacDonald. Excepto por el cabello rojo y los ojos azules que habías heredado de mí, eras un MacDonald. En aquel entonces yo odiaba a tu padre, pues me había abandonado. Pero también lo amaba. Tú me recordabas lo que había perdido. Creo que este niño se parece a mi padre —dijo ella— y es mi nieto. —Le devolvió el bebé.

—También es un MacDonald y es mi hijo —le recordó él a su madre.

—Así es —respondió ella suavemente—, pero no es mi MacDonald. —Luego salió de la sala sin decir nada más.

—Nunca antes la había visto así —dijo Nairn—. Es como si se hubiera convertido en otra mujer. No entiendo nada.

Volvió a llevar a su hijo con Fiona, a quien le relató el incidente con su madre en la sala.

Extrañamente Fiona lo entendió, pues curiosamente ella se hallaba ahora en una posición parecida a la de Moire Rose tanto tiempo atrás.

—Tal vez el niño ha sacado lo bueno de tu madre, Colly —le dijo—. No lo cuestiones, simplemente acéptalo. Ahora es una anciana.



El Lord de las Islas y los MacKay habían decidido permanecer en Nairns Craig con la esperanza de que llegara el padre Ninian. Nairn envió a Roderick Dhu a buscar al sacerdote para que el bebé pudiera ser bautizado de inmediato aprovechando que sus padrinos estaban ahí. Cuando Alastair MacDonald tenía tres días, Roderick Dhu regresó acompañado de aquel clérigo alto y de aspecto juvenil. El bebé fue bautizado en la sala de Nairns Craig, santificada para la ocasión. El Lord de las Islas y Elizabeth MacKay fueron los padrinos. Fiona fue llevada a la sala en una camilla para que pudiera participar en el bautizo de su hijo.

Al día siguiente de la ceremonia, cuando los huéspedes se hubieron marchado, el padre Ninian dijo:

—Oiré las confesiones de todo aquel que lo desee.

Como en los lugares remotos de Escocia había pocos sacerdotes y muy distantes entre sí, el clérigo sabía que debería quedarse allí entre siete y diez días oyendo confesiones, celebrando matrimonios y bautizos, así como también orando sobre las tumbas de quienes habían muerto desde su última visita. Todas las mañanas oficiaba en la sala una misa a la que asistían todos los moradores del castillo.

Cuando Fiona fue a confesarse con él, le pasó la información que quería que el padre Ninian tuviera, hablándole con lujo de detalles acerca de la conspiración para asesinar al Rey de la que se había hablado.

—No van a hacerlo, por supuesto, pues ambos son unos cobardes, pero creo que de todos modos habría que advertírselo al Rey.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Sí, señora, estoy de acuerdo.

—En el otoño —dijo Fiona—, se terminará el año que el Rey me pidió. Quiero saber cuándo puedo marcharme de Nairns Craig y regresar a mi propia casa. Si no me marchó entonces, Nairn me acosará para que renueve mis votos matrimoniales frente a usted, Padre. Y usted sabe que no puedo casarme con él. Dígame al Rey que he averiguado todo lo que puedo

aquí. Y pregúntele por qué no ha convocado a una reunión de los clanes en Inverness para que estos señores de las tierras altas puedan jurarle lealtad y acabar con este asunto.

—Yo mismo regresaré en el otoño antes de que se haya cumplido el plazo del matrimonio de prueba para poder comunicarle la respuesta del Rey, señora, y así ayudarla a librarse de este benigno cautiverio. Pero ¿Nairn dejará ir al niño?

—Cuando le diga la verdad no tendrá opción —dijo Fiona con seguridad—. Es tan orgulloso como Angus *el Negro*.

—Entiendo —respondió el sacerdote con expresión comprensiva en sus ojos ambarinos.

Fiona insistió en amamantar a su hijo, pues atesoraba cada minuto que pasaba con el bebé chupando con fuerza la leche de sus pechos. Y el niño creció rápidamente, los bracitos y piernecitas cada vez más regordetes, las mejillas suaves y sonrosadas. Sus ojos brillantes no se perdían detalle. La cabecita morena giraba al oír las voces de su madre o de Nairn. Tenían que marcharse pronto, pensaba Fiona, pues Nairn estaba verdaderamente loco por ese niño a quien creía su hijo. La joven se sentía realmente culpable... y más enojada que nunca con el Rey.

Lo peor era que el niño amaba a Nairn, quien lograba arrancarle una risita cuando nadie más podía.

—Ah, ahí está mi muchachito —canturreaba cada mañana al ver al bebé haciendo gorgoritos en la cuna—. Ahí está el hombrecito de papá.

Y si Nairn amaba a Alastair, Moire Rose era aún peor, prodigándole a su nieto todo el amor que le había negado a su propio hijo. Solía sentarse horas y horas en la sala meciendo la cuna del bebé y cantándole nanas con su aguda voz aflautada.

Alastair Jacobo MacDonald era el mimado de la casa. No había sirviente que pasara junto a él sin detenerse un momento para decirle una palabra, hacerle una sonrisa o darle una palmadita cariñosa en la barbilla. Y el niño respondía a todo.

—Va a volverse un niño muy consentido —decía Fiona en tono premonitorio.

El bebé había nacido el primero de junio. A mediados de septiembre el sacerdote apareció una vez más por Nairns Craig.

—He venido a ver cómo está creciendo el niño —le dijo a Nairn—. Pronto me iré al sur, pues el invierno en las tierras altas es duro para un viajero.

—¿Consideraríais refugiarnos aquí durante esos meses? —le preguntó Colin—. Dios sabe que os necesitamos. Si os quedarais, yo os construiría vuestro propio templo, padre Ninian. No llevaríais una vida de rico, pero sí tendríais abundante comida y muchas almas que salvar, os lo garantizo. Podríais salir de viaje durante el verano, tal como lo hace ahora, pero tendríais un hogar al cual regresar en los meses de frío.

—Es una oferta generosa, milord —dijo el sacerdote—, pero ¿cómo podría aceptarla cuando he rechazado la del mismísimo Lord media docena de veces? Lo mejor será que regrese a mi abadía como de costumbre, pero os lo agradezco.

Nairn sacudió la cabeza con cierto pesar.

—Quiero un sacerdote para el castillo —dijo—. Ahora que Fiona y yo hemos fundado una familia, quisiera ser más civilizado. Una vez hubo un sacerdote en Nairns Craig, pero tenía la edad de mi abuelo y murió varios años antes que él.

—Le preguntaré a mi abad en vuestro nombre si eso sería posible, milord —prometió el padre Ninian. Luego sonrió—. Decidle a vuestro mayordomo que avise que estoy aquí para oficiar matrimonios, bautizos, y para cumplir con mis otras obligaciones. Oiré las confesiones de todo el castillo, pues las penitencias que les imponga deben durarles hasta que regrese en primavera —concluyó riendo por lo bajo.

Fiona apenas podía esperar a hablar en privado con el sacerdote, pero como era su costumbre, se aseguró de que todos los moradores del castillo lo vieran primero. En la noche del segundo día que pasó con ellos llegó su turno de encerrarse con el padre Ninian en la minúscula

habitación junto a la sala, reservada como lugar privado para el sacerdote. Se arrodilló ante él, apresurándose a recitarle una lista de pecados veniales, pidiéndole la absolución.

Antes de dársela, sin embargo, él bajó la voz para decirle:

—Querrás saber, hija mía, cuál es la respuesta del Rey a tus preguntas de hace varios meses. Él manda decir que necesita que por el momento te quedes aquí en Nairns Craig. Dice que está satisfecho con la información que le has enviado, pues le ha resultado de invalorable utilidad para ayudarlo a decidir qué hacer con respecto al Lord de las Islas y las tierras altas. Los Campbell le han jurado lealtad a Jacobo Estuardo. No han esperado a una reunión de los clanes en Inverness, sino que han ido a Perth en pleno verano. Lo último que debo transmitirle es que la prima de la reina, Elizabeth Williams, se ha casado con un caballero elegido por sus tutores reales y que ya está embarazada. El Rey quería que lo supieras. Ahora, hija mía, te daré tu penitencia. —Le impuso las manos sobre la cabeza.

Pero Fiona no sentía nada. Era como si la sangre se hubiera congelado en sus venas. La conmoción la había paralizado. En lo profundo del alma se había atrevido a abrigar la esperanza de que Angus Gordon no se casara con Elizabeth Williams. De que algún día, quizá, ellos volverían a encontrarse y a empezar de nuevo. Siempre había sabido que se trataba de un sueño infantil, pero aún así había esperado que se hiciera realidad. Ahora su tonto deseo secreto no era más que un montón de cenizas. Angus no había muerto languideciendo por ella. Ella había desaparecido de su corazón con la misma seguridad con que había desaparecido en el camino a Brae. El *laird* de Loch Brae había cumplido la voluntad de su Rey casándose con la muchacha inglesa. Hasta había engendrado un hijo en su vientre. Ese niño sería el heredero de Brae, no su hijo Alastair, quien jamás conocería a su verdadero padre.

Fiona se sentía a punto de echarse a llorar, pero en cambio se irguió. Aceptó en silencio la leve penitencia que le impuso el padre Ninian, pero bajo su aparente mansedumbre bullía el enojo. ¿Había habido en su vida un solo hombre que no la hubiese traicionado? Su padre había demostrado poco respeto por ella, usándola como sirvienta para que criara a sus hermanas. El Rey también la había usado, amenazando a sus hermanas, llevándose a Angus Gordon lejos de ella para cumplir sus órdenes. ¡Y Angus! ¡Su amado Angus *el Negro*! La suya era la peor traición de todas. ¿Por qué no la había buscado al regresar de York? ¡Pero claro! Había estado demasiado ocupado prodigándole sus atenciones a Elizabeth Williams, adulando al Rey y a la Rema. «Ningún hombre volverá a usarme jamás —pensó para sí—. ¡Ningún hombre!» —Luego se puso de pie y dejó al sacerdote.

Aquella noche en la sala Fiona lucía especialmente hermosa. Llevaba un abrigo color dorado y cobre sobre un vestido interior naranja tostado. Después de la cena, dijo:

—Nairn, ¿aún deseas que siga siendo tu esposa, o has cambiado de opinión? —Le dirigió una sonrisa seductora, los ojos esmeralda resplandecientes a la luz de las velas.

—Sabes que nunca te dejare ir, Fiona mía —le respondió en tono serio.

—Entonces será mejor que aprovechemos la presencia del padre Ninian para que bendiga nuestra unión. El plazo de nuestro matrimonio de prueba acabará dentro de unas pocas semanas, pero para entonces el padre ya no estará con nos semanas. Si quieres desposarte conmigo ante Dios, entonces hagámoslo y olvidémonos del asunto para poder continuar con nuestras vidas.

—¡Solo tiene que decir cuándo! —exclamó Nairn lleno de entusiasmo.

—Por la mañana, amor, antes de la misa, con toda la gente del castillo como testigos —propuso Fiona audazmente.

—¡Hecho! —gritó él, con los ojos rebosantes de felicidad—. ¡Entonces sí me amas, Fiona! Sabía que algún día me amarías.

—Tengo que amarte —le mintió ella—, o de lo contrario no debería casarme contigo en la santidad del templo. Escucha, Nairn, quisiera pasar sola la noche. Toma un baño antes de la ceremonia y no te presentes ebrio a tu boda, esposo mío. No me gustaría en absoluto. —Dicho esto se puso de pie y salió de la sala.

Para sorpresa de Fiona, Moire Rose se presentó en sus aposentos poco tiempo después.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó tranquilamente a la joven.

—Porque ya es hora —dijo Fiona—. Sabes que tarde o temprano, me hará otro niño y si no nos casamos la pobre criaturita nacerá como un bastardo. ¿A usted le gustó dar a luz a un bastardo?

Con una expresión seria en sus ojos azules, la mujer miró directamente a Fiona.

—Te lo advierto, Fiona Hay, si alguna vez lo deshonraras...

—Señora, no lo deshonraré ni acarrearé vergüenza sobre Nairn. Le doy mi palabra. Palabra de una Hay de la Montaña.

Moire Rose asintió con la cabeza.

—Te creo —dijo y se marchó.

—¿Por qué? —le preguntó Nelly, al borde de las lágrimas.

Fiona le contó lo que le había dicho el sacerdote y luego la interrogó:

—¿Quieres volver a tu hogar en Brae, Nelly? Ahora da igual que él sepa dónde estoy. Te enviaré de regreso si realmente lo deseas.

Nelly sacudió la cabeza.

—No, miladi. Mi lugar está a vuestro lado.

Las dos mujeres se abrazaron y Fiona le indicó a su doncella:

—Ve y envía al padre a verme. Si mi esposo o su madre preguntan por qué, diles que deseo hablar con él sobre la boda.

Cuando Nelly regresó con el padre Ninian, se metieron en la pequeña habitación de la doncella, donde podrían hablar en privado. Nelly se quedó en la puerta vigilando.

El sacerdote no tardó en exigir una explicación.

—¿Por qué habéis instigado este matrimonio, señora? ¿Es sensato?

—Hoy —dijo Fiona—, parte del mensaje del Rey, una parte que a usted le pareció inocente porque no la entendió pese a ser las palabras lo suficientemente directas, me dijo algo que yo no quería oír. Han desposado a la prima de la Reina con el hombre que yo amo. Con el verdadero padre de mi niño. Ya no puedo volver atrás, buen padre. Por lo tanto debo hacer lo que sea mejor para mí y para mi hijo. Colin MacDonald me ama y adora a mi hijo Alastair.

El Rey me ha usado como a una ramera cualquiera, sin pensar un instante en mis sentimientos. Alega que mi sacrificio es por Escocia. Bien, no sacrificaré nada más. ¿Por qué debería hacerlo? Si no puedo casarme con el hombre que amo, entonces me casaré con el hombre que me ama y ama a nuestro hijo. Dígame a Jacobo Estuardo que no seré más una espía suya. No convoca a una reunión en Inverness, pues espera lograr que los clanes se acobarden o le halaguen. Bien, puede que algunos, como los Campbell, cumplan sus órdenes, pero el Lord de las Islas no le jurará lealtad al rey Estuardo hasta que esté listo para hacerlo —y la mayoría de los clanes esperarán a los MacDonald antes de presentarse de rodillas ante Jacobo Estuardo—. Puede usted decirle al Rey que ya no puede asustarme con amenazas contra mi familia. Ya no me importa. ¿Acaso no tengo derecho yo también a un poco de felicidad? Además, ¿qué excusa podría él usar ahora para perseguir a jóvenes mujeres inocentes y a dos niñas? He cumplido su mandato y le diré al mundo que lo he hecho si continúa presionándome. ¿Cree que Brae seguirá siéndole leal al saber lo que nos ha hecho? ¿Cuándo sepa que su hijo lleva el nombre MacDonald y no Gordon? Este rey Estuardo no me usará más. Dígame que no rompo mi juramento de fidelidad hacia él, pero que soy una mujer y no puedo soportar más.

El sacerdote percibía en la voz de Fiona un dolor lacerante. No había nada que pudiera decir para consolarla. Su evaluación de la situación era acertada. La habían usado. No podía culparla por desentenderse de la situación y casarse con Nairn. Era una mujer bondadosa. El Rey debería haberse dado cuenta de que podía aguantar hasta determinado punto. La pobre muchacha había llegado a su límite y eso era lo que le diría al Rey cuando lo viera en Perth. Fiona no era una amenaza para Jacobo Estuardo. Era solo una mujer.

—Creo que has elegido la senda correcta, hija mía —le dijo—. El matrimonio o la iglesia es el mejor camino que una mujer puede tomar. Tienes un hermoso hijo y la esperanza de tener más niños. Con el tiempo este problema entre el Rey y los MacDonald se solucionará solo. A medida que el Rey logre un control más firme del resto de Escocia, Alexander MacDonald y su familia parecerán menos importantes e irritarán menos el orgullo de Jacobo Estuardo. El tiempo es la mejor cura para cualquier herida.

—¿Lo es, buen padre? —la voz de Fiona se quebró ligeramente—. Ruego a Dios y a su Santa Madre que tengáis razón.

Luego de darle su bendición, el padre Ninian se marchó.

—No he recogido suficientes semillas especiales, miladi —dijo Nelly preocupada—. El verano ha sido húmedo y las flores tardan en florecer y muchas de ellas se han podrido antes de dar semillas. Las que tengo apenas serán suficientes para un par de meses.

—No te preocupes, Nelly —le dijo Fiona a la muchacha—. Le debo un hijo a Nairn ¿no es verdad?

La pobre Nelly parecía otra vez a punto de echarse a llorar de tristeza. Si el *laird* de Loch Brae la hubiera repudiado a ella, no podría haberse sentido peor que ahora. Su tierno corazón sufría por Fiona.

Fiona la abrazó, consolándola.

—Ay, Nelly, qué ingenua fui al pensar que las cosas iban a resultar como yo quería a pesar de todo lo sucedido. De ahora en adelante debo tratar de ser más práctica. No estamos en una situación tan mala ¿no crees? Nairn me ama, aunque yo no lo ame. Seré una buena esposa para él, Nelly, pues él es bueno conmigo. Le debo eso, ¿no? Él ha sido tan engañado como yo por el rey Estuardo. Pero no voy a decírselo. Dejémoslo creer que me ha conquistado. —Rió con cierto pesar, pero luego, mirando a su compañera, dijo—: Tú también tienes un motivo para quedarte, ¿no es así, mi pequeña Nelly? Creo que Roderick Dhu quiere cortejarte en serio.

Las reconfortantes palabras de su señora habían secado enseguida las lágrimas de Nelly. De hecho se ruborizó al oír el nombre de Roderick Dhu.

—Así es —admitió—. Ahora el flacucho parece tener intenciones honorables hacia mí, miladi. ¿Os parece mal?

—No —dijo Fiona—. Si tú lo amas, no querrás regresar a Brae. Soy egoísta y también quiero que tú seas feliz.

—Siempre me ha hecho feliz estar a vuestro servicio, miladi —respondió Nelly con dulzura—. Ahora —dijo enérgicamente— ¿qué os pondréis mañana para vuestra boda? Necesito asegurarme de que el vestido esté limpio.

Fiona pensó un momento y luego decidió:

—Llevaré el *houppelande* de terciopelo verde oscuro con el *plaid* de mi esposo cruzado sobre el pecho y sujeto por la insignia de mi clan. Homenajearé a Colin MacDonald.



A la mañana siguiente, mientras Fiona estaba vistiéndose, Moire Rose se presentó otra vez a su habitación.

—Me he ocupado de organizar un pequeño banquete esta mañana —dijo.

Fiona se lo agradeció.

—Hoy todos nosotros empezamos de nuevo nuestras relaciones mutuas. El mundo que nos rodea está lleno de discordia, pero aquí en Nairns Craig vos y yo haremos un lugar de paz para nuestra familia, para que cuando mis hijos deban ir a la guerra entiendan lo valiosa que es la paz! y luchen con más ganas por conseguirla.

—Cuando mi MacDonald me dejó, quedé muy resentida —le dijo Moire Rose con franqueza—. Yo sabía que estaba casado con otra y aún así, pensé tontamente que podía

retenerlo con un hijo. Pero él tenía otros hijos. —Suspiró profundamente—. Fui una muchacha muy tonta. No escuché a mi padre y rechacé a mi propio hijo hasta que al final mi MacDonald se lo llevó de mi lado, permitiéndole visitar solo a mi padre cada verano. El ver a mi propio hijo regresar de Islay tan feliz y lozano solo agravó mi resentimiento. Y después de que murió mi padre continué con mi comportamiento desmedido.

—Pero desde que nació Alastair habéis cambiado, Moire Rose —le dijo Fiona.

—Sí, al principio, tu llegada me enfadó pero luego mi nietito vino a este mundo. Y al mirarlo, Fiona, me di cuenta de que no podía perder más tiempo enfadada. Me permití perder a mi único hijo aún antes de que naciera. No puedo culpar a nadie más que a mí misma. Donald MacDonald fue sincero conmigo. Acepto tu propuesta de que hoy todos empecemos de nuevo. Has traído felicidad a esta casa, aunque me doy cuenta de que todo esto no ha sido fácil para ti. Creo que amabas a otro hombre, pero no voy a hacerte preguntas. Ya tengo tu palabra de que no deshonrarás a mi hijo y te creo.

Para sorpresa de Fiona, los brazos huesudos de su suegra la envolvieron en un abrazo.

—Gracias, hija mía, por lo que has hecho por todos nosotros y por el amor que nos has regalado.

Fiona correspondió suavemente al abrazo de Moire Rose, besándola en la mejilla antes de soltarla.

—Será mejor que termine de vestirme —dijo con suavidad.

La anciana asintió con la cabeza.

—Sí. Ya están esperándote en la sala. Nairn está tan nervioso que uno creería que va a casarse contigo por primera vez. —Rió por lo bajo—. Le ofrecí una copita de vino pero no me lo aceptó, pues dijo que tú le habías ordenado que se presentara sobrio a su boda.

Fiona no pudo evitar sonreír ante esas palabras.

—También le mandé que se bañara —agregó con picardía.

—Huele como un ramo de flores —le aseguró Moire Rose. Despidiéndose con una inclinación de cabeza, salió de la habitación.

Fiona se puso de prisa sus medias blancas limpias y un par de botas cortas de napa. Nelly echó encima de su señora una suave camisa de algodón, seguida del *bouppelande* de terciopelo color verde bosque. Luego la doncella cepilló el largo cabello negro de su señora, acomodándolo en la redcilla de plata. Sobre esta colocó una banda de brocado de plata y terciopelo verde oscuro con una piedra verde en el centro que quedó justo en medio de la frente de Fiona. Para terminar, Nelly le colgó cuidadosamente el *plaid* llamado MacDonald de Caza, el favorito de Colin MacDonald. Era de color verde hoja con dos clases de franjas blancas (angostas y anchas) y cuadros de un verde más oscuro entretejidos aquí y allí dentro del diseño. Nelly prendió sobre el hombro de su señora el broche que la identificaba como la jefa del clan Hay. La insignia era circular con un halcón posado sobre la corona del escudo de armas. Impreso sobre la insignia, el lema del clan: *Serva Iugum*, o «Aceptad vuestro deber». Fiona sonrió. Ella parecía haber estado haciendo eso desde el día de su nacimiento. Y era poco probable que alguna vez dejara de hacerlo.

Bajó a la sala junto a Nelly, precedidas por el gaitero de Nairn que iba tocando. Para sorpresa de Fiona, el sol brillaba a través de las altas ventanas. Era un buen presagio, pensó. Ramas con coloridas hojas decoraban la sala y toda la gente del castillo se había reunido allí. Oyó lloriquear a Alastair en brazos de la muchacha elegida para cuidarlo. Sobre la mesa alta estaba el crucifijo itinerante del padre Ninian junto con un par de candelabros de plata en los cuales ardían velas de cera. El gaitero dejó de tocar.

—¿Estás lista para empezar, hija mía? —le preguntó el sacerdote.

Fiona asintió con la cabeza, alargó la mano para coger la de Colin y lo condujo ante el padre Ninian. Este dio inicio a la ceremonia, pero Fiona apenas prestaba atención a sus palabras. El hombre junto a ella debería haber sido Angus Gordon. Pero este la había dado por muerta o por

perdida con demasiada facilidad y había tomado una insípida esposa inglesa para complacer a su Rey. «¡Maldito sea por eso! No», se dijo con decisión. Debía dejar atrás su enojo. No podía, ni quería, empezar con el corazón lleno de resentimiento este matrimonio definitivo con Nairn. Colin era un buen hombre y la amaba. Merecía una esposa que le fuera fiel, no solo con el cuerpo sino también con el pensamiento.

«Adiós, mi Angus *el Negro*». No volvería a pensar en él.

Ya estaban casados. Nairn la besó con entusiasmo y volviéndose hacia la gente declaró ese día como festivo para todos los moradores del castillo y todos los miembros de su clan.

—¿Qué quieres que te dé, Fiona mía? Hoy te daré todo lo que pueda darte. Te amo mucho —declaró en voz alta ante toda la gente allí congregada—. ¡No tienes más que elegir un regalo y será tuyo!

—Haced las paces con vuestra madre —le dijo ella en voz baja, aunque todos la oyeron y las miradas sorprendidas se dirigieron de la novia a Moire Rose. Fiona hizo una seña a su suegra para que se acercara a ellos—. En mi casa reinará la paz, Colin MacDonald. Vuestra madre y yo ya hemos hecho las paces, pero no tendremos verdadera paz hasta que vosotros dos también os hayáis reconciliado. Ese es el regalo que os pediré, señor y esposo mío.

Madre e hijo se miraron, sin saber bien qué decir. Con voz suave, Moire Rose rompió el silencio:

—Fiona había dicho que este sería un nuevo comienzo para todos nosotros, Nairn. —Las lágrimas anegaban sus ojos azules—. Te parece tanto a él, hijo mío.

—Pues ya tenemos algo en común, señora —le dijo Nairn suavemente—. Ambos hemos amado a Donald MacDonald. —La envolvió en un gran abrazo mientras toda la sala prorrumpía en vivas.

—Habéis hecho un milagro, miladi —le dijo sinceramente el sacerdote a Fiona—. Dios la bendecirá por esto. Sin duda estabais predestinada a venir a Nairns Craig.

—Aseguraos de decírselo al Rey cuando lo veáis —susurró Fiona. Al oír el llanto de su hijo se levantó de la mesa alta para ir a amamantarlo—. Regresaré cuando tu hijo haya saciado su apetito —le dijo al novio, quien tenía que admitir que estaba muy guapo con su kilt y camisa blanca.

Él la miró con una amplia sonrisa, y mientras la joven se alejaba le dijo:

—El niño pronto va a necesitar un compañero de juegos, querida. Debemos pensar en eso.

Fiona se volvió para decirle:

—¿Un perrito quizá, Colly? —Luego, riendo, se apresuró a ir en busca del niño.

—Vos sois un joven afortunado, Colin MacDonald —le dijo el sacerdote—. Muchos casos de matrimonios de prueba, o de robo de la novia no tienen un final tan feliz como este. Recordad la tragedia de los padres de vuestra esposa. Esta noche no olvidéis agradecer en sus oraciones a Dios nuestro Señor. Haremos las completas antes de retirarnos a descansar³⁴. Y mañana después de la misa partiré. No regresaré hasta la primavera.

—¿Estáis seguro —preguntó Nairn al padre Ninian— que no quiere quedarse con nosotros, padre? Sería muy bienvenido.

—No, hijo mío —respondió el sacerdote—. Este invierno la abadía de Glenkirk me servirá para renovarme, metiéndome de lleno otra vez en la vida religiosa de mi comunidad. Pero en cuanto venga el primer viento del sur, se derrita la nieve en las montañas, o brote una violeta bajo mis pies, me pondré en camino una vez más para traer el consuelo cristiano que pueda a estas tierras altas. Quizá cuando me haga más viejo me establezca en un lugar, pero no ahora, milord, aún» que agradezco vuestro ofrecimiento.

³⁴ Última parte del oficio divino (oración litúrgica de la iglesia católica), con que se terminan las horas canónicas del día. (N. de la T.)

Pasaron el resto del día comiendo y bailando. Al llegar la tarde, salieron al gran patio cubierto de hierba del castillo, donde los hombres se quitaron la camisa y se inició una competencia de lanzamiento de jabalinas y pesadas bolas de piedra. Se trajeron barriles de cerveza y pronto la puntería de los hombres se hizo menos precisa. El gaitero empezó a tocar, siguiéndolos de regreso al salón al anochecer. Una vez más Fiona bailó la danza nupcial con su esposo, luego de lo cual los hombres empezaron a bailar y de repente Roderick Dhu estaba pavoneándose descaradamente frente a Nelly, a quien le alargó la mano.

La muchacha dudó un largo momento, pero al final aceptó la invitación y salieron a bailar. Todos los presentes sabían lo que eso significaba. Al invitarla a bailar, Roderick Dhu hacía pública su intención de cortejar formalmente a Nelly. Hasta tanto la muchacha lo aceptara o rechazara, ningún otro hombre iba a acercarse a ella con intenciones serias. La mirada en el rostro de Nelly dejaba claro que aquella noche era la muchacha más feliz del lugar.

—¿Lo apruebas? —le preguntó Nairn a Fiona.

Ella asintió.

—Es la elección de Nelly. Le ofrecí enviarla de regreso a Brae pero ella insistió en quedarse conmigo y no solo por tu muchacho. Es mi doncella, pero también mi amiga, Colly. Nelly hará su voluntad en cuanto a este asunto.

—Cosa que tú no pudiste hacer —le dijo él suavemente.

—Oh, al final yo he hecho mi voluntad, Colin MacDonald. No me habría casado contigo ante la Iglesia si no hubiese querido. Ahora déjame ir, pues el niño necesita alimentarse antes de dormir.

—Tenemos que encontrarle al muchachito un ama de leche

—Todavía no.

—Pronto —dijo él tras los dientes apretados—. Mi hijo me quita tu tiempo. Me doy cuenta de que estoy poniéndome celoso.

—Dentro de unos meses escogeremos una muchacha saludable para que amamante a nuestro muchachito. Para entonces sin duda estaré otra vez embarazada, milord, si puedes cumplir con tu deber. —Con un guiño travieso se apresuró a salir.

Él la miró marcharse al encuentro del hijo de ambos, lleno de curiosidad por su cambio de actitud. Volviéndose hacia el sacerdote le dijo:

—Ella ha cambiado totalmente desde que vos llegasteis. ¿Qué os ha dicho, padre?

Mientras pensaba cuál sería la mejor respuesta, el clérigo levantó la vista a regañadientes, pues su plato estaba lleno del tipo de delicias que no volvería a ver cuando regresara a la abadía para pasar el invierno.

—Desde el principio he aconsejado el matrimonio en el seno de la santa Iglesia, milord. Cuando conocí a vuestra esposa, hace casi un año, ella estaba enojada con vos pues hacía poco que la había raptado. Pero desde entonces ha llegado el niño y ella le ha dado de mamar. Por fin está contenta. Ha encontrado la paz interior. No os cuestionéis vuestra buena suerte. Ella es una buena mujer y ha traído tranquilidad a vuestra casa.

—Supongo que tenéis razón, padre —replicó Nairn, pensando que el consejo del sacerdote era bueno. El corazón de Fiona parecía estar inclinándose hacia él, como siempre había deseado. Sin embargo, en medio de su felicidad, el gusanito de la duda empezó a retorcerse en su interior.

—En vuestros viajes pasáis cerca de Brae —le dijo—. ¿Qué sabéis del *laird*? ¿Ha buscado a Fiona?

—Sí, lo ha hecho —respondió el padre Ninian—, pero vos habéis cubierto bien sus huellas, milord, pues él no ha hallado rastro de la joven.

—¿Entonces ha dejado de buscarla, así como así? No hubiera creído que renunciaría tan fácilmente.

—El Rey le ha dado una esposa —dijo el sacerdote, recordando lo que Fiona le había contado (y deseando desviar los pensamientos de Nairn)—. Ella está embarazada.

—¿Sí? Entonces espero que tenga un hijo tan hermoso como el mío.



Después de que todos se hubieron marchado Colin se quedó en la sala mirando cómo su esposa cumplía con sus tareas domésticas del final del día. Se habían desocupado los caballetes que ahora estaban otra vez apoyados contra los muros. Apagó las velas y luego la lámpara. Cubrió cuidadosamente el fuego en todas las chimeneas y luego llamó a Colin. Este se levantó y la acompañó escaleras arriba hasta la habitación de ambos.

—Ya he mandado a Nelly a dormir —dijo ella suavemente mientras atrancaba la puerta tras ellos—. Cada uno puede ayudarle al otro a desvestirse, ¿no te parece? —Se sentó y estirando un pie, dijo—: Quítame las botas, milord.

Él le quitó las botas y continuó con las medias de punto. Luego se sentó para que ella pudiera imitarlo.

—Levántate —le dijo él.

Fiona obedeció la orden y quedando de frente le desató la camisa mientras él hacía lo mismo con su vestido. Ella le acarició, recorriéndolo. Luego le descubrió los hombros. Él le quitó el *bouppelande*, que pareció derramarse a los pies de la joven, rodeándole los tobillos. Rápidamente Fiona se quitó la camisa, luego desabrochó el ancho cinturón de cuero que él llevaba puesto. Su kilt cayó al suelo. Con dedos torpes él le quitó la banda que llevaba en la frente y luego la redecilla poniéndolas sobre una mesa.

—Dime, Nairn —dijo en voz baja y seductora— ¿alguna vez le has hecho el amor a una mujer lentamente? —Alargó la palabra para que sonara leentamente.

—Sí —le respondió él, fascinado por esta nueva mujer en la que ella se había transformado de repente.

—A mí nunca me lo has hecho lentamente —le dijo ella—. Siempre ha sido una batalla entre nosotros. Siempre rápido.

—Temía que si no tomaba rápidamente lo que quería —confesó él con franqueza—, no obtendría nada de ti, Fiona mía.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, apretando su propia desnudez contra la de él.

—Le dije a tu madre que todos empezáramos de nuevo, Nairn. —Bajó la cabeza para que los labios de ambos casi se tocaran—. ¿No te gustaría un nuevo comienzo conmigo? —La joven le recorrió los labios con la punta de la lengua, mientras le estrujaba las nalgas.

—¡Jesús! ¡Sí que eres descarada! —Gimió al sentir contra su cuerpo la presión de los muslos calientes de ella—. ¡Te deseo, Fiona mía!

—Lentamente, Nairn, ve despacio conmigo —le recordó, rozándole provocativamente los labios con los suyos—. Quisiera tener toda una noche de puro placer entre tus brazos. Es nuestra noche de bodas.

Estaba enloqueciéndolo con su seductor hechizo. Él respiró profundamente para aclarar la mente y recobrar el control de la situación. Ella lo miraba con una ligera sonrisa burlona.

—No sabía que podías convertirte en semejante bruja —le dijo finalmente riendo entre dientes—. Hasta ahora habías sido muy mesurada, querida. Si sueltas a la bestia que hay en mí, deberás pagar las consecuencias. ¿Estás preparada para eso, Fiona mía?

Ella rió suavemente.

—Domaré a la bestia que hay en ti, Colín MacDonald —dijo audazmente—. La pregunta es si tú puedes domar verdaderamente la bestia que hay en mí. —Rodeándole el cuello con los brazos, ella se impulsó para saltar, envolviéndole la cintura con sus piernas esbeltas y fuertes.

Él hizo frente al desafío, fundiendo sus bocas con salvaje pasión. Las lenguas se entrelazaron sensualmente. La carne de Fiona ardía contra la de él. La joven echó la cabeza hacia atrás y él se inclinó hundiéndole la lengua entre sus pechos, para luego subir lentamente lamiendo

el espacio entre las colinas gemelas, cruzando la parte superior del pecho deslizándose sobre la palpitante carne del cuello tenso hasta la punta de la barbilla. La sentía vibrar ante su contacto y le dijo en tono burlón:

—Ya estás lista para que te penetre, cariño, pero vamos a ir despacio tal como me lo has pedido.

Atravesó la habitación con ella, la depositó sobre el borde de la cama y, levantándole las piernas, las apoyó sobre sus anchos hombros para poder contemplarla a gusto.

Fiona estaba atónita, pero no protestó. Estaba dispuesta a complacer sin reservas todos y cada uno de los deseos de Colin. Aun así, nunca hubiera imaginado ver hundirse entre sus muslos la cabeza color de fuego. Sintió apenas la punta de la lengua tocar su botoncito dulce y empezó a moverse rápida y voluptuosamente hacia delante y hacia atrás. La sensación era a un tiempo tan intensamente ajena y excitante, que por un momento la dejó sin aliento. Para su sorpresa, empezó a sentir una llamita de excitación. Jadeó, y la sensación se extendió hasta dejarla sofocada, casi ahogada por el placer que él le estaba proporcionando.

—*¡Colin! ¡Ay, virgen santísima, me estás matando!* —Retorciéndose, intentó escabullirse, pues esto se estaba tornando demasiado difícil de soportar, pero las grandes manos la aprisionaron férreamente de las caderas, sosteniéndola con firmeza.

—Entrégate a mí, Fiona mía. —Él lanzó un gemido y al instante su boca y lengua estaban otra vez estimulando la sensible carne.

Ella nunca antes se había permitido confiar tan completamente. Jamás había abandonado verdaderamente el control total de sí misma. Pero ahora Colin la tentaba, la desafiaba, la seducía para que confiara plenamente en él como jamás había confiado en nadie, ni siquiera en Angus Gordon. Por un momento la culpa puso en tensión su cuerpo, pero enseguida volvió a relajarse. Colin MacDonald era su marido. Fiona tomó aire y, al soltarlo, se entregó totalmente a este hombre apasionado. La recompensa llegó casi instantáneamente, cuando el placer la invadió en sucesivas oleadas hasta que perdió la conciencia, presa del más puro disfrute.

Al alzar la cabeza, Colin vio reflejada en el hermoso rostro la satisfacción que él le había dado. Su miembro estaba duro como el hierro y listo para ser satisfecho. La acomodó sobre la cama y él se acostó a su lado, atrayéndola hacia sus brazos y besándola profundamente, su lengua abriéndose camino dentro de la boca de ella para que la joven pudiera sentir su propio sabor. Fiona se estremeció y entreabrió los ojos. Él se movió para acariciarle los pechos, firmes globos gemelos coronados por pezones desafiantemente erectos. Su boca se cerró sobre uno de esos pezones, succionando con fuerza hasta llenarse de leche, que tragó ávidamente.

—*¡Colly!* —Su tono tenía algo de escandalizado.

Él alzó la cabeza lentamente, diciendo:

—¿Por qué darle solo a nuestro hijo una de las mejores cosas que tienes, y negármela a mí, Fiona mía? Para mañana tus pechos estarán otra vez lo suficientemente llenos para alimentar al niño. —Se movió hacia el otro pecho.

Ella le pasó los dedos entre el cabello dorado rojizo. De alguna manera, lo que él hacía los unía más que nunca. La joven le acarició la nuca.

Una vez más él alzó la cabeza y los ojos azules se encontraron con los verdes.

—Ya no puedo seguir yendo despacio, cielo —le dijo con voz pastosa. Luego cubrió con su cuerpo el de ella, penetrándola con gran medida.

—Ay, milord, quiero tenerte en lo más profundo de mí, Colly. ¡Hazme el amor hasta llenarme por completo!

Empujando las piernas de Fiona hacia arriba y atrás, se hundió en su cuerpo más profundamente de lo que ella podía recordar lo hubiera hecho hombre alguno. Empezó a moverse rítmicamente encima hasta que ambos se sintieron casi enloquecidos de pasión y al llegar al clímax gritaron su alivio.

Luego la acunó entre sus brazos, acariciándole el cabello oscuro, canturreándole melodías improvisadas.

—Nunca había conocido una muchacha como tú, Fiona MacDonald —le dijo con admiración.

Ella soltó una débil risita, exhausta por el sensual combate.

—En la batalla del amor —le dijo—, creo que luchamos de igual a igual, esposo mío. Nunca antes me habían hecho el amor como tú me lo has hecho esta noche. —Suspiró feliz acurrucándose contra el pecho de él.

Colin sonreía rodeado por la oscuridad de la habitación. Estaba firmemente convencido de haberse librado del fantasma de Angus Gordon, *el Negro*.

—Te amo, querida.

Aguardó a ver si oía de labios de ella las palabras que tanto anhelaba. ¿Las diría por fin esta noche? ¿O tendría que seguir esperando?

Fiona debatía consigo misma. ¿Lo amaba? No lo sabía. Sin duda era un amante magnífico pero, en el fondo, también un romántico. Necesitaba oírla declarársele.

—Mis sentimientos hacia ti han cambiado —le dijo—. Creo que podría amarte, Colin MacDonald. Quizá ya te amo, pero cuando finalmente tenga el coraje de decir esas palabras, esposo mío, no te quedará duda de que realmente lo digo de corazón.

—Entonces esperaré, querida, pues sé que eres una mujer franca que no me engañaría. —La besó sobre la cabeza.

Por un instante Fiona se sintió llena de culpa, pero se sobrepuso. No había hecho nada para dañar a los MacDonald. Antes de hacer sus votos matrimoniales ante la Iglesia, le había dicho al padre Ninian que no iba a continuar siendo una espía al servicio de Jacobo Estuardo. Por la mañana le devolvería al sacerdote la moneda del Rey. Ahora era la señora de Nairn y no tendría otra ocasión de usarla.

Capítulo 13

Jacobo Estuardo miraba caer la llovizna sobre el cristal. Fuera, en el patio, hacía un día gris y ventoso. Pese a estar a principios de diciembre, el invierno ya empezaba a notarse en el entorno. Observó apearse al jinete que acababa de entrar al patio y entregarle el caballo a uno de los mozos de cuadra. El jinete le resultaba familiar y sonrió. Llamó a su paje y cuando el muchacho se presentó le dijo:

—Un sacerdote, un tal padre Ninian, acaba de llegar. Se acaba de apearse del caballo y está entrando por la puerta norte del patio. Ve a buscarlo y tráemelo, y luego sírvenos ponche caliente de vino tinto.

Tras hacer una reverencia, el paje salió a toda prisa.

El Rey se frotó las manos y tarareó una cancioncilla. Sabía que Ninian vendría pronto, pero con el sacerdote uno nunca podía estar seguro de la fecha exacta de su llegada. Ninian Estuardo, humilde sacerdote, hijo único del hijo mayor de Euphemia Ross, David, duque y conde de Strathearn. Era ilegítimo y nacido cinco meses después de la muerte de su padre. Su madre había vivido solo seis años luego del nacimiento del niño. A la muerte de ella, el padre de Jacobo Estuardo, el rey Roberto III, había enviado al muchacho a la abadía de Scone para protegerlo. Se haría sacerdote, lo cual lo dejaría al margen de la guerra de aniquilación mutua que se libraba en el seno de la familia Estuardo por el trono de Escocia. Pocos, si acaso alguno, de los parientes de Jacobo Estuardo recordarían al hijo bastardo de David Estuardo. Quizá Atholl, pero jamás lo relacionaría con el padre Ninian, ya que solo había visto al hijo de su hermano unas pocas veces cuando era un niño y nunca más desde entonces.

La puerta se abrió. Hicieron entrar al padre Ninian Estuardo. Los dos hombres se abrazaron y luego Jacobo Estuardo dijo:

—Ve a buscar el ponche caliente, Andrew. Nuestro buen padre debe estar helado después de cabalgar en un día tan húmedo y oscuro como el de hoy.

El joven se apresuró a salir de la habitación para cumplir el encargo de su amo.

—¿Andrew qué?

—Leslie —respondió el Rey, sentándose junto al fuego.

—¿Qué le sucedió al paje de los Douglas?

—Los Douglas ya no cuentan con el favor real, Ninian —le contó el Rey a su primo—. Envié al muchacho a su casa. Tengo una hija, Margaret —añadió—, y un bebé en camino, que con un poco de suerte será un príncipe.

—Rezará para que la Reina siga teniendo buena salud.

Ambos hombres se sentaron a charlar sobre trivialidades hasta que el paje hubo regresado con el ponche caliente y se hubo marchado de nuevo, cerrando la puerta tras de sí. El Rey sorbió su vino.

—Por supuesto querrás noticias del norte —dijo Ninian Estuardo en voz baja.

—¿Y el Lord de las Islas?

—Está decidido a postergar su juramento de lealtad hacia ti hasta que no le quede otro remedio.

—Los Campbell me han jurado lealtad —dijo el Rey.

—Suelen estar en desacuerdo con los MacDonald, como sabes y no son un clan de lo más influyente, primo.

—Entonces hasta que los MacDonald no me juren lealtad no puedo esperar que los otros clanes de las tierras altas lo hagan. ¿Por qué Alexander MacDonald es tan obstinado?

—Porque los MacDonald han reinado en las tierras altas desde tiempos inmemoriales. Es difícil para ellos ceder su autoridad a un rey Estuardo al sur del río Tay.

Ninian se preguntaba por qué Jacobo no lo entendía. Ya habían hablado del tema un centenar de veces. El Rey calificaba de obstinado al Lord de las Islas, pero Jacobo era igual de testarudo. Peor aún, se negaba a aceptar que el Lord de las Islas se consideraba a sí mismo igual —y posiblemente superior— al Rey.

—Convoca a una reunión de los clanes en Inverness el próximo verano —le aconsejó el sacerdote—. Todos la esperaban el verano pasado, primo, y los desilusionó que no solicitaras su presencia. Cuanto más esperas, mayor es la ofensa para el Lord de las Islas y sus aliados. Yo sabía que ibas a ser un soberano fuerte, pero no es deshonoroso mostrar un poquito de comprensión.

—No los convoqué a Inverness el verano pasado porque quería poner a prueba la entereza de los clanes —dijo el Rey—. ¿Y cuál fue el resultado, primo? Los Campbell y sus aliados vinieron a postrarse ante mí. ¡Voy a dividir y a conquistar a estos norteños demasiado orgullosos! Uno o dos veranos más y seguramente estarán lo suficientemente asustados como para venir a jurarme lealtad.

—Debes entender que el Lord de las Islas no cree necesitarte y tiene razón. Sabe que tú necesitas mucho más de él si quieres que los clanes del norte se reúnan bajo tu mando. Invita a los clanes a Inverness y deja que todos ellos hagan las paces contigo honorablemente.

—Lo haré a su debido tiempo —dijo Jacobo Estuardo—. Pero aún no.

—He traído algo para ti. —Alargando la mano, Ninian le mostró al Rey su moneda sobre la palma.

El Rey cogió la moneda y al reconocerla, preguntó:

—¿Dónde la has conseguido? Seguramente no es la tuya, primo.

—Fiona Hay te la devuelve —le dijo el sacerdote al Rey.

—¿Por qué?

—Porque no quiere seguir siendo una espía a tu servicio, primo. —Fue la sencilla respuesta—. La has llevado demasiado lejos.

—¿Se ha enamorado de Nairn? —preguntó el Rey irritado.

—Le tiene cariño, pero ¿amarlo? No, no lo creo. Sin embargo, se ha casado con él. Dice que no lo espiaré ni a él ni a su familia. No es honorable.

—Si no lo ama, ¿por qué demonios se casó con él, Ninian? —le preguntó el Rey al sacerdote—. Cuando la envié al norte, verdaderamente creí que su pasión por Angus Gordon la preservaría de algún tonto enredo con Colin MacDonald. ¿Qué ha sucedido? ¿O es que simplemente es una mujer voluble?

—Fiona estaba encinta de Angus Gordon cuando la enviaste a las tierras altas, primo. Como no estaba segura de su estado, temió negarse a obedecerte, no fuera que luego resultase que no estaba embarazada y la acusaras de perfidia.

—¡Jesús! —susurró el Rey—. ¡Ninian, yo no lo sabía! ¡Lo juro por la Santísima Virgen y por mi dulce Juana! ¡No lo sabía!

—MacDonald la tomó en matrimonio de prueba en el palacio que su hermano tiene en Islay. Él realmente cree que el niño es hijo suyo. El muchachito se llama Alastair Jacobo, en honor a su hermano y a ti. Cuando visité Nairns Craig a principios del otoño de este año y le di a Fiona tu último mensaje se sintió desolada al enterarse de que la prima de la Reina se había casado con su antiguo enamorado. Como el plazo del matrimonio de prueba estaba llegando a su fin, Fiona me pidió que, antes de regresar al sur a causa del invierno, la casara con Colin MacDonald. Creyó que no le quedaba nada por hacer. Ahora que es, la legítima esposa de Nairn,

no seguirá siendo tu espía. No puedes culparla y, además, la información que te envió tampoco era tan valiosa como para que la extrañes. Dispénsala, Jacobo Estuardo.

—Le has tomado cariño, ¿verdad?

Ninian asintió con la cabeza.

—Así es. Es una buena mujer que se ha enfrentado a los hechos y ha hecho con su vida lo mejor que ha podido. Protegió a su hijo como debía hacerlo y ahora que está casada con Nairn quiere serle totalmente leal. Me encargó que te dijera que te sigue siendo leal. Aún es tu leal súbdita, pero no será tu espía.

—Extraña clase de lealtad la que me ofrece —gruñó el Rey.

—Cede un poco, Jacobo Estuardo y deja en paz a la muchacha. No puede soportar más de lo que ya ha soportado. Lo que hiciste fue cruel, primo, al forzar a Fiona Hay a servirte. Y has privado a Angus Gordon de su hijo y heredero, aunque supongo que la señora Elizabeth le dará muchos niños.

Decididamente el Rey parecía incómodo, pero sabiendo que cualquier cosa que le dijera al sacerdote era confidencial, dijo:

—Elizabeth no está casada con Angus Gordon, sino con Ian Ogilvy. Angus todavía está en Inglaterra con nuestro tío Atholl, negociando mejores condiciones para los pagos por mi manutención.

—Entonces ¿por qué —preguntó el sacerdote en tono crispado— le mandaste a decir a Fiona Hay que la señora Elizabeth Williams se había casado con alguien escogido por sus tutores? Fue ese mensaje tuyo, que yo le transmití, lo que precipitó su decisión de casarse con MacDonald de Nairn.

—Lo único que pretendía era que ese mensaje la hiciera quedarse en el norte con Nairn —dijo el Rey—. Sabía que ella supondría que lo que yo quería decir era que el novio era Angus. Creí que eso la enojaría más y reforzaría su decisión de permanecer allí en vez de regresar a hurtadillas a su torre de la montaña. No sabía que estaba embarazada o que se casaría con Nairn. Pensé que su orgullo la mantendría donde yo la quería en vez de llevarla a regresar deshonrada.

—Primo —dijo el sacerdote en tono de desaprobación—, te has entrometido en las vidas de otros con una libertad que solo le cabe a Dios. Le has robado a Angus Gordon su hijo. No sé qué pueda sucederle al *laird* de Loch Brae, pero agradezco a Dios que Fiona Hay esté protegida por el amor de Colin MacDonald, pues, primo, él la ama de verdad. ¿Has hablado con tu confesor acerca de todo el daño que has causado?

—Son asuntos de Estado —dijo el Rey a modo de explicación—. Ya lo has oído. Tú eliges ver como pecados las decisiones que tomé por el bien de Escocia. Dame una penitencia, Ninian, y la cumpliré.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No, primo, no voy a absolverte, pues no estás en absoluto arrepentido de lo que has hecho. Sabes que un penitente debe sentir arrepentimiento. —Esbozó una sonrisa para suavizar el tono de su decisión, pues no deseaba ofender a su primo.

El Rey se encogió de hombros.

—No puedo estar arrepentido de haber hecho lo que creo es lo mejor para Escocia. No se me ocurre otro camino que el que he tomado. Espero que tú quieras continuar a mi servicio.

—Sí —dijo el sacerdote—, pero no solo por ti. Por los hombres y mujeres de todos los clanes con quienes he hecho amistad a lo largo de los años que he pasado viajando por el norte llevando a Dios y sus sacramentos a esos pueblos de gente buena. Ellos no son tus enemigos, primo. Son lo que queda de nuestro pasado como pueblo orgulloso y libre. Con el tiempo vendrán a ti si los tratas con respeto y bondad. No escuches los consejos de hombres codiciosos y ambiciosos, primo.

—No puedo mostrar debilidad, Ninian.

—Mostrar respeto por el otro, primo, no es debilidad —fue la serena respuesta. El sacerdote bebió lo que le quedaba de ponche y se puso de pie—. A menos que me necesites para algo más, iré a presentarle mis respetos al abad y a bañarme antes de las vísperas³⁵.

—Puedes irte —dijo Jacobo Estuardo—, pero ven a verme a menudo hasta que decidas regresar al norte.

Tras hacer una respetuosa reverencia, el sacerdote partió.

El Rey volvió a sentarse, moviendo una y otra vez en forma circular la copa que aún conservaba un resto del vino y especias. Estaba irritado consigo mismo por haberse equivocado al juzgar a Fiona Hay. Sin duda la información que ella le había enviado había resultado valiosa hasta cierto punto, pero nada trascendental. La había puesto a espiar a Nairn porque instintivamente sabía que algún día ella tendría algo verdaderamente valioso que contarle. Pero ahora eso ya no sucedería, y todo porque él había sido demasiado despótico en su trato con ella. Debía aceptar que la había perdido. Fiona Hay estaba tan fuera de su vida como de la vida de Angus Gordon.

Y en este punto, Jacobo Estuardo sintió una punzada de culpa, porque en el fondo era un hombre decente. Rogaba a Dios que Angus Gordon nunca se enterase de cuánto había tenido que ver él en su separación de Fiona. Rogaba a Dios y a su Santísima Madre que Angus jamás supiera que tenía un hijo que crecería con el nombre de Alastair MacDonald. El Rey le envidiaba a su amigo ese hijo desconocido, pues él también deseaba un hijo. La Reina ya había dado a luz a una hija a quien habían llamado Margaret. Era un bebé hermoso y regordete que tenía el cabello castaño rojizo de su madre. Soñaba con un matrimonio que algún día transformara a su hija en reina de Francia. En el ínterin, el Rey le pedía a Dios un hijo varón.



La primavera siguiente la Reina dio a luz a una segunda hija, a quien llamaron Isabella. Al año siguiente la reina Juana finalmente le dio a Escocia su tan largamente esperado heredero, un pequeño príncipe llamado Alexander, pero el bebé era débil. Se temía que no sobreviviera y por lo tanto era necesario que la Reina no cesara en sus esfuerzos por darle más príncipes a Escocia.

El principito había nacido a fin de año. La noticia de que el Rey por fin tenía un hijo varón había llegado aún hasta las nevadas tierras altas, y los bonachones nortños celebraron el nacimiento del niño.



En Nairns Craig, Fiona estaba sentada ante el telar en su sala mirando a sus hijos jugar en el suelo. Alastair cumpliría tres años a fines de la primavera. Mary tenía dieciséis meses y un nuevo bebé nacería antes de que la nieve de las montañas se derritiera a principios de la primavera. Mary era el vivo retrato de su padre y llevaba ese nombre en honor de sus dos abuelas, cuyos nombres eran variantes celtas de la versión inglesa.

—Los tiempos están cambiando —había dicho Fiona después del nacimiento de su hija—. Con el tiempo haremos las paces con el Rey. Hasta puede que nuestra hija vaya a la Corte a servir a la Reina. Lo mejor será ponerle un nombre que todos entiendan, especialmente los que no hablan gaélico.

Moire Rose estaba de acuerdo con su nuera.

MacDonald de Nairn rió.

³⁵ Una de las horas del oficio divino, que solía cantarse hacia el anochecer. (N. de la T.)

—No puedo ganaros a ambas. ¿Es natural que una esposa y su suegra sean tan buenas amigas? —dijo en tono burlón.

—¡Por cierto que lo es, si viven en la misma casa! —dijo Fiona, y Moire Rose soltó su extraña risa áspera.

El Rey no había convocado una reunión de los clanes ni en 1426 ni en 1427. Las tierras altas permanecían en relativa calma, pero el Lord de las Islas y la mayoría de los jefes de clanes aún no le habían jurado lealtad a Jacobo Estuardo. Este había llegado al punto en que su única opción era llamar a los clanes a reunirse en Inverness o admitir que no controlaba la totalidad de sus tierras. La asamblea se fijó para mediados de julio. La torre del castillo de Inverness fue reparada para la llegada de Jacobo Estuardo ese verano.

El Lord de las Islas envió mensajeros a todos los clanes ordenándoles que fueran a Inverness en respuesta a la llamada de Jacobo Estuardo. En los cuatro años transcurridos desde el regreso del Rey a Escocia, este había dejado que las tierras altas se cuidaran solas y MacDonald se había ocupado de mantener la paz. El Lord de las Islas estaba casi decidido a jurarle lealtad a este Rey. Sin embargo, antes de tomar la decisión final, quería conocer bien a este hombre.

Fiona sabía que, de paso hacia Inverness, su cuñado haría un alto en Nairns Craig. El mensajero había dicho que el Lord de las Islas viajaría con su madre, la anciana condesa de Ross, quien también le juraría lealtad al Rey si su hijo lo hacía. La esposa del Lord, una mujer tímida, prefirió quedarse en Islay. Como Fiona no había regresado a Islay desde su primera visita, aún no había conocido a ninguna de estas dos mujeres. La anciana Condesa tenía fama de ser, con mucho, la más interesante del par.

Los viajeros llegaron a Nairns Craig en compañía del padre Ninian. Fiona se mostró encantada de ver al sacerdote, pues hacía tres meses que había dado a luz a su segunda hija. Era necesario bautizar a la niña, a quien llamaron Johanna en honor de la Reina. Eufemia MacDonald, condesa de Ross, se ofreció a ser la madrina de la niña, un inmenso honor para los MacDonald de Nairn. Y más tarde, cuando todo el mundo hubo admirado a Alastair y Mary, y Johanna ya se había alimentado, la familia se reunió a cenar en la sala.

El padre Ninian trajo noticias. El pequeño príncipe, Alexander MacDonald no había sobrevivido al invierno, pero la Reina estaba embarazada de nuevo y se esperaba que les diera el heredero que hacía falta.

—Tienes suerte con tus hijos, Colin MacDonald —le dijo el clérigo—. Tu hijo, gracias a Dios, es un muchachito saludable, lo mismo que tus hijas.

—Quisiera otro varón —dijo Nairn mirando a Fiona.

—Esperarás por el próximo, Colly —le respondió esta audazmente—. Estoy agotada de darte hijos tan seguidos. Si quieres otro hijo varón, entonces debes dejarme descansar un poco. Cuando haya destetado a Johanna volveremos a discutirlo, milord.

La condesa de Ross, una mujer grandota y guapa, rió por lo bajo.

—La joven tiene razón, Nairn. Si la amas no querrás matarla teniendo tus hijos. —Se volvió hacia Fiona—. ¡No lo dejes intimidarte, muchacha!

Nairn rompió a reír.

—¿Intimidarla a ella? Es imposible que yo intimide a Fiona. Más bien, es ella quien me intimida a mí.

—Lo único que ella hace es controlarlo un poquito —aclaró Moire Rose en defensa de su nuera—. Nairns Craig es un lugar más feliz gracias a Fiona Hay. Bendigo el día en que llegó aquí.

—Creo que mi suegra me atribuye más de lo que merezco —dijo Fiona, cohibida, haciendo señas a la servidumbre para que empezara a traer la comida.

—Entonces, ¿vendrás a Inverness, hermana? —le preguntó el Lord.

—Claro. No me lo perdería por nada del mundo. Será un gran día aquel en que tú y Jacobo Estuardo hagáis las paces.

—Aún no lo he decidido —intervino Alexander MacDonald, jugueteando con su copa.

—Entonces ¿por qué va y por qué llamó a los demás clanes a obedecer la convocatoria del Rey? —fue la inteligente pregunta de Fiona.

—Simplemente deseo conocerlo en persona y entonces tomaré una decisión.

El Lord pinchó una pierna de venado de una fuente que le presentó un sirviente muy atento.

Fiona rió.

—Vos mentís, Alexander MacDonald. Es vuestro orgullo lo que no os deja admitir que este rey es diferente.

—Iremos y veremos, preciosa —replicó el Lord de las Islas, pero sus ojos brillaban ante la osadía de la joven. Desde el momento mismo en que la conoció, Fiona Hay le había encantado por su coraje. De todas sus cuñadas, y tenía varias, ella era su favorita.

Partieron de Nairns Craig una luminosa mañana de verano. Una vez que llegaron al camino principal que conducía a Inverness, el cual atravesaba Nairn y pasaba por Cawdor, la ruta estaba llena de hombres de los clanes que se dirigían a Inverness para la reunión. Fiona montaba su caballo capón, mientras que la condesa de Ross y Moire Rose compartían un confortable carruaje tapizado donde también viajaban Nelly y los niños. El paisaje que los rodeaba era hermoso, las colinas azules se reflejaban en las aguas también azules de los lagos. En las afueras de Inverness el Lord de las Islas los dejó para ir a reunirse con su propia partida de cuatro mil hombres, a cuyas filas se sumaban los de sus hijos: Ian, su heredero; Celestine de Lochalsh y Hugh de Sleate.

El pueblo no contaba con lugar suficiente para alojar a los hombres de los clanes, especialmente con la presencia del Rey y sus cortesanos. Se había decidido que acamparían fuera de Inverness. Se habían instalado enormes pabellones para el Lord de las Islas en el centro del campamento, rodeados por tiendas de campaña más pequeñas.

Con el propósito de ofrecer un gran espectáculo tanto para honrar a Jacobo Estuardo como para intimidarle un poquito, se había planeado que todos los clanes descenderían al mismo tiempo por las colinas que rodeaban la ciudad. Desde la torre de Inverness, Jacobo Estuardo observaba, fascinado, la llegada de los hombres de las tierras altas, ataviados con una gran variedad de coloridos *plaid*s, los estandartes de seda ondeando al viento al tiempo con la estridente música de fondo de las gaitas que tocaban solo una melodía, la marcha de los MacDonald. Cubrieron las laderas, sus pies haciendo un ruido atronador mientras entraban a la ciudad, encabezados por Alexander MacDonald, Lord de las Islas, y su poderosa familia. Un gran despliegue.

—Está seguro de su importancia ¿verdad?

—Debéis obligarle a que os obedezca, Señor —dijo Atholl en tono sombrío—. Estos MacDonald siempre han sido difíciles. Si podéis someterlos completamente, tanto mejor para Escocia.

—Ya veremos —dijo el Rey con una ligera sonrisa. Ya sabía lo que iba a hacer, pero no se lo había confiado a nadie, no fuera que sus planes llegaran a oídos de otros.

Tras haber desplegado su poder desfilando a través de Inverness, los clanes marcharon hacia su campamento fuera de la ciudad. Sus sirvientes y mujeres ya estaban allí. Las fogatas ardían, la carne estaba asándose. El Lord de las Islas había invitado a su hermano menor de Nairn y a su familia a instalarse con ellos. Se les había asignado una gran tienda dividida en tres habitaciones. Se distribuyeron braseros de carbón en ese espacio para calentar el gélido aire nocturno. Había sido un largo día. Se les dio de comer a los niños para luego meterlos en la cama con una niñera en uno de los dos compartimentos-dormitorio. Moire Rose también se alojaría con ellos. Johanna estaba en su cuna en la habitación principal.

Roderick Dhu y Nelly, que aún eran novios, habían traído comida desde las fogatas del campamento a la sala de estar de la tienda. Había salmón, pescado esa misma tarde en el río Ness, que fluía junto al campamento y atravesaba la ciudad. Lo habían asado a la parrilla y acompañado con berro silvestre que habían recolectado de orillas de un arroyo cercano que habían encontrado

de paso. Y también tenían carne de vaca conservada en sal y asada sobre las fogatas. Pan, mantequilla y queso completaban la cena para las dos mujeres, que comieron juntas, pues Nairn se había ido a cenar con sus hermanos y sobrinos en el pabellón del Lord de las Islas.

—¿Qué sucederá mañana, Fiona? —le preguntó su suegra—. ¿Cómo es en verdad este rey Estuardo? ¿Será vengativo?

Fiona sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo con franqueza—. Lo que sí puedo decirle es que está resuelto a gobernar toda Escocia. No aceptará menos. Si nos había dejado en paz durante estos últimos años, era porque estaba ocupado en las tierras bajas, o quizá porque pensó que así nos intimidaría o posiblemente por ambos motivos. Es un hombre decidido.

Moire Rose asintió con la cabeza.

—Quisiera verlo, pues no he conocido nunca a un rey de Escocia.

—Espero que os desilusionéis —dijo Fiona— No es un hombre guapo. Tanto el Lord como Nairn lo superan holgadamente en estatura, pero, para ser justos, no en estatus.

Fuera, el campamento empezó a serenarse. Ambas mujeres se fueron a dormir. Fiona sacó a Johanna de su cuna amamantó a la somnolienta niñita, le cambió el pañal y volvió a acostarla. Luego, mientras se bañaba en una pequeña tina que Nelly le había traído, le preguntó a su doncella:

—¿Has visto a mi suegra? ¿Está cómoda?

—Sí, la he ayudado a desvestirse y a acomodarse —respondió Nelly—. Debería buscar una doncella joven, pues necesita. Su pobre y anciana Beathag ya apenas puede andar ni hablar de hacer semejante viaje.

—Beathag ha estado toda su vida con Moire Rose Creo que continúa viva solo porque su señora la necesita —dijo Fiona—. Ahora ve a dormir, Nelly. Mañana veremos al Rey

—Yo ya lo he visto —dijo Nelly agriamente—. No me gusta Jacobo Estuardo. Creo que los clanes están haciendo una tontería al confiar en él. Vos confiabais en él y mirad lo que os hizo, miladi.

—Calla, Nelly, deja ya el enojo. Yo estoy contenta con Nairn y tenemos unos niños preciosos. ¿Qué más puede pedir una mujer que un buen hombre e hijos? —Fiona le dio una reconfortante palmadita a su doncella.

—Vos no lo amáis de verdad, y tenéis el derecho de amar —replicó Nelly.

—No lo amo como a Angus *el Negro*, es cierto —admitió Fiona—, pero lo amo de otra manera y él me ama Nelly. ¿Y si Colin MacDonald hubiese sido un bruto en vez de la clase de hombre que es? Ninguna de nosotras dos habría podido soportar estos últimos tres años. Tengo más de lo que esperé tener jamás y tú también. ¿Cuándo te casarás con Roderick Dhu? Está desesperado por que seas su esposa. Ya habéis sido novios durante dos años.

Nelly suspiró.

—Amo a ese bobo —dijo—, pero ¿y si un día pudiéramos regresar a Brae, miladi? Yo no podría ir con vos si estuviera casada con mi montañés. Es mejor que me quede soltera.

—Nelly, no vamos a regresar a Brae. Angus *el Negro* se ha casado con la prima de la Reina. Yo no sería bienvenida allí. Tengo mi propio marido y también tú tienes la oportunidad de conseguir un buen esposo. ¡Aprovéchala, muchachita!

Nelly le dio las buenas noches a su señora y salió al campamento, donde su cama estaba ubicada junto a un brasero de carbón.

Fiona se acostó sobre la cama hecha de ramas de pino y cubierta de un colchón de plumas. Arropándose con el cubrecama de zorro, se quedó dormida. Despertó al oír a su marido jurando por lo bajo al tropezarse en la oscuridad.

—¡Colin, despertarás a la niña! —le advirtió.

El sonido de su voz lo guio a la cama. Se arrancó las botas y por poco cayó sobre ella.

—Ah, cielo, estás ahí —le dijo mientras sus manos tanteaban para hallar sus pechos.

—¡Estás borracho! —exclamó en tono acusador, pero sin poder reprimir una suave risa. Jamás lo había visto así.

—Solo un poquito ebrio —le aseguró él—. Mis hermanos no podían llegar hasta sus camas y hubo que llevarlos —se jactó, dándole un beso húmedo en los labios—. Jesús, qué dulce eres —murmuró contra su suave cabellera—. ¿No me amas un poquito, Fiona mía?

—Sí —le dijo ella—. Un poquito, Colin MacDonald. —Cambió de posición para ponerse más cómoda pues él tenía la mitad del cuerpo sobre ella.

Le acarició el cuello con la boca.

—Sabes lo que quiero, cielo —le dijo sugestivamente mientras sus manos la acariciaban suavemente.

—Colin —le regañó ella—, debes presentarte ante el Rey por la mañana. Si no duermes un poco, te garantizo que tendrás un feroz dolor de cabeza. Nos avergonzarás a todos.

Él hacía palanca con la rodilla intentando separarle los muslos mientras intentaba deslizarse entre sus piernas.

—Dormiré mucho mejor y despertaré más feliz si dejas que hagamos el amor, Fiona mía —trató de engatusarla tiernamente.

—Eres peor que Alastair cuando quiere un mantecado —lo reprendió ella, pero el miembro duro que ya exploraba el interior de sus muslos le resultaba excitante. Deslizó sus brazos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia sí. Tenía el aliento picante que da el vino—. Si te quedas dormido encima de mí antes de que terminemos, Colin MacDonald —le advirtió en tono amenazador—, juro que te haré lo mismo que le hicimos a ese becerro el año pasado.

Él soltó una risita ronca.

—¿Cuándo, Fiona mía —le preguntó—, cuándo no terminé lo que había empezado? —Y acto seguido se hundió impetuosamente dentro del cuerpo cálido, dándose y dándole a ella placer hasta que una mezcla de agotamiento y satisfacción los dejó a ambos al borde de la inconsciencia.

Cuando ella despertó, muy temprano, justo antes del amanecer, halló contra su hombro redondeado la roja cabeza de Colin, quien roncaba suavemente. Fiona se deslizó fuera de la cama haciendo un gran esfuerzo por no despertarlo. Al salir sin hacer ruido a la sala de estar de la tienda se encontró con Roderick Dhu y Nelly durmiendo acurrucados para darse calor y acompañarse. Los sacudió suavemente a ambos.

—Despierta a tu señor —le dijo a él— y llévalo al río para que se bañe. No quiero que se presente ante Jacobo Estuardo oliendo a vino rancio y a pasión. Luego tráeme un poco de agua caliente para que yo me lave y tu señor pueda rasurarse.

Roderick Dhu, ya de pie, asintió con la cabeza.

—Sí, señora.

—Tráeme a Johanna para amamantarla —le indicó a Nelly.

El campamento estaba empezando a volver a la vicia. Nairn regresó del río, con cara de sueño, pero limpio, para encontrar a su esposa aún amamantando a su hija. Por un momento se detuvo a contemplarla, disfrutando del cuadro.

—Tiene una cabeza igual a la mía —observó orgullosamente.

—Igual que Mary —le recordó Fiona, entregándole la niña a Nelly para que la pusiera de nuevo en su cuna. Ponte una camisa limpia —le indicó a su marido—. Iré a buscarte un poco de ponche caliente y pan.

El Rey había convocado la reunión para las diez de la mañana. El Lord de las Islas y los demás jefes de los clanes de las tierras altas fueron invitados a la sala de audiencias del Rey, junto con la condesa de Ross. Marcharon hacia el castillo del Monarca con las banderas flameando al viento y al son de las gaitas. El castillo estaba situado a orillas del río Ness, un curso de agua ancho y azul que fluía hasta desembocar en el Loch Beaully y finalmente en el estuario de Moray. Solo el Lord, su madre, los jefes de los clanes y sus mujeres fueron invitados a la sala del Rey. A

los demás miembros de los clanes se les pidió cortésmente que esperasen fuera, ya que ni el castillo ni su sala eran lo suficientemente grandes como para recibirlos a todos.

Encabezados por el Lord de las Islas, los hombres entraron a la sala. Era una habitación grande, de piedra gris, pero sin ventanas. En su extremo más alejado se erguía un estrado cubierto por un palio dorado, bajo el cual estaba el Rey sentado en su trono. Observó entrecerrando los ojos cómo los montañeses avanzaban hacia él. Pese a que nunca había visto al Lord de las Islas lo reconoció inmediatamente, no simplemente porque precedía a todos los otros, sino porque parecía una versión morena del MacDonald de Nairn, quien caminaba detrás de él.

Alexander MacDonald hizo una reverencia ante el rey Jacobo.

—Milord —dijo—, le doy la bienvenida a las tierras altas. Espero que su estancia sea placentera y que la visita se repita con frecuencia. —Fue un discurso gentil, pronunciado con cortesía.

El Rey se puso de pie, bajando la vista hacia todos ellos.

—Habéis tardado en venir a ofrecerme obediencia, señores míos.

—Solo esperábamos que vos nos convocarais a una reunión, milord —replicó el Lord de las Islas—. Os tomasteis vuestro tiempo para hacerlo.

—Me han dicho que entre vosotros hay algunos que acabarían con mi vida —respondió el Rey—. Era necesario que decidiera qué estrategia aplicaría ante semejante perfidia. —Alzando la mano hizo una seña a sus guardias. Alexander MacRurie y Ian MacArthur fueron arrastrados fuera de las filas de sus compañeros y arrojados al pie del estrado—. Vosotros dos hablasteis de asesinarme. No puedo confiar en vosotros. Ejecutaros será una medida ejemplificadora para vuestros compañeros. —El Rey hizo otra seña y antes de que nadie alcanzara a darse cuenta qué estaba sucediendo, los dos desgraciados fueron sujetados y rápidamente decapitados con espadas bien afiladas preparadas especialmente para la ocasión. Las cabezas apenas rodaron, pero la sangre brotó a borbotones de los cuellos mutilados de ambos hombres, corriendo a través del suelo de la sala y arrancando alaridos a las mujeres allí presentes, quienes corrieron a refugiarse donde no llegara la sangre.

—¡*Prendedlos a todos!* —tronó la voz del Rey señalando al Lord de las Islas y a sus compañeros—. ¡Arrojadlos en la mazmorra preparada para su llegada! —Pasando por encima del río de sangre, le extendió la mano a una condesa de Ross cuya expresión era inescrutable.

—Venid, señora, pues mientras tanto vos vais a ser mi huésped.

Dando un paso al frente, Fiona gritó:

—¡Esto no es honorable, Jacobo Estuardo! Hoy el Lord y los jefes han entrado en esta sala desarmados para sellar la paz con vos. ¿Así es como tratáis a quienes os prometen lealtad y amistad? ¡*Qué vergüenza!* ¡*Pero qué vergüenza!*

El Rey miró a través de la sala a la mujer que acababa de hablar. Para ser mujer, era alta, y estaba seguro de que la conocía. Por cierto que era muy bella. Por su apariencia era la esposa de uno de los jefes. Entonces la reconoció.

—Una vez, señora, me jurasteis lealtad —le dijo en tono significativo.

—He mantenido mi juramento, hasta el punto de hablar en vuestro nombre en la sala de los MacDonald. Si él está aquí hoy es en parte por mi causa. ¿Cómo os atrevéis a violar las leyes de la hospitalidad para encerrar injustamente a estos hombres? Vos, que amáis a la justicia por sobre todas las cosas. ¿Es esta vuestra justicia?

—Es tan valiente como hermosa —le susurró Alexander MacDonald a su hermano Colín—. Si no fuese tu esposa, y si yo mismo no tuviera una esposa, me casaría con ella hoy mismo.

—¡Salga de mi sala, señora, y no regrese! —rugió el Rey—. ¿Se atreve a decirme qué hacer? ¿Usted, una ladronzuela de ganado y una ramera?

El Lord de las Islas cogió con fuerza del brazo a su hermano de Nairn, diciéndole:

—No te muevas, Colly, o la hermosa Fiona quedará viuda. Solo la insulta porque le ha hecho remorder la conciencia.

—¡Mejor una ramera honesta, Señor mío, que un rey sin honor! —dijo Fiona con devastador impacto. Luego giró sobre sus talones y salió de la sala, seguida por las esposas de los jefes.

El Rey abrió la boca con toda la intención de ordenar el arresto de Fiona, pero a la sombra de su trono, su primo, Ninian Estuardo, dijo en voz baja:

—Es una mujer con tres hijos, una recién nacida a la que aún amamanta. Sería una mártir magnífica, primo. Las tierras altas estarían en llamas durante los años venideros. Déjala ir.

El Rey cerró la boca con desgana.

Había en la sala alguien más que, conmocionado, también había reconocido a Fiona. Hamish Estuardo, como muestra de la lealtad de su familia, había acompañado a su primo al norte. Instantáneamente había sabido quién era aquella mujer. Su choque con el Rey tenía un significado que pasaba desapercibido para los espectadores de la Corte. Escabullándose de la sala, corrió detrás de las mujeres de los clanes que se retiraban y cogiendo del brazo a una de ellas le preguntó:

—¿Quién era la mujer que desafió al Rey, señora?

—La esposa de MacDonald de Nairn, señor —respondió la mujer, apartándose bruscamente de él para precipitarse tras sus compañeras.

Hamish Stewart estaba atónito. ¿Cómo había llegado Fiona Hay a convertirse en la esposa de MacDonald de Nairn? Hubiera jurado que ella debía haber movido cielo y tierra para regresar a su hogar en Brae con Angus *el Negro*. ¿Por qué no lo había hecho? Hamish Estuardo siguió a las mujeres fuera del castillo, donde un rugido de desaprobación acogió la noticia de que los jefes habían sido arrestados por orden del Rey. Los montañeses abandonaron las tierras del castillo y retrocedieron rumbo al campamento río arriba. Hamish Stewart los siguió a una discreta distancia. Debía encontrar a Fiona. Tenía que saber qué había ocurrido.

Capítulo 14

Hamish Estuardo caminó lentamente a través del campamento de los montañeses. Ya los hombres estaban reuniéndose alrededor de las fogatas, sin estar seguros de qué debían hacer. Hamish sabía que el pabellón del Lord de las Islas estaría en el centro mismo del campamento y esperaba que la tienda que albergaba a MacDonald de Nairn estuviera cerca. Finalmente, cuando avistó el pabellón del Lord, interceptó a un joven miembro de uno de los clanes, preguntándole:

—¿Puedes indicarme cómo llegar a la tienda de MacDonald de Nairn, muchacho?

—¿Qué queréis vos con él? —quiso saber el joven—. ¿No se ha enterado? Nairn, el mismísimo Lord y todos los otros que entraron a la sala para jurar lealtad a Jacobo Estuardo fueron arrestados por el Rey. —Escupió con desprecio—. ¡Fue un acto cobarde!

—Soy pariente de la esposa de Nairn —le dijo en voz baja Hamish—. Deseo ofrecerle mi ayuda en caso de que la necesite.

—¿De la esposa de Nairn? Una mujer valiente —dijo el joven—. Mi madre me contó que con mucho coraje le dijo en la cara al Rey lo que pensaba, pero él la insultó, llamándola ladrona de ganado y ramera. ¡Eso es lo que piensan de nosotros todos los del sur del Tay, malditos sean! No son verdaderos escoceses, con su forma de hablar anglicanizada y sus esposas inglesas.

Hamish movió la cabeza, como si obviamente estuviera de acuerdo. Le había hablado al muchacho en la lengua gaélica de las tierras altas y el *plaid* que llevaba era el que antiguamente usaban los Estuardo, una mezcla de azul profundo, negro y verde con una fina franja roja, similar a varios de los colores de los clanes nortños.

—¿Sabes dónde está mi pariente? —lo animó cortésmente a responderle.

—Oh, sí —fue la respuesta—. Esa tienda, junto al gran pabellón del Lord, es la de Nairn.

Agradeciéndoselo, Hamish Estuardo caminó hasta ella, levantó la solapa de la tienda y entró a la sala de estar. Un hombre alto le salió al paso.

—¿Milord?

—¿Es esta la tienda de MacDonald de Nairn?

—¿Quién quiere saberlo? —inquirió el hombre.

—Soy Hamish Estuardo, un amigo de su esposa.

—Nunca antes os he visto —dijo Roderick Dhu con desconfianza.

—Ni yo a vos. Decidle a vuestra señora que deseo verla, que la he visto hoy en el castillo y le traigo noticias de sus hermanas, Jeannie y Morag Hay.

—Está bien, Roddy —dijo Fiona, adelantándose desde detrás de una cortina que dividía la sala de estar del dormitorio—. ¿Cómo estás, Hamish? Mucho tiempo.

—¿Qué ha sucedido? —fue todo lo que él pudo decir. La promesa que se insinuaba cuando ella era una muchachita se había cumplido con creces. Fiona era una mujer absolutamente hermosa con una serena seguridad en sí misma que él jamás hubiera imaginado que la joven llegaría a poseer. Al oírla decir lo que pensaba tan osadamente en la sala aquella mañana, él realmente se había sentido henchido de orgullo.

—Siéntate, Hamish —le dijo ella—. Parece que hubieras visto un fantasma. Roderick Dhu, trae un poco de vino para lord Estuardo. Luego dile a Nelly que distraiga a Moire Rose. Quisiera hablar con mi amigo en privado.

El hombre alto asintió con la cabeza y salió a cumplir con el encargo.

Fiona se llevó un dedo a los labios. Luego dijo en un tono engañosamente calmado:

—Cuénteme de mis hermanas, milord. ¿Están bien?

—Jeannie al fin se ha casado con Jamie, justo el año pasado —le contó él, esforzándose en que su voz no dejara traslucir su emoción—. Está esperando un niño. Nacerá a principios del invierno.

—Ya era hora, pues Jeannie tiene dieciséis años —observó Fiona—. Me alegro por ella. Sé cuánto ama a Jamie. ¿Él es bueno con ella, milord? Me rompería el corazón si no lo fuera.

—Ella lo tiene comiendo de su mano, Fiona Hay. —dijo Hamish Estuardo con una risita entre dientes.

—¿Y mi Morag? ¿Habéis hallado un esposo para ella?

—Ella y mi hijo se han enamorado —respondió él—. Como todas las mujeres de la familia Hay parece ejercer una fascinación sobre los hombres.

—¿Y Janet? ¿Está bien? Ah, Roderick Dhu, aquí estás. Deja la bandeja y luego déjanos solos.

Aunque a regañadientes, el hombre del clan MacDonald la obedeció, pero cuando se hubo deslizado detrás de la cortina, Nelly le dijo agitada:

—¡Es Hamish Estuardo! ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Lo conoces? —preguntó Roderick Dhu sorprendido.

—Por supuesto —dijo Nelly animadamente—. Viene de un lugar cercano a donde nací, Roddy. Me pregunto cómo supo que estábamos aquí.

—Dijo que hoy había visto a nuestra señora en la sala de audiencias del Rey —le contó Roderick Dhu a la muchacha—. ¿Es un buen hombre?

—¡Sí! —aseguró Nelly—. Quizá pueda ayudar a nuestro señor. Es pariente lejano del Rey. Creo que por eso debe haber venido a Inverness. Querría ofrecer una muestra de apoyo a su familiar.

—¿Dónde está Moire Rose? —preguntó Roderick Dhu.

—La anciana está dormida. Lo que ha sucedido esta mañana la conmocionó demasiado. No fue una buena madre, lo sé, pero ama a nuestro amo con todo su corazón. Está muy asustada por él. Es mejor que se quede en la cama y descanse hasta que sepamos qué vamos a hacer.

Fiona asomó la cabeza a través de la cortina.

—Lord Estuardo y yo vamos a dar un paseo junto al río —dijo, y un segundo después ya se había marchado.

—Déjala —pidió Nelly, poniendo una mano sobre el brazo fuerte de su futuro marido para impedirle seguir a Fiona—. No pasa nada. Lord Estuardo es como un hermano para mi señora. Es el primero de sus antiguos amigos que ve desde que vino al norte con nuestro amo. Querrá explicarle en privado cómo sucedió todo esto.

Fiona llevó a Hamish Estuardo desde el campamento hasta un angosto sendero que se extendía a lo largo del río Ness. Aquí y allá el río había recortado una pequeña porción de la tierra, formando islitas unidas a la ribera por rústicos puentes de madera. Fue a una de esas islas adonde Fiona llevó a su acompañante. Luego de asegurarse de que no había nadie más sobre el pequeño pedazo de tierra, se sentaron sobre unas rocas mirando el río.

—Ahora, Hamish —le dijo ella—, te contaré todo, pero presta atención, pues debo, por necesidad, hablar en voz baja. No sería bueno que nadie oyera esta historia. Ni siquiera Nairn sabe nada de esto.

—¿Nada?

—Nada. Soy la esposa de Colin MacDonald —le contó Fiona—. Soy madre de tres niños. Mi hijo tiene tres años y se llama Alastair. Tenemos una hija, Mary, que cumplirá dos años en septiembre, y otra, Johanna, que nació en marzo. —Luego procedió a explicar con detalle todo lo que le había sucedido camino a Brae desde aquella mañana en que había partido del palacio de

Scone. Aunque hablaba calmadamente, podían verse en sus ojos los vestigios del dolor que su voz suave intentaba ocultar.

Hamish Estuardo escuchaba y tomó entre las suyas la mano de la joven cuando ella hubo terminado su relato.

—Hiciste lo que debías, muchacha. Me avergüenza que mi primo Jacobo esté tan decidido a reinar sobre toda Escocia como para haber obligado a una mujer a formar parte de su servicio secreto de espionaje. Me doy cuenta, sin embargo, de que no te atreviste a negarte. Si tan solo Angus te hubiese llevado a casa antes de partir tan precipitadamente a Inglaterra para recoger a la prima de la Reina.

—Pero el Rey estaba decidido a casar a Angus con la señorita Williams —dijo Fiona—. Dijo que él y la Reina querían que Angus estuviera más ligado a ellos. De haber estado yo en Brae, el Rey hubiese encontrado otra manera de que MacDonald me raptara allí y gente buena de Brae podría haber muerto o resultado herida. Creo que fue mejor así. Nadie salió lastimado y sin duda como marido de la prima de la Reina Angus está entre quienes más gozan del favor real. Aún más que antes. No lo vi en la sala esta mañana y admito que me sentí aliviada, pero ¿dónde está él, milord? Yo hubiera creído que acompañaría al Rey a la reunión aquí en Inverness.

—Está en Inglaterra ocupándose de los asuntos del Rey —dijo Hamish Estuardo. ¿Por qué diablos creía Fiona que Angus estaba casado con Elizabeth? No tenía ni idea de que la habían buscado por todas partes aquel otoño y la primavera siguiente cuando los árboles habían empezado a florecer, aún antes de que la nieve se hubiese derretido en la cimas de las montañas. Sí, la habían buscado, pero sin lograr hallar rastro de ella. Finalmente se concluyó que ella y Nelly habían sido asesinadas y sepultadas en alguna tumba anónima en el corazón de las montañas. En su aflicción, Angus Gordon había permanecido en Inglaterra como representante del Rey. No había regresado a Brae en casi dos años.

Y ahora él, Hamish Estuardo, sabía la respuesta al enigma que los había atormentado a todos ellos, pero no podía compartirla con nadie. Fiona estaba casada, posiblemente hasta fuera feliz. Era madre. Decirle que Angus Gordon no era el marido de Elizabeth Williams y que vivía autoexiliado y con el corazón roto, no serviría de nada. Ni tampoco tenía sentido el contarle a Angus que Fiona estaba viva, que era la esposa de otro hombre y madre de sus tres hijos.

—¿Quieres que les cuente a tus hermanas que estás viva y contenta, Fiona? —le preguntó—. ¿Estás contenta?

—Sí —dijo ella suavemente. Y agregó—: No se lo cuentes a Jeannie y Morag, Hamish. No podrían guardar el secreto que estoy segura tú sí puedes. Sin embargo, sí te pediré una cosa. De vez en cuando ¿me enviarás noticias de mis hermanas? También de Anne, Elsbeth y Margery, si te enteraras de algo.

—Lo haré, Fiona —dijo él y luego volvió la cabeza bruscamente al oír una vocecita infantil.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Un muchachito apareció a la orilla del río.

—¡Cielos! —exclamó Fiona, levantándose de un salto—. Se ha escapado de su niñera y también de Nelly. ¡Alastair! ¡Quédate dónde estás o te daré unos azotes en el trasero con una vara, muchachito!

Pero el niño no le hizo caso y cruzó corriendo el puentecito de madera para lanzarse orgulloso entre sus brazos.

—Te encontré, mamá—le dijo con aire triunfante.

—Eres un niño malo —lo regañó ella— por haberte escapado de la niñera y de Nelly. Deben estar enloquecidas buscándote. —Se volvió hacia lord Estuardo—. Debo llevarlo de regreso rápidamente o les dará un ataque.

Hamish Estuardo miraba fijamente al muchachito.

—¡Cielos! —exclamó, viendo a su cuñado, Angus Gordon, en la carita del niño.

Fiona alzó una mano en señal de advertencia y en el dialecto escocés-inglés que sabía que su hijo no iba a entender le dijo:

—No puedes decirle nada a él, Hamish. Cuando el Rey me obligó a entrar en su juego, no estaba segura de estar esperando un niño de Angus. Temía que si no lo estaba y me negaba a obedecerlo con esa excusa, el Rey castigaría a Angus.

—Pero ¿y MacDonald?

—Cree que el niño es hijo suyo. No diré lo contrario por el bien de mi niño. No se escandalice tanto. La esposa de Brae sin duda le dará un heredero si es que no lo ha hecho ya. Él no necesita a mi muchachito. Ahora debo irme. Adiós, Hamish Estuardo. Me alegro mucho de haberte vuelto a ver. —Luego, cogiendo de la mano a su hijo, Fiona abandonó la isleta para volver a la orilla del río, donde rápidamente desapareció entre los árboles que lo bordeaban.

Hamish Estuardo permaneció sentado sobre las rocas. Necesitaba tiempo para asimilar todo lo que ella acababa de contarle. De no haber oído la historia de labios de la propia Fiona, Hamish jamás hubiese creído que su primo el Rey fuera tan despiadado. Se preguntó qué les sucedería a los jefes que el Rey había mandado a prisión ese día. No tendría que esperar mucho para saberlo.

A la semana siguiente, el Rey pidió a los hombres y mujeres de los clanes reunidos en Inverness que asistieran al Parlamento, donde tenía intenciones de anunciar su juicio sobre los jefes de los clanes. Los montañeses vinieron asustados, pues una rima acerca del destino del Lord de las Islas y sus aliados, atribuida al Rey, se había divulgado durante toda la semana:

*Que a la mazmorra estos soldados
sean conducidos
para matarlos: castigo
bien merecido.*

Los MacRurie y los MacArthur ya se habían marchado llevando a casa los cadáveres decapitados de sus jefes. Para no demostrar favoritismo hacia clan alguno, pues MacRurie había sido primo de Alexander MacDonald, el Rey también hizo colgar esa semana a James Campbell, responsable del asesinato de Ian MacDonald, primo del actual Lord de las Islas.

Para sorpresa y alivio de todos, tras multar a los jefes de los clanes, el Rey los dejó en libertad. Sin embargo, para Alexander MacDonald, Lord de las Islas, además de la multa, reservó un sermón.

—No puedo gobernar Escocia como se debe si vos os pasáis el tiempo agitando al norte por una u otra ofensa imaginaria, milord —dijo el Rey severamente—. Solo puede haber un Rey en estas tierras, *y ese soy yo*, por la gracia de Dios, ungido con el óleo sagrado en el seno de nuestra Santa Madre Iglesia. Abandonaréis esa actitud de turbulenta desobediencia hacia mí, o me veré obligado a recurrir a las armas. No quiero hacer eso, pues la guerra es costosa y una pérdida de vidas de buena gente. Pero quedáis advertido, Alexander MacDonald, que si no desistís de vuestro orgulloso comportamiento, yo os obligaré a hacerlo. Ahora, señor mío, podéis jurarme lealtad ante este Parlamento y luego vuestros amigos y aliados pueden hacer lo propio.

A regañadientes, el Lord de las Islas obedeció al Rey, pues no deseaba más humillaciones públicas, pero estaba furioso a causa de su breve encarcelamiento. Cuando se levantó después de haberse arrodillado ante el Rey, este dijo:

—Ahora vos, Nairn, pues varios años atrás me habíais prometido que me juraríais lealtad inmediatamente después de vuestro hermano.

Colin MacDonald dio un paso al frente, con una sonrisita en los labios.

—Temí que a milord se le ocurriese no jurar —dijo Fiona más tarde, ya en la seguridad de la tienda. Ella y su marido se instalaron cómodamente dentro de un barril de madera que Roderick Dhu había confiscado para ella. Habían llenado el barril con agua caliente y ahora ella le frotaba enérgicamente la cabeza roja-dorada.

—¡Ay! Despacio, querida. —Le rogó, añadiendo—: Mi hermano no considera vinculante su juramento, pues el Rey se lo arrancó con amenazas. Si no hubiese jurado, Jacobo Estuardo no lo habría dejado en libertad.

Secretamente Fiona estaba de acuerdo con su cuñado, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Un juramento delante de Dios y de testigos es un juramento que debe cumplirse —declaró en tono severo—. ¿Qué daño le haría? Todo lo que tu hermano debe hacer es mantener la paz. ¿No puede hacer eso, Nairn?

—Está en juego su orgullo, Fiona mía. Ha sido avergonzado públicamente, y usado para dar un ejemplo en la sala del Rey. ¿Cómo puede olvidar eso? Debe hacer algo al respecto, o habrá entre los clanes quienes creerán que se ha vuelto débil. Por lo tanto no le será posible mantener en el norte la paz con Jacobo Estuardo.

—¿Y entonces qué piensa hacer vuestro hermano para apaciguar su orgullo, milord? —preguntó ella mordazmente, echándole un balde de agua tibia sobre la cabeza.

Colin MacDonald se sacudió las gotas de la cabeza.

—Todavía no lo sé, pues él no ha decidido qué haremos.

Fiona resopló impaciente y le dio a su esposo el trapo y un poco de jabón.

—Lávate tú mismo y haz un buen trabajo —le advirtió—. Una semana en la mazmorra del Rey y has acumulado en el cuerpo suficiente tierra como para sembrar coles, esposo mío.

—Quisiera que estuviéramos en casa —dijo él—, para que pudiéramos bañarnos juntos.

—No es en bañarnos juntos en lo que estás pensando —rió ella—. Cielos, Colin MacDonald, acabas de escapar de la muerte y ¿le ofreces a Dios una oración en acción de gracias? ¡No! ¡Piensas en hacer el amor con tu esposa!

—Sí —admitió él, sin el menor empacho—. Durante todo el tiempo que estuve en la prisión del Rey no me peleé ni me preocupé pues lo pasé pensando en tus hermosos pechitos redondeados y en la dulzura con que me recibes dentro de ti cuando hacemos el amor, Fiona mía. Ella rompió a reír otra vez

—Bueno —le dijo—, no voy a negarte que me gusta que hayas pensado en mí, Nairn. Yo me preocupé muchísimo por vosotros, especialmente cuando no nos permitieron veros ni traer os pequeñas comodidades. Luego, cuando el Rey hizo colgar a James Campbell, los que estábamos en el campamento no pudimos evitar sentir miedo.

—Campbell merecía que lo colgaran —declaró Colin MacDonald en tono inflexible.

—Pues yo estoy agradecida al Rey por qué no te haya hecho colgar a ti.

Nairn se levantó y elevándose con sus fuertes brazos salió del barril e intentó abrazarla, pero ella lo regañó diciendo:

—Aquí no tenemos privacidad y además es pleno día. ¿Qué tal si los niños, o los criados, o, Dios nos asista, tu madre, nos vieran? Compórtate, Nairn. Ahora que te tengo a salvo habrá mucho tiempo para hacerte el amor, pero no aquí ni ahora, esposo mío. ¿Has dormido bien en prisión?

—No —dijo él, casi ronroneando mientras ella le frotaba el cuerpo para secárselo.

—Entonces necesitarás una buena noche de sueño, esposo mío, pues, a menos que tengas alguna objeción, quisiera partir para Nairns Craig mañana tan temprano como sea posible. Y cuando lleguemos a casa, Colly, no lamentarás haber controlado hoy tus instintos básicos. —Le echó una camisa limpia sobre el cuerpo grandote y deslizó la mano debajo de la tela por un instante para acariciar su vara del amor—. Si ahora está hambrienta, lo estará aún más dentro de dos días si puede esperar.

Él rió entre dientes.

—Sí que eres descarada, esposa mía —le dijo, pero no parecía en absoluto descontento con ella.

Colin MacDonald apenas había terminado de vestirse, cuando Roderick Dhu hizo pasar a un paje real.

—El muchacho es un enviado del Rey —dijo hoscamente.

—¿Qué pasa, muchacho?

—El Rey desea hablar en privado con su señora esposa, señor —respondió el paje—. Yo voy a acompañarla al castillo.

—¿Por qué desea hablar con mi esposa?

—¿No es esta la dama que se expresó tan audazmente en la sala del Rey cuando se abrieron las sesiones del Parlamento? —preguntó el paje.

—Sí, soy yo —admitió Fiona.

—Entonces vos sois la dama con quien el Rey desea hablar —dijo el paje con firmeza. Luego agregó, en tono de confidencia—: Creo que quiere reprenderos, señora. Aquel día estaba muy enfadado.

—¿En verdad lo estaba, muchacho? —quiso saber Fiona, incapaz de reprimir la sonrisita que le curvó los labios—. No tiene intención de hacerme daño alguno, Colly —tranquilizó a su marido—. Creo que el muchacho tiene razón. Me iré con él y regresaré pronto, lo prometo.

—¡Señora! —Nelly se adelantó y le dio a Johanna—. Por seguridad, llevad a la niña, miladi. —Le pasó alrededor del cuello un abrigado *plaid* y arropó en él a la niña de modo que Fiona pudiera acunarla contra su pecho—. Eso es —dijo, con una risita—. Esto servirá. Ningún hombre, ni siquiera un Rey, puede ser severo con una mujer que lleva aferrado a ella un bebé pequeño.

Fiona se mordió los labios para contener la risa. Cuando hubo salido con el paje; Nairn le dijo a Nelly:

—Eres una muchacha tan lista como tu ama, Nelly. ¿Cuándo piensas casarte con el pobre Roderick?

—Cuando regresemos a Nairn Craig —respondió Nelly tranquilamente—. Se me ocurre que ya es hora de que nos establezcamos como Dios manda, milord.

Semejante revelación dejó pasmado a Roderick Dhu.

—¿Por fin estás lista? —le preguntó, asombrado, pues había llegado a pensar que Nelly le daría largas para siempre—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Nelly?

—El ver con qué facilidad una mujer puede perder al hombre que ama —le respondió Nelly con franqueza—. Y yo te amo, mi larguirucho bobo.



Jacobo Estuardo estudió a Fiona. Con su elegante falda de lana, la blusa de seda color crema y un *plaid* cruzado sobre el pecho era la típica imagen de la esposa de un jefe de las tierras altas.

—¿Qué trae envuelto en ese chal? —inquirió.

—A mi hija más pequeña, Johanna, a quien hemos llamado así en honor a la Reina —respondió ella—. Nació hace poco más de cuatro meses. No podía dejarla, Señor, cuando usted me mandó llamar.

—Se las arregló para dejarla el día de la sesión inaugural del Parlamento —dijo él secamente—. ¿Qué tenía hoy de diferente? ¿O acaso está valiéndose de su reciente maternidad para intentar ganar mi simpatía, señora?

—El día que de un modo tan vergonzoso hicisteis arrestar a los jefes de los clanes —replicó Fiona tranquilamente—, mi doncella se quedó cuidando de mis hijos. Hoy debe cuidar a la madre de mi esposo, a quien ha hecho daño toda la agitación de esta reunión, mi Señor.

—¿Cuántos niños tiene?

—Hasta ahora tres. El mayor es un muchachito, Alastair Jacobo. La segunda, una niña, Mary —contestó Fiona—. Supe que vos tenéis dos hijas.

—Margaret e Isabella —respondió él—. No os he hecho venir para hablar de nuestras proles, señora. Vos me habéis desilusionado, Fiona Hay. ¿Por qué me devolvisteis la moneda?

—No voy a pasaros información sobre mi marido, señor —dijo ella—. Ni voy a traicionar a su familia. Vos no tenéis derecho a pedírmelo. Además, no estoy al tanto de lo que piensa el Lord de las Islas. Nairns Craig e Islay están situadas en extremos opuestos de Escocia. En cuanto a mi esposo, es leal a su hermano, cierto, pero no es un instigador de sedición. En todo el tiempo que llevo con Nairn, he estado en Islay tan solo una vez, y eso fue inmediatamente después de ser raptada. No tengo nada que contaros. Ahora permitidme regresar con mi marido, a quien una vez más me obligaréis a mentirle, pues tendré que decirle que me habéis reprendido por mi exabrupto en la sala la semana pasada. No tenemos nada más que hablar, Señor.

—La dejaré ir por ahora, Fiona MacDonald —le dijo—, pero puede que en algún momento vuelva a necesitaros. No podéis negaros a obedecerme. Soy vuestro Rey y Señor, mujer. ¿Acaso romperéis vuestra promesa de lealtad hacia mí?

—Del mismo modo en que yo estoy comprometida con vos, vos lo estáis conmigo —respondió Fiona impetuosamente—. Cuando hace tres años me obligasteis a prestaros mis servicios, rompisteis esa promesa. Así como yo estaba comprometida a servirlos, vos teníais la obligación de protegerme a mí y resguardar mi honor. Yo os he servido bien, Jacobo Estuardo, pero vos no habéis cumplido vuestra parte del acuerdo entre Monarca y súbdito. Os haré una promesa: no me rebelaré contra vos como mi Soberano, pero tampoco vos exigiréis otra vez que os preste mis servicios. Ya no tenéis el derecho de hacerlo. —Inclinó la cabeza ante él y giró para marcharse, pero se detuvo de repente, volviendo la cabeza para agregar—: Os prevengo, Señor. El Lord de las Islas siente que le habéis humillado públicamente. Puede que busque vengarse simplemente para equilibrar las cosas entre vosotros. Sin embargo después de eso se convertirá en un buen aliado y podéis confiar en él, pues tiene un fuerte sentido del honor y de la justicia. —Dicho esto, Fiona se marchó.

Él la dejó ir. La verdad era que ella ya no era importante. Al desafiarla, él había puesto fin a la relación entre ellos.

Había aceptado la advertencia de la joven como prueba de buena fe, pero sin tomarla demasiado en serio. Sin duda MacDonald advertía la determinación de Jacobo Estuardo. Seguramente una semana haciendo antesala en la mazmorra real había reforzado la voluntad real. Era improbable que MacDonald se precipitara a intentar alguna tontería en contra del Rey. No. Ahora Jacobo Estuardo tenía el firme dominio de las tierras altas.

—¿Qué quería? —le preguntó Nairn cuando ella regresó a la tienda.

Fiona rió.

—Era como decía el muchacho. Me reprendió por mi audacia al hablar, pero le recordé que las mujeres de las tierras altas decimos lo que pensamos y luego le di mis saludos para mi antigua señora, la Reina. La verdad, no creo que él esté satisfecho conmigo, pero ¿qué he hecho en realidad más que decir la verdad? Él lo sabía y por eso me dejó ir.

Colin MacDonald atrajo a su esposa entre sus brazos.

—No quiero perderte jamás, Fiona mía —dijo—. No debes ser tan descarada y audaz, querida. —Su mano grande acarició la cabeza morena.

Fiona rió otra vez y apartándose de él lo miró a la cara.

—Por favor, decirme a mí que no sea descarada ni audaz es como pedirle al sol que no salga —se mofó—. Soy lo que soy, esposo mío y me temo que es muy improbable que cambie. Creo que es algo bueno que me ames por cómo soy. —Luego le hizo bajar la cabeza hacia la de ella y lo besó suavemente—. Te he echado de menos, Colly. Te he echado de menos mucho, muchísimo.

La pasión que se insinuaba en su voz era tentadora. Él la apretó con más fuerza entre sus brazos. Entornó los ojos mientras la contemplaba y se imaginaba los placeres que estaban a punto de compartir. La joven levantó la cara hacia él, sonriendo seductora. Era una escandalosa y descarada invitación.

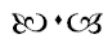
Y la voz de Roderick Dhu rompió el encanto.

—El Lord lo llama a su pabellón inmediatamente, milord.

—¡Maldita sea! —exclamó entre dientes Fiona, y su esposo rió.

—Regresaré tan pronto como pueda, cielo —prometió besándole la punta de la nariz.

Fiona sonrió, mirándole irse. Había logrado desviar sus pensamientos de la visita al Rey. Rogaba a Dios para que nunca volvieran a ponerla en una situación semejante. Se preguntaba qué pensaría Colin MacDonald si llegara a enterarse de que el rapto de Fiona, perpetrado por él, había sido cuidadosamente orquestado por Jacobo Estuardo. ¿Y qué haría si se enteraba de que Alastair no era su hijo biológico, sino de Angus Gordon? Era una suerte que fuera un hombre tan confiado, de naturaleza dulce. Pero Fiona sabía que él podía ser tan determinado y fuerte como ella. Se consoló pensando que era y siempre había sido una buena esposa para con él. Es más, por fin estaba dispuesta a admitir que se había enamorado de ese montañés grandote que era su marido. El encuentro con Hamish Estuardo había sido maravilloso, pero también atemorizador. ¿Y si Angus *el Negro* hubiese estado con el Rey? ¿Cómo podría ella haberse enfrentado a él? Él la habría despreciado y ella no habría podido soportarlo. Angus hubiese creído lo peor, como siempre había sido propenso a hacer. Al menos Colin la amaba, para bien o para mal.



A la mañana siguiente, cuando Fiona despertó, Colin ya estaba en pie y vistiéndose. La joven se estiró, disfrutando la sensación de hacerlo.

—Estás despierta —dijo él—. Todavía no amanece, pero deberíamos ponernos en marcha lo más rápido posible.

—¿A qué hora viniste a la cama? —quiso saber ella, preguntándose por qué no la había despertado para que hicieran el amor, pues esa había sido su intención antes de irse.

—Los jefes tenían mucho de qué hablar —respondió él, pero no dijo nada más.

—Dime que tu hermano no hará ninguna tontería —ríe rogó.

—Alexander ha sido insultado por Jacobo Estuardo. Ese insulto deber ser devuelto. Sabes que así es como se manejan estas cosas, querida.

Fiona se levantó de su cama de campaña.

—Entonces tu hermano, habiendo jurado lealtad al Rey, va a faltar a ese compromiso para devolverle el golpe a Jacobo Estuardo. Te ruego que me digas qué piensas que hará el Rey, Colly. ¿Crees que lo dejará pasar? ¿O también él devolverá el golpe? Y entonces todo volverá a empezar. Las tierras altas en llamas. Cultivos y ganado devastados. Mujeres, niños y ancianos echados fuera de sus casas, perseguidos hasta provocarles la muerte. ¿Y por qué, milord? ¿Acaso eso reparará el orgullo de vuestro hermano o el igualmente enorme orgullo de Jacobo Estuardo? ¿Por qué debemos sufrir todos nosotros a causa del engrimiento y la arrogancia de nuestros líderes?

Rodeándola con sus brazos él intentó consolarla.

—Tú no comprendes, Fiona mía —le dijo suavemente.

La joven se apartó de él, furiosa.

—¿Que no comprendo? ¿Te atreves a acusarme de falta de comprensión? Entiendo todo demasiado bien, milord. Es muy simple. Los hombres preferís luchar. Las mujeres preferimos no hacerlo. Eso es todo, Colín MacDonald. ¡Eso y nada más!

—Date prisa y vístete, querida —le dijo él, sin hacer caso de la lógica de Fiona, pues estaba reñida con la suya y él estaba seguro de tener razón—. Quiero llegar a nuestra casa en Nairns Craig lo antes posible. Hay muchos preparativos pendientes. —Se ciñó un cinturón de cuero.

—¿Preparativos para qué? —inquirió ella.

Alzándole la barbilla, él le rozó ligeramente los labios.

—No tardes —le dijo con exasperante encanto y luego salió.

Fiona sacudió la cabeza. ¿Qué clase de golpe estaban preparando los MacDonald y cuál sería el coste para el pueblo? Tras ponerse la falda y los zapatos pidió a Nelly que trajera a Johanna para que ella pudiese amamantarla antes de partir. Lo que tenía que ser, sería. Su principal objetivo era proteger a sus hijos y a Moire Rose del caos que indudablemente se desataría.

Durante la cabalgata de ese día, fue pensando en lo relativamente tranquila que había sido su niñez, pese a que también en esa época existían esa clase de riñas. Recordaba que una vez Angus *el Negro* le había dicho que la torre Hay y Brae habían escapado a los estragos generales debido a su relativo aislamiento. Aunque inaccesible a un ataque directo, Nairns Craig, estaba lo suficientemente cerca tanto del pueblo de Nairn, sede del cabeza de familia de los Rose, como del castillo de Cawdor, alguna vez hogar de un malvado rey llamado Macbeth, como para ser pasado por alto llegado el caso de un combate entre las tropas reales y los montañeses. Esperaba que, fuera lo que fuese lo que el Lord de las Islas estuviera planeando, no sería tan terrible como para que el Rey se sintiera obligado a vengarse haciendo arder las tierras altas. Especialmente ahora que llegaba el otoño. Tenía la esperanza de que si el Rey quisiera vengarse lo hiciera en Islay, pero sabía que no sería así. Castigar a las tierras altas sería más fácil que hacerse a la mar para llegar a Islay.

Estaba asustándose innecesariamente, decidió Fiona. Alexander MacDonald era un hombre honorable. Había jurado lealtad a Jacobo Estuardo. Su breve estancia como huésped del Rey sin duda le había enfadado y humillado pero era más probable que su venganza fuera una firme protesta que el Rey entendería. Jacobo Estuardo lo dejaría pasar, sabiendo que el Lord de las Islas no tenía otra intención al hacer eso que quedarse con la última palabra. Sin duda el Rey comprendería eso y todos ellos continuarían viviendo en paz. ¡Sí! ¡Por supuesto! Así sería. Nadie deseaba hacer pedazos la frágil paz que habían buscado tanto tiempo entre el Monarca y el Lord. El Rey era listo. Comprendería las sutilezas de todo esto.

Era bueno estar en casa. La servidumbre no había dejado de cumplir con sus obligaciones durante la ausencia de su señora. La sala estaba impecable, adornada por un cuenco de rosas sobre la mesa alta, las chimeneas limpias, la vajilla reluciente. Alastair correteaba feliz por todas partes, encantado de verse libre de los límites de la tienda, los cuales rara vez había traspasado. Su niñera personal lo saludó alegremente y ambos salieron deprisa cogidos de la mano rumbo a las caballerizas a ver el poni del muchachito. Mary ya se disponía a ir tras su hermano, cuando su niñera la atrapó para llevarla arriba a dormir una siesta después del largo viaje. La bebé fue amamantada en la comodidad de su propia sala, y luego entregada a su niñera.

Moire Rose se sentó donde acostumbraba, enfrente de su nuera. —Qué bueno es estar de otra vez junto a mi propia chimenea, con Nairn a salvo. Si el Rey lo hubiese ejecutado como a MacRurie, MacArthur y ese demonio de James Campbell, me hubiese muerto.

—El Lord de las Islas está planeando una venganza contra el Rey por el insulto que cree haber sufrido por parte de Jacobo Estuardo —dijo Fiona.

—Sí —respondió Moire Rose—. Por supuesto que lo haría.

—¡Pero eso está mal! —casi gritó Fiona.

El tono pareció sorprender a su suegra.

—Pues, pequeña Fiona, así es como vengamos un desaire en las tierras altas. Siempre lo hemos hecho y seguiremos haciéndolo. Hacer menos sería una muestra de debilidad.

—Si cada vez que alguien mira mal a otro —dijo Fiona, intentando dominar sus emociones— se desatara la violencia, ¿cómo lograremos acabar con las enemistades, señora?

—Nunca lo lograremos, Fiona. Somos así. —Alargando la mano huesuda, le dio una palmadita a su nuera—. Nairns Craig jamás ha sido violentado en todos los años que ha estado situado sobre este risco, es decir, durante toda mi vida y toda la vida de mi padre y mucho antes de él. En mis tiempos he resistido unos cuantos sitios refugiada aquí, muchachita.



Nairn le hizo el amor a su mujer. Fue un largo y dulce combate de tiernos toques, de bocas apasionadas fundiéndose entre sí y piel que se estremecía con la oleada de miles de besos. Dos veces el placer que se daban mutuamente los hizo gritar, pero después, mientras su cabeza descansaba sobre los pechos de ella y su respiración agitada se normalizaba, Colin percibió la inquietud de la joven.

—¿Qué te asusta tanto del curso normal de los acontecimientos, Fiona mía?

—Si Alexander está planeando algo terrible, no lo secundes, Colly —le rogó.

—Es mi hermano, cielo.

Fiona se incorporó en la cama, despojándolo de su confortable almohada.

—Y yo soy tu esposa —le dijo en tono sereno—. Soy la madre de tus hijos. ¿No me debes acaso más lealtad a mí que a él?

—A Alexander y a mí nos une la sangre, querida.

—Y a ti y a mí es Dios quien nos une —replicó ella—. ¿Pondrías al Lord de las Islas por encima de Dios, Colin MacDonald? ¿Te atreverías a hacerlo?

—Sí, lo haría. —Detestaba cuando ella le hablaba con semejante lógica. No era propio de mujeres—. Pondría a mi hermano por encima de Dios porque en esta vida tendré que responder ante mi hermano. Hasta que me llegue la muerte no tendré que responder ante Dios y antes de morir me confesaré arrepintiéndome de mis pecados, incluso de mi lealtad hacia Alexander MacDonald.

—Si es que tienes la fortuna de morir en tu cama. ¿Y cuántos de vosotros, guerreros de las tierras altas, la tenéis? —le preguntó Fiona con efecto devastador.

—No hables de eso —la regañó suavemente—. Nos traerás mala suerte a todos.

—No puedo evitarlo —le dijo ella—. Tengo este terrible presentimiento, Colly. Me persigue como una nube negra. Aunque quiera, no puedo librarme de él. ¡Si el Lord te manda llamar, no vayas!

De un salto, él se levantó de la cama.

—Estás comportándote como una tonta —le dijo—. No voy a fallarle a mi hermano, pues le debo lealtad.

—También se la debes al Rey —replicó ella enfadada.

—El Rey no lleva mi sangre —le gritó él—. Además, Nairn jamás ha caído, Fiona mía. Tú y los niños estaréis seguros.

—Lo mismo me ha dicho tu madre —dijo Fiona con brusquedad, levantándose también.

Sus puntos de vista eran demasiado dispares como para que pudieran llegar a un acuerdo sobre ese asunto, de manera que por el momento decidieron evitar hablar del tema. Nelly y Roderick Dhu se unieron en un matrimonio de prueba en la sala de Nairns Craig, ante sus señores y el resto de la gente del castillo. Cuando viniera el sacerdote repetirían sus votos, pero no deseaban esperar más. Nelly, con el cabello rojo zanahoria suelto para simbolizar su doncellez, lloró de alegría cuando su flamante esposo le cruzó sobre el pecho el *plaid* de su familia, sujetándolo con un hermoso broche de peltre. Fiona había preparado un pequeño banquete para celebrarlo y Nairn honró a sus dos estimados sirvientes declarando medio día festivo para toda su gente. Fue una ocasión feliz.

Fuera, en las colinas quedos rodeaban ya se notaba la llegada del otoño. Los árboles resplandecían vestidos de escarlata, dorado, naranja tostado y amarillo soleado. El lago vecino y los demás lagos que se veían a lo lejos a medida que las hojas caían de los árboles dejando solo ramas desnudas, eran de una maravillosa tonalidad de azul vivo y profundo. Sobre esas tierras parecía reinar la paz. Los hombres cazaban ciervos y puercos para almacenar durante el invierno. Fiona y Nelly recolectaban las semillas de la flor blanca como de encaje de la zanahoria silvestre, que ambas iban a tomar para prevenir la concepción.

—No traeré más niños a este mundo hasta estar segura de que Nairn está aquí para ser su padre —dijo Fiona—. El Lord aún no se ha dignado a ejecutar su plan y hasta que ese asunto no esté concluido no voy a sentirme segura.

—Lo sé —convino Nelly—. Cuando le pregunto qué sucederá, mi Roddy se limita a darme unas palmadas, como a un lindo animalito y dice «Mira, muchachita, esos asuntos no os conciernen a vosotras». ¡Grandísimo bobo! ¿Acaso cree que no puedo entender que estar enemistados con un Rey no puede traer sino problemas a las tierras altas? ¿Qué les sucede a los hombres, señora?

Fiona sacudió la cabeza.

—Yo tampoco los entiendo, Nelly —le aseguró a su doncella—. ¡Ohhh, mira eso! Una alfombra de flores blancas para que cosechemos. Apenas tenemos tiempo antes de que anochezca.

Las dos jóvenes pusieron diligentemente manos a la obra, recogiendo las semillas que necesitaban. Cuando terminaron ya estaba a punto de ponerse el sol y un semicírculo de ardiente color naranja se veía encima de un banco de nubes color púrpura oscuro ribeteadas de oro. La estrella de Venus ya brillaba en el azul cada vez más oscuro del cielo. Mientras caminaban en dirección al castillo, Nelly de repente lanzó un grito y señaló algo. Fiona miró fijamente en esa dirección y vio surgir una llama sobre una colina distante. «¿Estarán incendiándose los bosques?», se preguntó nerviosa. Entonces el corazón casi se le subió a la garganta al ver otra fogata sobre otra colina, y otra, y otra más.

—Es algún tipo de señal —dijo Nelly—. ¡Mirad! Delante de nuestras puertas los hombres también están encendiendo una.

—¡Que Dios nos ayude! —susurró Fiona. Recogiéndose las faldas echó a correr hacia Nairns Craig mientras florecían fogatas en todas las colinas circundantes.

Nelly, pisándole los talones a su señora, no dejó caer su precioso cargamento de corolas de flores. Sospechaba que iban a necesitarlos.

Al llegar a las puertas del castillo Fiona preguntó al soldado de guardia:

—¿Para qué se está encendiendo esta fogata, y las otras ?

—Pues es la llamada a las armas del Lord de las Islas, miladi —respondió el hombre—. Lo hemos estado esperando durante semanas. Hay otra fogata detrás del castillo para que los que viven en esa dirección también sepan que ha llegado el momento.

Fiona pasó de prisa a su lado, encaminándose directamente a la sala del castillo. Allí encontró a su marido con una gran copa de vino en la mano.

—¿Por qué el Lord de las Islas está llamándoos a las armas? —inquirió—. ¿Qué es lo que va a hacer para vengar su honor? —La última palabra fue pronunciada en tono mordaz—. ¡Cuéntamelo, Colin MacDonald, o te arrancaré ese negro corazón y no irás a ninguna parte, Dios es mi testigo! —El cabello oscuro se le había soltado de la redecilla y sus ojos verdes relampagueaban.

—Vaya, querida, no hay nada de qué preocuparse. Solo vamos a incendiar Inverness, el escenario de nuestra deshonra. Nada más que eso.

Capítulo 15

Las palabras se marcaron a fuego en su cerebro. Incendiar Inverness. Por un instante se quedó sin palabras. Luego la abrumó una ira como nunca antes había experimentado.

—¿Qué queréis asolar Inverness? ¿Has perdido las pocas luces que tenías, Colin MacDonald? —le gritó—. ¡No te dejaré marchar ciegamente hacia la muerte! —Golpeó el suelo con el pie, colérica.

El MacDonald de Nairn rompió a reír. Su pobre cielito no había vivido jamás una situación semejante y, por supuesto, estaba asustada. Se acercó a ella para abrazarla, pero Fiona retrocedió de un salto, emitiendo un sonido sibilante, casi como el de una bestia salvaje presta a atacar.

—Fiona mía —le rogó él—. No te preocupes. Partiré mañana y estaré de regreso como máximo en algunos días. No hay nada que temer, querida mía.

—¿Acaso no entiendes, Colly? —inquirió ella—. ¿Eres tan bruto que no alcanzas a entender? ¡El Rey *querrá vengarse!*

—Jacobito Estuardo ya no está en Inverness, cielo. Hemos esperado hasta que estuviera al sur del río Tay, de regreso en Perth y seguro. —Le sonrió—. No hay peligro. No tenemos intención de hacerle daño al Rey, pero debemos vengar la ofensa infligida al Lord de las Islas o los clanes lo creerán débil.

Fiona sacudió la cabeza cansadamente. Su lealtad hacia su hermano era tan profunda y ciega que le impedía ver el terrible peligro en el que estarían todos cuando el Rey se enterara de que el Lord de las Islas y los clanes de las tierras altas habían incendiado Inverness.

—¿Por qué queréis incendiar Inverness? —le preguntó—. ¿Qué os ha hecho la gente de ese hermoso pueblo para que tu hermano quiera destruir todo lo que tienen? Eso no le hará daño al Rey. Solo desplazará a la pobre gente del pueblo, ¡y encima ahora que llega el invierno!

—Ellos alojaron al Rey, querida. La gente de Inverness reconstruyó la sala donde el Rey nos deshonró públicamente. Le hemos jurado lealtad a Jacobito Estuardo, pero no a la gente de Inverness —le explicó Colin MacDonald a su incrédula esposa.

—El Rey creyó necesario hacer de tu hermano un ejemplo —le dijo Fiona a su marido—. No estoy de acuerdo con él, pero es que yo conozco a Alexander MacDonald un poquito mejor de lo que lo conocía el Rey. Si él hubiese conocido a tu hermano, se habría aliado con él hace dos años en vez de intentar obligar a los clanes a aceptar la voluntad real y luego avergonzarlos cuando finalmente convocó una reunión. Pero tu hermano, que ha gobernado aquí en el norte, debería saber que el Rey creía que debía mostrarse severo públicamente para convencerlos de que él tiene la intención de reinar sobre toda Escocia y no solo sobre las tierras al sur del Tay. Ha ejecutado a dos malos jefes y un Campbell asesino por haber provocado la muerte injusta de un pariente de los MacDonald. Jacobito Estuardo ha obrado con imparcialidad, sin favorecer a ninguno de los dos lados sobre el otro. ¿Por qué Alexander no puede simplemente aceptar lo sucedido? Es parte del pasado. Para que podamos vivir en paz.

—No sin recuperar el honor de los MacDonald —insistió Nairn obstinadamente—. Sin duda este Rey debe entender eso.

—Jacobó Estuardo va a tomar la quema de Inverness como un insulto hacia su honor, Colly —le dijo—. Vendrá al norte a castigarnos. Recuerda que todo lo que sabe lo ha aprendido de los ingleses, formidables luchadores, estrategas y gobernantes. Tu hermano, en su arrogancia, está a punto de meter un palo en un avispero. Cuando esto termine, todos nosotros tendremos graves picaduras, pero MacDonald de Islay sufrirá menos daño que los que vivimos en las tierras altas. Para mí eso no es justo. Tu hermano es quien nos manda a la guerra y nosotros somos los que la sufrimos.

—Eres mujer, Fiona mía. Te resulta imposible entenderlo —le dijo, aunque descubrió que las palabras de ella le resultaban muy desconcertantes.

—Eres hombre, Colin MacDonald y no puedes evitar esa conducta infantil que pondría a tu hermano por delante de tus hijos.

Él le tendió los brazos.

—Ven y dame un beso, querida, y no discutamos más.

Fiona sacudió la cabeza.

—No te besaré, ni te abrazaré, ni haré el amor contigo hasta que regreses a casa sano y salvo —le dijo—. Esta noche duerme en la sala con tus hombres, milord. No quiero compartir mi cama contigo.

—¿Y si me matan, querida? ¿No vas a lamentar tu decisión en ese caso?

—Tu pellejo es demasiado grueso para que lo atraviese una flecha y además ¿cómo de peligroso puede ser atacar a pobres pueblerinos asustados, milord? —inquirió ella en tono burlón. Luego lo dejó.

Él sabía que con el tiempo ella entendería las costumbres de un jefe de las tierras altas. Sus obligaciones no solo para con su pueblo, sino también para con su jefe supremo. Claro que él le había jurado lealtad al Rey, pero en el fondo sabía que antes que a nadie le sería leal a los MacDonald, como siempre. Ellos eran su familia, su clan y lamentaba que

Fiona no lo comprendiese. Pronto le enseñaría a Alastair a ser igualmente leal, y lo mismo haría con los hijos varones que vinieran después.

Fiona sabía cuál era su deber. Por la mañana salió con sus dos hijos mayores colgados de sus faldas y su bebé en brazos a despedir a su marido y a los hombres de este, observándolos mientras marchaban bajando la colina del castillo rumbo al camino que llevaba a Inverness. A diferencia de muchos de los jefes, quienes podían reunir dos mil hombres o más, MacDonald de Nairn tenía solo doscientos que pertenecían al clan Rose —la familia de su madre, pues aunque él era un MacDonald reconocido por su padre, su herencia había pertenecido a una rama menor de la familia Rose.

—Son como muchachitos jugando —comentó Fiona en tono sombrío mientras el gaitero guiaba a las tropas, los estandartes ondeando valientemente.

—Me pregunto si regresarán todos —dijo Nelly.

—Creo que sí —dijo Fiona—. No van a una guerra. Van a quemar, robar y saquear un desafortunado pueblo de mujeres, niños y comerciantes. Debería darles vergüenza, pero no. Todos ellos regresarán a sus hogares alardeando de su victoria.

—Eres dura con él —le dijo Moire Rose, acercándose a Fiona y sonriéndole a Alastair y a Mary.

—¿Entonces estáis vos de acuerdo con vuestro hijo, señora?

—No, no lo estoy. La guerra siempre me pareció una tontería, pero a diferencia de ti, no me atreví a decirlo en voz alta. Es nuestra forma de ser y no va a cambiar.

—Ahora debe decirlo en voz alta —le aconsejó Fiona—. Jacobo Estuardo no tomará a la ligera este acto de crueldad. Querrá vengarse, señora. Cuando lo haga, preferiría que Nairn se alineara con el Rey y no con el Lord de las Islas. Si ambos fastidiamos a su hijo, mi marido, entonces quizá podamos desviarlo de la senda de autodestrucción que ha elegido.

—No va a escucharnos —sentenció Moire Rose en tono fatalista—. Cuando Colin se fue a vivir con su padre en Islay, le enseñaron que la primera de todas las reglas de la vida era lealtad total al Lord de las Islas. A todos los hijos de Donald les enseñaron eso. Ni uno solo de ellos rompería esa regla, Fiona. Ni uno. Me temo que no tienes la menor posibilidad de cambiar un hábito de toda la vida.

—Entonces es poco probable que Colly viva para ver crecer a sus hijos —replicó Fiona con tristeza—. Quemarán Inverness y el Rey les devolverá el golpe. El traerá destrucción y muerte a las tierras altas.



Alexander MacDonald llevó a cabo su propósito y quemó completamente Inverness. Su ejército de montañeses, diez mil en total, mató brutalmente a los habitantes de la ciudad y saqueó todo lo que pudo. En un día frío y lluvioso MacDonald de Nairn regresó a casa cargado con su botín de guerra. Había estado lloviendo sin parar durante tres días y las ramas estériles de los árboles se recortaban negras contra el cielo gris mientras los hombres cabalgaban colina arriba rumbo al castillo.

Fiona se había ido tranquilizando durante los días que su marido había estado lejos de casa. Para cuando el Rey se enterara de la matanza de Inverness y pudiera preparar un ejército para regresar al norte, ya habría llegado el invierno. Era improbable que el Monarca atacara durante los meses invernales. Esperaría hasta la primavera. Y en esos meses intermedios, ella tenía la intención de convencer a Colin MacDonald de que antes que a nadie debía ser leal al Rey, ante quien había hecho un juramento. Usaría todos los medios a su alcance para lograr su objetivo. Fiona saludó cariñosamente a su marido.

Complacido, él le dirigió una sonrisa juvenil, seguro de que la joven había entendido finalmente su forma de pensar. Arrojó a los pies de su esposa el botín de guerra: dos rollos de suave lana —uno del color azul grisáceo de un cielo invernal, el otro de un delicado tono púrpura parecido al del brezo—. Había un abrigo de brocado verde bosque y dorado y varios vestidos. Un trozo de fino linón para hacer velos. Varias cadenas de oro y un rosario adornado con piedras preciosas. Para su madre, Colín había traído un rollo de lana en tonos beige y crema, que combinaban con su cabello, varios hilos de ágata y un anillo de oro. Para Alastair una *claymore* en miniatura y para Mary un bonito vestido azul. Al verlo, Fiona se estremeció. ¿A qué niñita habría pertenecido el vestido? ¿La habrían asesinado?

Él le leyó el pensamiento.

—Lo cogí de la tienda de un comerciante de telas —le dijo—. Era nuevo, probablemente lo había hecho su esposa, una costurera que vivía de eso.

Ella asintió con la cabeza, sin querer saber más.

—Ven, esposo mío —le dijo suavemente—, debes estar hambriento y ya tengo la comida lista. Luego debes bañarte, pues apostaría a que no lo has hecho desde el día en que partiste.

Él esbozó una sonrisa.

—Por lo general un hombre no tiene tiempo para bañarse cuando está robando y saqueando, Fiona mía. —Le gustó que la joven riera ante su ocurrencia.

Se sentaron a la mesa y él comió gustosamente pastel de carne de caza, capón con salsa de limón y jengibre, trucha fresca y jamón. Se había acostumbrado a las verduras que ella insistía en que se sirvieran y en realidad se sentía mejor por comerlas. Esa noche le sirvió lechuga y berro braseados, pequeñas remolachas, y cebollas en salsa de nata al eneldo. Había pan tierno recién horneado, mantequilla sin sal y queso fuerte. Y, lo mejor de todo: la comida estaba caliente. Durante el tiempo que había estado fuera, no había comido nada caliente. La había extrañado, aunque se había regañado a sí mismo por estar volviéndose tan delicado. Luego de asentir con la cabeza al solícito sirviente que le preguntaba si quería que volviera a llenarle la copa, saboreó el

vino dulce. Su madre y esposa se miraron sonriendo, al notar con cuánto apetito comía. Su gaitero empezó a tocar suavemente y Colin MacDonald se reclinó en su silla, satisfecho y relajado, contento de estar nuevamente a salvo en casa después de su salida a Inverness.

—¿Todo el pueblo quedó destruido? —aventuró por fin su madre.

Él asintió con la cabeza.

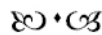
—Lo primero que quemamos fue la sala de audiencias del Rey. Fue un buen espectáculo y ahora ya no hay nada que recuerde la deshonra del Lord de las Islas.

—Ven, milord —le dijo Fiona antes de que la conversación pudiera volverse más detallada—. Querrás quitarte esa ropa apestosa y bañarte antes de irte a la cama.

—No voy a bañarme si otra vez va a confinárseme a la sala —la amenazó en tono travieso.

—Ay, Colly —le dijo ella—. En aquel momento estaba enfadada contigo, pero ya no. De hecho, es un alivio el tenerte de regreso en casa sano y salvo —le sonrió dulcemente—. Te he echado de menos en nuestra cama. —admitió tendiéndole la mano—. Ven, esposo mío.

—Buenas noches, señora —se despidió Nairn de su madre, quien con aire satisfecho asintió con la cabeza en su dirección, sonriendo mientras ellos se marchaban de la sala, conociendo perfectamente las intenciones de su nuera. «Ay —pensó Moire Rose—, no va a lograrlo».



Tras el baño, estaban tumbados sobre una piel de oveja frente al fuego, excitados. Fiona tocó el miembro de Colin y este gimió.

—Te gusta que toque con la lengua tu botoncito del amor, ¿no, cielo? —preguntó él. Cuando ella asintió lentamente con la cabeza, él dijo—: Dame el mismo tipo de placer, Fiona mía. Llévame a tu boca. —La voz sonaba casi estrangulada al pedírselo.

La verdad era que ella se había planteado hacer eso, pero no se había atrevido por miedo a escandalizarlo. Desde hacía un tiempo había sentido curiosidad. Comenzó a absorberlo despacio, chupándolo dulcemente con movimientos lentos y profundos. No se detuvo, aunque él lanzó un gemido, pues el sonido era de puro placer. Le fascinaba que lo que ella hacía pudiera dejar a Colin tan indefenso. Probó deslizando la lengua alrededor de la cabeza color rubí de su miembro, una y otra vez. Lo sostuvo en una mano y dejó que la otra vagara acariciando la bolsa de sus gemelos. Un dedo se desvió inocentemente por debajo de la bolsa y tocó la carne de esa zona arrancándole un suave grito. Volvió a apretar el mismo punto. Le advirtió con voz tensa que dejara de hacer eso, pues estaba a punto de derramar su simiente.

Fiona sentía que la cabeza le daba vueltas por el erotismo de las sensaciones de usarlo de esta manera. El se puso encima, cubriéndola con su cuerpo grandote, y duro como el hierro entró en su cuerpo. La joven se abrió para recibirlo, dejándose penetrar por su vara del amor, rodeándolo con su carne, envolviéndolo con sus piernas para que él pudiera sumergirse profundamente en la humedad blanda y caliente de su sexo acogedor. Fiona suspiró profundamente, sintiendo que sus senos cedían bajo el pecho musculoso.

—¡Oh, Colly! —susurró. Nunca habían sentido algo tan bueno. Nada como esto—. ¡Oh! ¡Ohhhhh!

Ella era magnífica. Increíble. Jamás la había visto tan desinhibida con sus pasiones. Colin comenzó a moverse encima, contrayendo y relajando las nalgas una y otra vez mientras su pasión iba *in crescendo*.

Fiona se retorció debajo de él cuando se hundió en ella llevándola a un paroxismo de excitación como nunca antes había experimentado. Podía sentirlo palpitando y anhelaba llegar al clímax. Recorrió con las uñas la espalda masculina.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gimió.

El cuerpo de él arremetía cada vez con más fuerza. Ella podía sentir el torbellino acercándose. Jadeaba, afanándose desesperadamente por respirar. Todo su cuerpo, su cerebro mismo, estaba en llamas, y en un instante estallaría en mil fragmentos de puro placer. Lanzó un grito al sentirse invadida por una salvaje oleada. Como respuesta, Colin soltó un grito de puro gozo. Y ella estalló. Se habían privado de esto durante demasiado tiempo.

Más tarde se tumbaron desnudos frente al fuego. El sonreía, recorriéndole el contorno del cuerpo con un dedo.

—Nunca antes te habías entregado a mí de esa forma —le dijo suavemente, inclinándose para besarle el hombro.

—Tú no te habías entregado a mí así —replicó ella—. Ha sido maravilloso, Colin MacDonald. —Ella volvió la cabeza para mirarlo a los ojos y lo besó en la boca—. Ummmmm.

—¿Al fin me amas, Fiona mía?

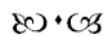
Sus ojos verdes brillaron.

—Puede que esté empezando a sentir por vos un *poquito* de ternura, milord.

—Arpía descarada —bromeó él, riendo por lo bajo y apretándola contra la alfombra de piel de oveja. La luz de las llamas jugueteaba sobre sus cuerpos, sumando su calor al de ellos. Él empezó a lamerle la delgada garganta.

—Eres deliciosa, cielo —murmuró, con la boca dentro del hueco del cuello, mientras mordisqueaba delicadamente su dulce carne. Deslizó la lengua por el pecho de ella, bajando por los senos hasta rodear con la boca un pezón y ponerse a mamar su leche.

Fiona le pasó los dedos por el espeso cabello rojo dorado. Sonrió al notar que se había olvidado de lavarle el pelo, aún Heno del polvo de sus viajes. Al día siguiente habría suficiente tiempo. Se abandonó a la pasión de él y esta vez fue aún mejor que la anterior. Finalmente, a mitad de la noche, lograron cambiar su lugar frente al fuego por la tibieza de su cama, metiéndose abrazados debajo de la colcha. Algo había cambiado. Ambos lo notaron, mientras se deslizaban en un sueño satisfecho.



Llegó el invierno y las noticias que se filtraban en Naims Craig desde el sur del Tay eran nefastas. El Rey se había enfurecido al enterarse que el Lord de las Islas había incendiado la ciudad de Inverness. Los supervivientes habían marchado hasta Scone para implorar al Rey venganza y compensación económica. Solo la nieve protegía a las tierras altas por ahora. Se sabía que con la primavera llegaría la represalia. Fiona intentaba no pensar en ello, pero Nairn no le permitía olvidarlo.

—El año pasado tuvimos una buena cosecha —dijo—. Debes conservar lo que hay en los graneros y lo que tenemos almacenado en frío, porque quizá no lleguemos a sembrar nada en la primavera. Si lo hacemos, pueden destruirlo antes de la próxima cosecha. Tendrás que quedarte a cargo de Nairns Craig mientras yo esté fuera, querida. Mi madre va a ayudarte.

—¿Dónde irás? —le preguntó Fiona mientras estaban sentados en la sala, con los niños jugueteando alrededor. Johanna pronto iba a celebrar su primer año de vida y ya andaba por ahí haciendo pinitos con paso vacilante.

—Cuando mi hermano llame, debo seguirlo al combate —respondió tranquilamente Colin MacDonald—. Lo sabes, querida. No niegues la realidad. Si Alexander va a la guerra, debo secundarlo.

—Tú le debes lealtad al Rey —dijo ella, haciendo un gran esfuerzo por no sonar desesperada—. Si tu hermano elige luchar contra Jacobo Estuardo, no lo sigas. Alíate con el Rey. Al final Jacobo Estuardo va a triunfar sobre el Lord. ¡Estoy segura! Si luchas en el bando del Lord, el Rey te castigará también a ti. Sé que amas a tu hermano y sientes una profunda lealtad hacia el clan como te enseñó tu padre, pero los tiempos están cambiando, Colly. Este mundo en

el que vivimos no es el mismo que aquel en el que vivió tu padre. En un tiempo los Lores de las Islas gobernaban sin oposición, pero ahora se discute su autoridad. Jacobo Estuardo reclama toda Escocia. Hasta la lealtad de los aliados del Lord es dudosa. A menos que tu hermano acepte la autoridad del Rey, a él y a cuantos lo siguen se los hará sufrir. Tenemos tres hijos, esposo mío. Tu madre es anciana. ¿Debemos sufrir por tu equivocado sentido de la lealtad? ¡Por favor, te lo suplico, no vayas a la guerra tras tu hermano! —Mientras intentaba convencerlo, tenía los ojos llenos de lágrimas que conmovieron a MacDonald de Nairn, quien sin embargo no cedió a su ruego.

—No puedo negarme a obedecer la llamada del Lord de las Islas cuando llegue, querida. No temas. Tú estarás segura aquí dentro de Nairns Craig y los niños también. El Rey no tomará represalia alguna contra ti ni contra mi madre.

—Jacobo Estuardo tomaría represalias contra un santo, si éste se interpusiera en su camino, Colin MacDonald. No digas que no te lo advertí. Sé lo que debo hacer ahora. Si nos dejas, me llevaré a los niños y también a tu madre, si ella quiere, a la Torre Hay. Sé que allí estaremos a salvo de los caóticos juegos que jugáis vosotros los hombres.

Estupefacto, él dijo:

—Debes conservar Nairns Craig para mí.

—Si el castillo es tan invulnerable como afirmas, milord, entonces tus sirvientes pueden conservar Nairns Craig hasta que regreses o los hombres del Rey los exijan que se rindan y lo entreguen —le dijo Fiona—. No me quedaré aquí sin ti, ni permitiré que nuestros hijos ni la anciana corran peligro. Déjanos y me marcharé. Si sobrevives, sabes dónde puedes encontrarnos. Si el Rey confisca este castillo, te alegrarás de que yo tenga mi pequeña casa, Colly. No es imponente, pero el techo no gotea.

Estaba asombrado ante semejante determinación. No la consideraba una mujer tonta que amenazaba en vano a un hombre. Tenía la intención de cumplir cada una de sus palabras, y él lo sabía. La idea, aunque al principio lo había dejado pasmado, no era tan mala. Si Nairns Craig llegara a correr peligro de un inminente ataque, tal vez fuera bueno que ella huyera con los niños a su propia casa. Fiona no participaría de la rebelión contra el Rey. Si ella se alejaba de Nairns Craig y a él lo mataban o capturaban, no la considerarían responsable por las acciones de su marido —ni podrían usarla para obligarlo a rendirse—. Cuántos hijos de los enemigos de los Estuardo habían languidecido privados de su libertad. No quería que usaran a sus hijas para negociar matrimonios infelices que beneficiaran a Jacobo Estuardo y a ellas las hicieran desgraciadas. No quería que su hijo llegara a sentirse avergonzado de su orgulloso linaje.

—Quizá sería una buena idea, querida, que si hay guerra —le dijo—, tú y los niños os escondierais en la torre Hay. Estaríais lejos de los problemas. Se combatirá principalmente en el norte y en el oeste. A nadie se le ocurriría buscarte en tu montaña.

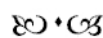
Fiona suspiró. Su intención había sido presionarlo para que desistiera de sus absurdos planes, pero en cambio le había dado un medio de aliviarse la conciencia.

—No puedo cambiarte ¿verdad, Colin?

Él sacudió la cabeza, con una ligera sonrisa en los labios.

—No, querida, no puedes cambiarme. Te amo con todo mi corazón, Fiona mía, pero ni siquiera por ti traicionaré a Alexander MacDonald, Lord de las Islas.

—Lo único que puedo hacer es rogar que todos sobrevivamos a las consecuencias de tus lealtades equivocadas —le respondió ella, pero luego lo besó en los labios.



La nieve cubría las montañas y los árboles no mostraban señales de estar floreciendo cuando llegó el llamamiento a las armas. Un helado crepúsculo cuando un pedacito de luna aparecía suspendido del cielo hacia el oeste, primero una fogata, luego otra, y otra más brotaron

sobre las colinas. Antes del anochecer un mensajero enviado por el Lord de las Islas llegó a Nairns Craig. Al mando de un enorme ejército, Jacobo Estuardo había cruzado el río Tay y se dirigía hacia el norte. El Rey había contraatacado antes de lo que cualquiera de ellos había previsto. Iba a ser un combate a muerte.

En Inverness no habían perdido ni un solo hombre, pero ahora, mientras los doscientos hombres se reunían en el patio del castillo, Fiona los contempló con tristeza, preguntándose cuántos —si acaso alguno— regresarían ilesos. Mientras Nairn se preparaba para partir, su madre, débil a causa del crudo invierno que habían tenido que soportar y de la pérdida de su vieja criada, Beathag, le habló con toda seriedad a su único hijo.

—Presiento que lo que estás haciendo no está bien, Colin —le dijo—. No sigas a los MacDonald esta vez. Si no lo haces por nuestro bien, hazlo por el tuyo. Nada bueno puede resultar de esta lucha. —Sus ojos se llenaron de lágrimas que rodaron luego por su rostro entrado en años y curtido, aunque todavía hermoso—. Si te vas, no volveré a verte en esta vida —vaticinó.

Colin intentó consolarla, pues jamás en su vida la había visto tan preocupada por él. Rodeándola con un brazo, le dijo:

—Soy un digno hijo de mi padre, madre, y debo cumplir con mi deber para con mi familia.

Moire Rose lo miró desolada mientras él la besaba en la mejilla.

—Dios te bendiga, Colin, hijo mío —dijo. Luego, soltándose de su abrazo, regresó cojeando al castillo, apoyándose en el bastón que usaba ahora. No quería la ayuda de doncella alguna desde que Beathag había muerto en el invierno a causa de su avanzada edad.

—Yo cuidaré de ella —prometió Fiona a su marido—, pero hay poco que pueda hacer para calmar sus miedos. Tenemos razón, Colly. No deberías ir con el Lord. Ve rumbo al campamento del Rey y alinéate con él. No sufrirás por hacerlo, y créeme, no serás el único jefe de las tierras altas en aliarse con Jacobo Estuardo. No apruebo la quema de Inverness, pero ahora entiendo por qué sentiste que debías secundar a tu hermano en asolar el pueblo. Esto es diferente. Aquello fue para vengar un insulto, pero esto es traición, pura y simple, Colly. ¿Les pondrías a tus hijos la marca de un traidor? La tendrán si es el Rey quien gana.

—Sí... —dijo MacDonald de Nairn con una alegre sonrisa.

Fiona sentía deseos de gritarle. ¿Acaso no entendía? El Lord de las Islas creía tener diez mil hombres alineados bajo su estandarte, pero siendo como es la naturaleza humana, Fiona estaba segura de que algunos de los hombres de los clanes, al ver el poderío del Rey, cambiarían de bando. El mensajero de la noche había afirmado que las tropas del Rey igualaban en número a las de Alexander MacDonald. Mirando a los ojos a su marido, vio que nada de lo que ella pudiese decir o hacer lo desviaría de la senda hacia su propia destrucción. Era una locura, pero no podía evitar admirar su sentido de la lealtad y su determinación. No era un hombre complicado, sino bueno. Haciéndole bajar la cabeza, lo besó apasionadamente hasta que ambos se sintieron mareados de placer. Él la soltó, sonriéndole.

—Adiós, amor mío —se despidió Fiona—. Que Dios te proteja y te traiga de regreso sano y salvo.

—Entonces —dijo él con los ojos azules iluminados de repente—, *sí que me amas*, Fiona mía. —Una de sus grandes manos le acarició la mejilla sonrosada.

Una rápida súplica subió hasta sus labios, pero se la tragó, diciendo en cambio:

—Sí, te amo, Nairn. —Enseguida desvió la mirada, antes de que él pudiera ver sus lágrimas y se volvió alejándose rumbo al castillo, mientras él le gritaba:

—¡Siempre supe que algún día me amarías, Fiona mía!

Todos los días se volvieron iguales. Si bien no estaba aislado, Nairns Craig estaba lejos de los caminos más transitados. Cuando el suelo se ablandó de nuevo, Fiona supervisó la siembra en los pocos campos cultivables. Quizá llegaran a cosechar algo. Racionó cuidadosamente cada partícula de grano en los cestos de almacenaje, reforzó la vigilancia de su ganado y ovejas. Envío a un muchacho, demasiado joven para combatir y desilusionado de que no le hubieran permitido irse con el resto de los hombres, a sentarse a la vera del camino y preguntar a todos los viajeros para obtener toda la información posible. Aunque Fiona sabía que debería irse, no podía hacer notar sus intenciones. Durante el día sobre la entrada a Nairns Craig se bajaba el rastrillo y cada noche se cerraban detrás de él las pesadas puertas de roble enmarcadas en hierro.

Beathag, cuyo frágil cuerpo de anciana había permanecido guardado en los fríos sótanos durante los meses invernales, ahora fue puesta a descansar en una tumba recién cavada. Esto pareció deprimir más a Moire Rose. Ya casi no comía y con el correr de los días se debilitaba más y más. Una tarde, cuando el sol resplandecía sobre un límpido cielo azul, Fiona hizo llevar a su suegra a la azotea de una de las torres para que pudiera disfrutar de la brisa y contemplar el campo que la rodeaba. A sus pies, se veían las frondosas colinas cubiertas de nueva vegetación y los lagos que relucían reflejando el hermoso color del cielo. Las dos mujeres se quedaron allí sentadas juntas durante varias horas, mientras Fiona cosía una prenda para Alastair, que estaba creciendo rápido. Finalmente, cuando ya caía la tarde, la joven sugirió que era hora de entrar.

—Déjame ver la puesta del sol —le pidió Moire Rose con voz trémula.

—Como gustéis, señora. No tenéis frío, ¿verdad? Hemos estado un buen rato aquí afuera.

—Estoy bien.

Juntas contemplaron hundirse el sol detrás de las colinas occidentales. El cielo ofrecía un panorama de llameantes colores. Naranja fundido en una delgada franja de verde pálido que rezumaba un matiz lavanda. Nubes rosadas ribeteadas de violeta y dorado colgaban de un cielo color aguamarina. El horizonte era de un vivo púrpura real detrás del cual se hundía lentamente el sol rojo fundido, mientras encima del castillo las golondrinas se lanzaban como oscuras flechas en medio del crepúsculo.

Finalmente, Fiona se levantó y llamó a sus sirvientes para que llevaran a Moire Rose de vuelta a su habitación. Con sumo cuidado hicieron pasar la camilla por la trampa y la transportaron a través del corredor hasta el dormitorio de la anciana. Al entrar allí, sin embargo, mientras levantaban a Moire Rose para meterla en su cama, Fiona notó lo inmóvil que estaba.

—Esperad —dijo y cogió el espejito de plata que Donald MacDonald le había regalado a Moire Rose. Acercándolo a la nariz de su suegra inmediatamente se dio cuenta de que el cristal no reflejaba su respiración. Los ojos azules de la anciana estaban solo entreabiertos. Fiona los cerró con suavidad.

—La señora ha muerto —les informó a los sirvientes—. Ponedla con cuidado sobre la cama. Hay que prepararla para sepultarla mañana. —Luego salió de prisa en busca de Nelly.

A la mañana siguiente, junto a la tumba, Fiona deseó que el padre Ninian estuviera con ellos. No lo habían visto en mucho más de un año. El frágil cuerpo de Moire Rose había sido lavado y ataviado con su mejor vestido. Luego la metieron en un saco de tela con los bordes cosidos, pues no había nadie que pudiera fabricar un ataúd de madera decente. El muchachito que vigilaba el camino había cavado la tumba para ella y fue él quien la relleno de tierra.

Varios días más tarde llegó la noticia de que los clanes Chattan y Cameron habían desertado de las filas del Lord de las Islas para aliarse con el rey Jacobo. Fue un terrible golpe, pues ambas familias eran muy poderosas y siempre habían sido partidarias de los Lores MacDonald. Sin ellos, el Lord quedaba enormemente debilitado. Fiona rogaba que su marido recordase sus palabras y reconsiderase su posición, pero en el fondo sabía que no lo haría. Si algún efecto causaba en él la deserción de ex partidarios y adeptos de toda la vida, este sería fortalecer su resolución de permanecer junto a su hermano hasta el último minuto.

Una tarde, el muchachito que vigilaba el camino principal subió corriendo la colina del castillo, mientras gritaba:

—¡Lo han derrotado! ¡Lo han derrotado! —Lo llevaron de inmediato ante Fiona.

—¿A quién han derrotado, Ian? —preguntó ella—. ¿Han derrotado al Rey, chaval? Cuéntame lo que has oído.

—Han derrotado al Lord de las Islas en Lochaber, señora. Dicen que fue una carnicería tremenda. ¡Tremenda!

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hombres del clan Rose, ya de regreso a casa. No los nuestros. Los del Gran Clan Rose. Dicen que el Lord pidió paz y perdón. Las tropas del Rey están persiguiendo a los nuestros, metiéndose en las tierras altas. Vienen hacia aquí trayendo destrucción. No han dejado un solo campo sin quemar hacia el sur y oeste de Nairns Craig. Eso es lo que dicen.

—Regresa junto al camino principal, Ian —le ordenó Fiona— y averigua todo lo que puedas.

—A los hombres que pasan por el camino les vendría bien un poco de agua, señora —le dijo Ian— y si yo pudiera dársela, no subirían hasta el castillo. Van a estar buscando qué saquear, amargados por su derrota ante el Rey. En realidad, poco es lo que podemos hacer para defendernos salvo cerrar las puertas y si lo hacemos, señora, ¿cómo haremos para enterarnos de lo que está sucediendo?

—Te enviaré el agua —respondió Fiona, pensando que el muchacho era particularmente inteligente y leal.

A la mañana siguiente, Nelly le dijo en voz baja a su señora:

—¿Habéis notado que se ven pocos habitantes del castillo dando vueltas?

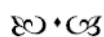
Fiona asintió con la cabeza.

—Están huyendo. No puedo culparlos.

—¿No deberíamos coger a los niños e irnos a la torre Hay ahora, miladi? le preguntó Nelly suavemente—. Mi Roddy sabe dónde encontrarnos. Me ha mostrado un sendero secreto que atraviesa las colinas en dirección sur y este hacia Brae. Si nos quedáramos no estaríamos seguros. Si las fuerzas del Rey vienen hacia aquí, sin duda destruirán Nairns Craig para vengarse de vuestro marido. Si nos encuentran aquí, pueden matarnos a nosotras y a los niños.

—Si Alexander MacDonald le ha pedido la paz al Rey —razonó Fiona—, entonces Nairn debería regresar pronto a casa. Este castillo jamás ha sido capturo durante una guerra. Una vez que las puertas estén cerradas, estaremos seguros. Hagamos acopio de todas nuestras provisiones. Si las fuerzas del Rey se aproximan a Nairns Craig simplemente cerraremos nuestras puertas y esperaremos que se marchen. Cuando Nairn regrese a casa decidiremos qué hacer. Si el Rey acepta la sumisión de Alexander MacDonald, sin duda aceptará también la de Colin MacDonald.

El grano de los pocos campos que tenían aún no estaba maduro. Si los atacaban deberían dar por perdida la cosecha. Fiona agradeció el haber sido tan precavida con la cosecha del año anterior. Los silos puertas adentro del castillo estaban llenos hasta más de la mitad de su capacidad. Podían hacer alcanzar esas provisiones durante un invierno si fuera necesario. Se hizo acopio de todo lo comestible, fuera lo que fuese, y se lo llevó al castillo. Llegado el momento, arrearían todo el ganado vacuno y ovino que pudieran hasta detrás de las murallas. Las aves de corral ya vivían allí para protegerlas de los zorros y tejones.



Una mañana, Fiona advirtió que ella, Nelly y los niños estaban prácticamente solos excepto por media docena de criados ancianos y el muchacho, Ian. Los reunió a todos en la sala y les dijo:

—Si tenéis familia en otro lugar con quienes queráis refugiaros, podéis irlos. Pero aseguraos de regresar cuando pasen los problemas. Seréis bienvenidos.

Observó cómo todos salían deprisa de la sala, excepto el muchachito. Lo miró.

—¿Tú no quieres marcharte, lan?

—¿Adonde iría? —le preguntó él—. Nairns Craig es mi hogar.

—¿Y tu madre? —inquirió Fiona—. ¿No te querrá con ella?

—Mi madre murió —respondió él.

—Y supongo que tu padre se ha ido con Naim —replicó Fiona—. ¿No tienes abuelos con quienes puedas buscar refugio?

—Solo tengo a mi padre.

—¿Lo conozco?

El muchacho arrastró nerviosamente los pies, pero sin decir palabra.

De repente Nelly ahogó un grito, cubriéndose rápidamente la boca con la mano. Luego la dejó caer.

—Eres hijo de Roderick Dhu ¿no es verdad? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta. ¿Por qué no lo había notado antes? Aunque tenía solo once años, el chaval era el vivo retrato del bobo de su larguirucho marido.

—Mi madre murió al nacer yo —dijo lan—. Estaban casados temporalmente, señora, así que soy hijo legítimo. Me criaron mis abuelos, pero el año pasado me quedé sin ninguno de ellos. Me trajeron para servir en el castillo. Mi padre temía decíroslo, señora, no fuera que desistierais de casaros con él.

—El grandísimo tonto —dijo Nelly.

—No os enojaréis con mi padre, señora ¿verdad?

—Oh, ven y dame un beso, lan —le pidió Nelly—. Serás el niño más bueno que tendré —concluyó con una sonrisa, abrazándolo.

—Entonces somos tres y los niños —dijo Fiona tranquilamente—. lan, creo que los viajeros ya nos han dicho todo lo que necesitamos saber. Sube a la torre sur y vigila. Si ves que se aproxima cualquier partida de hombres armados, ven a advertírmelo. Nelly y yo mantendremos cerradas las puertas hoy, solo para asegurarnos de que no nos cojan desprevenidos. ¿Hay alguna otra forma de entrar al castillo que no sea a través de las puertas, muchacho?

—Hay un pasadizo secreto con salida al bosque detrás del castillo, señora, pero solo mi padre y el señor de Nairn lo conocen. Mi padre me habló de su existencia y me lo mostró antes de partir. Me ordenó que si hacía falta os ayudara a vos y a la señora Nelly a escapar con los niños. —Sacó una llave de latón—. Esta es la llave de la puerta. Es la única que hay y la entrada está tan bien disimulada que aún sabiendo que está allí costaría encontrarla. Tenemos una buena madriguera de conejo a través de la cual escapar si el zorro sitiara nuestra guarida, señora —concluyó el muchachito, tras lo cual se marchó a vigilar desde el tejado.

—Despierta a los niños —le ordenó Fiona a Nelly— y dales de comer. Océpate de ponerles ropa abrigada. A partir de este momento debemos estar listos para partir de inmediato en caso de que nos ataquen.

—¿Y por qué deberíamos irnos? —inquirió Nelly—. A menos, por supuesto de que deseemos ir a la torre Hay. Por ahora estamos seguros aquí detrás de estos muros, señora. Fuera, el campo está plagado de hombres de los diferentes clanes a quienes no les importa de qué lado estamos.

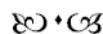
Nelly probablemente tenía razón, pensó Fiona cuando se quedó sola. De todos modos no estaría de más el prepararse para huir si fuera necesario. ¿Qué cosas llevaría consigo? No podían ser muchas, pues no se atrevía a viajar en carro. Un vehículo enlentecería la marcha y aumentaría las posibilidades de ser asaltados por cada montañés superviviente con quien se cruzaran. No sería fácil de ocultar entre el follaje si se encontraban con una tropa de jinetes. Aun así se las arreglaría para llevar las copas de plata que el Lord de las Islas le había dado a Alastair como regalo de bautismo y el hermoso broche que la condesa de Ross le había obsequiado a su hija

Johanna. El espejo de plata de Moire Rose lo guardaría para Mary. Aparte de aquello, podían llevar solo la ropa que entrara en las alforjas y provisiones.

Fiona intentó recordar qué enseres había en la torre Hay. Eran escasos, pero ella había criado a sus hermanas en aquel frío montículo de piedras y también criaría allí a sus hijos. En algún momento, cuando fuera seguro, encontraría un medio de contactar con sus hermanas para poder casar a sus hijos. Suspiró. Jamás se casarían con sus iguales, pero al menos tendrían el futuro asegurado. Cubrir las necesidades de los niños era algo que ella le debía a Nairn.

Colín MacDonald. ¿Habría sobrevivido, y si así era, por qué aún no había regresado a casa? ¿Tendría idea de lo preocupada que estaba por él? Advirtió que había estado planificando un futuro sin él. ¿Sería que intuía algo? ¿Y el marido de Nelly? ¿Estaría vivo, o era posible que ahora ambas fueran viudas? Se dio cuenta de que tenía que permanecer en Nairns Craig hasta estar absolutamente segura de qué había sucedido exactamente.

El campo que las rodeaba estuvo casi extrañamente tranquilo durante los días siguientes. Se había interrumpido el flujo de miembros de los clanes que regresaban a sus casas por el camino a los pies del castillo. Ellos parecían ser los únicos supervivientes en el mundo entero. Sin embargo sabían que no era así, pues podían ver arder fogatas a lo lejos. El fuego en los campos, cabañas y casas de los jefes ardían con una luz fantasmagórica durante el día y con un resplandor rojo anaranjado por las noches. El humo prestaba al horizonte un color azul brumoso. Las fogatas se acercaban cada vez más a Nairns Craig, pero aún así no había señales de Colín MacDonald.



Entonces, una noche, Ian bajó dificultosamente la escalera desde la azotea y entró corriendo a la sala.

—Hay un grupo grande de hombres armados a varios kilómetros, señora —jadeó—. Parecen estar avanzando hacia aquí. ¡Ay, señora, son muchos!

—¡Alastair! —llamó Fiona a su hijo, quien ahora tenía cuatro años—. Acompaña a Ian. Él vigilará desde el tejado y cuando los hombres estén más cerca, te avisará a ti. Luego debes venir a la sala y avisarme inmediatamente, pues me temo que el enemigo ya habrá llegado. Mary, cuida a Johanna. Nelly, ven conmigo. Debemos asegurarnos de que las puertas estén bien cerradas.

Las dos mujeres corrieron al patio para comprobar que las grandes vigas de madera que habían puesto con la ayuda de Ian varios días antes estuviesen firmes en su lugar. Lo estaban. Además estaba la verja de hierro.

Juntas, las dos mujeres bajaron una reja interior que solo se usaba en caso de ataque. Si el enemigo lograba echar abajo la primera verja y las puertas, se encontraría ante otra barricada de hierro para superar. Satisfechas de que sus preparativos fueran tan buenos como era posible, Fiona y Nelly regresaron a la sala y echaron el cerrojo a la puerta del castillo tras de sí. Allí dentro había abundante comida y un pozo interior para sacar agua. Podían resistir indefinidamente si quisieran hacerlo. Aguardaron.

Por fin Alastair entró corriendo a la sala.

—Están en el camino del castillo, mamá —le gritó a Fiona, quien se levantó de un salto para correr al tejado de la torre.

Ian la ayudó a subir el último peldaño.

—Ya casi han llegado —dijo el muchacho.

Fiona miró por encima del borde del parapeto. El espectáculo era aterrador. El camino principal estaba repleto de hombres a caballo y soldados hasta donde alcanzaba la vista. El que conducía al castillo estaba desbordado de jinetes y una multitud verdaderamente impresionante se había agrupado delante de las puertas del castillo. Fiona sintió que se ponía pálida.

—¡Dios santo! —susurró—. Es el Rey en persona. ¡El Rey ha venido a Nairns Craig, Ian!

Un jinete se adelantó y con su lanza golpeó violentamente las puertas provocando un fuerte sonido que retumbó como un trueno a través del castillo.

—¡Abrid, en nombre del Rey! —vociferó.

Fiona se encaramó al parapeto de las murallas, sujetándose a la mampostería con una mano.

—No le abriré las puertas a hombre alguno —les gritó en respuesta—, hasta que regrese mi marido. ¿Por qué sitia el Rey el hogar de una mujer inocente y sus hijos?

—¡Señora Fiona —gritó el Rey—, abras las puertas! Vuestro marido, el traidor MacDonald de Nairn ha regresado a casa. —Jacobó Estuardo hizo una seña con la mano y un jinete se adelantó conduciendo otro caballo. El jinete era Roderick Dhu y el animal al que guiaba era el gran semental de Colin MacDonald. Sobre el lomo de la bestia colgaba un cuerpo.

—Lo he traído a casa, señora —le anunció Roderick Dhu, con el rostro sucio anegado de lágrimas de las que no se avergonzaba.

Fiona pensó que se le partiría el corazón. Sentía un inmenso dolor por la muerte de Colin MacDonald, un hombre que la había amado tan incondicionalmente y a quien ella también había llegado a amar.

—El cementerio familiar está aquí—dijo ella señalando con el dedo—. Si fuera tan generoso, mi Señor, para hacer que sus hombres caven la tumba de mi esposo, le permitiré entrar a Nairns Craig después de que él esté decentemente sepultado para descansar en paz. ¿Tenéis un sacerdote entre esa multitud de criados?

—Sí —respondió el Rey.

—Haced que caven la tumba junto a la de su madre, a quien hemos sepultado hace algunas semanas. Sus hombres encontrarán fácilmente el lugar. —Se bajó del parapeto, desapareciendo de la vista del gentío de abajo—. Cuando hayan terminado, regresa a la sala, lan, para que salgamos todos. Gracias a Dios tu padre ha sobrevivido.

—¿Qué va a sucedemos, señora?

—No lo sé —respondió Fiona en voz baja, y luego bajó la escalera del tejado y entró a la sala.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Nelly atemorizada.

—El Rey está a nuestras puertas con tu marido que ha sobrevivido y el cuerpo del mío. Vamos a salir cuando hayan cavado la tumba de Nairn. Hay entre ellos un sacerdote. Vistamos decentemente a los niños para estar presentables en presencia del Rey. —Hipó, dejando escapar un sollozo que al instante reprimió, forzándose tan violentamente a tragarlo que le dolió la garganta. Ahora no tenía tiempo para el dolor.

Cuando los hombres del Rey terminaron de cavar la tumba, lan entró a avisarlos. El muchachito, que había sido aprendiz del gaitero del castillo, cogió su gaita de un rincón de la sala. Los niños estaban asustados. Fiona se tomó un momento para tranquilizarles.

—Vuestro padre está muerto —les dijo suavemente—. El Rey ha traído a casa su pobre cuerpo para que lo sepultemos. Ese es un gesto de generosidad de su parte —les mintió—. Está esperando a las puertas de nuestro castillo. Seréis respetuosos con el Rey, pues él tiene el poder de conservar nuestras vidas o acabar con ellas. ¿Me entendéis, hijos míos?

—¿Ahora el señor de Nairn soy yo? —preguntó inteligentemente Alastair.

Fiona sacudió la cabeza.

—No —dijo—. El Rey nos mandará irnos de aquí, porque tu padre se rebeló contra él. Tú, hijo mío, nunca debes rebelarte contra tu señor. El Rey nos castigará por culpa de tu padre, pero tiene razón en hacerlo.

—¿Y mi tío Alexander no es Rey? —inquirió el niño, confundido.

—Solo hay un rey en Escocia, Alastair —le dijo Fiona su hijo—. Su nombre es Jacobo Estuardo. Recuérdalo, muchachito.

El niño asintió con la cabeza.

—Ahora, salgamos a saludar al Rey y a sepultar a vuestro padre —ordenó Fiona, conduciéndolos fuera del castillo.

Los hombres reunidos al otro lado de las puertas oyeron el sonido de un rastrillo interior que se levantaba. Chirriaba y crujía mientras la antigua polea lo hacía subir. Pasaron algunos minutos y el segundo rastrillo se alzó lentamente. Luego las puertas se abrieron trabajosamente. Dos mujeres y tres niños pequeños aparecieron en la entrada a Nairns Craig. Un muchachito los precedía tocando con su gaita la endecha³⁶ de MacDonald mientras avanzaban. Marcharon dignamente, ignorando al Rey y a sus hombres y encaminándose al cementerio. Ni Jacobo Estuardo ni sus hombres se movieron al pasar rápidamente junto a ellos el pequeño grupo de dolientes. Habían estado ante muchos grupos de viudas y huérfanos durante las últimas semanas, pero ninguno tan allegado. El Rey había insistido en venir hasta Nairns Craig al encontrar a Roderick Dhu, herido y protegiendo el cuerpo de su señor en el campo de batalla de Lochaber. No pocos hombres se preguntaban por qué el Rey había distinguido a MacDonald de Nairn escoltando personalmente a casa su cuerpo.

En el pequeñísimo cementerio familiar Fiona miró el cuerpo amortajado de su esposo.

—Déjame ver su rostro, Roderick Dhu —pidió. Se arrodilló junto a él, lamentándose como una madre. Sacó un pedacito de tela y lo mojó con su propia saliva.

—Nairn, Nairn, no te dejaré ir a tu tumba con la cara sucia —le dijo, frotando enérgicamente la suciedad y el sudor de la batalla que se habían secado sobre su atractivo rostro. Después, inclinando la cabeza le besó los labios helados y rígidos.

—Ve con Dios, esposo mío. En verdad llegué a amarte. —Se levantó y trajo a los niños para que vieran a su padre por última vez—. Él os amó a todos, hijos míos —dijo a las tres solemnes criaturitas.

Dicho esto, ordenó a Roderick Dhu que cubriera otra vez con la mortaja la cabeza de su marido. El cuerpo fue depositado en su tumba. El confesor del Rey se acercó a ellos y rezó una oración ante el cadáver. Las gaitas dejaron oír su lamento mientras se echaba tierra sobre el cadáver de Colin MacDonald. Fiona permaneció de pie, en completo silencio, hasta que se rellenó la tumba. A su lado, Alastair y Mary lloraban suavemente. Junto a ellos, estaba de pie Johanna, los dedos en la boca, sin entender del todo lo que estaba ocurriendo.

Concluido el rito fúnebre, Fiona agradeció al sacerdote y a los dos hombres que les habían ayudado, estos últimos vestidos con el *plaid* de los Estuardo. Nelly apenas podía dejar de mirar a su marido. Lo cogió de la mano, apretándosela fuerte, y con la otra mano puso a Ian entre ellos. Se sentía casi culpable de que su esposo hubiese sobrevivido y el de Fiona no. Pero ésta sonrió al verlos.

—Mejor uno que ninguno —le dijo a Nelly—. Fue Dios quien eligió que así fuera, no nosotros, muchacha. Solo acuérdate de orar por el alma buena de Nairn. —Cogió a sus niños y, seguida por los demás, se dirigió hacia donde estaba el Rey, aún montado en su caballo. Al llegar ante él hizo una profunda reverencia.

El Rey esbozó una ligera sonrisa al ver a la más pequeña de los niños, una diminuta chica, esforzándose por imitar a su hermana mayor.

Cuando hubieron presentado sus respetos al Rey, Fiona orgullosamente erguida, alargó la mano ofreciéndole a Jacobo Estuardo las llaves del castillo.

Él las aceptó con expresión grave.

—Hablaemos más tarde —le dijo a la joven—. Por ahora estoy hambriento y ansío una buena comida.

—Ay, mi Señor —empezó a disculparse Fiona—, lamento no poder complacerlos. Los sirvientes se marcharon del castillo al enterarse de vuestra victoria. Comida tengo en abundancia,

³⁶ Canción triste o de lamento. (N. de la T.)

pero no sirvientes para prepararla. Hay estofado de conejo, un poco de pan y queso que Nelly y yo hemos preparado para cenar nosotros, pero no bastará para alimentar a este ejército que habéis traído hasta mi puerta.

—¿Entonces no me esperabais, señora Fiona? —le preguntó él, riendo por lo bajo ante el aprieto en que se encontraba ella en ese momento.

—No tenía intenciones de invitaros a cenar, mi Señor —replicó Fiona, provocando la risa de quienes estaban cerca y alcanzaron a oír su respuesta.

—No habéis cambiado —le dijo el Rey—. Compartiré sus magras raciones siempre y cuando los niños no se queden con hambre.

—Entonces pasad a Nairns Craig —lo invitó Fiona—, aunque no puedo decir que seáis bienvenido.

Capítulo 16

Fiona y Nelly fueron a la cocina para ver con qué, si es que con algo, podían complementar la magra cena que tenían para ofrecer al Rey y a los tres tenientes que habían entrado al castillo con él. Con gran alivio descubrieron dos rollizos gansos colgando en la despensa. Sin perder tiempo los pusieron a asar en el espetón. Ian cogió un sedal y bajó al arroyo, donde enseguida pescó media docena de pequeñas truchas las cuales llevó a la cocina y preparó para que Nelly las asara a la parrilla.

—Eres un muchachito muy hábil —comentó ella con aprobación.

—Mis abuelos no eran jóvenes. Los ayudaba en lo que podía. Mi abuelo me enseñó a pescar. No es difícil si uno sabe cómo hacerlo —explicó Ian.

Finalmente terminaron de preparar la comida. Roderick Dhu se había ocupado de que al Rey y a sus hombres no les faltaran vino y cerveza, de modo que estos apenas notaron que pasaba el tiempo. Era agradable sentarse en una cálida sala en vez de hacerlo a la intemperie en el bosque o en una húmeda ladera.

—Id a poner os un vestido limpio —dijo Nelly, sacando a su señora de la cocina—. Vos sois la señora de Nairn hasta que él diga que ya no lo es y como tal debe sentarse con él a la mesa alta. Ian puede cuidar a los niños. Roddy y yo os serviremos.

Fiona se apresuró a salir de la sala sin ser vista y al llegar a su dormitorio se fue directa al lavabo. Se puso una camisa limpia, su vestido interior verde esmeralda y encima el abrigo de brocado verde y dorado que Colín le había traído del saqueo de Inverness. Nunca antes lo había usado, pero esa noche, por algún motivo, parecía apropiado. Casi podía oír la risa de Nairn por su elección. Hurgando en su cofre, sacó un cinturón dorado de cuero que se ciñó a las caderas. Se cepilló el largo cabello oscuro, que peinó con raya al medio y sujetó en una redcilla de malla dorada. Observó su aspecto en su espejito. Tenía la cara cubierta de rubor, pero estaba sorprendentemente tranquila para ser una mujer que acababa de enterarse del fallecimiento de su marido y lo había enterrado esa misma tarde. Sentía deseos de llorar pero no lo haría hasta poder tener la privacidad que necesitaba. No entraría a su sala esa noche con ojos enrojecidos e hinchados. Esta era la segunda vez que Jacobo Estuardo le quitaba al hombre que amaba. No le daría la satisfacción de verla sufrir. Él no tenía derecho a regodearse con su desgracia. Tras deslizar los pies en sus zapatillas de andar por casa, Fiona bajó a la sala.

El Rey, desde una confortable silla, alzó una ceja rubia.

—¿Querriáis acompañarnos, señora?

—Con vuestro permiso, Señor. Hasta que me digáis lo contrario, soy la señora de este castillo —respondió Fiona en tono sereno y digno. Le hizo una seña a Roderick Dhu—. Dile a Nelly que ya podéis servir la comida. Señores, ¿podéis venir a la mesa, por favor?

Le cedió al Rey el sitio de honor, como por derecho le correspondía, sentándose ella a su izquierda y dejando a los tres hombres decidir dónde querían sentarse. Nelly y su marido se apresuraron a servirles la comida. Los dos gansos asados estaban en su punto. Las truchas, asadas con mantequilla y vino, estaban dispuestas sobre una bandeja de plata. Al estofado de conejo se le había agregado encima corteza hojaldrada de pastel. Había un cuenco con pequeños guisantes y diminutas cebollas, pan, mantequilla y queso. La mantelería era blanca y sobre la mesa

resplandecía un candelabro de plata con velas de cera de abeja. En el otro extremo estaba adornado con helechos frescos y pétalos de rosa.

—Como necesitabais tiempo para recuperar fuerzas —dijo Fiona dulcemente—, pudimos prepararos una comida más sustanciosa, Señor.

—¿Entonces creéis poder engañarme con una buena comida, señora? —le preguntó, pinchando un trozo de ganso—. Bien podríais.

—No quiero nada de vos, Señor, excepto lo que queráis darme. Solo me preocupan mis hijos. Soy una mujer, y no me interesa la política. Le aconsejé a mi marido que pusiera su pequeña tropa a vuestro servicio y no al de su hermano. No puedo sino lamentar que no haya seguido mi consejo.

El Rey asintió con la cabeza.

—¡Nairn era un tonto!

—No —lo contradijo Fiona—. Era leal a su clan, pues eso, Señor, era lo que le habían enseñado. Si hubieseis vivido más tiempo en Escocia en vez de en Inglaterra, lo entenderíais.

Los tres tenientes del Rey se miraban a espaldas del soberano. La dama era valiente, pero eso ya lo sabían, pues la habían visto en Inverness.

—Señora —dijo el Rey—, está usted entrando en terreno peligroso.

—No le permitiré que hable mal de Colin MacDonald —replicó ella—. Fue un buen hombre pese a sus tontas elecciones y ahora está muerto mientras vos estáis sentado en su lugar, en su sala, comiendo su comida.

De repente el Rey rompió a reír.

—Fiona Hay, ¿qué voy a hacer con vos?

—Eso, mi Señor, es lo que yo quisiera saber.

—Tengo que pensarlo —dijo él—. Pero os doy mi palabra de que nadie os hará daño ni a vos, ni a vuestros hijos, ni a vuestros sirvientes.

—Os lo agradezco —le respondió Fiona—. ¿Pasaréis la noche bajo mi techo, Señor? Haré preparar las habitaciones de huéspedes para vos y vuestros hombres. Enseguida estarán listas.

—Sí, pasaremos la noche aquí —decidió Jacobo Estuardo—. Estoy cansado de dormir al raso y acepto aprovechar el calor de su castillo, señora.

—Dispensadme entonces —contestó Fiona— mientras mi doncella y yo preparamos vuestras habitaciones. Roderick se quedará para servirlos a vos y a vuestros hombres e lan tocará la gaita para entretenerlos, Señor. —Se levantó y salió de la sala, seguida de Nelly.

—Tiene el temple de una yegua briosa —dijo uno de los acompañantes del Rey, Duncan Cummings—. ¿Ya habéis decidido su destino? ¿Pensáis elegirle un nuevo marido?

—Como le dije a la señora —replicó el Rey astutamente—, aún no lo he decidido. Hace mucho que conozco a esta dama, y no es una mujer fácil. Tiene un espíritu demasiado independiente quizá. Mi tío Atholl piensa que es demasiado lista. Creo que tal vez tenga razón.



En la mañana, gris y helada, Jacobo Estuardo bajó a la sala de Nairns Craig. Lo esperaba una comida caliente, lista para ser servida. El Rey y sus tres compañeros se mostraron complacidos con la comida recién hecha. Su anfitriona se sentó junto al fuego, con sus hijos jugando a su alrededor. Un hermoso cuadro, pensó el Rey, deliberadamente calculado por Fiona, sin duda. Finalmente, cuando hubieron retirado la comida de la mesa, el Rey llamó a la joven.

—Acercaos, señora —le ordenó en tono severo—. He tomado una decisión acerca de qué hacer con vos y vuestros hijos.

Fiona se levantó. Esa mañana, notó el Rey, la joven se había vestido de un modo más práctico: falda de lana gruesa, fina camisa y chal de lana. Trayendo consigo a sus niños se quedó de pie ante el Rey luego de hacer una reverencia.

—Milord, estoy lista para oír vuestra decisión. Solo ruego que tengáis piedad, por mis tres pequeños. —Hablaban con los ojos bajos.

Era una descarada, pensó el Rey. Angus tenía razón en decirlo.

—Señora, solo puedo hacer una cosa. Vuestro marido rompió su juramento de lealtad al tomar las armas para luchar contra mí. A él, muerto, no puedo castigarlo, pero si no os castigo, me verán como un Rey débil. Tenéis una hora para empaquetar las pertenencias que podáis llevaros y pasado ese tiempo os marcharéis de Nairns Craig, que incendiaré como los MacDonald hicieron con mi pueblo de Inverness. No podéis llevaros nada, excepto lo que podáis cargar. ¿Está claro?

—Quiero mis caballos —dijo Fiona fríamente.

—No estáis en posición de negociar conmigo, señora —respondió él bruscamente.

—Señor mío —repitió Fiona con voz firme—, quiero mis caballos. —Respiró profundamente para serenar los latidos de su corazón que parecían retumbarle en el pecho—. No podéis echarnos fuera a mí y a mis sirvientes totalmente desamparados y sin nuestros caballos. ¡Mirad a mis hijos! No son más que criaturas. ¿Esperáis que caminen todo el día? Morirán antes de que lleguemos a un lugar seguro. Colin MacDonald lo traicionó, pero yo no lo he hecho.

—Milord, nadie lo creará débil si permite a la señora Fiona llevarse sus caballos —le aseguró Duncan Cummings—. Vais a quemar su hogar y la mayor parte de sus posesiones. Ella se ha quedado viuda, sus hijos ahora son huérfanos. Un pequeño gesto de clemencia no será malinterpretado. En cambio, pensarán que es un soberano justo por mostrarse indulgente con una mujer indefensa cuyo ingrato marido se rebeló contra vos. Estoy seguro de que la Iglesia aprobará sus acciones —dijo asintiendo con la cabeza en dirección a Jacobo Estuardo.

—¡Claro que sí! —concordaron al unísono sus dos compañeros.

Fiona continuaba con los ojos bajos. En un gesto de sumisión, cayó de rodillas ante el Rey. ¿La rechazaría? se preguntaba, verdaderamente asustada. Necesitaba desesperadamente esos caballos. «¡Virgen santa, permite que diga que sí!»

—Muy bien, señora —aceptó finalmente el Rey—. Podéis llevaros vuestros caballos, pero el ganado y las ovejas serán confiscados, junto con el resto de vuestros enseres y pertenencias personales, a excepción de las que podáis llevar con vos.

—¡Oh, mil gracias, milord! —exclamó Fiona. Cogiendo la mano del Rey, la besó llena de gratitud mientras se ponía de pie dificultosamente.

—Una hora, señora —le recordó el Rey en tono severo. Tras hacer una reverencia, ella salió de la sala lentamente, seguida de los niños. Los cuatro hombres que la observaban partir estaban impresionados por su dignidad. Había aceptado de forma honorable el castigo del Rey sobre su familia. Muchas esposas de los vencidos gritaban y armaban escándalo.

Ian estaba esperándola fuera de la sala. Asintiendo con la cabeza, tomó a Johanna de los brazos de Fiona e hizo una seña a Alastair y Mary para que lo siguieran. Fiona corrió hasta sus aposentos donde la aguardaban Nelly y Roderick Dhu.

—¡Tenemos los caballos! —exclamó triunfante.

—Yo montaré el semental de su excelencia —dijo Roderick Dhu—. Ian irá en mi caballo; Nelly, en la yegua blanca; y vos en el caballo capón gris. El joven Nairn llevará su pony. Esta mañana llevé al bosque detrás del castillo las dos bestias de carga que nos llevaremos. Ya están totalmente cargadas con el equipaje que preparasteis ayer temprano.

—He embalado mucha comida de la cocina —dijo Nelly enérgicamente—. No tendremos que vivir de tortas de avena para siempre. ¡He puesto queso, pan y manzanas que Ian y yo hemos recolectado del huerto, carne salada y un rollizo ganso que asé esta misma mañana! —concluyó con una amplia sonrisa.

—No sé qué haría sin vosotros dos —les dijo Fiona agradecida—. No podría hacer esto sin vosotros. Cuando estemos a salvo en la torre Hay, seréis libres de dejarme para iros a Brae si así

lo decidís. No puedo pedirlos más de lo que ya me habéis dado. —Fiona le cogió una mano a cada uno y les dio un apretón—. Gracias.

—No vamos a dejarlos, señora —dijo Nelly en tono decidido.

—No habéis visto mi pequeña torre —advirtió Fiona con una risita—. Después de ver Brae, Scone y Nairns Craig, os va a parecer un lugar muy pobre.

Roderick Dhu le palmeó el hombro.

—Señora, vamos a sobrevivir juntos. No abandonaría al joven Nairn, como no he abandonado a su padre.

Ante las palabras de Roderick Dhu, Fiona sintió la primera punzada de culpa en muchos años. Como todo el mundo, él creía que Alastair era el hijo y heredero de Colín MacDonald. Se preguntaba si alguna vez sería capaz de decirle la verdad a su hijo o si, quizá, sería mejor no decírsela jamás.

—Llevaremos los caballos a través del pasadizo que sale al bosque —dijo Roderick Dhu.

—¿Dónde está la entrada? —le preguntó Fiona, sorprendida.

—En las caballerizas, señora. Cuando se excavó el pasadizo, se pensó que sería mejor que condujera a las caballerizas antes que al castillo. De ese modo, si un enemigo lo descubriese no podría entrar directamente al castillo. Antes de marcharme con mi señor, Ian y yo inspeccionamos cuidadosamente el pasadizo y lo limpiamos de despojos de criaturas. Durante mi ausencia, Ian lo ha mantenido en condiciones. También he aceitado los goznes de la puerta que da al bosque, al final del pasadizo.

Fiona asintió con la cabeza.

—Os habéis preparado bien.

—No podemos atravesar el pasadizo a caballo, pues el techo está solo un poquito por encima de mi cabeza —explicó Roderick Dhu—. En marcha, entonces, pues Ian va a estar esperándonos con los niños.

Las dos mujeres se echaron abrigadas capas de lana encima de la ropa. Fiona contempló las habitaciones donde había vivido con Colin MacDonald. Excepto por los niños, ahora aquello casi parecía un sueño. Sin lágrimas, salió de sus habitaciones detrás de Nelly y su marido. No había tiempo para llorar. Tenía que pensar en los niños.

Cruzaron a las caballerizas. El patio estaba tranquilo, pues el Rey aún no había dejado entrar a sus tropas para que saquearan Nairns Craig antes de incendiarlo. Los caballos estaban ensillados y esperando, con Ian y los tres pequeños. Roderick Dhu fue a la parte trasera de las caballerizas y abrió una puerta. Encendiendo una antorcha, le mostró a Fiona el pasadizo, que se inclinaba hacia abajo como una rampa.

—Va por debajo de los muros y desciende por la ladera de la colina —le explicó a la joven—. Tendremos que llevar antorchas para ver el camino. Espero que los niños no tengan miedo pues va a estar más oscuro que la noche.

Alastair, montado en su pony, insistió en llevar a su hermana Mary en las ancas. La niña cogió de la cintura a su hermano, agarrándose como si en ello le fuera la vida. Roderick Dhu iba primero, llevando una gran antorcha para iluminar el pasadizo. Detrás de él y el semental venían Alastair y Mary, quienes podían montar el pony sin temor a golpearse las cabezas con el techo bajo del pasadizo. La próxima era Fiona, guiando al caballo capón con una mano, mientras en la otra sostenía una antorcha. La seguía Nelly, quien cargaba a Johanna a horcajadas sobre la cadera y llevaba a la yegua blanca. El último era el joven Ian, quien después de cerrar cuidadosamente la puerta tras ellos y echarle el cerrojo por dentro, cogió las riendas del caballo de su padre y su antorcha para marchar a la retaguardia.

Avanzaban lenta y cuidadosamente bajando por el túnel. El pasadizo era húmedo, oscuro y frío, pero sabían que la intemperie iba a ser igualmente hostil. Las antorchas parpadeaban con brillo inquietante, que se reflejaba a lo largo de los muros de piedra; la luz que despedían era casi

sinistra. Para sorpresa de Fiona los niños estaban muy tranquilos mientras atravesaban el corredor subterráneo. Al fin, para gran alivio de todos, Roderick Dhu anunció:

—Ah, hemos llegado a la salida. —Le oyeron meter la llave en la cerradura de la puerta de madera oscura. Luego de un sonoro clic la puerta se abrió dejando ver una maraña de zarzas. Roderick Dhu cortó la vegetación hasta dejar espacio suficiente para que pasaran los caballos. Libres de la negrura de los muros de piedra, todos respiraron mejor.

Roderick Dhu ayudó a montar a su señora y luego a su esposa. Nelly llevaba a en su caballo a Johanna sentada delante de ella. El pasó a Mary del pony de su hermano a la montura de lan. Para acallar las protestas de los niños, les dijo:

—Hoy tenemos por delante un largo camino y este pequeño pony estará lo suficientemente cansado al final del día con solo llevar al joven Nairn, señorita Mary. No le gustaría que el pobre caballito muriera ¿verdad?

Mary sacudió la cabeza.

—No, Roddy —dijo sonriendo cuando él le envió un beso con la punta de los dedos.

Montado en el gran semental, Roderick Dhu condujo al pequeño grupo por un sendero apenas visible que se internaba en el bosque. Pronto se detuvieron. Él se apeó para deslizarse entre la maleza, de donde emergió unos minutos después con un par de caballos muy cargados.

—Al Rey le sorprenderá hallar tan pocas cosas de valor en Nairns Craig —comentó con una amplia sonrisa pícar.

Siguieron cabalgando varias horas en medio de un clima húmedo. Finalmente hicieron un alto para dejar descansar a los caballos y darles de comer a los niños.

Se encontraron en la cima de una colina. Al mirar atrás vieron cómo las llamas consumían Nairns Craig. El hombre del clan MacDonald clavó los ojos en la escena, con gesto ceñudo.

—¿Cuántos de los hombres de Nairn sobrevivieron a Lochaber? —le preguntó Fiona. De hecho, esta era la primera oportunidad que se le presentaba de hablar con él acerca de esa batalla—. ¿Alguien aparte de ti?

Él sacudió la cabeza.

—No, señora. Los mataron a todos. Yo escapé porque estaba con el señor. Él y yo nos mantuvimos a distancia de quienes intentaban evitar que el Lord de las Islas escapara. Cuando mi señor fue mortalmente herido y falleció —fue una muerte rápida, señora; no sufrió—, me quedé junto a su cuerpo, defendiéndolo de las mutilaciones. El Rey vino, nos vio y prohibió que me mataran. Dijo que una lealtad como la mía, era una cualidad rara y valiosa. Luego, señora, miró a Nairn y cuando lo reconoció dijo que llevaría su cuerpo a casa para que le dieran honorable sepultura, aún cuando Nairn no se había portado honorablemente con él.

—El Rey no comprendía a Nairn más de lo que Nairn lo comprendía a él —dijo Fiona con tristeza—. Me alegra que mi marido haya tenido una muerte rápida, Roderick Dhu. Desearía tener los medios para recompensarte por tu fidelidad. El Rey tenía razón al decir que es una cualidad rara.

—Tengo la *claymore* de mi señor entre mi equipaje —dijo el del clan—. Lo he guardado para el joven Nairn. Cuando el niño tenga edad suficiente le enseñaré a usarlo, señora.

Siguieron viaje, alejándose cada vez más de Nairns Craig, hacía el sur primero y luego hacia el este rumbo a la montaña Hay. No entraron al camino principal; en cambio tomaron una ruta más larga y segura. Al principio, a los niños les divirtió el viaje, pero después de varios días Alastair y Mary empezaron a lloriquear y quejarse diciendo que querían regresar a Nairns Craig, a su hogar. Estaban húmedos, tenían mucho frío y se sentían cansados.

Continuaron cabalgando. De repente, las tierras que los rodeaban empezaron a verse familiares. A través de la bruma de una tarde de septiembre Fiona divisó la montaña Hay. Antes de que pasara una hora ya estaban subiendo dificultosamente por sus escarpadas laderas. Al llegar a la cima, Fiona miró a su alrededor. Se sintió consternada. Si bien la torre estaba intacta, no quedaba rastro de las pocas dependencias que solía tener. ¿Habría cumplido el Rey su promesa de

hacer reparar el techo? Sacó la llave de la puerta principal, que había llevado consigo desde el día que se había marchado de la montaña Hay. La metió en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió con un chirrido y la joven soltó un leve suspiro de alivio. La sala estaba limpia y junto a la chimenea había un poco de turba y madera seca. Al menos no pasarían frío durante la noche.

—Los caballos tendrán que quedarse con nosotros dentro de la casa —dijo Roderick Dhu—. Al menos hasta que podamos construirles algo parecido a una cuadra.

Fiona asintió con la cabeza e hizo entrar a su caballo capón seguido de cerca por los otros.

—Hay un sótano debajo de la torre —dijo—. Baja, Ian y fíjate si hay algo de paja para que duerman los animales.

Cuando subió las escaleras hasta el segundo piso de la torre meneó la cabeza. Humedad, oscuridad, telarañas. Siguió hasta la buhardilla del tercer piso, donde solían dormir Flora y Tam. Suspiró al ver que el techo no había sido reparado y tenía goteras. Esperaba que el otoño fuera seco y tibio, como de costumbre, para que pudiesen reparar lo que hiciera falta en la torre Hay. Al regresar abajo se encontró con un extremo de la sala tapizado de paja y los caballos bebiendo agua y alimentándose con lo que quedaba del precioso forraje que habían traído para cuando sus animales no pudiesen pacer.

Habían encendido la chimenea y Nelly tenía varias cazuelas sobre el fuego, las cuales despedían deliciosos aromas. Los niños jugaban felices cerca del calor del hogar.

—El techo tiene goteras —le avisó a Roderick Dhu—. El Rey no cumplió la promesa que me hizo hace mucho tiempo de hacerlo reparar. Imagino que pensó que yo nunca regresaría

No podía sino conservar la esperanza de que Jacobo Estuardo hubiese depositado los merks como le había prometido. Sospechaba que tampoco hallaría el ganado. Durante el viaje, Fiona le había contado a Roderick Dhu la verdad sobre cómo había llegado a convertirse en la esposa de Nairn. Al principio él se había mostrado un tanto sorprendido, pero luego le había dicho que lo entendía. Después Nelly le había dicho que su marido estaba de acuerdo en que el Rey había usado cruelmente a Fiona y a Nairn.

—El tejado es fácil de reparar si para de llover, señora —contestó él—. Para que los caballos pasen el invierno haremos un refugio al que los lobos no puedan entrar. Tenemos tiempo antes de que llegue el frío.

Aquel día habían cazado varios conejos durante el trayecto, Ian había despellejado uno para su madrastra. Nelly lo había puesto en una de las cazuelas junto con unas zanahorias silvestres y unas cebollas. La mezcla que burbujeara al fuego era tentadora.

—Mañana haré algo de pan —dijo Nelly—. Dad gracias al cielo por la harina que hemos traído. No sé dónde conseguiremos más.

—Tenemos trigo, ¿no es así? —preguntó Fiona.

Nelly asintió.

—Sí, varios sacos.

—Entonces vamos a moler nuestra propia harina. Solíamos hacerlo cuando vivía aquí. No hay un molinero en millas. Estoy segura de que los instrumentos para hacerlo están exactamente donde los dejamos al marcharnos de Hay hace varios años. Lo veremos por la mañana.

Cuando el estofado de conejo estuvo listo se sentaron a compartirlo. Después se fueron a acostar, todos en la sala junto al fuego. Por la mañana recalentaron las sobras y lo terminaron. Luego, llevándose con ellas a los niños, Nelly y su señora bajaron a la cocina de la torre, que estaba en el sótano de la casa. Como la estructura estaba situada sobre la colina, la parte del sótano donde estaba la cocina estaba más alta que el resto del mismo nivel. Había una pequeña puerta que daba a un jardín igualmente pequeño, rodeado de muros.

—Cuánta maleza —dijo Fiona con tristeza—. Mi madre plantó ese jardín. Cuando ella murió, Flora y yo lo mantuvimos.

—Pero probablemente hallemos las mismas hierbas que vosotras solíais cultivar, aunque entre la maleza —replicó Nelly—. Tenemos tiempo de desbrozarlo antes de que llegue el invierno. Recolectaremos lo que podamos y guardaremos las semillas para la próxima primavera.

Fiona asintió.

—Después de irme a Brae no volví a hacer tareas tan humildes como cocinar y limpiar, pero sé muy bien cómo hacerlas, pues aquí no había nadie que las hiciera aparte de Flora, el viejo Tam, mis hermanas y yo.

Comenzó a inspeccionar la cocina y se sorprendió gratamente al hallar todo tal como lo había dejado al irse a Brae. Era necesario barrer, lavar y limpiar todo, pero las dos mujeres pusieron manos a la obra con entusiasmo.

—Señorito Alastair —le dijo Nelly al muchachito—, haga el favor de cuidar de sus hermanas mientras su madre y yo ordenamos este lugar. Podéis jugar en el jardín, pues hace buen tiempo.

Las mujeres trabajaron duro mientras Roderick Dhu y su hijo reparaban el tejado de la torre. Les llevó varios días, pero pronto la torre Hay volvió a ser habitable. Comenzaron a almacenar combustible para el invierno que se avecinaba. Roderick Dhu cortaba madera mientras Ian llevaba a Alastair al bosque a buscar ramas caídas y leña. Fiona y Nelly desbrozaron el jardín de la cocina. Les dio mucho gusto hallar cebollas y zanahorias, junto con abundantes hierbas, todo lo cual recolectaron, separando cuidadosamente las semillas y guardándolas en paquetes que Fiona etiquetó para saber qué iban a plantar cuando llegara la primavera. Padre e hijo tuvieron éxito en la caza de venados, que colgaron en la despensa de la cocina.

En el segundo piso de la torre había dos habitaciones que habían sido dormitorios. Fiona y sus hijos se instalaron en la más amplia, pero la joven insistió en que Nelly y Roderick Dhu se quedaran con la otra.

—Vuestros viejos criados dormían en la buhardilla —protestó él—. Ahora que hemos reparado el techo está seco ahí arriba, señora.

—Si nos atacaran —dijo Fiona—, la buhardilla es un sitio demasiado inconveniente. Mejor que estéis aquí con nosotros.

Él no siguió discutiendo con ella, pues su lógica era irrefutable.

—Ilan puede dormir en la sala —sugirió Roderick Dhu—. El muchacho tiene el oído de un zorro y puede oír caer una pluma en el bosque aún antes de que el pájaro advierta que la ha perdido —dijo con una sonrisa.

La torre era un sitio seguro, caliente y seco. El mobiliario era escaso, pero al menos el lugar estaba limpio y ordenado. Cada día agregaban algo a la provisión de combustible. Aunque la despensa no estaba llena, tampoco estaba vacía. Aun así, para pasar el invierno necesitaban más de lo que habían podido llevarse de Nairns Craig. Hallaron los restos del viejo carro de los Hay, que no habían llevado consigo, pues el *laird* les había ofrecido su propio transporte para marcharse de allí. Juntos, padre e hijo repararon el vehículo para poder bajar la montaña y procurarse lo que necesitaran.

—A dieciséis kilómetros pasando Brae —le dijo Fiona a Roderick Dhu— hay una aldea donde todos los miércoles funciona un mercado. Allí se puede conseguir todo lo necesario. Ved si podéis hallar algunas gallinas ponedoras, quizá una vaca lechera, un poco de harina para añadir a la que Nelly y yo hemos hecho con nuestra provisión de trigo, una cesta grande de manzanas y cualquier otra cosa que creáis necesaria para pasar el invierno. Sed discretos y si alguien se mostrara desconfiado, decidle que venís de un pueblo del norte que unos clanes traidores destruyeron antes de que los hombres del Rey os rescataran. —Hurgó en el bolsillo de su vestido y sacó algunas monedas que entregó a Roderick Dhu—. Esto debería alcanzar para comprar lo que necesitamos.

Roderick Dhu y su hijo estuvieron fuera durante dos días. Regresaron con una vaca pinta atada a la parte trasera del carro. Dos galgos corrían junto al desvencijado vehículo.

—La perra es algo vieja y su última cría, un macho, está ciego de un ojo. El dueño me los vendió por un penique. —Esbozó una amplia sonrisa—. Tal vez no sean perfectos, pero tienen orejas para oír a un intruso y aún pueden cazar. —Se agachó para darles unas palmaditas a los perros. Luego levantó una cesta del carro—. Cuando regresábamos encontré esto junto con sus crías al lado del camino —dijo—. Pensé que a las niñas les gustarían.

Mary y Johanna chillaron al unísono al ver a una gata negra con una mancha blanca en el pecho y sus dos garitos. Uno era gris atigrado y el otro blanco con manchas de color melado.

—Mantendrán la torre libre de alimañas —comentó Fiona secamente.

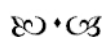
Roderick Dhu había demostrado tener iniciativa. Aparte de las cosas que Fiona había sugerido, también había traído varios sacos de cebolla, un cesto de peras, dos jamones, seis hormas pequeñas de queso, una barra de azúcar y algunas especias, sin olvidar medio carro de turba para encender el fuego, además de varios toneles de cerveza y uno pequeño de vino. En los días que siguieron se dedicaron a almacenar cuidadosamente los alimentos, mientras los dos perros y la gata y sus gatitos ya se sentían en casa.

El hombre del clan había abierto un pequeño sector del muro de la torre detrás de la cocina y usado las piedras que había sacado junto con madera de las ahora inexistentes dependencias para construir un establo para la vaca lechera y los caballos. Juntos, él e Ian cubrieron el techo con un tejido de paja. También a las gallinas ponedoras que había conseguido las pondrían allí en la noche para protegerlas de los predadores.

—Ahora sí que sobreviviremos muy bien al invierno —dijo una noche Fiona tranquilamente mientras terminaban una frugal comida—. Aquí nadie va a encontrarnos. En la primavera, Roderick, tú e Ian iréis a Perth a ver si el Rey ha cumplido su promesa de depositar mis mercks de plata en casa de Martin el orfebre. No creo poder obtener el ganado que me debe, aunque seré audaz y se lo pediré.

—¿Qué os hace pensar que vuestro dinero está en Perth, señora? —le preguntó Nelly—. El rey Jacobo os prometió que haría reparar vuestra torre para cuando vos regresarais, y no lo ha hecho. ¿Qué probabilidad hay de que haya cumplido con sus otras promesas?

—Rogemos que lo haya hecho —contestó Fiona.



El invierno fue frío, pero no especialmente duro. Solo dos veces oyeron a los lobos aullando en el exterior de la torre, pero aparentemente el ladrido de los perros los persuadió de que siguieran su camino. No pasaron hambre, pero tampoco se sintieron jamás realmente satisfechos. Fiona y Nelly racionaban la comida cuidadosamente y nada se malgastaba. El 5 de marzo Johanna cumplió dos años. Alastair cumpliría cinco en junio y Mary cuatro en septiembre. Nairns Craig se estaba borrando de sus mentes y ya casi nunca preguntaban cuándo iría Colin MacDonald a reunirse con ellos. No vieron a nadie, ni se enteraron de noticia alguna. Se sentían como si fueran las únicas personas sobre la tierra.

Entonces, una mañana de mayo, una figura familiar subió la colina, atravesó el bosque y apareció ante ellos. Caminaba a grandes zancadas, silbando, sus largas túnicas balanceándose alrededor de los tobillos mientras se acercaba. Los niños lo vieron primero, y, conmocionados, salieron gritando en busca de Roderick Dhu. El grandote se adelantó, empuñando su claymore. Al ver quién era el visitante le entregó el arma a Ian y se acercó a saludar al padre Ninian.

—¿Cómo sabía que estábamos aquí? —preguntó al sacerdote.

—La señora Fiona me contó su historia la primera vez que nos vimos.

Fiona estaba parada en la puerta de la torre, sonriendo.

—Bienvenido, buen padre —lo saludó—. Pase y permítame servirle una copa de vino para calmar su sed. ¿Se quedará esta noche con nosotros?

—¡Con gusto! —exclamó el sacerdote, abarcándolos a todos con la mirada. Estaban flacos, pero por cierto que no se los veía derrotados. Se había preocupado por Fiona al enterarse de que habían destruido Nairns Craig. El Rey le había asegurado que había dejado libres a Fiona, sus tres hijos y tres criados, dejándoles conservar sus caballos y todo lo que pudieran llevarse del castillo. Jacobo creía haberse portado con generosidad, pero el padre Ninian le había hecho notar que una mujer y tres niños pequeños iban a tener problemas para sobrevivir al invierno sin refugio.

—¡Cuéntenos todas las novedades! —pidió Fiona cuando Ninian estuvo sentado junto al fuego con una copa de vino en la mano—. Es usted el primer forastero que veo desde que nos marchamos de Nairns Craig. Al menos Roddy e Ian bajaron la montaña el otoño pasado para procurarnos provisiones.

El padre Ninian contempló la sala. Había una mesa alta con un banco largo detrás. La suya era la única silla de la habitación. Sobre una angosta mesa auxiliar estaban dispuestas las seis copas que el Lord de las Islas le había enviado de regalo a Alastair para su bautizo. Todo era muy sencillo. Respiró hondo.

—La rebelión ha terminado —comenzó—. Al menos por el momento. La víspera de San Agustín, en noviembre, Alexander MacDonald entró a la iglesia de Holyrood³⁷ en Edimburgo, vestido solo con una camisa y calzones. La iglesia estaba llena. El Lord de las Islas fue obligado a recorrer el pasillo de rodillas hasta el altar principal, donde ofreció su *claymore*, sosteniéndola de la punta, al Rey, quien la cogió de la empuñadura y la quebró. Luego el Lord de las Islas imploró el perdón del Rey, admitiendo sus culpas y diciendo a voz en grito, para que todos pudieran oírle, que merecía la muerte. El Rey tenía muchas ganas de hacerlo ejecutar, pero la Reina le rogó públicamente que mostrara clemencia. Y así lo hizo.

Alexander MacDonald está preso en el castillo de Tantallon, en Lothian del este. El lugar es virtualmente inexpugnable, señora, con dos de sus lados protegidos por el mar, y terraplenes y fosos bloqueando los otros accesos. Es una fortaleza que pertenece a los Douglas, que han recobrado el favor real. No obstante, sin dejarse desanimar, los hombres del Lord han escogido a su primo hermano, Donald Ballach³⁸ para que ocupe su lugar mientras aquel permanezca cautivo. Donald Ballach es un exaltado. Los clanes volverán a rebelarse.

—De modo que Alexander MacDonald ha escapado a la muerte mientras que Colin MacDonald yace en una fría tumba, su castillo en ruinas y su familia reducida a la pobreza —dijo Fiona amargamente—. ¡Que él y todos los que apoyan la guerra sean condenados al infierno!

El sacerdote no podía decir que no estaba de acuerdo con ella.

—¿Qué puedo hacer para ayudarlos, señora?

—Cuando el Rey me obligó a irme al norte, juró reparar mi torre para cuando yo regresara y me prometió dos docenas de cabezas de ganado y un toro semental. Y también prometió depositar quinientos merks de plata en casa de Martin el orfebre de la calle principal de Perth. Pero cuando volví a Hay el otoño pasado, me encontré con que nadie había reparado la torre. Roderick Dhu e Ian lo hicieron. No sé si los merks han sido depositados, ni si tengo mi ganado. ¿Cómo puedo vivir, buen padre, sin ese dinero y sin el ganado? El Rey ha despojado a mis hijos de todo, excepto de lo poco que pudimos llevarnos de Nairns Craig. En el futuro la única propiedad que tendrá mi hijo será la mía. No es mucho y bastará para conseguirle una esposa de buena familia. Tendré que casarlo con la hija de algún jefe de un clan poco importante. Y él merece algo mejor. ¿Y qué será de las hijas de Nairn? ¿Qué dote les daré a mis chicas si no tengo mi plata? He soportado muchas cosas por el Rey, buen padre. No le pido nada más que lo que él me prometió. ¿Podéis ayudarme?

³⁷ Holyrood es una anglicanización de la frase escocesa haly ruid que significa santa cruz. (N. de la T.)

³⁸ Sir Donald 'Ballach' MacDonald (c.1407-1476). Hijo de Ian 'Mor' MacDonald, Lord de las Islas, quien murió en 1427, asesinado por James Campbell. (N. de la T.)

—Iré a verlo, señora y defenderé vuestra causa. No puedo garantizar que siga mis consejos, pero os prometo que haré mi mejor esfuerzo. Estoy de acuerdo en que es injusto de parte del Rey el abandonarla ahora.

—Gracias, mi buen padre.

—Si el orfebre tiene vuestra plata, ¿qué queréis que haga? —le consultó el sacerdote a Fiona—. ¿Queréis que la os traiga?

—Traedme cincuenta merks —le indicó ella—. Eso va a ser más que suficiente para vivir durante algún tiempo y el resto estará seguro en Perth. Aquí en la montaña no hay peligro, pues nadie sabe de nuestra presencia. Cuando mis hermanas eran niñas éramos bastante autosuficientes. Puedo volver a serlo. Siempre y cuando nos quedemos en la montaña, sin dejarnos ver, nadie va a molestarnos. Como nadie de por aquí conoce a Roddy e Ian, ellos irán en busca de lo que necesitamos del pueblo. Llegará el día en que ya no necesitamos bajar de la montaña para nada y pueda criar a mis hijos en un lugar seguro.

—Debemos hablar en privado, hija mía —le dijo el sacerdote.

Al oírlo Nelly reunió a los tres niños y se los llevó, mientras su marido e hijastro se iban fuera a continuar trabajando.

—Vuestro hijo merece conocer a su padre —dijo el sacerdote, yendo directo al grano—. No es justo que mantengáis a Alastair separado de Angus Gordon, señora Fiona. Sé que hicisteis lo que hicisteis para proteger al niño, pero Colin MacDonald está muerto, Dios lo tenga en su santa gloria, y vuestro hijo debería conocer a su verdadero padre.

—¿Conocer a su verdadero padre para luego ser considerado un bastardo? ¡No! Colin MacDonald fue el padre de mi hijo, y aunque no llevaran la misma sangre, lo amó y cuidó de él. No les quitaré eso a ninguno de los dos.

Los ojos de Fiona estaban llenos de lágrimas. No había llorado por Nairn. Nunca parecía haber sido el momento de llorarlo, pero ahora estaba al borde del llanto.

—Cuando se fue a Inglaterra a recoger a la prima de la Reina, Angus Gordon no sabía que estabais embarazada —argumentó el sacerdote—. Ni siquiera vos estabais segura de vuestro estado, señora. No culpe injustamente a lord Gordon, miladi. Eso no está bien.

—Yo no culpo a Angus —dijo Fiona—. Pero no está bien que le diga a mi hijo que el hombre al que amó como su padre no lo era y que nació bastardo. ¿Y qué podría querer Angus Gordon con mi hijo? No, es mejor que Alastair crezca creyendo que es el legítimo heredero de Nairn, antes que sepa que es el hijo bastardo del señor de Loch Brae. Os lo he contado a vos bajo el secreto de confesión. No podéis divulgar nada de esto, padre.

—No, no puedo —concordó el sacerdote—, pero sigo creyendo que deberíais reconciliaros con el señor de Brae y permitirle conocer a su hijo.

Fiona sacudió la cabeza.

—No podéis saber lo que es ser madre, pero debéis creerme cuando digo que lo que estoy haciendo es lo mejor para Alastair.

—Admiro su instinto maternal, señora —dijo el sacerdote. Era una mujer fuerte, pensó. Tendría que serlo si tenía intenciones de quedarse a criar a sus hijos allí, en esa montaña aislada. Debería dirigir todos sus esfuerzos a sobrevivir. Por alguna razón eso parecía no estar bien. No podía revelar el secreto de Fiona, pero se preguntaba qué haría Brae si se enterase que ella había regresado. No se había casado. ¿Aún la amaba? ¿Era posible un reencuentro? Debía orar para que Dios guiara sus acciones.

Había violado el secreto de confesión al decirle a Jacobo Estuardo que Alastair era hijo de Angus Gordon y no de MacDonald de Nairn. Pero lo había hecho para proteger al niño y sin duda Dios se lo perdonaría. Su primo el Rey era un hombre despiadado cuando quería. No era impensable que ejecutara a un niño cuyo padre se había rebelado contra él. Jacobo Estuardo lo había dicho muy claramente desde el principio de su reinado: *Dominaría toda Escocia, costara lo que costase.*

El padre Ninian se marchó de la torre Hay al día siguiente, rumbo al sur en vez de al norte. Encontró a su primo Jacobo veraneando en las colinas que rodeaban Scone. El Rey se sorprendió al verlo, pues Ninian no solía aparecer por el sur en esa época del año. Sin embargo, la Reina, cuyo embarazo ya estaba muy avanzado, recibió complacida al único primo Estuardo completamente desprovisto de ambición y que por consiguiente no representaba una amenaza para su amado esposo. La pareja real se sentó a solas con el sacerdote en su salón privado. Unos discretos criados les habían servido vino y galletas de azúcar. Las ventanas estaban abiertas y una suave brisa, que traía el perfume de los primeros brezos y rosas, soplaba a través de la habitación.

—¿Por qué has regresado, primo? —quiso saber el Rey—. ¿Acaso tienes que darme alguna noticia que no puede esperar para que llegue por nuestros habituales canales? Creo que nunca antes habías venido al sur tan temprano.

—¿Le has hablado a la Reina de la dueña de Nairns Craig, Jacobo? Vengo a hablarte sobre ella —comenzó el sacerdote.

El Rey parecía verdaderamente incómodo.

—No —dijo secamente. Luego se volvió hacia su esposa—. ¿Podrías dejarnos solos, amor? Este asunto no va a interesarte y no quisiera que te apenaras en tu estado.

—¿Y por qué este asunto debería apenarme, Jacobo? —le preguntó la Reina sagazmente—. Tanto secreto no hace más que intrigarme. —Sonrió con picardía.

—Juana —insistió él.

—Me apenaría mucho más tener que dejaros, Jacobo, que enterarme de cualquier cosa que el padre Ninian pueda contarte. —Miró al sacerdote—. ¿Es este asunto secreto tan terrible que podría hacerme perder a mi bebé, Ninian? —le preguntó ladeando la cabeza.

El sacerdote dibujó lentamente una sonrisa.

—No lo creo en absoluto, señora. De hecho, podría necesitar de sus buenos oficios para que me ayude con su marido.

—Oh, muy bien —dijo el Rey bruscamente—. ¡Cuéntale todo, Ninian y luego dinos a qué has venido! —Masticó ruidosamente una galleta de azúcar.

En pocas palabras Ninian Estuardo le contó acerca de Fiona Hay a la Reina, quien se mostró encantada al enterarse de que la joven había sobrevivido al levantamiento de las tierras altas.

—Pero —agregó el sacerdote— el Rey prometió a la dama a cambio de sus valiosos servicios un cierto número de cabezas de ganado y un toro semental. Después de la quema de Nairns Craig, su dueña emprendió el viaje de regreso a su casa natal, donde se encontró con que el Rey no había hecho reparar la torre como habían acordado al enviarla al norte con MacDonald de Nairn. Su único criado y el hijo de este hicieron las reparaciones necesarias para que ella, su doncella, y los niños pudieran sobrevivir a los meses invernales sin riesgo. No fue fácil, primos, pero Fiona es una muchacha valiente y una buena madre para su hijo y sus dos pequeñas.

Y además, primo, está el asunto de los merks de plata que prometiste depositar para ella en casa del orfebre Martin. Le hice una visita antes de venir a veros, Jacobo —y aquí el tono del sacerdote se endureció—. Jamás se depositó plata alguna a nombre de Fiona. ¡Qué vergüenza, milord! Debéis reparar vuestra falta y cumplir con vuestra palabra. Yo jamás permitiría que Fiona se enterase de la verdad de este asunto. Podéis justificáros por no haber mandado hacer las reparaciones pero me temo que para el resto no hay excusas convincentes.

—Mi tesoro tiene un límite, Ninian —dijo el Rey—. Tenemos que pagarles a los ingleses y ellos no son pacientes.

—Vos disteis vuestra palabra —dijo el sacerdote en tono severo.

—Oh, muy bien —respondió con brusquedad el Rey—. Voy a depositar las monedas de plata.

—No. Vais a dármelas todas a mí. Yo me encargaré de depositarlas en casa del orfebre para que queden guardadas en lugar seguro. Ahora nos queda hablar sobre el ganado, primo.

—Era una docena de cabezas, creo —dijo el Rey.

—Dos docenas y un toro semental —le corrigió el sacerdote con firmeza.

Sin poder contenerse, la Reina soltó una risita, lo cual pareció ofender mucho a su marido.

—Dos docenas, entonces y el condenado toro semental también. ¿Satisfecho, Ninian?

—Sí. Y yo mismo iré llevándole el ganado. No pueden pasar por Brae. Fiona me ha indicado otro camino y su sirviente me esperará en un lugar determinado, donde tus hombres le entregarán el ganado. De este modo ningún extraño se enterará de dónde vive, pues una mujer en una montaña aislada puede resultar algo muy tentador.

El Rey asintió.

—Como siempre, demuestra ser una mujer astuta —dijo, en un tono de reticente admiración.

—Cuéntame sobre sus niños —pidió la Reina con entusiasmo—. Tiene un niño ¿verdad? ¡Ah, qué suerte tiene!

—Alastair es un buen muchachito y las hijas de Fiona, Mary y Johanna (bautizada en honor a vos, miladi), son unas pequeñas muy bonitas —le contó el sacerdote a la Reina—. Se parecen mucho a su padre, Nairn.

—¿Y el niño?

—Tiene el cabello oscuro como su madre.

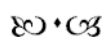
—¿Y solo por esto has regresado al sur? —preguntó el Rey a su primo.

—Como tú, soy un ardiente defensor de la justicia. Cuando regrese a Hay, se habrá hecho justicia. —Los cálidos ojos ambarinos de Ninian brillaron.

—¿Sabe Brae que ella ha regresado? —inquirió Jacobo Estuardo.

—Brae no sabe nada de Fiona desde el día de su desaparición —respondió el sacerdote en voz baja—. He hablado con ella, pero no quiere que él se entere, primo. Dice que desea ser independiente. No puedo obligarla a usar el sentido común, por más que yo crea que sería mejor para los niños. La que ha escogido es una vida difícil, pero no tendrá obligaciones para con nadie.

El Rey hizo todos los arreglos para el envío de la plata y el ganado y Ninian partió hacia el norte.



La llegada de su ganado y del toro semental, a la torre Hay complació sobremanera a Fiona. ¡Ahora sí podría sobrevivir! Esa primavera habían recuperado varios pequeños campos en la montaña, cultivando grano y heno. El forraje que les faltara lo comprarían en el otoño. Ninian Estuardo le había traído a Fiona todas sus monedas de plata, explicándole que temía dejarlas con el orfebre y que el Rey pudiese confiscarlas en el futuro.

—Podéis esconderlas aquí dentro de la torre —le dijo—. Si las guardáis aquí, al menos no tendréis que temer que Jacobo Estuardo os las quite.

—¿Cómo podré agradeceros lo que habéis hecho por mí, padre Ninian? —preguntó Fiona—. ¡Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para vos!

El sacerdote partió enseguida hacia el norte, satisfecho de que por fin se hubiera hecho justicia. Prometió regresar en el otoño, de paso para su abadía.

El verano fue sorprendentemente agradable. Si había problemas en Escocia, Fiona y su pequeña familia no se enteraron, protegidos por su aislamiento. El ganado pacía en lo alto de la montaña, vigilado de cerca por lan y los perros. A Alastair, ya de cinco años y alto para su edad, le gustaba ir con lan a la pradera todos los días. No les temía a las vacas ni al toro.

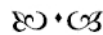
—Debería ser un pequeño lord, no un vaquero —protestaba Nelly.

Fiona reía.

—Es más feliz llevando una vida simple.

—Por ahora —le decía Nelly a su señora—. ¿Pero qué sucederá cuando crezca, miladi? ¿Tenéis vos el derecho de negarle sus derechos de nacimiento?

Esa era una pregunta que Fiona había estado haciéndose desde que el padre Ninian le había hecho remorder la conciencia. Pero ¿qué más podía hacer? Aun si Angus Gordon no fuese un hombre casado, ¿estaría dispuesto a dejarla entrar nuevamente en su vida? Ella no lo creía, pero era un punto discutible. Angus tenía una esposa y sin duda varios niños, seguramente otro hijo varón, que sería considerado el heredero de Brae. Le había dicho al sacerdote que no permitiría que su hijo se enterara de que en vez de ser el hijo legítimo de Colin MacDonald de Nairn era el hijo bastardo del *laird* de Loch Brae. Y no pensaba permitirlo. Protegería a Alastair, en realidad a todos sus hijos, de cualquier tipo de daño. Los protegería de la crueldad del mundo exterior.



Una mañana de verano, Alastair corrió temprano hacia la pequeña pradera donde pacía el ganado. Se había encariñado con esas enormes bestias peludas y de grandes cuernos. Las conocía de vista a todas y para diversión de su familia le gustaba ponerles nombre.

—Buenos días, Moibeal. Buenos días, Milread —saludó a dos de las vacas, que alzaron las cabezas para mirar afablemente al niño—. Buenos días, Narsali y Moireach, Giorsal y Sesi. —Mientras vagaba entre la manada, Alastair de repente advirtió que faltaba Colla, el toro—. ¡Colla! —gritó—. Generalmente, el toro, un animal excepcionalmente tranquilo, bramaba suavemente como respuesta al sonido de su nombre, pero esa mañana no hubo respuesta. Alastair lo buscó una y otra vez entre los demás animales, pero el toro sencillamente no estaba allí.

¿Dónde podía haber ido?, se preguntaba el muchachito. ¿Tendría Ian problemas con su padre y con Fiona por la desaparición del toro? Colla estaba allí la noche anterior, Alastair lo sabía, pues antes de entrar a cenar les había dado las buenas noches a todas las bestias del campo. ¿Acaso alguien lo habría robado? Después de todo, era un toro muy hermoso. Lo necesitaban. Era un buen semental, decía Ian, pues ya diez de las vacas estaban preñadas.

Alastair frunció sus pequeñas cejas, pensativo. Recordó haberle oído decir a su madre en la sala que había una buena pradera abajo, en la cañada. No lo había olvidado porque su madre y Roderick Dhu habían hablado de la posibilidad de levantar barricadas en su propia pradera para que el ganado no fuera a alejarse. ¿Era posible que Colla se hubiese alejado vagando montaña abajo hasta llegar a la cañada y hubiera hallado otra pradera de hierba sabrosa y dulce? Sin esperar a nadie para pedirle permiso, Alastair se metió sigilosamente al bosque y empezó a bajar la montaña. Aún no se había levantado nadie y para cuando lo hicieran, él ya habría regresado con Colla. Al fin los árboles empezaron a escasear. El niño vadeó un lindo arroyito, saltando de piedra en piedra hasta llegar al otro lado. Luego de atravesar un bosquecillo de abedules se encontró en una hermosa pradera, grande y abierta, llena de rollizo ganado.

—¡Colla! —llamó Alastair e inmediatamente se oyó como respuesta un suave bramido. Riendo, se dejó guiar por el sonido hasta ver al toro comiendo plácidamente de la hierba dulce y abundante, rodeado por un grupo de hembras que lo admiraban—. Oye, Colla, toro granuja, esta no es tu pradera ni ellas son tus esposas. —Alastair alzó un palo del suelo y empezó a arrear al toro de regreso al lugar de donde había venido—. Ahora, ven conmigo, Colla. Debemos regresar a casa antes de que se den cuenta de que no estamos, o mamá va a enojarse.

Ante la insistencia del muchachito el toro empezó a moverle sin ganas, lentamente, vagando a través de la pradera, como paseando, deteniéndose cada poco para mascar otro bocado de hierba. Casi habían llegado al extremo del pastizal cuando se oyó un sonido de cascos detrás de ellos. Sorprendido, Alastair se volvió para encontrarse con un hombre moreno montado en un gran semental negro que avanzaba amenazadoramente hacia él. El muchachito se paró en seco, asustado.

El jinete se detuvo junto a él y se apeó del caballo.

—¿Acaso acabo de encontrarme con un ladrón de ganado? —inquirió con voz profunda mirando al niño desde arriba. A Alastair, cuyo corazoncito palpitaba nerviosamente, le pareció muy alto y muy moreno.

—No, milord —dijo al fin con voz trémula—. No soy un ladrón de ganado. Colla, nuestro toro, se alejó de la montaña y llegó hasta esta pradera. Quería llevarlo de regreso antes de que Ian tenga problemas por haberlo perdido.

Al bajar los ojos el conde de Brae se encontró con el reflejo en miniatura de su propio rostro. Perplejo, pudo sentir que el corazón que hacía tiempo creía no poseer se partía dolorosamente. Esforzándose por recobrar la voz, logró preguntar por fin:

—¿Cómo te llamas, muchacho? ¿De dónde vienes?

—Soy Alastair MacDonald —respondió el muchachito con voz firme— y vivo en la montaña Hay con mi madre, mis hermanas, Nelly, Roderick Dhu e Ian.

—¿Cómo se llama tu madre? —preguntó el Conde, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Fiona —respondió Alastair.

Angus Gordon sacudió lentamente su cabeza morena. No estaba seguro de cómo se sentía, pero sin duda no estaba enojado con el muchachito.

—Te ayudaré a llevar tu toro a casa, niño —le dijo amablemente—. ¿Te gustaría cabalgar conmigo en mi caballo? ¿Alguna vez habías visto un animal tan hermoso?

—Sí —le dijo Alastair con franqueza—. Mi padre tenía un gran caballo de combate como este, pero el de él era tan gris como las nubes de tormenta. A mi padre lo mataron en Lochaber.

El Conde montó nuevamente, inclinándose para subir al niño y sentarlo delante de él. El cuerpo del niño delante de él era leve y flaco. Luego, con la ayuda de su cabalgadura y del palo del niño, Angus Gordon arreó al gran toro montaña arriba hasta la pradera de sus dueños. Vio que allí pacían buenos ejemplares. Por un instante se preguntó si no le faltaría alguno de sus propios animales.

En el extremo del pequeño pastizal de altura apareció un muchacho de unos doce años. Al ver a Alastair sobre el caballo, giró sobre sus talones y echó a correr hacia la torre. El Conde sonrió con expresión casi sombría. Para cuando el muchacho llegó a la torre, la puerta ya estaba abierta de par en par. En lo alto de la escalinata exterior había un pequeño grupo. Un hombre muy alto, el muchacho, entre ellos Nelly, embarazadísima, dos niñas de cabello rojo dorado y Fiona.

El Conde detuvo su caballo.

—Bien, señora —dijo en tono severo—, ¿qué tenéis que decirme?

—No te debo ninguna explicación, Angus Gordon —replicó Fiona—. Ahora baja a mi hijo. ¿Dónde lo has encontrado?

—Igual que a su madre hace años, en mi pradera, robando mi ganado, aunque dice que el toro es vuestro —dijo el Conde en tono de broma.

—Ese toro es mío y lo sabes, Angus Gordon —replicó bruscamente Fiona—. ¡Ahora dame a mi hijo, maldita sea!

—Querréis decir que os dé a mi hijo, ¿no es así? —corrigió él—. ¿Soy acaso un idiota para no poder verme reflejado en la cara del muchachito?

—Baja a Alastair —repitió Fiona con calma—. No discutiré esto de pie en la escalera, Angus. Vamos a hablar, pero no aquí.

—Sí, vamos a hablar —dijo él—, pero vamos a hablar en Brae. Me llevaré al muchacho y cuando estéis lista para darme una explicación sobre dónde habéis estado oculta, y por qué mi hijo cree ser un MacDonald seréis bienvenida en Brae.

—¡Milord! —La voz reflejaba angustia—. ¡No avergüences al niño!

—¿De qué estáis hablando? —inquirió él—. Este niño es mi hijo y heredero y vos lo habéis separado de mí con engaños. Quiero saber por qué. ¡Y por Dios, señora, que me lo diréis!

—¡Así que —dijo ella en una especie de gruñido— tu hermosa esposa inglesa no ha podido darte un heredero, Angus! Qué mala suerte, pero ella no va a apoderarse de mi hijo. ¡Bájalo del caballo o te mato!

—¿Mi esposa inglesa? —Parecía absolutamente perplejo—. No tengo esposa, ni inglesa ni de ningún otro sitio, Fiona Hay.

—¿Que no tienes esposa? —repitió Fiona, estupefacta—. Me dijeron que tenías una esposa. Que estabas casado con Elizabeth Williams.

«¿Qué diablos estaba pasando?»

—¿Quién lo dijo? —le preguntó.

—Angus, si alguna vez me amaste de verdad, baja de esa enorme bestia tuya y pasa a la sala —suplicó Fiona—. Debemos hablar y tiene que ser ahora. ¡Por favor!

Él miró esa mano, que alguna vez había sido suave y blanca, ahora áspera por el trabajo, y sintió que las lágrimas le quemaban los ojos verde oscuro. Levantó a su hijo de la silla y se lo entregó al desgarrado hombre de expresión seria, y luego se apeó del caballo.

—Muy bien, muchachita —le dijo, con voz un poco más suave—, entremos a tu sala y hablemos de todo este asunto. —Volviéndose hacia Nelly le sonrió levemente—. ¿Entonces este hombre es tu marido, Nelly? Tus tíos se alegrarán de saber que estás viva y a salvo con un buen hombre.

—Así es, milord, él es mi marido, Roderick Dhu, y el muchachito es mi hijastro, Ian. —Nelly miró a su señora—. Llevaré a las niñas a la cocina, miladi. Alastair, vuelve al prado con Ian y Roddy y comenzad a levantar esa barricada. No querréis volver a perder a Colla. —Cogiendo de la mano a las pequeñas, entró a la torre mientras los hombres se alejaban hacia el campo.

—Ven, muchachita —dijo Angus Gordon y Fiona lo hizo entrar a la torre. Al mirar a su alrededor pensó que la casa casi no había cambiado. Seguía siendo una morada humilde, pero estaba limpia y en el ambiente había alegría.

Fiona le señaló la única silla de la habitación, junto al fuego y le sirvió una copa de vino de la garrafa que había sobre la mesa alta.

—Debes tener la garganta seca por la cabalgata —le dijo en tono calmado, ofreciéndole la copa antes de sentarse frente a él en un taburete.

—¿Qué sucedió? —le preguntó él, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¿Dónde te fuiste y por qué me abandonaste?

—Yo no te abandoné, Angus. Me engañaron para que lo hiciera..., dijeron que te ibas a casar con la prima de la Reina como recompensa por tu lealtad hacia Jacobo Estuardo. Me ordenaron dejarme raptar por MacDonald de Nairn y luego ser una espía de los MacDonald, por el Rey y por mi país. Estaba demasiado asustada para negarme y no estaba segura de estar embarazada.

—¿Entonces no niegas que el niño es mío?

—Por supuesto que es tuyo, pero Nairn, bendito sea, estaba tan enamorado de mí que creyó que el muchachito era suyo. Pensaba que había heredado de mí el cabello negro. Aparte, el padre de Nairn también era moreno. Colin fue un buen padre para el niño, Angus. Amaba a Alastair más que a nadie en el mundo.

—A excepción de ti —observó el Conde—. Las dos niñas son hijas tuyas.

—Sí, lo son. Él fue mi marido, Angus. Después de raptarme, me llevó al castillo de su hermano en Islay y contrajimos matrimonio de prueba. Estuve de acuerdo porque para entonces ya estaba segura de mi estado. No quería que Alastair fuera bastardo. Y después, cuando me contaron que estabas casado con la señorita Williams, me casé por la Iglesia con Nairn.

—¿Quién fue el responsable de todo esto? —le preguntó Angus Gordon, aunque ya sabía la respuesta. Solo había una persona en Escocia lo suficientemente poderosa como para haber concertado este engaño.

—El Rey —respondió Fiona sin vacilar.

Tras un largo silencio, el Conde dijo:

—Siempre me ha profesado su amistad. Jamás volveré a considerarlo mi amigo.

—No lo condenes tan rápido —le aconsejó Fiona—. Déjame contarte toda la historia, Angus —y pasó a explicarle cada pequeño detalle de su vida durante los últimos años—. Yo sentía furia y resentimiento contra Jacobo Estuardo —dijo cuando se acercaba al fin del relato—, pero ahora me doy cuenta de que tenía que hacer lo que hizo para mantener el control sobre toda Escocia. Un Rey no puede darse el lujo de tener amigos, Angus. Debe hacer aquello que considera lo mejor para su país. Eso es lo que ha hecho Jacobo Estuardo, llegando incluso a ejecutar a sus propios parientes.

—Eres más indulgente que yo, muchachita.

—No estoy diciendo que lo perdone, Angus —aclaró Fiona—. Simplemente ahora entiendo lo que hizo, mejor de lo que lo entendía al principio. No lo perdonaré por separarnos. Nos traicionó a todos: a ti, a mí y al pobre Nairn, Dios lo tenga en la gloria.

—¿Lo amabas?

—No como te amaba a ti.

—¿Pero lo amabas? —insistió él.

—Sí, pues solo una mujer de corazón muy duro podría no haber amado a Nairn. Era un hombre bueno, pese a haber estado equivocado.

Angus Gordon asintió. No estaba seguro de comprenderla del todo.

—Regresa conmigo a Brae —le pidió.

Fiona sacudió la cabeza.

—No podemos sencillamente retomar las cosas donde las dejamos hace cinco años, Angus.

—¿Por qué?

—¿Tú me amas?

—Siempre te he amado, muchachita. El Rey me ofreció a Elizabeth Williams, pero no quise casarme con ella. Mi familia ha hecho desfilar una muchacha tras otra bajo mis narices, pero ninguna se comparaba contigo, Fiona Hay. Sí, te amo y esta vez no me avergüenza decirlo en voz alta. Ven conmigo a Brae, muchachita. *Te necesito*.

—No voy a negarte el derecho de llegar a conocer a tu hijo, Angus Gordon —le respondió ella—. Pero, milord, si quieres hacerme tu esposa, (y no estoy dispuesta a discutir ningún otro arreglo, ¿lo entiendes?) debes cortejarme decorosamente.

—¡Señora, pones a prueba mi paciencia!

—Debo estar segura de que en verdad todavía me amas —le dijo—, de que no haces esto simplemente porque quieres estar con tu hijo. —Lo miraba a los ojos.

—Descarada como siempre —dijo él con un repentino brillo en los ojos. Luego, para sorpresa de ella, se levantó de la silla y la levantó del taburete—. ¿Dónde está vuestro dormitorio, señora?

—¡Es usted un... un..., desvergonzado, no, un insolente, no, demasiado atrevido, milord! —gritó Fiona. Pero el recuerdo, latente durante tanto tiempo, de estar entre sus brazos, comenzaba a emerger en su conciencia. Sintió la sangre fluir a sus mejillas, tiñéndolas de un rosa vivo.

—Tu dormitorio, muchachita —repitió, como en un gruñido, acercándose un paso más a ella y luego levantándola en brazos.

Fiona comenzó a debatirse entre sus brazos mientras él empezaba a subir las escaleras.

—¡Bájame, grandísimo idiota! —gritó—. ¿Crees que vas a conquistarme solo con tu virilidad? No soy una inocente y jadeante muchachita. —Se retorció—. ¡Bájame!

Angus Gordon rompió a reír. La había extrañado. ¡Dios, cuánto la había extrañado! Llegó al final de las escaleras.

—¿Cuál es la puerta? —inquirió.

—Esa —señaló ella, deseando que su voluntad no fuera tan débil, pero ¡ay, lo había echado de menos! Nunca antes se había permitido siquiera pensar en eso. No desde que Nairn la había raptado. Especialmente mientras habían estado casados. Pero su marido estaba muerto y ella estaba viva. Virgen santísima, sí que estaba viva. Su corazón palpitaba cuando él la dejó de pie en el suelo, mirándola directamente mientras se quitaba la ropa. Fiona se mordió los labios, afligida. Tenía que tomar una decisión. Las opciones eran correr o... Empezó a desvestirse y en un momento ambos estuvieron desnudos, de pie frente a frente, y fue como si los años que habían pasado separados jamás hubieran existido.

Angus Gordon dio un paso adelante. Tomando entre las manos el rostro en forma de corazón de la joven, inclinó la cabeza rozándole tentativamente los labios con los suyos. Ella, inmersa en las profundidades de sus ojos verde oscuro, era incapaz de apartar la mirada, mientras el nombre de él resonaba una y otra vez en su cabeza. Finalmente, la boca se cerró sobre la de ella, en un beso largo y profundo. Fiona no sabía si sus ojos se habían cerrado o si simplemente estaba perdida en aquella mirada. Con un hondo suspiro le rodeó el cuello con los brazos.

Él la apretó contra sí, sintiendo que la cabeza le daba vueltas al contacto de esos senos redondos y turgentes sobre su pecho. Nunca había olvidado la maravillosa sensación de tener aquel cuerpo contra el suyo... de sentir la presión de esos muslos y la suavidad del vientre.

—Fiona —murmuró, mientras sus dedos volaban deshaciéndole la trenza para soltarle el cabello semejante a un pedazo de noche, que cayó rodeándolos como una cortina. Cogió un puñado y lo olió.

—Brezo —dijo mientras lo abrumaban los recuerdos—. No puedo olerlo sin pensar en ti, muchachita. —Una vez más su boca buscó aguadamente la de ella y las lenguas se exploraron mutuamente, redescubriéndose.

Jamás había experimentado besos tan excitantes como los de Angus. Sus labios se movieron recorriéndole la cara y el cuello. Antes de seguir avanzando, la boca se detuvo para jugar con la lengua dentro de la oreja. Aspiró su aroma esencial. Sintiendo que le Saqueaban las rodillas, Fiona cayó contra el brazo de él, su pecho expuesto a las manos que ansiaban tocarlo. Su lengua la lamió; sus dientes la mordisquearon; la boca chupó su carne. Cada dulce nuevo asalto le arrancaba un gritito de placer. No deseaba hacer nada más que descansar entre sus brazos dejándose adorar.

Él la acostó sobre la cama y por un momento ella recuperó el equilibrio.

—¡Espera! —le rogó encarecidamente. Cuando cedió a su ruego, Fiona se inclinó sobre él, acariciándole las caderas con el cabello oscuro y lo cubrió de besos dulces y ardientes. Para sorpresa de Angus, tomó su miembro en la boca, jugando con la lengua, mientras sus dedos acariciaban delicadamente la bolsa de sus gemelos. Siguió chupando, hasta que él pensó que moriría de puro placer. Ella pareció advertir que él ya no soportaba esa deliciosa tortura y, rodando sobre su espalda lo atrajo hacia sí para que pudieran besarse una vez más.

Fiona se abandonó, fundiéndose en su abrazo fuerte y apasionado. Abrió las piernas ofreciéndose a él y, con un grito de pura felicidad, lo recibió dentro de su cuerpo. Envolviéndolo con sus piernas estimuló su deseo hasta que ambos perdieron el sentido, inmersos en ese ardiente placer. Él le hizo el amor con una sensación de familiaridad, pero ella era una mujer diferente. Ella sintió la dureza del miembro penetrando en lo más profundo de su cuerpo y lanzó un grito mientras el placer llegaba a su apogeo, sumergiéndolos a ambos en una vertiginosa espiral de ardiente pasión.

Más tarde, tumbados en la cama, ya saciados, los cuerpos relajados y repletos de placer, Fiona dijo:

—No creas que te será tan fácil tenerme a tu lado otra vez, Angus Gordon. Ya no soy tu concubina, ni volveré a serlo jamás. He sido esposa y eso es lo que seré una vez más.

—Y también serás condesa, muchacha —le dijo él—. A ti se te asignó una difícil tarea que cumplir en nombre del Rey, pero a mí, su amigo, se me premió con el título de conde por mi

lealtad. Eres tú, amor mío, a quien creo más merecedora de semejante honor de lo que yo jamás lo fui. Ahora, no me lo hagas tan difícil, muchachita. —Apoyándose sobre el codo, miró el amado rostro de Fiona—. Regresa conmigo a nuestro hogar de Brae, Fiona. Es allí donde todos nosotros pertenecemos y lo sabes, aunque seas demasiado terca para admitirlo.

Ella alzó los ojos hacia su rostro. Ese rostro tan, pero tan querido. Él era el hombre que amaba, aunque, pensó, lo mejor sería mantenerlo un ratito más en la duda.

—Oh, muy bien, Angus —le dijo—. Ya que tanto insistes, supongo que tendremos que volver a vivir en Brae. Pero te advierto que no iré a la Corte, aunque el Rey me lo pidiera de rodillas. Es un lugar demasiado peligroso, incluso para una chica descarada como yo.

—No te quedará tiempo para ir a la Corte —le dijo él con firmeza.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó ella, riendo.

—Tenemos mucho tiempo perdido que recuperar, Fiona Hay —dijo él—. Primero, deberemos buscar un sacerdote que nos case. Luego, un conde necesita más de un heredero y dos pequeñas herederas. Tú y yo tenemos muchísimo que hacer, muchachita. Me temo que no tendremos un minuto libre para la Corte, reyes ni nada por el estilo.

—Para nada que no sea nuestro amor, nuestros hijos, y Brae. Para mí eso es más que suficiente, milord. Ahora —dijo Fiona, mientras su mano jugueteaba con una parte muy sensible de la anatomía de él—, si tenemos que proveer más herederos para el Conde, ¿no sería mejor que pongamos manos a la obra?

—Desvergonzada —murmuró él, rozándole la boca con sus labios—. Eres la mujer más descarada que he conocido jamás.

—Y por eso me quieres —declaró Fiona, besándolo apasionadamente—. Justamente por eso.

Epílogo

En octubre de 1430, la reina Juana dio a luz a dos varones mellizos. Uno de ellos sobrevivió y lo llamaron Jacobo, como su padre. No tuvo más varones, aunque en total dio a luz a seis hijas. Jacobo fue un rey respetado y amado por el pueblo. Lamentablemente, los celos, la rapacidad y la ambición, que eran el sello de la nobleza escocesa no menguaron durante su reinado. Miembros de su propia familia conspiraron contra Jacobo, quien fue asesinado la noche del 20 de febrero de 1437. Lo sucedió su hijo de seis años quien reinó como Jacobo 11.

En cuanto a Alexander MacDonald, Lord de las Islas, finalmente lo liberaron de su prisión en Tantallon. Sirvió leal y diligentemente al rey Estuardo como Jefe Justiciar³⁹. Al morir en 1448 le sucedió su hijo mayor, Ian, cuarto y último Lord de las Islas.

³⁹ En la Inglaterra y Escocia medievales, título aproximadamente equivalente a un primer ministro moderno como el ministro principal de un monarca. (N. de la T.)

Fin